

Gabriel, no te mueras
Samuel Caverio

Indice

IN MEMORIAM

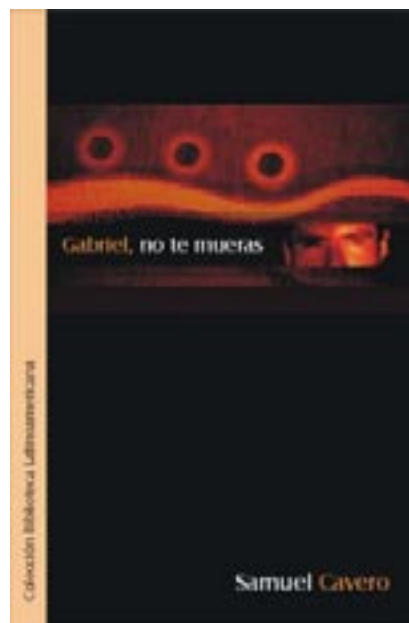
SONATA DE PRIMAVERA

SONATA DE VERANO

SONATA DE OTOÑO

SONATA DE INVIERNO

EPÍLOGO



IN MEMORIAM

A la memoria de quienes representan a Gabriel, en éste mundo y en el otro, sin cuyos testimonios esta dramática novela no sería el espejo de sus vidas, de sus placeres, de sus sentimientos y el de los nuestros. A él, a ellos, en la agonía y en la luz eterna...

"La sensación de haber vivido ya, otra vez, aquel instante, me recorrió como un rayo. Demian permanecía inmóvil, laxos los brazos y caídas las manos sobre los músculos. Inclinado hacia adelante, miraba sin ver, con ojos muy abiertos, ciegos e inanimados, en cuya pupila relucía, muerto, un reflejo de luz, duro y frío, como en un trozo de cristal. Su rostro, pálido y ensimismado, no mostraba más expresión que una terrible rigidez, semejante a una antiquísima carátula zoomórfica del pórtico de un templo. Parecía no respirar".

Demian, HERMANN HESSE

"Ese secreto de Dios inscrito en mi sangre..."

ANDRÉ GIDE

"Notre âme est un trois-mâts cherchant son Icarie"

BAUDELAIRE

"...quedándonos dormidos los dos, en el mismo lecho, despertamos abrazados, y, luego de advertirnos a solas, nos dimos un beso desnudo en todo el cogollo de nuestros labios vírgenes; acuérdate que allí nuestras carnes atrajéronse, restregáronse duramente y a ciegas; y acuérdate también que ambos seguimos después siendo buenos y puros, con pureza intangible de animales..."

Muro Antártico, CÉSAR VALLEJO

"Hoy, que el tiempo es irrecuperable, el recuerdo y los sueños nos devuelven a nosotros mismos, a nuestra historia en común que es inevitablemente la suma de nuestras propias historias y de otras voces, el hilo de Ariadna, el laberinto, la ciudad como laberinto, en que reavivas la insomne memoria de Gabriel, de Isabel y de Benito, y también de otros seres. Me siento cercano a ellos, pero no puedo juzgar cuánto hay de ellos en mí. Menos puedo confesar cómo y cuándo Benito y Gabriel se conocieron; ellos vivieron sus propias circunstancias. Lo que sé de ellos y de Isabel es lo que se me contó, y lo digo exactamente como ellos me lo escribieron, también como me lo dictaron en la memoria, en el pensamiento, en los sueños. Ahora, que me atrevo a rescribirlo, pido perdón por contar sus secretos, sus dolorosos testimonios de vida, mientras mi propio recuerdo y los sueños se desvanecen como las cenizas en el viento en estos días que se me antojan eternos."

SONATA DE PRIMAVERA

Hoy desperté sobresaltado, desgañitándome, transpirando, recordando las impertinentes visitas del escritor Benito Medinaceli y mis alusiones al *Mito de Sísifo*, de Albert Camus. Había soñado que mis manos no podían asirse de un pequeño bote que hacía agua en medio del inmenso mar embravecido. Fue un amanecer de un espeluznante alboroto, del que puede dar cuenta mi esposa. Recuerdo ese sueño acaso soñado por otros que yo -el profesor Abel- también parecí soñar. Sus confesiones me dieron una desasosegada impresión de que el mundo, como un dado que rueda hacia el abismo, hubiese sido cogido por las garras de un gigantesco pájaro que lidia contra la oscura serpiente, y que aquella ave se hubiera congelado en un aleteo, que sus plumas bíblicas se hubieran detenido con las manecillas del reloj del Hombre, que aquellas hermosas alas (cobijas que tuvo en sus manos de niño el cándido Benito Medinaceli y que le hicieron creer que fueran del Arcángel San Gabriel) fueran incapaces de provocar suspiro, viento, alegría, vida. Alas destrozadas.

Cuando rememoro sus confesiones me saben todas a cosas mundanas, a tiempos inmemoriales, poseen la prodigiosa fuerza de transmitir en mí el magma de evocaciones, el tiempo hecho vibración y fragancia, ese desordenado sentir en que se me permite adoptar una cronología atemporal. Y siento que debo cargar con el cadáver, más bien con dos cadáveres, y los propios pesares que llevo auestas porque encierran terribles verdades y pecados. Mi dilecto amigo, el de *La Familia Pascual Duarte*, poco antes de morir en el hospital de Madrid ya lo había dicho: "La literatura es una guerra a muerto contra los fantasmas del hombre y sus bravos o mansos dueños".

Y en ese ejercicio ingrato, casi estéril, de hacer literatura, me refugio en lo mío sin olvidar lo otro, no culpando a nadie sino a mí mismo:

Tú, Gabriel, ves televisión; pero también piensas en oscuras urgencias fálicas. En la pantalla, como una tromba, Valentino entra en la habitación. Lo reconoces, cuánto darías por tener esa fama de Valentino. Serías su hembra. Una mujer bella, alta, de una hermosura clásica y distante, lo contempla desde un aura puramente espiritual. Por obra de aquella boca ávida cree que puede vislumbrar en toda la faz, desde el tono rojizo de la areola al vértice tremendamente veloso y casi vegetal de la barbilla, un reflejo oscuro, de sexualidad... Sin embargo, se sorprende ante la irrupción violenta.

Cenas. Te preparas mentalmente para asistir al gimnasio, porque aún cuando tienes magnífico cuerpo quieres reventar de músculos. Sigues viendo la televisión. Tras la ventana las reverberantes arenas del desierto, dunas amontonadas en la distancia. Valentino hace un gesto decidido, amenazador, y la mujer lo sigue, atravesando los largos pasillos y el jardín de la mansión. Suspiras por él, te muerdes las uñas. Maldices a la mujer acompañante de Valentino. Reniegas porque la película, en blanco y negro, es de mediados del siglo pasado.

Gabriel, has llegado a una encrucijada de tu vida. Lo sabes bien y vacilas. Se abren ante ti diversas rutas, pero no sabes cuál tomar. Sin embargo -cosas del destino- decides por la única alternativa que te está prohibida. ¿De dónde viene ese arreglo irregular, ese nuevo camino que algo sublime e interior en ti te fuerza a seguir, y de dónde esa ley burlona? Tienes antipatía por la acción que hace casi siempre lo contrario de lo que quiere. La necesidad te obliga a obrar, y ¿acaso no hiciste tú también, casi siempre, lo mismo que otros "santos" varones hacen con disimulo? Callas, suspiras, sonríes, porque lo vivido y lo bailado no te lo quitará nadie. Será que no sabes que todos nosotros somos faunos, cocodrilos, bestias, perros, sátiros, hormigas del tiempo, silenos que aspiramos a transformarnos en ángeles, fealdades que trabajamos en nuestro embellecimiento, groseras crisálidas que engendramos laboriosamente nuestra propia mariposa. Será que no sabes que el destino se ingenia para colocar a los peces en una pecera, y a los amantes, como tú, en un avispero.

Casi sin detenerse Valentino gira hacia ella y la levanta en brazos, como en un paso de baile. Suspiras; te emocionas. Ella intenta una protesta, pero se deja llevar. Se siente cómoda. De alguna manera Valentino la hace verse poderosa, dominante en el sojuzgamiento, única. Dejas de comer, dejas de masticar, retienes tu aliento. Valentino no ha dicho absolutamente nada; tampoco pronunciará aquellas palabras que muchas mujeres de antaño recuerdan con arrobamiento: *¡Quieta ahí, pequeña idiota!* Con el rostro duro, casi demudado, es posible entrever el brillo de cierta alegría agazapada en sus ojos, cierto desafío a alguien o algo indefinible, lejano. Aceptaste que la otra parte, tu media naranja, mordiese en silencio palabras e intenciones. Valentino ha raptado a una mujer. Tiene dudas. Mas parece que ella, esa fiera, se ha dejado raptar por Valentino. Vuelves a suspirar, te reconcentras. El jeque cabalga ahora, sobre la grupa de su caballo, hacia su tienda. No le ha pedido que se vaya con él. *La ha raptado*, murmura Gabriel, *es demasiado altiva e inasible para un varón como él; es una extranjera, una pelandusca, una víbora, se ha ganado el amor de mi Valentino.* Ella inquiere por su destino: *¿Eres tú mi hombre? ¿Eres tú el que me hará feliz? ¡Así es, mujer!*

¿Mujer? ¡Mujeeeeeeer! Gabriel tiembla, se ruboriza; deja caer una tostada sobre el plato. Y es que, Gabriel, desde el primer momento comprendiste que carecías de energía para oponerte a que los hombres buscasen ocasiones para abrirse paso en el camino de tus entrañas, y a que la otra mujer, la de la televisión y la que guardas dentro de tu ser, mordiese, en silencio, palabras e intenciones.

Una voz, la voz de tu oscura conciencia, te reclama: *Estamos aprisionados en el mismo navío y debemos hundirnos con él. Y que se hundan las locas bagres, no yo, corazón. Paguemos nuestra deuda y dejemos a Dios el resto. Dios realiza su obra, cumplamos la nuestra. La mía es fornicar como descosida.* Otra voz, de una meridiana claridad, te reconforta, en cambio: *Vivir es curarse y renovarse todos los días; es también reencontrarse y reconquistarse.* Pero tú no le haces caso, hay algo dentro de ti que te llama a hacer lo contrario, a sacrificarlo todo por el placer íntimo al lado de un muchacho. Esa plegaria de tu madre desoye toda plática del alma, olvidas un diálogo con Dios. Desoyes todo; no sabes que Él es quien restaura nuestra integridad, quien nos lleva de la turbación a la claridad, de la agitación a la calma, de la dispersión a la posesión de nosotros mismos, de lo accidental a lo permanente. Vivir, recuérdalo bien, desde el quinto cielo, es una especie de sueño consciente donde, dejando de actuar, de querer, de aspirar, entramos en el orden universal y buscamos la paz. Escapamos así a lo infinito. El recogimiento, como tú debes hacerlo, Gabriel -óyelo bien antes de que sea tarde, antes de que entres en ese oscuro mundo de perdición- es, mi hijito, como un baño del alma en la contemplación. Eso mismo dice en la parroquia el padre Miguel; tan cariñoso,

zalamero, bueno y correcto es ese ángel de Dios, que de seguro se irá al cielo. Te manda muchos saludos y pide que vayas a buscarlo después de la misa; reza.

Valentino aspira grandes bocanadas con una larga boquilla como si en cada una de ellas la besara, succionándola, degustando hondamente su aroma. Y tú, Gabriel, estornudas, eres hipocondríaco. Crees tener alergia al polvo y se te estimula tu nariz respingada y tus nalgas golosas de mil dólares de cirugía plástica. Natacha Rambova va camino a la boda tras la frontera mexicana, cruzando la desolada geografía de California. Sientes que también envidias a esa mujer. *La detesto*, murmuras. Te dejas llevar por tus pensamientos, intentas comprender que en casi todas las vidas existe una noche en donde las negruras del sufrimiento se precipitan, una noche oscura del espíritu cuyo tenebroso recuerdo nos persigue, noche durante la cual todo el amargo sentido de la existencia se destila, segundo a segundo, en el insomnio, en los deseos, en las frustraciones.

Vuelven tus ojos a la pantalla. Esa misma noche Valentino es poseído por la mujer. Ya no es el raptor, el poseedor; es el seductor seducido y sometido, el amante al que le han robado la voluntad. De la tienda del jeque sale ahora Natacha Rambova, llevándose a Valentino en la grupa de su caballo blanco. Tú, Gabriel, te emocionas, chillas despacio, te excitas. Debe ser un hermoso coito cuando se es violado por una mujer. Fantaseas, eyaculas. Una mujer penetrándote y tú feliz imaginándolo. Pero luego vuelven a ti oscuros sentimientos de manoseos dados en tu trasero voluptuoso que no sabes cómo pero ahí están, imaldición!, empozados en el claroscuro de tu atormentada conciencia trílrica. Cien interrogaciones henchidas de asco y de lástima se entrecruzan en tu mente. Quieres averiguar cuándo y por qué medios aquel encuentro dentro del confesionario, donde por primera vez sentiste la levedad de otro ser (¿omnipotente?), te había hecho dudar de Dios y de la religión, también de la verdad predicada por los curas. Aún así, lo gozaste y lo repetiste, volviéndolo a visitar. Gabriel, deseas indagar por qué es tan cierto que *"gallina que come huevo lo seguirá haciendo, aunque le quemén el pico"*. Tú, Gabrielín, todavía una pollita pensando que aquel recuerdo te había socavado y pretendía desviar el rumbo de tu vida.

El desierto y sus dunas están poblados de gente demasiado preocupada en sí misma como para ver que una pareja cruza al galope y que ya no es Valentino el raptor, sino ella, Natacha Rambova. Vuelves a ti. ¿De qué antepasado te venía la degeneración, aquella ambigüedad hermafrodita? ¿Dónde te llevaría esta desventura? ¿A la deshonra? Tiembblas, suspiras, pensando en las locuras que hiciste con el cura Miguel, porque llegarás (si te lo propones y eres débil ante la tentación) a ser un marica, sin la belleza frágil y natural de la mujer ni la plena hermosura masculina del varón que habías visto en las películas de los cines.

¿De qué antepasado le venía a Gabriel esa manía por fijarse en los varones? Si debió ser hembra, ¿por qué no haber nacido completa? Y si debió ser un macho, ¿por qué no haberle dado Dios la recia musculatura de Sansón y el temple varonil de Hércules que soñaba poseer? Se tuvo lástima. Gabriel hubiera querido desdoblarse, volver sobre el resto de su pobre ser lo mejor de sí para acariciarse y consolarse. Pero no; esa ansia de consuelo y de caricia era también feminidad. Sentía que se estaba tiranizando, haciéndose cruel, pretendiendo reinar en sus instintos.



Benito Medinaceli, bobo, hoy dejas que Isabel siga hablando, envolviéndote. Ella fuma muy cerca de ti con mucha seguridad, provocándote. Una violenta bocanada te corta la respiración. Será también porque no te atreves a confesarle que te mueres de ganas de hacerlo. Te la quieres papear, porque aún no sabes lo que es acostarse con una mujer de su edad, menos con la esposa de tu Coronel. Se te adormecen las piernas, lo sientes. La noche te toca, desnuda, se te pega en la piel. Te inclinas para amarrarte los zapatos; le preguntas por el baño. *Ven*. Te acompaña hasta la puerta jalándote de la mano. *Así que te dicen el Sietevidas*. Abre la puerta, entras y sientes descargar todo el líquido bilioso de la vejiga. Vuelves y ella examina los pliegues de tus manos, como queriendo adivinar tu suerte: *Mira, estas rayas se juntan, son tres líneas que convergen y se vuelven a separar. Quizá ése sea tu destino: dos grandes amores*. Se miran fijamente, en silencio, como si no les bastara verse de reojo. Luego ella te mira con deseo. ¿Qué pasa, muchacho? ¿No te atreves a aguantarle y someterte a su mirada? Te abotonas la camisa que ella ha desabrochado. *¿Necesitas ayuda? No, gracias*. Pone una de sus tibias manos sobre tu frente traspirada; entonces, Benito, recuerdas que así también lo hacía tu madre. *No será nada, no temas; ven*. Te conduce hasta su dormitorio. *Te esperaba; en realidad te buscaba con el sentimiento, sospecho que no lo sabías, siéntate*. Te coge del brazo, reclina tu cabeza sobre la almohada, te ayuda a quitarte los zapatos. *Deja, hombre, deja, échate*. Te abriga con el cobertor. *Descansa, relájate, piensa que estás escribiendo, procura no pensar o, si quieres, piensa en mí*, dice, y te dedica una sonrisa. Te trae un trago. Abres los ojos, intentas recuperarte, pero sientes que el alcohol te ha hecho perder cierta estabilidad, prefieres estar recostado. Miras alrededor: sólo tú y ella. Te tranquilizas. En los colgadores, por detrás de la puerta, tres o cuatro prendas de ropa interior, también algunos vestidos. Bebes lentamente. Se inclina, te sostiene el vaso, mete un dedo en el líquido, lo retira y moja tu nariz. A través de sus otros dedos sientes el insistente contacto turbador, la sosegada respiración. Retira el vaso, deja de fumar y arroja la colilla. Te toma una mano entre las suyas.

-¿Qué edad tienes Benito?

-Voy a cumplir dieciocho años.

-¡Madre mía, dieciocho años! De mis dieciocho años ya ni quiero acordarme, y de lo que pensaba entonces, menos.

Quisieras darle a entender que la diferencia de edad a ti tampoco te importa, que carece de importancia para lo que se proponen o para lo que más bien Isabel se propone. Comprendes que ese juego te gusta; se ha erguido tu tremendo pene. Y no

Aciertas a decírselo. Isabel, rozándolo, se de cuenta que andas urgido; es más hábil

que tú, maneja la situación. Le oprimes la mano, como si se lo agradecieses por ayudarte a romper tu miedo, también a babear tu pene erecto. La contemplas con amor e impaciencia; te paga con un lánguido parpadeo y una murmuración en francés que (¡mierda!) no entiendes. Lleva su ano a tu boca; un cálido perfume te penetra.

-Quisiera ayudarte a que publiques.

-¿Cómo puede apoyarme? ¿Dígame cómo puedo promoverte?

-Tutéame, anda, tutéame, piérdeme el temor.

Acaricia delicadamente tus cabellos, tu frente, perfila tu cara con la punta de un dedo, pronuncia lentamente tu nombre: *Be-ni-to... Be-ni-to... Be-ni-to, yo conozco a los editores de Planeta de Buenos Aires; son encantadores*. Honda, íntima voz. Se reclina, te besa con suavidad. La atraes contra el pecho, la besas con fuerza. Ella se sorprende; seguramente tú y ella no se imaginaban que dos

bocas juntas pudieran comunicarse con tanta intensidad. Trata de incorporarse, dices *¡No!*, y la vuelves entonces hacia ti con vehemencia, mientras la besas de Nuevo con una especie de delicada desesperación.

-¿Por qué estás conmigo?

-La culpa la tiene César- le oyes decir.

Preguntas, ella no responde, hay un mutis en su rostro. Tú insistes.

-¡No, Benito, basta!

Se aparta, pide disculpas, sugiere con ternura que se vean en otra ocasión. Isabel anota el teléfono de tu casa y, recordando que es una mujer casada con un Aviator, lo codifica en clave en su celular.

Te advierte que por seguridad y discreción ella prefiere llamarte, te dice con insistencia que esperes, porque ella y su marido pronto harán un viaje de comisión a Buenos Aires y entonces buscará a esos anónimos gerentes de Planeta Sur.

-Te prometo entregar personalmente la copia del manuscrito *Las tentaciones de Cristo Moreno*.

-Te convence dándote nombres y tú te entusiasmas, pero un pesimismo te vence, y tú le dices que quizá nunca llamará, que aquella es una manera elegante de despedirse, una mera formalidad de cortesía. Isabel no contesta.

-¿Temes que te llame? -pregunta Benito con su sencillez.

-Sí, debo estar segura, una ligera indiscreción me costaría muy caro.

-¿Me llamarás entonces?

-¿Qué te hace pensar que te buscaré?

-Pues nada. Me gustaría hablarte de mi obra literaria y de mis Buenos propósitos de difundir los milagros y la obra piadosa del Cristo moreno.

-Lo pensaré. Cuando vuelva te lo explicaré. Ahora, no, no me toques, déjame. Por favor, vete, mi marido pronto llegará.

-Está bien, como quieras.

-Te levantas. Te acomodas la camisa, te atas los zapatos, estás todavía erecto. Ella te dice:

- Perdóname por ser así, mi vida.

Te roza sensualmente. Te acompaña hasta la puerta y se acomoda las bragas. Te da un beso en la mejilla, un beso de encuentro y despedida. Sufres. Te debes retirar, lo aceptas. Partes. No sabes que días más tarde, dos mil años después, esa misma mujer se las arreglará para volverte a encontrar, para preguntarte, torciendo la boca de niña majadera, o quizá sólo con los ojos:

-¿Qué estás escribiendo ahora?

-Una novela histórica, Isabel. Está basada en hechos con ése velo de epopeya que tiene el apogeo y la destrucción de la cultura Wari. Claro, Isabel, además me permite fantasear y recrear con pasión una leyenda andina de un ayacuchano: Víctor Cabrera. Las leyendas de amor o de misterio me apasionan tremendamente desde niño. Me permiten imaginar mundos y vidas posibles, sin tiempos ni distancias.

- ¿Cómo piensas llamarla? Si deseas te puedo ayudar con el nombre o la corrección.

- Mi novela se llamará *Amaru o la Tentación*.

- ¿Ya la terminaste?

- Todavía, las ocupaciones militares distraen mi tiempo, ya falta poco.

- ¿De qué trata? No vaya a ser de nuestras vidas, mi marido me mataría, no te imaginas cómo es el cuándo se pone furioso,

- ¿Quieres saber cómo comienza? No vale la pena decirlo, es mejor que la leas.

Confuso y febril, vas por las calles sin darte cuenta de la luz de los semáforos ni del tráfico que ha aumentado. Es sábado; todos parecen divertirse y tú no, Benito. Avanzas, avanzan tus pasos, avanzas embriagado por la imagen enigmática, acogedora, turbadora, de Isabel, la esposa de tu jefe ¿Por qué de pronto te dan ganas de ponerte a gritar, de patear un poste, de insultar a alguien, de echarte a correr? Tienes miedo ¿Miedo de qué? ¡No pasa nada! Dices en voz alta: ¡No pasa nada! Esa tía sólo es como una estufa, le gusta calentar, nada más, murmuras. Sientes que estás mojado en el calzoncillo, mojado por tu propio semen.



Creo que Picasso es Picasso, hija. Para mí un *sorbetto* de moras y para ti, ¿qué pides? ¿Un café cortado? ¿Un *manhattan*? Es fuerte mujer, tiene *whisky* y *vermouth* juntos. Mejor ¿por qué no te pides algo más "*chic*", no sé, más "*light*"? Puede ser un *daiquiri de durazno* o un *romanino*. A mí me trae una agua mineral, heladita por favor, y para ti una *coca cola diet* en las rocas y los sándwiches especiales del News Café. Veamos cuáles hay en la carta. Tú, ¿qué pides cariño? ¿Tostadas? ¿Sólo tostadas? Ah, recuerdo, tú estás a régimen. Yo también; mírame, ando con una cinturita de avispa. Imagínate que la dieta vegetariana y el frecuentar menos *El Gatopardo* me está cayendo de maravilla. Traígame más bien un *Crep susset*... rapidito, mi amor, sino tendremos que ir al frente, a *La Peperonata*. Aunque estoy harta de los *funghi porcini*. Yo soy bien *funghi*, bien *funghi*, ¡ahhh!, pero no es para tanto. Entonces, me decía, usted lleva *drambui*, coñac francés, *cointreau* y jugo de naranja; perfecto, así lo quiero, ¡tráiganos eso! Y tú, ¿deseas un *tiramisú*, querida? ¿Quizá un *crep sushard*? ¿Quizá un *mouse* de almendras con crema de lúcuma? ¿O una copa misterio? Ya será la próxima, ¿me lo prometes? Es que estás guardando la línea; me alegro, pero cuidado, que lo estás tomando muy a pecho, total, tu querido César igual te buscará. Mira quiénes llegan: la Kuki, su novio es industrial, y la de más allá es Ivonne, mi amiga del Villa María, parece que acaba de venir de Miami; luce regia, diiiiiivina. ¿En qué íbamos? Ah, bueno, hablábamos de Picasso. Picasso, mujer, es fuera de línea; yo he visto sus cuadros en Madrid: fabulooooooooosos. Para mí el mejor pintor: Guayasamín. No hija, cómo se te ocurre: ¡Picasso! Claro muñeca, Picasso es un artista genial. Lo más increíble en él no es que sea un tremendo tipazo, no, querida, sino su capacidad proteica para inventar, para abandonar un estilo y adoptar otro, moviéndose siempre a una velocidad arrolladora. Parece un genio de otro planeta. ¿No te das cuentas? En medio de los cambios, uno percibe, gracias a esta retrospectiva, las líneas maestras que lo rigen. Sólo los grandes artistas, como él, saben transformar y seguir siendo los mismos, fieles a una visión interior ¿Y qué me gusta de Picasso? Todo, hija: sus figuras míticas, el Minotauro o las divinidades ibéricas, los tradicionales arlequines, guitarristas, bañistas, el pintor y su modelo, que se reiteran a lo largo de su obra. Bueno, podríamos decir que es escasa su contribución al paisaje puro, como tú dices, pero recuerda *Crucifixión*. Creo que era un genio sensual, un creador voraz que poseía un finíisimo sexto sentido a través de los ojos y cuyo alimento era carnal y terrestre: cuerpos desnudos, niños, animales, frutas, peces, músicos y saltimbanquis, también ritos solares. Creo que Pettorutti, Portinari, Lam, Tamayo, Torres García y, en otro nivel, Guayasamín han sentido su influencia. Aquí, te aseguro querida, con un par de trazos de sus geniales manos ya hubiera retratado este lugar cursi, un tanto huachafito. Aunque me gusta algo, es como la vitrina de una gran tienda de ropa, te fijas, es rico estar aquí, pasa por aquí lo mejor de Lima, te mira, te reconoce, te saluda, es regio ¿ves? ¿Es como estar en pecera? ¡Qué barbaridad dices, muñeca! En todo caso, de ser así, nosotras somos dos pececitos de colores: dos bellos *goldfish* de aletas plateadas hablando de que el siglo que

se fue ha sido "picassiano", hablando de la historia del arte, mientras afuera todo está podrido, como la política, como todo, hija. Lima también es una gran pecera apestada, tremendamente hedionda, hija, una pecera de sardinas, una pecera de un agua inmundada, pestilente, cenagosa, y muchos peces asfixiándose. ¡Oye! ¿Sabes que en Hollywood está circulando el rumor de que Dorothy Stratten no ha muerto y se ha convertido, nuevamente, en la protegida del cotizado director Peter Bodganovich? Yo, acá, te juro, me siento como ella. ¡Total!, tengo una anatomía sexy y radiante, pero no me gustaría ser una "conejita" de *Play Boy*, no hija, no soportaría que cientos de miles de ojos de hombres mañosos, sádicos, perversos, hagan travesuras con mi cuerpo. Eso no, querida. Pero si se tratara de Antonio Banderas no lo pensaría dos veces, menos aquí en Lima, hija, lo llevaría al Hard Rock Café para lucirme con él, en Larcomar, ¡qué tipazo! ¡Ah...! Adivina quién llega; no lo mires mucho, de reojo no más, ése es... Frank Mauriat, Gerente General de *Air France*, está con esa flaca escuálida, ¡qué horror! El sí, se ve divino, guapíiiiiisimo, muñeca. Mira, ya viene, nos está saludando. ¡Hola Frank!, ¿cómo estás querido, justamente estamos hablando de lo bien que te ves, sí, sí, cuánto gusto, nos vemos en una próxima oportunidad.

(Una figura delgada, pálida, de ojos azules y cabello castaño, de modales ceremoniosos y aspecto andrógino, de andar elástico y empaque torero, se aleja en brazos de una mujer. Adentro todo es luces, perfume, gente bañada en lavanda esperando de pie.)

Había dos grupitos en el colegio: el grupo de las vivas y el grupo de las pavas. Yo no sabía a cuál pertenecía. Te juro, hasta ahora no sé. O sea, a veces era viva y a veces era muy lerda y quedada, como decimos aquí: una panfilota. Los profesores nos exigían montones. Como nosotras no hacíamos naaa, casi naaa por aprobar, entonces nos desaprobaban. Yo superaba la nota. Hasta que llegó la fiesta de la promo. Fue bacán, aunque no me divertí mucho. Sí, hija, aquella noche había mucha gente, la orquesta, las mesas, todo bonito. ¡Había unos tipos! ¡Qué churros! ¡Eran unos papaciiiiitos! Yo estaba turbada, todavía no conocía a mí... César, mi amante, qué tío.

¿Qué dices? Sí, me vino la regla; una amiga me recomendó que tomara mates de orégano con hartito limón. Andaba, además -¿qué curioso, no?- como una monga. Sí, hija, por un muchacho nada guapo, pero me gustaba su manera de ser; también su nuevo auto, por supuesto. En ese entonces yo creía todavía en el amor. ¿Qué dices? Después me conseguí otro, Giancarlo, hijo del Cónsul de la Embajada de Italia; era, te juro, lindísimo, un papaciiiiito. Lástima que era un fumón y coquero, jalaba demasiado. Sí, hija. La fiesta que te conté de aquella vez, cuando no me venía la regla, era la pre-promo, o creo pre-pre-promo, ¡ay, no me acuerdo! Me decepcionó el muchacho. Yo andaba templada de él, pero lo sabía disimular bien, porque, a decir verdad, me gustaba cómo besaba, cómo mordía y se ponía colorado, era un bomboncito. ¿Y por qué me separé de él? Ay, hija, quién va a aguantar a un lunático, un tipo rayado. Una noche me dijo: *Vamos a una fiesta, Pochita*. Yo acepté, lógicamente, total era su enamorada, ¿no? Fuimos con sus amigos escuchando Reagge hasta las Casuarinas. Todo bonito, muchas. Música okey, Pedro Suárez Vértiz, Micky Gonzáles, Tierra Sur, Frágil y Yellow Man. Regio. Los que malograron el plan fueron los asquerosos de sus amigos. Me miraban como diciendo: *¡Ah, tú, la sobrada! Has venido al mismo sitio que nosotros. ¿Bailamos?* Fue horrible. Varones bailaban con varones y mujeres con mujeres. Después, todos juntos se abrazaban y se empujaban todos contra todos. Imagínate, se creían hippies, superaban la nota. Yo, en cambio, los miraba con

desparramo, fríamente, porque también querían empujarme, me jalaban de la mano para que bailásemos, no les importaba que yo estuviera con mi chico. ¡Qué noche! Quise irme. *¿Cómo? ¿No te vas a quedar? No. Ya pues, flaca, no seas turri, qué mala onda, recién llegamos y ya te quieres quitar a tu jato; ven flaca, éste es mi causa, es metalero, muchas, ponte las pilas.* Y yo muda. Luego quiso chaparme, besuquearme con su tremenda jeta y baba delante de todos. ¡Imagínate! Y yo, como intentaba propasarse, sí, eso, besuquearme, por supuesto que lo empujé hasta la pared. ¿Por qué? Pues, porque... ¡ay, no sé! ¿Si me gustaba? Claro que me gustaba, pero era muy mandado, de frentón no me gusta, ¿entiendes? Además no era industrial ni milico, sino un pobre diablo. En este país no sé qué tienen los hombres, parecen salvajes, por eso será que hay mucha violación de indefensas niñas. A veces te flocean, te meten con piropos y declaraciones de amor harta letra, una en el fondo es tonta y acepta. ¿Que si me derretía por él? Claro pues, hija, si era un tipazo, ¡un churro! Me abrazó a lo Popeye, como cuando mi amigo Piero Scarlone rodeaba con sus brazos su tabla hawaiana en la playa Waikiki. Sí, hija, me apachurró y no me soltaba. Yo me sentí indefensa al lado de King Kong, pues además soy bella y frágil como un cristal. Me pidió hacer el amor. *¡Ah, no!, le dije, suéltame, me haces daño, yo me voy, nada que ver, ¡asquerosooooo!*, ¿qué te has creído, que soy una perdida? Y él peor, una melcocha, miel deritiéndose en el fuego, un pulpo devorado, un oso antipatiquísimo, acariciándome los cabellos. Lo insulté, lo arañé: *Gorila, yegua jugadora*, me dijo, y con tremendo desparramo en un cinco se consiguió una rubiecita delgaducha, con una pintita que para qué te cuento. Sí, hija, era una huachafita; sí, hija, una de esas pobretonas que se creen pituitas por vivir en las Gardenias o en Miraflores. ¡Pobreciita! No sabía que en esta vida, y tan jodido como está el país, más vale viejo verde con la billetera llena - si es militar, mejor. Además, a este tío se le ve tan guapo, se parece a un empresario que conocí antes. Te digo esto, no porque viva en Monterrico ni porque mi amante, el coronel Julio César Moreno Berbe, tenga una constructora inmobiliaria, sino porque él me hace todos mis antojitos y la que manda soy yo. ¿Que si tiene mal genio? Por supuesto, hija. Qué militar no tiene mal genio. Pero ya te he dicho: el que tiene los galones en casa soy yo, Pochita, su "corazoncito". ¿Qué no me crees? Ay, hija, hay que saber conquistarlos. Yo por lo menos a mi amante César le canto *Caballo viejo, El baile del perrito, El meneío, Bamboleo, Cuarenta y veinte*, temas de Julio Iglesias, José José y otros, y él se me tranquiliza, se vuelve mi tierno minino. Acuérdate que soy charapa con cierto kilometraje y gasolina de primera, es decir, una mujer de la selva de alto vuelo, donde todo lo que toco se vuelve ardiente. Nadie que tenga billete y buen auto se me escapa en esta capital. Pero claro, yo soy charapa con clase, no como esa fachosa despintada, la rubiecita ésa que se daba el lujo de abrazarlo y yo, al verlos así, no sabía dónde meterme, quería desaparecer. Hasta que le dije: *Bueno, prefiero estar sola que mal acompañada.* Y el Diego, naaa, antipatiquísimo. Hasta dejó que yo me pusiera histérica mientras unos tipos asquerosos, que olían a Pachulí (el perfume de gente rayada), se lo llevaban de mi lado ¿Qué tal eran? ¿Pasables? No, hija, ¡unos atorrantes! Además, si alguno usaba *Royal Regiment* o jabón *Yardlex*, no lo sentí. Y como ellos también me ignoraron, salí. Tiré patitas. ¡Qué noche! Afuera todo era silencio, las calles desiertas. Después de media hora de caminar, de no saber si me iba para La Molina o para Monterrico, llegó un tipo. ¡Claro que venía en tremendo auto! Y con una desfachatez tremenda me preguntó: *Flaquita, ¿quieres subir?* Yo esperaba que me preguntara la hora o por una calle. ¡Qué mandado! Volteé, ¡imama mía! Tenía frente a mí un Mercedes Benz fabuloso, un rojo fuego del año, te lo juro. ¿Qué tal era? Un hindú de porquería, hija, pegajoso, un chicle peludo y hediondo, olía como el peor de los tipos esos de la fiesta. Quería llevarme... ¿dónde? *¡Escúchame nena! : a tomar unos traguitos al lado del mar, en Punta Negra, muñeca*, me dijo. Imagínate. ¿Y si era un

desquiciado, Jack el destripador o algo parecido? No, mijita. Por más que me pintó maravillas hablando de sus negocios de telas y de su chalet de vitrales, espejos y piscina al lado del mar le dije que no, claro, si era jorobado, hediondo y paranoico. ¿Entonces qué hice? Lo que tenía que hacer; le dije que no. Que, más bien, me diera su teléfono para llamarlo, porque una después de todo es decente, ¿no? Y, además, ya iba a amanecer. Me rogó, y yo, alargando la conversación, pensando entre mí: con tal que me dejes en el Chifa *Sau San*, idiota. Cuándo me di cuenta estaba perdida, y de repente izummmm!, estábamos bajo el bendito trébol de Javier Prado, y fue allí donde me bajé a la fuerza y tomé un taxi. Con el taxista fue peor, hija. Era un gordo atrevido. Resulta que yo, nerviosa, le contaba lo que me había sucedido por andar de parranda, y él, coqueto, zalamero, movía sus manitas piadosas, engreídas, acarameladas, como quien quiere algo y se está animando. Me hablaba de que él conocía un lugar donde podíamos tomar un sabroso caldito de gallina. Se refería a una tienda de bancas y mesas mugrosas, de toldos fosforescentes, hija. Ese ya no es mi nivel. Pochita ahora es de alto vuelo. ¿Cómo cual? Esas cantinitas que suelen nuestros ambulantes armar después de la media noche. ¡Qué asco! Un caldito de gallina allí y con ese cholo mugriento, no, ni hablar, comerlo sería para contraer el cólera o una diarrea. Y yo le decía que no me tocara las piernas, pues ya lo estaba haciendo. ¡Qué mandado!, te fijas, ¡qué mandado! ¿Y qué pasó? Era un serrano huachafo con una nariz de tucán, te juro, con una mirada indígena que no sabías si era de nostalgia por su tierra o cojuda por mí. Además, odio que un tipo como esos, un Atahualpa moderno, me venga con ínfulas e indirectas.

Espérate que voy por un agua tónica. ¿Una coca cola heladita? Claruuuu. Ya vuelvo, no te muevas. ¿Que ya es tarde? Ay hija, total mi mari novio ahora está con su esposita, dicen que la llaman Isabel, una tontita que por ahí me he enterado que le dicen *La Generala*. A mí con la tipa esa: ¡La-Ge-ne-ra-la! Si eso es verdad entonces yo debo llamarme Pochita, *La Mariscal*.



El cadete Benito Medinaceli pasó por el patio de la escuela y se dirigió con paso calmado a las graderías. Subió. Se sentía abrumado, con ciertos dolores en el cuerpo. Intentó vanamente saludar, los otros cadetes de año superior esta vez se lo disculparon. Tenía descanso médico. Ingresó al elegante salón del casino de cadetes, decorado de vistosos estandartes, escudos, placas recordatorias y fotos de las promociones de cadetes. *¡Permiso para ingresar, mi cadete!*, gritó. Le fue concedido el permiso con una venía. Hubo quienes se sonrieron o se incomodaron al verlo. Prefirieron mirar a las grandes ventanas que tenían como fondo las avionetas de instrucción estacionadas muy cerca del pabellón. Ellos fumaban, hacían chacota.

Benito Se dirigió hasta un sillón alumbrado por una inmensa lámpara, se sentó, se acomodó, cogió las galletas que había comprado y se puso a leer una obra sobre las historias del Alacrán de Pampamarca: "Yo vi a Héctor Bautista Huamán, el Alacrán de Pampamarca, trajeado de negro y rojo. Tenía el rostro trasojado de rabia, hablaba de que ahora le tocaba él en ese baile. Entonces me persigné. Y sentí que el brillo de sus espejos me hacía infinitamente pequeño. Trepó acomodándose los pañuelos. Después lo vi danzando irreverente sobre una sogá movediza en el cielo, tocando vanamente las nubes con sus tijeras. Sus tijeras, chillando, parecían despedazar el viento. El canto del acero se oía más fuerte que los sonos del violín y del arpa que tocaban junto a mí, pequeño alacrán. Estábamos en Puquio, tierra de danzantes innatos. *Se parece a Cibelia, pero no es Cibelia*. Yo, viendo al Alacrán de Pampamarca, sufría, sufría, porque sabía que bailar sobre una cuerda tendida desde la torre de la iglesia, sosteniendo el equilibrio, era una locura. Su figura se mecía

contra la sombra de la iglesia. Su baile de tijeras iba a hollar las profundidades, a romper las cadenas de silencio de tantos siglos, porque aquél resbaló y cayó de panza sobre la plaza. *Yo también he resbalado, me resbalaron los del cuarto año de la cama cuando dormía, me jodieron la clavícula y el tabique, sino no estaría así con estoy ahora, con un yeso que me tiene como momia, que me araña la carne y me tiene inutilizado. Debo aguantar.* "Las palomas y otros pájaros que dormían en los eucaliptos, aletearon levantando vuelo." *Esos son los demás cadetes, qué duda cabe, quiénes más pueden ser esas palomas. Claro, cumplen las órdenes sin murmurar y no sienten lo que estoy sintiendo yo, que quizá me equivoqué de carrera, que ingresé a la Aviación por darles el gusto a mis padres, que ahora después de tanta vida militar me voy dando cuenta que no he disfrutado nada de mi juventud en la calle, que encima me vienen esas ganas insoportables de leer y escribir...escribir...escribir. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué hago yo acá? Debo callarlo, seguir, graduarme, aguantar.* "Y las campanas de la iglesia tañeron. Sería porque ahora el Alacrán de Pampamarca se agitaba entre estertores de agonía, como si le clavarán espinas en su oscura y cobriza piel." *¡Mierda! Aquí sí que me jodí.* "Sus últimos movimientos: un dulce aleteo, como el del chihuaco malherido; su mirada: un cuchillo en nuestros corazones. Y allá lejos, hondísimo, el río Puquío se desplazaba como abriendo cicatrices con tendones de bestia herida."



Gabriel me confesó (y cómo lo recuerdo) que un día iba a comenzar a escribir su memorable diario. Así aconteció, Pensando acaso en la rubiecita y sufrida Ana Frank, se puso a escribir su diario, una especie de burdo manual, correspondencia sentimental, digna de ser leída en la intimidad por los gays, los solterones y los asolapados. Quería comenzar a contar su vida, sus desdichas. El oprobioso y desenfadado diario (si la memoria de los que me contaron y la mía no me abandonan) comenzaba así:

4 de Mayo

¿Qué mierda quiero realmente de la vida?

Esa es una cosa que este estúpido diario se supone me ayudará a descubrir. Quiero que nadie sepa qué clase de maldito bastardo soy. Incluso trato de ocultarlo a mí mismo. Sin embargo, aquí estoy, escribiéndolo todo en el papel, con mi acusadora letra. A pesar de todo, escribir quizá sea una terapia para mí, para mis deseos ocultos. Ya lo creo, un medio para disimular mis flaquezas. Necesito que alguien me comprenda. Dios mío, ¡cómo anhele una mano que me ayude! Amigo, si quieres escribir un diario hay que hacerlo cuando todavía se es pequeño, cuando ocurren todas las cosas buenas, antes de que la vida comience a golpearte en el culo y en todas partes. Cuando yo era pequeño, antes incluso de saber escribir, fue la única época en la que ocurrieron cosas dignas de ser escritas. Hasta que descubrí, como Madonna al pie de la cruz y las sotanas, que el cuerpo sólo debe revelar el cuerpo. Ahora me siento más abstraído y más sonámbulo que nunca. Mis ojos y mi sonrisa piden perdón por iluminar la tierra y ser tan pecador. ¡Ay niñez!, época maravillosa, ¿por qué no vuelves? Yo bien lo recuerdo; era un niño tierno, mimoso, dulce e infantil, hasta que algo me desagradaba y mi rostro se contraía de ira. Después, la curiosidad mató al gato, me fueron gustando los varones. ¡Ay, mami!

Interrumpió su diario. Asomó nuevamente, en vana confianza, de que tal vez se había ilusionado de un cadete tonto. *Qué feo es enamorarse*, pensó. Vio cruzarse unas pequeñas sombras por los techos; buscaban amarse. Serían gatos abates recibiendo la visita de la gata priora. La hembra presidía ese cabildo y el matriarcado sentaba reales. Encendió desesperadamente un cigarrillo mentolado. Pegado a la mampara y corriendo la cortina ligeramente, se dio cuenta de su soledad. Luego se puso a escuchar unas baladas de su tocayo, Juan Gabriel. Quiso seguir escribiendo, pero las fuerzas no le dieron para más; se contentó con seguir atisbando por los húmedos cristales las residencias de Miraflores y su malecón. Gabriel sintió que daría cualquier cosa por tener de pronto un hombre allí, tendido sobre su cama de agua. Pensó, primeramente, en Benito, pero tuvo que descartarlo. Pensó en cualquiera: pensó en ti, Benito, quien dormía a varios kilómetros, muy distante en sus pensamientos, con un mutis sereno, feliz, después de la batalla de los cuerpos al lado de una mujer. Una batalla con las propias armas que sólo disparan vitalidad, ardor, pasión. Y allí estaban los gatos, aunque casi no se les veía. Sólo, de vez en cuando, sus sombras. Gabriel se tendió, acarició sus pechos, recorrió con sus dedos hasta asaltar su ombligo, y después hizo como si alguien le hiciera el amor. Mientras, afuera, los gatos también se reconfortaban, cada cual en su puesto, en circunspecta ceremonia. Los unía a Gabriel el silencio de la noche, la soledad.

17 de Octubre: 4:50 horas

Esta noche me siento verdaderamente deprimido, será porque el clima de Lima lo pone a uno así, "ahuevado". Te cuento, hoy he tenido una horrible pesadilla. Me encontraba en la botica. ¿Qué hacía? Debía comprar un condón; cómo decírselo a la vieja, me daba vergüenza. La vieja que en mis sueños me atendía era una abuela arrugada y decrepita, gris por el dolor. Ella me miraba a los ojos y yo se los rehuía, parece que en su mirada había una expresión de: "Lo sé todo". Yo, amarrando mis nervios entre las pelotas, le dije: "Please, darling, un preservativo". Ella hizo una mueca, la vi hundir sus manos en una vitrina, después sacó un cuchillo. Sí, un cuchillo. Las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas, aquellas eran lágrimas de absoluto dolor. Después se volvió hacia mí, y me dijo jadeando: ¿Por qué lo has hecho? ¡Era mamá! Una sombra torturada de mamá, gimiendo, reclamándose con una guadaña. Yo había provocado su dolor y su desesperación. Intenté abrazarla. Ella botó el cuchillo. Nos abrazamos. Su cuerpo quemaba. El hedor de su cuerpo en descomposición, ya muerto pero sin morir, era más de lo que podía soportar. Me desperté gimiendo. ¡OH Dios, qué terrible puede llegar a ser un sueño! Sudaba como condenado. Juro que de ahora en adelante dormiré acompañado de un buen varón y no compraré más preservativos. Además, para qué, si por ahora no tengo a nadie, sólo a ti, querido diario.



En el bar "Los Felinos" del Pabellón de Caza se dibujan dos siluetas que estrechan copas de un vino tinto de Rioja. Esas siluetas corresponden a dos personas disfrutando de la intimidad, confesándose sus vidas. El es el coronel César Moreno y ella, otra de sus amantes.

-Brindemos, César, corazón.

-Sí, cariño, brindemos. Y ahora cuéntame qué ha sido de tu vida, Mariela.

Se toman de la mano, se dan un besito en los labios, golpean las copas, disfrutan de la conversación como dos eternos enamorados.

-Gracias por llamarme muy seguido, Cesitar, estuve de viaje todas estas semanas y cuando retorné encontré tus mensajitos en mi grabadora. Gracias por invitarme a cenar, qué cariñoso eres, tú sabes cómo te lo pago. La verdad en mis viajes te extrañaba horrores. Otro besito para tu chiclayana, para tu norteña, imuaaaaaaa!

-Mariela, ¿dónde diablo te me habías metido, mi cielo? Ni mi gente del Servicio de Inteligencia podía encontrarte. ¿Dónde te habías metido, corazón?

-Cesitar, tú sabes que ando separada de mi marido y yo soy muy viajera; pues me puse a viajar. Estuve tres meses en los Estados Unidos, pero se me acabó la visa y decidí retornar. Luego estuve por los Andes, tan lindo que es nuestro país.

-Ya entiendo. Y ¿por qué no te quedaste en Estados Unidos de ilegal? Todo el mundo lo hace, mi cielo.

-Sí, me hubiera gustado quedarme. Bueno, también he viajado por el interior. He estado en Ica, donde dormí en un parque porque los hoteles no tenían habitaciones libres en fiesta de Semana Santa. Y yo, además, así hubiera habido, no tenía para pagar un hotel; así que dormí en un parque, bajo unas palmeras, lo recuerdo.

-Oye, negra, me hubieras dado una llamadita y yo te solucionaba el problema, como cuando te giré un cheque a tu nombre o cuando te conseguí la visa americana.

-Es que, mi vida, no te quería molestar, tú siempre andas ocupado. Ya eres coronel, cuando eras capitán te dabas tiempo para mí. "¡No está! ¡No insista! ¡Vuelva a llamar!", eso me dice tu secretaria, la antipática ésa que siempre contesta.

-A esa vieja ya le tengo jurada. A todas las que llaman les dice: "El coronel está sesionando, está con el comando, está en reunión, está de comisión". Así me encuentre con el Presidente de la República tú eres primero. Ahora dime, negra, ¿cómo te fue en tu viaje por el interior?

-De novela, Cesitar. Vamos, dame un piquito y te lo cuento. ¡Muaaa! Bueno, ahora sí, mi amor, te cuento. Yendo por la vía de Los Libertadores tuvimos la desgracia de quedar varadas en la puna entre Huancavelica y Ayacucho. Yo estaba con Tania, la del Callao. Es una secretaria que le entra a todo, ella quiere conocerte, le he hablado mucho de ti porque es mi amiga íntima, pero como le gustan los uniformados no te la voy a presentar. No insistas, cariño, cambia de tema.

-Bueno negra, tú no cambias, me haces sufrir; no sabes que el hombre cuanto más viejo, es como el oso, más sabroso. Además, tú eres la única -claro está, después de mi mujer.

-Sí, lo sé, Cesitar, por eso te adoro y siempre te extrañé.

-Mariela, negra de mi vida, dime cómo les fue.

-¿Sabes? En esa zona que creo que se llama Santa Inés hace más frío que en Ticlio, gordo. Nosotras fuimos abrigadas como para ¡qué te digo!, ¿no?, para aguantar el frío en Castrovirreyño. ¡Qué digo! Es Castrovirreyna, pero lo lógico es que debió llamársele Castrovirreyño, porque "conjuga", ¿no es así? Cuando comenzamos a subir parecía que todo me daba vueltas, me estaba mareando y sentía unas arcadas y culebros en el estómago. Creo que boté las tripas dentro de una bolsa caliente. Mi amiga Tania me alcanzó alcohol. Yo estaba tiritando, pese a que llevábamos puestas calcetas de lana, unas chompotas de dralón y las frazadas de la saca chispas, esa de la marca Tigre, ¿ya? Bien envueltas íbamos. Aún así, nos pelábamos de frío. Mis pies, heladitos como adoquines. Me puse una máscara de lana, eso que llaman por allí *chullos*, pero en forma de pasamontaña, porque tenía la cara como un queso. En la altura se nos quedó botado el auto. Las ganas de querer conocer Huancavelica se nos hizo humo. No arrancaba el desgraciado.

-¿Y no me llamaste?

-Claro que lo hicimos, y varias veces. Yo tenía la agenda con tu teléfono y mi amiga tenía otros de amigos militares. Y nada.

-¿Cómo que nada, negra?

-Sí, mi cielo, llamábamos y todo estaba en nuestra contra.

-¿Cómo? Dime quién fue.

-Fue nuestra culpa, mi vida, no te pongas así. Llamábamos y no entraban las llamadas. Las pocas veces que entraron, quienes nos contestaron estaban ocupados, de servicio, o nos salía eso de: "Deje su mensaje en la grabadora". ¡Qué malos!

-De saberlo, carajo, te hubiera mandado un camión con la tropa. Tú sabes que para mí no hay imposibles, hasta un helicóptero les hubiera podido mandar. Tú sabes que estamos para rescatarlas. Ahora dime, ¿cómo lo solucionaron?

-Como era de tarde y ya casi anochecía, no hubo más remedio que pasar la noche allí. Yo intenté dormir pensando en las olas y el calor de las playas de Lima, mientras adentro las dos nos pelábamos de frío y no sabíamos cómo íbamos a amanecer; en verdad nadie dormía, pretendíamos dormir, pero no dormíamos. Y te digo, querido, que para mí los sueños son peores que los recuerdos, porque los sueños a una la agarran a traición, la agarran dormida, ¿no te parece? ¡Pucha!, ¿cómo te explico?, estoy excitadísima, ¿ves? O sea, estábamos pateando latas, pensando cómo solucionarlo y salir de allí, preocupadísimas. ¡Ufffff!, fue increíble!

-Estás más pechugona, negra, están buenos tus pechereques.

Carajo, ¿y cómo hicieron?

-Alguien que pasó muy apurado con su auto dijo que por qué no revisábamos la batería, de repente era sólo cuestión de limar los bornes que se habrían sulfatado en contacto con la corrosión. Nosotras no sabíamos de qué bornes nos hablaba, ni de bujías ni de carburador, sólo sentíamos que la paciencia se nos agotaba.

-Carajo, ¡cómo no estuve yo allí!

-Recuerdo que cuando vimos las ventanas del auto escarchadas, las dos pensamos en lo que la gente del pueblo al lado de la laguna decía, que los pishtacos andaban por los nevados y los valles de todos los pueblos cordilleranos. Debían entonces estar muy cerca, acechantes, cautelosos, a la espera de que nos durmiéramos para matarnos y sacarnos el aceite de nuestra piel. O quizá esa gente del pueblito solitario, casi abandonado al pie de la inmensa laguna, eran terrucos, ¡ay, qué miedo!

-No me hables de terrucos, yo se las tengo jurada a todos. Te cuento rápido que en mi unidad militar hay uno de por allá, dice que escribe sobre la problemática social del Ande. ¡Qué cojudez tremenda! A mí no me vienen con vainas, tengo la cara, pero no soy cojudo. Ese tipo es un infiltrado de la subversión que escribe líbelos. Ya se lo he dicho a todo el personal y al comando, ellos ya están por tomar cartas en el asunto. Ahora, negra, negrita de mi vida, ¿cómo hicieron?

-Me contaste de ese caso antes, César, me lo sé de memoria aún sin conocerlo, siempre paras hablando de él, hasta me has dicho que se llama Benito Medinaceli. Yo te creo, mi negro. Todo lo que tú digas pienso igual, me alinee.

-Olvídalo, no me avinagres la noche. Es que ese tipo escribe, publica, gana premios, y ahora se nos viene con querer publicar un ensayo sobre nuestra realidad, la de los militares, la de los aviadores. No, carajo, ni un coronel lo hace. Ahora dime: ¿adónde fueron a parar?

-¿Adónde fuimos a parar? Al día siguiente, un sol pálido nos despertó. Aquellos montes pelados, sin vegetación, húmedos, barrocos, cargados de riachuelos, no eran ahora más que una hermosa sábana de nieve. ¡Mooooooooonstruoso!, ¿te imaginas? Había nevado toda la noche y el coche estaba petrificado bajo un manto de nieve y de aguas congeladas al pie de la solitaria carretera Los Libertadores. Imagínate, nosotras nos hallábamos prisioneras allí, justamente en la carretera Los Libertadores. Quisimos empujar el carro. Patinaba, ronroneaba y luego se plantaba

en seco, como que no quería salir de aquel lugar. Poco a poco el sol se fue perfilando sobre nuestras cabezas, pero no hacía calor, y entonces descubrimos un paisaje más bello de lo que antes nos había parecido. Al fondo, asentada entre los oscuros cerros, la inmensa y majestuosa laguna parecía un imponente lago de plata. En verdad era bella, debía ser como el Lago Titicaca: imponente, como una mujer desnuda, como yo, papi. Allí estaba Choclococha, desafiándonos, mientras nosotras la retábamos, empujando, sí, empujando nuestro auto. Fuimos a pedir ayuda al pueblo. Se reían, nos miraban, hablando en quechua. Nosotros apenas sabíamos *¿Entiendiquichu manachu?* Mejor dicho, no sabíamos ni un ajo de quechua. Una viejita que hablaba el castellano masticando nos dijo que había un grifo a seis kilómetros del pueblo. Ya pues, gordito, dame un besito, César; si no, no te sigo contando. Así, papi. Pensamos entonces que aquella mujer debía tener razón, no era la batería, tampoco problemas mecánicos ni eléctricos, lo que debía pasar con el carro; más bien era que le faltaba gasolina. Comprobamos que, en efecto, eso era lo que el vehículo necesitaba. *Zenquiu mamay*, le dije bromeando. Y entonces caminamos los seis kilómetros, con un sol que irritaba la piel helada y un viento que arrastraba una arenilla con olor a vizcachas y guanacos, también a zorrillo. Llegamos por fin a una casita. Ese era el famoso grifo: un hombre que era un cholo de porquería, ¡qué te digo!, un Mamani. Nos dijo que su autocar había llevado toda la gasolina pa' la mina y no quedaba nada, ini una gota! Y que si queríamos, debíamos esperar a que su hermano Fortunato, un protestante del templo de Los Testigos de Jehová del Nuevo Pacto Universal, pasara como cinco horas más tarde, pues nos decía que él podía hacer el trabajito de remolque. Así esperamos, hablamos, pagamos como lo hubiera hecho la mejor grúa de Lima. Finalmente tuvimos que tomar la ruta hacia Ayacucho. No llegamos a conocer Huancavelica.

-Yo lo hubiera colgado de las pelotas, mandaré averiguar por él. No te preocupes, negra.

-Sí, porque nos costó un ojo de la cara. Maldecimos al protestante que hablando de Jehová todo lo veía plata. Porque queríamos llegar a Ayacucho, le aceptamos, y el canalla igual se salió con su gusto. Nos dejó misias. Así conocí esa ciudad, no sin antes tomarnos unas fotos a la espera del hombre ése que debía llegar con el autocar vacío y remolcarnos hasta Ninabamba, donde sí, creíamos mi amiga y yo, nos podían arreglar el carro y donde el clima era más benigno.

-Me imagino que por lo menos durmieron bien.

-En esa casa, unas pieles de carnero eran nuestro abrigo ¿Te imaginas? Unas pieles con garrapata y todo, gordo. ¿Qué íbamos a hacer? No había más que unas mantas pesadas con olor a pezuña para abrigarse. No las aceptamos. Mientras fumábamos, el serrano, que al parecer, había estado con su radio a pilas prendida toda la noche, escuchaba huaynos y sólo huaynos. ¡Un queso, te imaginas! Nos miraba y nosotras también a él, hasta que de cansancio nos fuimos durmiendo de a pocos, y después pasó lo que tuvo que pasar y que ahora mismo te lo relato.

-Me lo dices en el hotel, te tengo ganas, vamos. Ya pagué la cuenta.

-Si, negro, tienes razón, vamos gordo.



No sabía Gabriel que por medio de aquel amor estaba duplicando su ser, que por medio de aquel amor se unía de alguna manera a Dios. Mirándose al espejo se convenció de que tenía un esbelto cuerpo de soldado, de formas sólidas, capaz de sentir los goces más impuros, pero también los goces puros e inefables de la pasión más tierna, noble y grande. Se preguntaba: *¿Por qué busco la soledad amando así?* Pensó en Benito, a quien acababa de conocer en una breve visita a la Escuela de Aviación porque le gustaban los desfiles del día de la Fuerza

Aérea y su tío era oficial. Benito, cuando se le cruzó por casualidad, le extendió la mano, le habló con estas palabras que siempre recordaría: *Tengo el cuerpo sudadito, hirviendo, me voy para la cuadra a ducharme*. Ante la insistencia de Gabriel por averiguar el número de municiones que suelen llevar los fusiles en la cacerina, le habló brevemente con toda la cortesía con que suelen hacerlo los cadetes militares, y nada más. Le recibió su tarjeta de visita y se marchó al paso ligero, llevaba su fusil. Ingenuo debió ser Gabriel, pues desde que le vio creyó que ambos se necesitaban. En el fondo eran como las dos caras de una moneda juntadas por un mismo destino, pero todavía no se amaban entrañablemente. Había aprendido a conocer, a temer, a desear la soledad y a ocultarse de ella, pero también a entregarse, con ella, al placer sublime de las emociones internas. Cada uno a su manera. Benito, con ellas; Gabriel, con ellos, los hombres. Gabriel sabía que el amor se deja sentir; la amistad, merecer, porque es el producto de la estimación. Sabía, también, que el amor no se nutre más que de desechos y querellas, de celos y reconciliaciones, de dudas y de esperanzas; por eso no quería enamorarse de veras (todavía) de aquel muchacho, cuando en verdad desde que lo vio uniformado sintió un fuego interno, sintió que algo en él, como la primera vez, estaba traicionando su hombría. Se quedó quieto, meditabundo, presintiendo lo inminente. ¿Por qué enamorarse en estos malditos tiempos? Si el amor siempre se le había mostrado iluso, como son todas las afecciones de un corazón mortal. Por eso ahora Gabriel se sentía un ser desgraciado, un alma penitente, desgarrada; cuando miraba tenía el semblante desvelado por sueños e ilusiones lejanas.

¿Por qué amarte, Benito? Si cuando él sentía por ti el deseo de amar, cuando sabía que estaba próximo a comprender el amor, algo pasó: tú lo traicionaste, te marchaste para siempre. Sólo entonces, ¡qué ironía!, él comprendió que te amaba más, pero ya era tarde. Era como cuando la esperanza muerta apaga los deseos; entonces se ve llegar a lo lejos nuevamente a la soledad, en la que el sueño que mata deja, en fin, de ser concebido.

Se juró que ya no iba a volver más a amar. ¡Ja! Se persignó incluso, dándose unos golpecitos en el pecho, toda una víctima. Mas, traicionándose a sí mismo, en el fondo de su ser abrigaba las esperanzas de otra vez amar a alguien, borrar el amor de Benito con otro gran amor más grande que ese amor. ¿Qué ingredientes necesitaba? Necesitaba vestirse como un maniquí, ser un tipo *free lance*: *Si Mister Hyde tuvo dos caras, ¿por qué no puedo tener yo más? Mon Dieu*. Necesitaba estar conmovido por la hermosura de otro varón, también por su corazón. Hegel dice que lo bello es esencialmente espiritual. Gabriel estaba de acuerdo. Necesitaba ser poseído y poseer dos ojos que lo abrazaran con su fuego. Pero, ¡maldita sea!, para qué amar si sabía bien que los amantes, en estos tiempos de la modernidad, rara vez no son interesados y lo dejan a uno por querer amar a alguien. Siempre lo dejan por otros. Sabía él que hoy casi todo es moneda falsa, que hay piedras de toque para toda clase de monedas. Su amor, el amor gay que sentía, era un amor todavía cándido, moldeable, se parecía mucho a aquellos metales susceptibles a la falsificación. *Como las pulseras brugge*, se dijo, recordando aquellas palabras aprendidas de su amiga, la negra Peter, a quien le encantaba terminar sus horas de borrachera abrazada al lado de Carlitos Cacho y de otros parroquianos de la discoteca Gitano. También se recordó con ellos y otras "amigachas" en un centenario y vetusto bar de mala muerte de la Colmena llamado El Peñón, donde iban a naufragar las putas y los bandoleros de la gran ciudad. Gabriel había leído en algún manual que se necesita de tres pruebas para asegurar su buen temple de un romance duradero. El amor de un gay *underground D'Fashion* -lo sabía, y por eso se sentía desconsolado- necesitaba de mil pruebas para responder a su legitimidad. En primer lugar, para no sentirse defraudado, Gabriel requería hacer las pruebas de amor, las preguntitas de siempre sobre el signo zodiacal, los artistas, la

música de moda, la ubicación de la casa donde residía el pretendiente, el color del coche comprado, la marca de ropa que él usaba, la talla de los zapatos, el grosor de las piernas, los gustos y preferencias, entre otros detalles pueriles. Todo eso –según Gabriel- para no volverse a equivocar. Gabriel lo anhelaba así con el primer cadete de cualquier instituto armado que se le presentase a la primera oportunidad como posibilidad de amante. El resto lo dejaría en sus manos habilidosas, repletas de pasión e ingenio, pues se suponía a esas alturas de la vida un chico gay hartamente trajinado, experto, atracador, un cazador innato. El mejor de la ciudad.

El *casting*, como se le había recomendado su velludo amigo Horacio Muro Rejas, experto en cosas del teatro y de adicción a la cocaína, era importantísimo, básico en cuestiones de amor y pretendientes. *¿Qué fue de Horacio? Tal vez se lo llevó ya la pelona.* Otros amigos le habían recomendado que antes de aceptar cualquier compromiso formal primeramente les debía medir el largo y el grosor del pene a esos amantes. Además, Gabriel no quería volver a equivocarse en otras cuestiones que Gabriel consideraba importantes. Necesitaba sentirse amado de veras, necesitaba hacerle la prueba... ¿de Elisa?...del dinero, del tiempo y de la sinceridad, para comenzar a pensar en serio. Sabía que algunos de sus amigos se habían dormido amando a un varón con toda su alma y al despertar aquél les había desvalijado. *Por eso yo prefiero a los militares, se les ve tan bien con ese uniforme, tan guapos, viriles y tranquilos. Sí, eso debo hacer, para que no me pase ninguna desgracia como a las otras. ¡Qué difícil es tener pareja! Tiraré esta pulsera de oro. Total, el cuero y las cadenitas de Cartier me parecen algo passé.* A él, Benito no le había robado sino un pedazo de vida. Aún así recordarlo, llevar su recuerdo, era como soportar con estoicismo una espina clavada en la herida del alma. Por eso, a solas, de cuando en cuando lloraba. Alguien alguna vez le dijo: *Nunca te enamores, no seas cojuda, tú eres guapísima, una luminaria, tu eres un chico regio, un modelo de televisión, si te enamoras, tarde o temprano te cagarán y tu pareja se irá con otro. ¿Y sabes por qué? Porque caras vemos, pero no corazones. Así es el amor gay; al comienzo el amante es un vendaval de sueños, cuando llega nos ilusiona, nos endulza la vida, después, te descubre la desnudez de las más espantosas amarguras.* Y él le había preguntado por qué diablos no enamorarse. Aquel amigo le había contestado: *Es que nosotros somos como los niños que juegan con cuchillos, siempre buscamos el amor, la bendita pareja y casi siempre recibimos heridas.* Desde entonces Gabriel se sintió un ángel negro, un ángel a quien el mundo le corta las alas para que no pueda volar al cielo, fuego fatuo, una mariposa sobre el candelero, brisa de primavera. En sus sueños él corría, saltaba, revoloteaba, se burlaba del mundo, cantaba, lloraba; todo al mismo tiempo. Aún así no dejaba de pensar en el muchacho que conoció: Benito Medinaceli.



-Prefiero a un hombre que se me parezca, al que pueda acercarme en un mismo nivel, por decirlo así; un amante que sea también un compañero de ruta y de peligro, como tú, Benito.

-Pero, ¿por qué yo?

-Porque me he enamorado de ti. ¿No querrás que se lo cuente a mi madre y a mi tío?

- Gabriel, tú buscas una relación estable, yo no te puedo ofrecer esa relación estable, pues no me siento gay. A mí me gustan las mujeres.

- No necesitas sentirlo, Benito, pienso que lo ideal es dejarlo al tiempo.

- Gabriel, tú estás chueco, eres árbol torcido, no te das cuenta que ambos somos varones. De haber sabido antes que eras loca no hubiera acudido a esta

cita. No pareces una cabra, Gabriel, yo pensé que los homosexuales tienen que estar necesariamente maquillados y vestidos de mujer.

-Te equivocaste, mi amor. Yo te enseñaré a diferenciar. ¿Quién puede entender mejor a un varón que otro varón? ¿Quién puede entender más lo que le gusta a un varón que otro varón? Escucha mi primera lección: Una mujer es un animal distinto al hombre, tiene otras características. Un varón puede ser padre, hermano, amigo, amante, hijo; puede ser todo. Creo que la relación homosexual es la más fuerte que existe.

-Bueno, es tu opción sexual. ¡Me voy!

-No Benito, *please*, es que no me entiendes, *baby*, aquí no se trata de elegir ser homosexual, nadie que sale del vientre de su madre opta por ser homosexual, no; tú no eres homosexual, tú no lo eres.

Gabriel le sujeta del brazo, le ruega, le hace cosquillitas, le hace reír. Benito se repone, se acuerda de su coronel, frunce el ceño, quiere volverse iracundo pero algo de su ser lo traiciona, le dice que le tome en cuenta a esa personita. Vuelve a tomar asiento. Enciende un cigarrillo.

-¿Qué es la homosexualidad para ti? Háblame de esas cosas, me interesa como cultura general.

-Es una manera de ser sexual; mi manera de ser sexual es la de gustarme los chicos -que saben follar- en lugar de gustarme las chicas tontas. Pero no opté, yo no elegí, Benito. ¡Nací elegido! Creo en el fondo, Benito, que tu dilema es salir o no del armario, del "closet". Yo te ayudaré aunque tenga que romper a trompadas ese armario, isí, mi amor!

-¿Cómo te atreves a decir semejante estupidez? - repone Benito airado, pensando abofetearlo, clavarle las manos en la garganta, ahorcarlo.- ¡Eres un pobre infeliz!

-Sí, soy un infeliz, pero que se acepta como tal.

-Yo, en cambio, no soy ni pretendo serlo. Es más, la homosexualidad siempre ha sido mal vista, ha sido repudiada. Aunque algún día me gustaría escribir sobre este tema, pues además de la Aviación me gusta la literatura y el canto. Yo escribo novelas.

-Qué poco sabes sobre esto, Benito. En la antigüedad la homosexualidad no era mal vista, era más bien una virtud. Además, allá no existía un tipo humano puramente homosexual. Toda esa gente se casaba, pero también tenía sus amantes; es más, tenían la libertad de elegir. De ninguna manera era su sexualidad producto de la obsesión o de una compulsión, como ocurre en nuestros días.

- Sé algo, Gabriel, pero por lecturas. Recuerdo haber leído un sugerente relato: *Amantes, felices amantes*, de Valery Larbaud, donde se da una homosexualidad femenina más perdonable.

-Al contrario, Benito, creo que la homosexualidad masculina es más perdonable, por nuestra misma condición doble.

-No te entiendo, pero en todo caso debe ser encantador ver a dos lesbianas hacerse el amor, jugar entre ellas -sonríe Benito, pensando en Isabel y otras mujeres.

-No sé si leíste *Memorias de Adriano*.

-¿Memorias de qué? ¡Ah!...Por supuesto, ¡qué novela histórica encantadora! La escribió Margarite Yourcenar.

-Claaaaaaro; yo quiero ser Adriano; acéptame, Benito.

-No seas injusto contigo mismo -le contesta Benito reprochándolo. -Pretender que yo sea tu Antinoo, tu gran amor; noooooo... ¡Ni de vainas! No seas injusto contigo mismo.

-¿Pero por qué, Benito? El amor no tiene fronteras, es como el sueño. Te cuento para que lo escribas. Recuerdo a un viejo de setenta años que me

contó un día su sueño. Lo conocí en una de mis andanzas, llamado por el placer. Aquél, al parecer, había visto un robusto árbol sobre el acantilado de la playa, frente a Magdalena, que lo impresionó. Se acercó al árbol. En sus sueños veía que sólo la mitad de aquel árbol estaba enraizada en la tierra, las otras raíces se extendían como cabelleras ondulantes al viento hacia el vacío. Era un día brumoso y él respiraba ese aire líquido azul-celeste, verde-rojizo, cósmico, salino, húmedo de neblina, y se sentía afligido (como hoy me siento por ti, huevoncito) porque aquellas cabelleras se alejaban trenzándose a la luna. Luego, cuando se había empapado de esa melaza azul-celeste, verde-rojiza, de sudor, sucede lo maravilloso, lo indescriptible: el árbol estaba suspendido como un paracaídas bajo el árbol, no caía. ¿Te imaginas, Benito? ¡Por Dios, no caía!, estaba suspendido. ¿Sería aquel sueño parte de algún anuncio de que el pobre viejo drogadicto se iba a morir? ¿Eran sus alucinaciones de siempre? ¿Por qué diablos no caía el árbol, si nada ya lo soportaba ni lo detenía? Pienso que el viejo asqueroso se pasó de tiros. Quizá fue la melaza. Quizá las cabelleras atrapadas por la luna. Creo que fue más bien un proceso de sacralización e individualización de vida. Sabes, me gustaría conocer alguna vez el árbol *tula* y recibir unas infusiones de flores *tulasi*. ¿Qué tal tu-la tienes, Benito? Me moriría feliz sabiendo que hay también árboles invertidos y que tendré el día de mi muerte, bajo la lengua, unos pétalos de flor *tulasi*.

-Yo soy de los que piensan que el amor es un desorden. Estoy de acuerdo con Thomas Mann cuando dice que el genio es un desorden. Adriano se desmorona cuando Antinoo muere. A partir de esa muerte, Adriano se equivoca sobre el grado de felicidad y de seguridad que aporta a su joven amigo; se vuelve ciertamente odioso, como tú, Gabriel, hundido en los placeres fáciles y en una rutina propia de los letrados y tinterillos. Bueno, tú eres abogado, es tu profesión, pero no malogres tu vida por favor, eres muy joven, un recién graduado, eso me lo dijiste por teléfono en nuestra primera comunicación, algo te puede pasar. Los homosexuales siempre terminan mal, eso lo sé, eso lo he leído. ¿Acaso no ves a diario asesinatos, escándalos, desgracias que les suceden?

-Yo sé cuidarme, Benito. Hagamos entonces a la inversa, tú serás Adriano y yo, tu Antinoo - bromea Gabriel.

-Quiero ser yo mismo, ¡Benito! ¡Benito! ... ¡San Benito!



Me casé en el día de los Inocentes, como para no creerlo, Benito. Y el cura casi no nos casa, puesto que las vueltas que le hice dar al cochero por toda la ciudad fueron suficientes como para llegar con dos horas de retraso. Hasta el día de mi boda yo era una santa, era muy inocente, Benito; con decirte que en esos tiempos de mucha felicidad y menos peligros nadie usaba el preservativo -yo nunca lo había visto antes. Tampoco sabía bien de los ritos del coito, de la esterilización, del niño probeta, de la clonación, de la eutanasia y de tanta vaina que ahora se ve por los diarios, la televisión o las películas. ¡Qué inocente era yo! Hasta que llegó lo esperado: el día de mi boda cambió mi vida. A Julio Adolfo César -yo le digo César porque es más corto- su amigo Fernando Carrillones (su compañero de armas, amigo de barrio y de aventuras) le prestó una espada porque la de él quedó extraviada; dice él que se la robaron de su auto un día que se fue de comisión a la Plaza de la Bandera, siendo alférez. Si será verdad. Para mí que se la obsequió a su primera querida y no tuvo cómo lucirse, haciendo el cruce de espadas en otros matrimonios. En cuanto a mí, yo andaba muy nerviosa y ansiosa de tenerlo todo muy controlado, tú sabes cómo son en la Aviación. Por fuera flores, por dentro temblores, hijo. La gente es muy dada al cuchicheo, al dime con quién andas y te diré quién eres, anda inventándose cada historia y no siempre habla bien de

los novios. Son quisquillosos. Aunque en la noche de bodas hayan tenido hartito de tragar y beber -disculpa la grosería de mi expresión, pero es así- son bastante fingidos e hipócritas; pero yo, en tantos años al lado de ellos, ya he aprendido a conocerlos y a sobrellevarlos, lo que es más importante. A mí me prestaron un vestido de novia. ¡No!, me rectifico: lo alquilé, a través de un aviso en El Comercio. Decía que lo habían usado Paquita Miroquesada y Susanita Garland de la Puente. Mi padre feliz, porque decía él que eso era un buen augurio, que yo iba a ser tan feliz como ellas e iba tener mucho dinero. ¡Ay, hijo! Si supieras, el dinero que César gana como coronel en qué se va; se va en mujeeeeeeeeeres... en mujeeeeeeeeeres... ¡qué barbaridad! Y yo, aunque era muy inocente, me casaba feliz de la vida por fuera, muy radiante, derrochando sonrisas, recibiendo todo tipo de halagos y felicitaciones. Pero por dentro algo había en mí que me hacía sentir desganada y triste; quizá ese bichito que ya me picaba desde mucho antes sobre la terrible verdad, sobre lo infeliz que me iba a sentir años después al descubrir que mi marido no era un angelito y que encima era un cínico, un perverso, un tremendo semental en el arte de inventar servicios y comisiones, cuando bien me contaban mis amigas -las esposas de oficiales y subalternos- las perradas que me hacía con una y otra mujer. ¡Qué barbaridad! Mejor no nos hubiésemos casado. Así, Benito, tú y yo no tendríamos atadura alguna y, quién sabe, seríamos más que amantes. ¿Desganada y triste por casarme? Claro hijo, tú sabes que eso te cambia la vida: o te hace feliz o te hace desdichada. Yo me casaba desganada y triste, me dolía dejar la casa de mis abuelos, me dolía saber que mis padres se iban a quedar muy solos, sin mi cariño, y yo sin el que tanto recibía de ellos. Por eso es que casi no voy al templo. Le pedí al cochero que se demorara, deseaba con todas las ganas del mundo escribir un poema, encerrarme en mi pieza, como siempre hacía desde muy niña. Vivir dentro de mi habitación, disfrutando de mi soledad entre cuatro paredes, fue decisivo para soñar con ser escritora. Sí, hijo, yo leía mucho y me instruía de acuerdo a tanta poesía y novela que devoraba siguiendo los estilos de Alfredo Bryce, Isabel Allende, Julio Cortázar y otros. Me leía la correspondencia de Jonathan Swift, Laurence Sterne, Voltaire y otros escritores quizás no tan conocidos y les escribía a ellos epístolas melancólicas como ejercicio de la mente y del afecto. Sabía que nunca me iban a responder, qué importaba. Esa era yo. En mi recámara solía recitar mucho. Sé, por ejemplo, *Los Heraldos Negros* de Vallejo: "*Hay golpes en la vida* " Y cuando estuve en el altar también lo hice. Recité y me escucharon. Mi novio me dio un pellizco: *No te hagas la payasa, mantén la compostura, Isabel*, me dijo, y yo, quietecita, me acordaba de *Los Dados Eternos*: "*Dios mío, estoy llorando por el ser que vivo...*" Entonces me acordé de Cantinflas, de sus películas y del largometraje que es mi vida, de las ruidosas latas saltando por las calles con nosotros. Me acordé de nuestro oscuro coche nupcial que las arrastraba sin compasión mediante un lazo, y preferí pensar en que yo era una de esas latas; también él, pensé en su vida, y me maté de risa. Y César: *Por última vez, ¡no te rías! Estás llamando la atención de los fotógrafos y de mis tías. ¿Qué dirán mis viejos y mis compañeros de promoción?* Luego vinieron largas colas de familiares y amigos para saludarnos; nos casábamos en la Iglesia Virgen del Pilar, que no es poca cosa, bebé, está en San Isidro. Y yo, feliz por fuera, uniéndome en nupcias con un vestido alquilado, usado, -dicen, y a quién le consta- por damas de la alta sociedad y clase, como Paquita Miroquesada y Susanita Garland de la Puente. ¡Yo quería ser escritora! Luego me vi bailando con todos sus amigos, ellos le guiñaban el ojo y le decían despacito: *Lo que va a gritar; ya parará la mano César, mi promo*. Otros se confesaban: *Por fin sentarás cabeza. Ya era hora, César, ella parece la firme; no tiene mala cara y se le ve muy paloma*. ¡Tantas sandeces, imagínate!

¿Quieres que te hable un poco de las cosas que me hace el infiel de César, mi marido? Me duele decirlo -no debería hacerlo-, pero para que me comprendas y me dignifiques como mujer, pues no soy una cualquiera, soy una dama respetable. Te cuento que una comadre me dice un día, tomando un té: *Tu marido está con una fulanita muy creída, pero que vale nada a tu lado. Mándalo seguir, tonta. Contrata a un detective privado para que así lo puedas desenmascarar, seguro que traen fotos, videos, datos de dónde se alojan, qué tipo de vida lleva. Hazlo como lo hacen en la televisión, no seas idiota.* El tipo ese, mi detective, un tal James Benavente, buen hombre, se puso a seguirlo cada tarde, esperándolo pacientemente en su auto polarizado a la salida de la Escuela de Aviación. Y así fue: los reportes trimestrales me dejaron pasmada, mi marido es un "perro", y si yo fuera como él sería simplemente una "perra", una gran "puerca". Y yo estoy contigo porque... ¡ay!, porque eres interesante, escribes y publicas, tienes un alma noble, dices que te agrado y... veamos lo que sucede, para qué adelantarnos. Démonos tiempo, cariño. Tú eres especial, diferente: la promesa del marido que realmente se porta a la altura de mis expectativas. Imagínate que una noche mi marido tuvo el cinismo de contarme cómo me sacó la vuelta con otra mujer. Yo lo escuché callada, estábamos en la cama y no recuerdo por qué discutíamos. César, con tremendo desparpajo, me contó algo que ya, más o menos, andaba sabiendo por el detective James Benavente y las amigas que una tiene. Creo que si no nos agarramos a golpes fue porque yo soy una mujer muy centrada y decente, una señora que merece respeto y desea que no la toquen ni con el pétalo de una rosa, aunque esas manos prodiguen el amor más limpio y puro. Nuestras dos hijas felizmente han salido a mí, y ahora residen en el extranjero. Están bien casadas y felices de la vida. Viven en Miami. Pero de niñas fueron influenciadas por su padre, quien las engreía y les complacía sus gustos, muy regalón él. Tuve grandes problemas, pues yo me resistía a abandonar la poesía, mi gran pasión, mi lado oculto de sensibilidad, y ellas me decían: *Dice papá, ¿para qué escribes?* Yo las miraba en silencio y algo dentro de mí moría, se retorció de dolor en su agonía. Y ellas: *¿Cuándo, por fin, vas a publicar, mamá? Papá dice que andas perdiendo el tiempo en cosas raras.* Y quién le decía a él algo cuando fuera de la Escuela de Aviación, de la Villa Militar, se le veía exhibiéndose con mujeres baratas en el auto que le compré; y quién le decía a él algo cuando usaba camisas hawaianas compradas sabe Dios dónde para irse de juerga con esas, también ternos de color chillón; y yo me remendaba mis vestidos o los mandaba a la costurera, cuando habían pasado de moda, para darles una nueva vida, cuando, además, yo le complacía en todo y le daba sus gustitos, y él ni fu, ni fa. Parecía sentirse hastiado, empachado de mí, nunca estaba satisfecho. *¿Vamos a la playa? ¿Vamos al casino? ¿Al cine? Mi amor, ¿deseas que te prepare esto? Cesitar, ¿por qué no acampamos en las playas del sur?* Y él: *No tengo tiempo, después será.* ¡Qué aburrido! *Esos trajines son para desocupados, locos o chiquillos, yo no sueño fantasías, como sueñan los poetas; sé realista mujer, aterrizá, ya estás casada conmigo y a mí no me vengas con idioteces, deja esos libros que te trastornan la cabeza, que te hacen pensar en pajaritos, musas y tanta cojudez.* Y yo era la gordita infeliz que lloraba por dentro, pues buscaba mi alma gemela. ¡No me cortes el aire! ¡No me sepultes! ¡Déjame vivir! A nadie le hago daño escribiendo; además, la poesía cuando la recito, la leo y escribo, me ayuda a compartir mi soledad. Le decía: *Ya que no soy feliz, quiero que otros lo sean.* Y así, andando el tiempo, fui pensando que escribía sin publicar para la gente que calla. *Hablo por los amantes,* le decía, haciendo alusión, además, a sus cochinas y a mi estado de desesperación y abstinencia, pues vivía largo tiempo sin ser tocada. Necesito un amante, pensaba; pero me resistía a aceptar que esto que pedía, mi fuego interior, debía cristalizarse, hasta que tú llegaste, Benito. Sí, cuando

llegaste dije una vez más: ¡Necesito un amante! Alguien que me tape al dormir -o que me destape-, que me dé besos -yo no sé besar bien-, y que esté conmigo en las buenas y malas, alguien que tenga mi propia sensibilidad, que ría conmigo y que llore en mi hombro. *¿Qué sabes del verdadero amor?*, se lo pregunté una noche y él me contestó como siempre malcriado: *Tú lo que necesitas, gorda, no es alguien que llore en tu hombro, sino que te ponga al hombro. ¡Qué mujer!* Se reía de mí, hasta que hice todos los esfuerzos por adelgazar, asistir a sesiones de aeróbicos, tener una buena figura, como ahora. Pero él, nada. El vicio por las mujeres y el querer ascender en su jerarquía lo han tenido siempre trastornado: *Isabel, deja esa mierda, esas huevadas, esos libros. Vende tus terrenos, no pierdas tu tiempo, pon un negocio de turismo o de corretaje; el dinero es lo que vale en este mundo, ¡el amor no existe!* Entonces, me decía yo misma: Mi marido nunca lee las cosas que escribo, mi marido nunca me apoya en mis ideas, él anda "ocupado". Cuando le enseño mis escritos dice que no tiene tiempo, que anda en planes operativos, de servicio o de comisión, no conoce mi alma... mi verdadera alma, Benito. Ahora las calles de mi cuerpo se abren a tus manos. Quiero ser tocada, mancillada. Mi espíritu no lo acepta, pero está predispuesto a todo, pues la carne es débil. Mi corazón, físicamente, es como una burbuja que se ha hecho dura y que hay que punzar. ¿Acaso no respiro por la herida? ¿No soy el típico caso de una mujer casada que hace todo lo posible por conseguir del esposo su fidelidad y que además pide una migaja de ternura, una pizca de cariño? *¿Estás aguantada?* Disculpa, yo no soy una mujer de sobar como lo hacen las putitas, sino de su hogar. César tiene la culpa de que me sienta así, quebrada en la intimidad, que deje volar mi fantasía por otros rumbos insospechados, que me acueste contigo y me levante con los labios que saben a caricias irrepetibles. ¿El amor? El amor es el motor de todos mis sueños, de mis fantasías, también de mis escritos, al que le invento un rostro. Por eso me gusta que seas escritor, Benito, que sientas con esa misma sensibilidad y cultura lo que una siente. ¡Qué lindo! Tú y yo hablando el mismo idioma. En cambio con César, otra es mi realidad. Lo que para él es pecado, para mí es un don, es una virtud; lo que para él es oscuridad, para mí es luz; lo que para él es obsesión -tal fue mi interés por la poesía que él mandó hacer desaparecer todos mis escritos- para mí es oxígeno, mi manantial. Tú estás siendo mi agua, Benito. Tú mi oxígeno, Benito. Me gustas porque eres tierno, engreído, cándido. Me he enterado que te gusta cantar entre los cadetes música romántica y rancheras, qué bien, a mí todos esos repertorios me ponen la piel a cien grados de sensibilidad. Es que, como tú, soy romántica. Pues te cuento, y quiero que no se lo cuentes a nadie. Prométemelo. ¿Sí? Bueno. Al dejar de escribir abandoné la felicidad que sentía ante una puesta del sol, ante el arco iris que tanto me gustaba contemplar. Dejé de lado mi costumbre de empaparme de lluvia, dejé de correr por los campos, dejé de escuchar los sonidos de las olas del mar, me desinteresó el trino y gorjeo de los pájaros... ¡Yo no quería vivir! Después, algo pasó, ¿cómo explicarlo? A escondidas de Cesar me gustó eso de putear fabulando, imaginando que realmente soy feliz y correspondida; quise, leyendo y escribiendo a escondidas, desquitarme de él. ¡Sí, putear! Putear con las palabras. Ahora he vuelto a escribir y me 'empierno' con los géneros. Mi estilo es húmedo, jugoso, cuando escribo voy sintiendo lentamente el orgasmo. Quiero dejar de escribir y me siento coja, manca, como que no tengo manos ni pies; mi corazón no puede con su genio y hace garabatos y poemas muy logrados. Dos almas dentro de mí logran enamorarse, mi pluma es mi cómplice, contigo estoy experimentando mi teoría de la cibernética metodológica del amor. ¿Que te hable de mi soledad? ¡Ay, Benito! Mi soledad es térmica, espacial, cosmopolita, es la soledad de todos, yo hablo por todos, yo me revuelco con mi soledad en trance de sensualidad; me

cosquillea, me atrapa, me desgarrar, me relaja tanto que a veces deseo pedirle prestado su escudo y lanza al Quijote e ir en compañía de Sancho Panza a tu encuentro.

-¿A mí encuentro, Isabel? Discúlpame Isabel, el Quijote soy yo, voy al encuentro de mi Dulcinea, que eres tú, Isabelita.

-¡Qué dichosa me haces! Sí, vivamos nuestra propia novela. Cuántas veces vi condones en la camisa de César, y no era que César; mi esposo, fuera precavido. De cólera quería pincharlos con una aguja, pero igual los dejaba ahí en sus bolsillos, haciéndome la desinteresada, tragando mi cólera. Peor que tenga hijos en la calle y les quiten el pan a mis hijas. Cuando mi marido regresaba de un viaje, andaba con mucho misterio. Una vez encontré en su carro unos calzones que no eran míos ni de mis hijas. ¿De quién eran, por Dios? ¿De quién eran? Olían feo, a huevo podrido, a leche cortada, a ramera, a mujer barata. Muchas veces bajo los asientos y en la guantera, haciéndome la idiota, encontré rimel, lápices labiales, perfumes que olían a orín de gato y no propiamente a Chanel. También fotos de cuerpos desnudos con caras recordadas. Cuántas veces he visto comprobantes de hoteles baratos, y yo tenía que chuparme el dedo.

-No te lo puedo creer, Isabel. Vamos, abrázame.

-Sí, *Sietevidas*. Una vez, cuando mandaba a lavar su terno, encontré mensajitos de amor, hasta un chocolate, y no era propiamente para mí, porque decía él que eso me engordaba. Fíjate tú, a otra sí lo regalaba. ¿Sabes cuáles son mis condiciones materiales para escribir? Te resumo y lo anoto: menos tengo, más escribo.

-No me hables más de tu esposo por ahora, eso te hace sufrir y yo sufro viéndote sufrir. Vamos a tu habitación, tengo frío.

En la cama las sensaciones se hacían corpóreas, tomaban formas de animales que cantaban, mordían, desgarraban, restregaban sus pieles de una suavidad de pétalos. Era el placer. Se olfateaban para luego devorarse a besos en cada rincón antes prohibido: en las axilas, en los muslos; hundían sus hocicos en sus nalgas, se enroscaban a sus miembros y sus miembros se deslizaban entre sus piernas queriendo todo, dejando a su paso un tibio sudor como gotas de miel.



Mientras marchaban, el cadete Benito Medinaceli dejaba de acariciar, en su mente, la última noche con la esposa del coronel Julio Adolfo César Moreno Berbe. No importaba que lo sancionasen ahora por perder el paso, por falta de atención. En su memoria, distrayéndole de la rutina militar, la esposa del Coronel: desnuda como vino al mundo. Venus. Los recuerdos de Benito Medinaceli no se referían únicamente al amor con nobleza de dos cuerpos que se atraen, sino al modo y esencia de relacionarse. Benito Medinaceli pensaba que con el amor y por el amor era una manera de escapar a la sordidez de la rutina, a los embates de la duda estéril, era otra manera de saberse enamorados y de salvarse del naufragio. Ella -recordó- le puso en su boca uno de esos senos descomunales, oliendo a leche tibia, a alfalfa, a jamón inglés. Hasta le pareció que aquel seno izquierdo que lo amamantó (y no porque tuviera tendencias comunistas) era el más grande, en comparación al derecho y a cuantos había visto en este mundo. Isabel, la esposa del coronel, apretaba los galones del marido y, mirándolo a él, adolescente púber, soltaba un leve suspiro. Era una voz agradecida por aquellos dedos y lengua que ahora se introducían dentro de sus pliegues, sintiendo el perfume de polvos usados, de almizcle y loción francesa, de jabón de *Yardlex* y vaselina perfumada, bajo las sábanas tibias. En su recuerdo Isabel caía de rodillas, suplicaba, le ordenaba desnudarse, y él, tímido, cumplía las

órdenes con gestos firmes, seguros. Después ella, plena de devoción, tragaba la saliva, el último escupitajo, con un gritito de placer estentóreo, con un aullido más bien subliminal, porque sabía bien que sus manos devotas estaban aprendiendo (recordando y quizá instruyéndose una vez más) a correr el cierre, a desamarrar los borceguíes y a desabotonar el pantalón del adolescente de pie ante ella.



Isabel me miraba y decía:

- Eres como un niño, por eso te quiero.

- Yo me derrito por ti también, niña, parezco un helado - bromeábamos

Era evidente que entre ella y yo había atracción, pese a los abismos de nuestra relación que era la diferencia de edad y el hecho de que ella estaba casada con mi jefe. Aún así, esa roca se abría de vez en cuando a su corazón y al mío. Pensaba que si acudía a ella o me aproximaba en demasía, su esposo, con un disparo, podía volarme la tapa de los sesos. Y las veces que llamó, ella me decía que yo era un niño, y yo, creyéndome en el fondo todavía un niño, no dejaba de pensar en mi niñez, dulce niñez. Pensaba en Huancavelica, ciudad de este país, y de otros del mundo, que yo llamo *El País de los Sufrientes*. Pensaba además en la escuelita fiscal al pie del río Yananaco donde me eduqué de niño. Pensaba en los días felices en que cavaron las zanjas en los patios de la escuela y hallaron vasijas de antiguas culturas prehispánicas, también ollas de barro repletas de brazaletes de oro y plata. ¿Dónde estaban? ¿Quién se las llevó? No lo recordaba. Mis amigos, cómo los extraño, eran unos pequeños indígenas que bajaban de las punas, descalzos, a estudiar nuestras primeras lecciones. La profesora, mujer tetona de exuberantes caderas, recuerdo que tenía por nosotros una abnegación espiritual indoblegable. Escuchando sus predicaciones, nosotros sentíamos derramarse cada mañana la tenue bendición que emanaba de sus palabras. Nos decía: *Deben rechazar al Adán que llevan dentro, renegar de Satanás, buscar la verdad, evitar el pecado en todas sus formas y llamar a Dios por su nombre, procurando honrar su palabra*. Mirando a Isabel sentía que estaba nuevamente con mi profesora y con lo que debió ser mi madre, que efectivamente seguía siendo niño y que ella me estaba enseñando muchos de sus secretos de mujer. Por eso mismo ambos disfrutábamos en lanzarnos gruñidos amorosos nada agresivos. Yo, Benito Medinaceli, percibía en Isabel ese tremendo poder de madre que ejerce la mujer. Y por eso me volvía un indefenso niño a su lado. Isabel me lo hacía creer. A veces, ante una caricia suya yo gruñía amenazadoramente como un tigrillo y luego a ella le mordía en el cuello, en los pezones o en el hombro. Eran mis defensas de pequeño osito. Y ella se regocijaba de placer, me correspondía con chillidos de niña-mujer y gruñidos de leona diciéndome: *Yo soy tu madre*.

-Alguna vez encontrarás a la muchacha de tus sueños y serás muy, pero muy feliz - me repetía Isabel incansablemente.

-No sé si algún día seré feliz- agregaba yo, adivinando mi triste y sombrío futuro.

-Lo serás, mi amor, pero escribiendo... sólo escribiendo y quizá después que hayas muerto. Además, recuerda lo que Andrés Maurois en el prólogo a *Laberintho*, de Borges, señala: *Todo lector involuntariamente rescribe, a su manera, las obras maestras del pasado*.

No le contestaba. Me decía, pensando en el vacío suicida de los acantilados limeños, si saltando la partición que separaba mi inocencia de mi madurez, y saltando desde esos acantilados, podría regresar a aquellos años tiernos, mágicos, casi eternos, en los poblados andinos, con el humus respirando bajo las plantas de mis pies y la vida brotando en mí.

Casi no sabía nada de las muchachas, pero tenía algunas razones para mostrarme cauteloso en mis avances. Siendo más pequeño había asistido en una ocasión a las fiestas de Navidad en una pequeña plaza en el barrio de Santa Bárbara. Abriéndome paso entre la multitud, presencié de pronto lo que era objeto de mi atención: unos danzantes de ropas multicolores. Los llamados negritos se movían voluptuosos, frenéticos y provocadores, haciendo sonar sus sonajas. Miré incrédulo. Allí estaba el *jalamacho*, un ser diabólico con su látigo; su ridícula máscara parecía el pene de un hombre y su nariz era más bien un pedazo de verga, posiblemente la de un buey o de un caballo sacrificado. Salí corriendo, huyendo del *jalamacho* de la larga verga.

¿Qué había hecho yo para que aquel hombre me persiguiera? ¿Qué había hecho yo para que aquella divinidad del mal quisiera azotarme? Ningún hombre tiene derecho a convertir su ardor en violencia aprovechándose de un niño tímido. Sería tal vez algún violador o algún marica; nunca lo sabré, porque al escapar de él lo perdí. Yo era ligero con mis piernas. Ya lo había demostrado el día infeliz en que me quisieron azotar en la escuela. El alumno más fuerte y alto de la clase tenía el encargo del profesor de zurrarme frente a los demás alumnos diez chicotazos. Yo cogí la correa, se la gané en un descuido, lo tumbé al piso, y después de darle del buen chicote partí a la carrera. Aquél día de los dioses vengados el profesor embraveció. Mandó a todo el alumnado perseguirme, intentando alcanzar al insolente Benito Medinaceli. Nunca lo lograron.

En aquella precoz niñez conocí a Iraida. Harina de otro costal era la pequeña, criatura de trenzas, delgaducha como yo, aunque de ojos vivarachos y un aspecto de voraz insistencia raro en alguien tan joven. Vivía con sus padres al pie del cerro San Cristóbal. Yo tenía cierto recelo cuando la visitaba. Le decía que en la punta de ese cerro vivían los *aukis* y también los *pishtacos*. Por eso siempre me abrazaba a ella, como debía haberlo hecho con mi madre. Mientras su hermana y su mamá atendían un pequeño negocio en el mercado, ella permanecía en casa. Por las tardes la metían en su habitación a fin de que fuera desgranando los choclos para hacer humitas, también para que aprendiese a tejer y bordar un poco. Y fue desde aquel retiro en la soledad huancavelicana que Iraida empezó a atormentarme.

Muchas veces, agazapado entre la hierba o tras los costales de granos, oía su trémula respiración, la veía reír. Ella levantaba la mirada y se encontraba con mis ojos inquisidores. Aún recuerdo aquella tarde de toros en que dejaron sola a la pequeña Iraida. Tarde de sol, sin escapulario, en la que nosotros hicimos nuestra propia corrida de toros. Fue la primera vez que corté rabo y orejas. Más orejas que rabo, por ser todavía un chavalillo andino.

Yo le había acompañado a moler el trigo en un batán de piedra.

-Quiero hacer *maschica*- me dijo.

Yo asentí, esperando la primera ocasión para poseerla. Ella se agachó y dejó caer adrede su falda, y se puso a reír. Yo, sintiendo cómo se movían aquellas manitas núbiles, la quise besar. Iraida no se dejó, me empujó. Sentí la ofensa del toro. Me levanté y me eché encima de ella. Metí mi mano. Ella estaba sin calzones, tenía los cachetes al aire, como esperando resfriarse.

-¿Qué quieres?

-Nada -dijo, como si súbitamente hubiese perdido interés. -Sólo quiero jugar, ser tu amigo.

Iraida se puso colorada. Con requiebros de niña tonta intentó hacer una posturita a pesar de su delgadez, e hizo una caída de ojos. Aparté mi mirada en torno a la harina esparcida en el zaguán. La jalé, más bien ella me jaló, me tumbó sobre unas pieles de carnero regadas en el piso. Yo volví a fijarme en sus calzones; vi su piel cobriza, telúrica.

-¿No me encuentras bonita? Bájate los pantalones.

-¿Me los bajo?

-Sí -repuso ella con firmeza envidiable. -Todo el mundo dice que mi hermana es muy bonita porque empieza a estar llenita. Cuando me salga todo a mí yo seré más bonita, ¿no crees?

Entonces algo me transformó, me volvió villano, me volvió de veras torero majo. Me arrojé sobre ella. La abracé. La froté con mi cosita (Ridículo maní) Me convertí en varón a secas. Iraida Poma se defendió, incluso me arañó. Tenía los cabellos revueltos y temblaba como una perra en celo. Yo arremetí. Descubrí su capullito rosado, una breve rayita, y atravesé aquella hendidura mágica. Eso pensé. Quizá a esa edad pensaba que eso mismo de tener caricias de niños era vencer al pecado y al pecador. Al dirigir mi ardiente mirada hacia ella, niña mañosa, advertí su rostro sudoroso. Tenía los pómulos congestionados, la boca húmeda y entreabierta, y los ojos fijos, quietos como las aguas de la laguna de Choclococha. Aquellos ojos, los de Iraida Poma, me miraban pasmados y anhelantes: era la visión más espléndida que jamás había tenido, una visión que en el curso de mis años aprendería a reconocer y amar.

Mi infancia fue la de un niño solitario, sólo los libros fueron mis verdaderos amigos. ¿Que si no tenía amigos en la escuela? Claro que los tenía, Isabel. Pero pronto los perdía: el cambiar de aulas, el cambiar de ciudades, me hacía perderlos tan pronto como creía conocerlos. Aquello me dolía y lloraba el niño que llevo dentro. Pasaba largas temporadas aprendiendo a conocer la soledad, la mía, la soledad de un niño que crecía rodeado de tantos niños pobres. Estos llegaban de las minas y de las comunidades indígenas a estudiar conmigo, y yo nunca me burlaba de ellos, al contrario, mi estima por ellos creció con el tiempo. Ahora sé que el hábito precoz de la soledad es un bien infinito, Isabel. Enseña, hasta cierto punto, a prescindir de las personas, a quererlas más. Por otra parte, nos muestra que hay en el niño un fondo de indiferencia que muy rara vez nos atrevemos a describir, y es que no sabemos percibir cuando los niños viven su propio mundo, un mundo que no es el mismo que el nuestro. Yo también vivía mi mundo; entre tanta tristeza era inmensamente feliz en el mío. Pero ahora quiero recuperar, contigo, esa felicidad perdida, Isabel, quiero que me acompañes a hacerlo -atrévete-amándome, porque, aun cuando soy adulto, en el fondo sigo siendo un niño que desea inmensamente que lo amen. Recuerdo personificado al pequeño Oskar de *El Tambor de Hojalata*. A propósito, ¿viste la película dirigida por Volker Schlöndorff? Qué bien trabaja David Bennet en esa película *El Niño tambor*. No veas en mí un niño desde tu posición de mujer casada y adulta; no, Isabel, Te propongo que asumas más bien el punto de vista de los niños y, sabrás de verdad que nuestro camino es el de las personas que aprenden a conocer y reconocer todo, que aprenden con naturalidad y candor a creer y tener ilusiones, que se muestran idealistas y optimistas, porque saben que van a triunfar en este mundo de sorpresas. Seamos, mi bien, como dos animales jóvenes que buscan su propia identidad.

¿Y que dónde vivía yo? Pues en Huancavelica, una ciudad opaca, muy triste y con hermosas costumbres andinas. Me decían "gringo" los chutitos y a mí nunca me gustaba, detestaba que me dijeran "gringo", deseaba en el fondo de mis entrañas que me dijeran "cholo", porque algo de mi sangre me reclamaba hacia ellos. También sería porque yo nací en un pueblito cubierto de nieves perpetuas llamado Cibelia, al pie del manantial donde permanentemente discurrían hilos de azogue, oropeles y serpentinas, plumas de gallinas ponedoras de huevos de oro, largas uñas de estreptosaurios, máscaras de indómitos guerreros, truchas con escamas azules y ojos fosforescentes. Yo me encargaba de intentar atraparlas con mis pequeñas manos y la canasta de mamá que me servía de red. Las mujeres de aquel pueblo decían, por aquellos años, que estaba encantado. Ojalá que esas

aguas del manantial no me hayan encantado a mí. Ay, Cibelia, cómo te extraño, ciudad querida. Yo, te lo cuento Isabel, renegué muchas veces de ser blanco, de no gozar del cariño infinito de una madre que paraba con mi padre en la capital. Aquellos amigos míos, los *chutitos*, nunca se mostraron totalmente sinceros conmigo. Creo que me temían, me marginaban a su manera. Ellos hablaban poco, hablaban en rondas, se juntaban a comer su *charki* y su canchita con queso que sacaban de sus talegas, mientras hablaban en quechua o cantaban huainitos muy tiernos. Sí, Isabel, aquellos cantos eran tan lastimeros que me hacían evocar a mi madre y padre casi siempre ausentes. Mirando aquellos cerros grises y escuchando el rumor del río Yananaco yo me ponía sensible. Ellos iban a mi escuelita fiscal en ojotas, con sus pantaloncitos destrozados por el mal tiempo y las travesuras. Eran unos pobres niños que se parecían a las criaturas de los mendigos que ahora pululan por toda la ciudad.

¿Que si aprendí algún huainito? Por supuesto, Isabel, yo nunca renegué ni renegaría de mis raíces profundas. Por eso quise aprender el quechua y cuando creí que estaba asimilando, me di cuenta que sólo había memorizado del quechua frases soeces, insultos, palabras gruesas que esos niños querían que aprendiera y nada más. Por eso me iba a pescar al manantial de Cibelia, renegando con mi mirada de niño bobo reflejada en aquellas espumosas aguas. La gente del lugar decía que aquel manantial iba a refrescar con sus aguas a otro poblado cercano al nuestro llamado Corniveleto, en donde abundaban las que se preciaban de honorables familias con los apellidos Berbe, Bécil e Imberbe. Querida Isabel, hoy me arrepiento, creo que si volviera a ser niño no aprendería sino el quechua primero y el castellano después. Antes que militar o escritor me hubiera gustado ser cantante. Escucha estos temas de amor y esperanza de Alberto Plaza, éste de Enrique Iglesias, y estas célebres canciones mejicanas. Escucha por ejemplo ésta canción interpretada por el padre de Enrique, Julio Iglesias:

*Mujer,
Si puedes tú con Dios hablar
Pregúntale si yo alguna vez
Te he dejado de adorar
Y tú,
Quien sabe por donde andarás
Quien sabe que aventura tendrás
Que lejos estás de mí...*

Isabel me contemplaba serena, tierna. Se emocionaba hasta las lágrimas al oírme cantar. En los breves paseos de nuestras citas bastaba verla acariciar a un perro o a una piedra en la playa y se diría que pertenecía a otro reino, donde las palabras nuestras tendrían su sentido, sus razones, el universo sus leyes reconocidas por todos, la sabiduría un lugar, y la inteligencia una irradiación sin sombras. Me contemplaba como si contemplara de frente el mundo, con un amor abstracto, como el de los santos. Había en ella fuegos ignotos que se adivinaban, que parecía o yo creía intuir que no estaban apagados, que eran como cenizas que se iban reavivando con mi presencia. A pesar de su sonrisa de Minerva, tan moderada y hasta un poco distante, cuando me miraba parecía una visionaria; me contemplaba con esos ojos azules en los que se volvía a hallar, intacta, bajo los párpados fatigados, la fría inocencia del niño, del ángel, del ángel hecho diablo, del diablo hecho ángel, ante el mundo que se derrumba. Ella, con sus palabras, con su voz melancólica, parecía invitarme a transpirar en mi propia inspiración. Su voz era la apertura a lo misterioso que iba descubriendo. El pentagrama de nuestros amores era también resultado de una ascesis.

-Cuéntame, Isabel, ¿cómo transcurrió tu infancia? ¿Se parece en algo a la mía?

-Creo que no, Benito.

Me habla. Se esfuerza por hacer un vacío en sí misma, por evocar su propia infancia donde muchas veces soñó con conocer de cerca al famoso Cyrano de Bergerac. Yo sonrío, le cuento que a mí me sucede lo mismo, aunque hubiese preferido conocer el espíritu de Maat.

Me habla para decirme que también escribe, pero que escribe poemas, me los muestra, me lee algunos y no me parecen del todo malos. Tienen cierta frescura e inocencia; no tienen métrica alguna, pero a simple vista parecen poemas de amor, poemas de colegial, poemas de una mujer en la soledad. Ella habla y camina hacia su pequeño escritorio, atestado de libros.

-Yo soy una poetisa frustrada. Mi marido, mi infiel marido, me dijo que no siguiera escribiendo.

-Y tú, Isabel mía, le hiciste mucho caso a tu esposo, te cortaste tú misma las alas, no dejaste que volara la otra Isabel.

-Sí, he comprobado que mi esposo me es infiel, tan infiel que hasta me siento asqueada de tenerlo en mi propia cama, y fíjate que eso no me pasa contigo.

-Te estás desquitando, cobrando tu propia venganza por lo que te hizo César. Ojalá no estemos jugando con fuego. En fin, quizá tan sólo sean presentimientos malos los míos. Ahora cuéntame de ti, amor.

-Mi padre, Jean, fue francés, ¿sabes? Nació en Burdeos, pero vivió mucho tiempo en Mont-Noir y Sicilia. Después viajó por motivos de la Segunda Guerra Mundial y porque era un perseguido de los nazis. Emigró a Latinoamérica con su esposa, mi madre, Martine, pero la pobre ya hace mucho tiempo que murió de una fiebre puerperal, como tantas parturientas de aquellos tiempos, víctima de una hemorragia abdominal y de la escasa asepsia en el campo. Es que además tenía tuberculosis. Los recuerdos que tengo de ellos, de Jean y Martine son muy grandes; inolvidables, diría yo. Mira esta foto. Aquí estamos en Bruselas, era el año sesenta, ¡cómo pasa el tiempo! ¿no? Son más de treinta años transcurridos. Yo no recuerdo muy bien esa ciudad, además durante estos treinta años habrá cambiado horrores; así es Europa, se renueva día a día. La última vez que fui sola lo hice hasta Madrid y Ámsterdam. Fue de un viaje precioso, formidable, pero nunca pude regresar a Bruselas, esa bella ciudad. Fue allí donde aprendí a amar todo lo que sigo amando. No puedo hablar, entonces, de una infancia totalmente enraizada, pero sí, quizás acomodada. Yo viví en Ibiza primero; qué hermosa playa incomparable. Luego nos mudamos a Saint Joan, donde mi padre tenía sus amigos, pero cuando comenzó a sufrir del corazón nos trasladamos a Bruselas. Allí estuvimos casi diez años, prácticamente toda mi juventud, hasta que conocí a Julio Adolfo César, mi infiel marido. Pero no te quiero hablar de él, sino de mi juventud en Bruselas. Creo que allí también conocí la felicidad. Vivía enamorada de los parques, de los ríos y de las flores salvajes; vivía enamorada de los huertos, de los árboles, de los pinares, de los caballos y las aves que habitaban en las grandes praderas; vivía, en fin, enamorada de mi cabra Unicornio, a la que mi padre había pintado de azul su único cuerno; enamorada de la burra Toñita y el burrito Francois; enamorada de mis pinturas, espadas y cabalgaduras medievales, en especial la lujuriosa burra Toñita, que además le encantaba la música y el trote sobre la hierba. Había aprendido, desde niña, que Toñita, pese a ser lujuriosa y aguantadora, era sagrada entre todas las criaturas, porque tenía en su lomo el dibujo de una cruz blanca por haber llevado a Jesús el Día de Ramos. Recuerdo también -aunque con ciertas nebulosas, porque tú sabes hijo, a los cincuenta años así de frágil es la memoria- recuerdo a mi Toñita, sí, te hablaba de mi burra,

a la que le gustaba rodar sobre la hierba. Creo que, aparte de mis padres, tuve por suerte muchos seres queridos. Cuando te miro me vienen a la memoria esos recuerdos personales, estos dones tan maravillosos que Dios nos ha dado y que casi nunca los sabemos aprovechar. Por eso, cuando te hablo de mi pasado, me vienen rápidamente a la memoria hechos y sobre todo personajes, gente buena y amable que conocí y que me ayudó a comprenderme mejor. Así veo al viejo cochero Gerard, luego al joven jardinero Frank, que tenía mucho éxito con las mujeres, que hasta de mí quiso enamorarse, o mejor dicho, se enamoró de mí, pero mis padres no le permitieron nada; es más, en cuanto se dieron cuenta, lo despidieron. Ahora, Benito, cuéntame de tus padres.

-Mi madre Geraldine es generosa como todas, nacida en Puerto de Palos. Ella es bióloga. En cuanto a mi padre, Américo, él es médico, nació en Asunción, fue un estudioso de la medicina y de las plantas medicinales, con una extraña fascinación por los viajes, congresos y excursiones, también por los platillos voladores y todo lo sobrenatural. Por eso, con él y con mi madre, yo siempre viví en residencias de hospitales para médicos entre enfermos, crecí viendo todo tipo de seres desgraciados. Quizá por esos cuadros de dolor y de patetismo que a diario veía hasta el cansancio anhelaba mis solitarias lecturas de los clásicos.

-¿Lo crees así?

-Sí, porque en aquellos años de infancia yo leía mucho y con cierto estupor a Dostoievski, a Merejkovski y a Tolstoi, que siempre muestran ese sentimiento de dolor humano y de muchedumbre; a Flaubert y a Kafka, que parecen retratar nuestras vidas; a Víctor Hugo y las miserias del hombre que narraban los clásicos. No distaban mucho de lo que mis ojos veían. Los leía, intentando escribir, como ellos, en las composiciones escolares y en las cartas a mi madre, ausente, las que escribía con el aliento contenido por momentos. Conocí a la gente desahuciada, a los leprosos, a los tuberculosos, a seres desgraciados que pierden en un accidente a un ser querido; conocí a aquellos a quienes le acaban de amputar una pierna, a los heridos de los ómnibus cuando se desbarrancan por los precipicios cordilleranos; conocí a la mujer gestante, al niño cadavérico abandonado por sus padres, a las criaturas dementes que apenas saben pedir pan con sus manos, al anciano que llega hasta el hospital buscando refugio donde morir más dignamente; conocí a la mujer dando a luz ensangrentada y a la criatura envuelta en una baba sanguinolenta, al cadáver de aquel a quien le tienen que serruchar el cráneo y el tórax para examinarle los sesos y las vísceras en medio del nauseabundo olor propio de toda autopsia.

-No sigas, Benito, se me escarapela el cuerpo. ¿Cómo has podido vivir entre tanta rareza? Yo me hubiera muerto de espanto, te juro, yo soy muy serena, pero en el fondo me muñequé...

-¿Y cómo era tu padre Isabel?

-Es difícil definirlo en pocas palabras, en el fondo era bueno. Es difícil juzgarlo ahora, en el ocaso. Él era un mundo humano que, bajo esa forma paternal, pertenecía de lejos al pasado, y que fue, creo, bastante raro aún en ese pasado. Era uno de esos franceses cultos, directos, arriesgados, increíblemente impulsivos e independientes, arrebatados, irritados contra toda intrusión, contra todo lo que pudiera imponerse desde afuera y, algo que es imposible imaginar en nuestros días, despreocupado totalmente por el mañana. He pensado que Rimbaud, el verdadero Rimbaud, no el hombre de las leyendas y de los montajes literarios, debe haberse parecido mucho a él. Fue alguien que vivió según sus impulsos y sus caprichos...

-¿Cómo yo? Porque tú eres mi capricho, mi ilusión, la luz de mis sueños.

-Contigo, Benito mío, te aseguro, César Vallejo volvería a decir: *Ella a mi lado, en la alcoba, coge el circuito misterioso de mí en mil voltios por segundo. Hay una*

gota imponderable que corre y se encrespa y arde en todos mis vasos, pugnando por salir.

-Vaya, qué bien lo recuerdas, Isabel- se puso a reflexionar.

-Eso está en *Escalas*, creo.

-Tiene mucho en común conmigo.

-Pero mi padre era, a su modo, un hombre muy libre, quizá el hombre más libre que haya conocido.

-Igual mi padre. Así no son los románticos, por supuesto. Mi padre hacía exactamente lo que quería hacer, lo que le gustaba hacer. Yo sé lo que le gustaba hacer, pero no te lo puedo contar.

-En el caso de mi padre, Benito, no había secretos. Todo en él rezumaba verdad y energía. Lo demás le preocupaba poco, incluso la guerra en que se vio envuelto. Recuerdo aquella frase célebre suya, me la repetía hasta el cansancio, se me ha quedado grabada como un estilete: *No somos nada, porque no somos de aquí, tenemos la vida prestada, nos vamos mañana y los que vengan ni se acordarán de nosotros.*

-Mi padre, Américo Medinaceli, era ciertamente diferente, Isabel. Había en él una mezcla de audacia sin igual y de generosidad, y también, con todo ese ardor, un alzamiento de hombros, un trasfondo de indiferencia, para decir que ya pasará, peores cosas nos han sucedido.

-¿Y tu padre está de acuerdo de que seas escritor?

-¡Qué va, Isabel! Mi padre siempre me ha dicho: *La literatura será tu desgracia, tu ruina. Ser escritor y escribir es una tremenda estupidez, es para morir de hambre, para vivir una oscura vida.* Mi madre Geraldine, aunque yo le digo con cariño Apolonia de los Santos, es igual, ambos detestan la literatura, creen que es perder el tiempo, engañarse la vida y engañar a los demás con bastante arte, contándole a la gente falsas historias, embromándola, haciéndoles su vida menos insulsa.

-Te entiendo, eso pasa, la vida de un escritor comúnmente es así. Mi padre, en cambio, era muy afín conmigo. Por eso nunca le he olvidado, siempre rezo por él. Durante mi adolescencia ambos teníamos excelentes relaciones a través de nuestros diálogos alejados de la pasión y el embrutecimiento. Ante todo, fue el primero en enseñarme el gusto por la exactitud y por la verdadera amistad. Le gustaban las cosas francas, sin hipocresías ni medias tintas. Compartíamos la afición por la pintura, y en cuanto a los libros él solía decir que éstos debían ser releídos, porque es recién en una segunda lectura en que se recoge y digieren las buenas lecciones que pueden contener. Le gustaba, además, que un libro fuera juzgado con lentitud, libre de apasionamientos tontos. Si leíamos juntos, no sé, una pieza de Shakespeare o de Séneca, por ejemplo, quería que uno se pusiera exactamente en el lugar de los personajes, que no se mezclara con los propios sentimientos. Además, jamás me contradecía, siempre apoyaba mis lecturas, mis primeros poemas, y me decía: *Escribe todo lo que quieras, pero nunca sea una mujer como Medea.* A veces pienso en sus palabras y me siento una Medea, una Desdémona infiel, engañosamente infiel.

- ¿Qué leías con tu padre? ¿Qué te leía él?

-A veces me leía pasajes de *Moby Dick*. Recuerdo que muchas noches tuve gratas sensaciones de haber avistado a la inmensa ballena blanca, retengo de memoria aquel pasaje: *¡Acércate, Starbuck! ¡Acércate a mí! Que pueda mirarme en unos ojos humanos; es mejor que mirar al mar o al cielo, imejor que mirar a Dios! Es bola de cristal mágico, hijo.*

-Qué bien lo recuerdas, Isabel. Pero a mí, tanto como ese libro de aventuras, me impresionó *El Viejo y el Mar*, de Hemingway. Recuerdo un pasaje que yo también creo haber soñado. No sé si los sueños se repiten inconscientemente,

pero creo que leyéndolo le robé al propio Hemingway la idílica visión de aquel sueño. El viejo en aquel pequeño velero esperaba pacientemente a que un pez mordiera el anzuelo. Después se durmió, andaría muy cansado ese pobre navegante. Luego se puso a soñar que estaba en su bote, en su cama, que se le había perdido la brújula, la bitácora de navegación, y que soplaban un viento frío. El mar: tempestuoso *Getsemaní*. Entre sus sueños, una hermosa playa amarilla que ocultaba su verdadero secreto: los leones. Así veía a aquellas enormes fieras de oscuras fauces que se le acercaban, y él no hacía nada por remediarlo. El bote se acercaba a la playa. Fumaba sobre la cubierta hasta que se quedó dormido. El mar y la arena, esencia bíblica, se habían vuelto una materia sólida, transportable, como un camino de gatopardos. Luego (soñó) vinieron los otros tigres y leones. Y él apoyó la cabeza, se recostó sobre la cubierta de su barca allí fondeada. Dormitaba, porque seguro se habría tomado unos vasos de licor, una cervecita bien helada. ¿Y qué crees que pasó? Bueno, siguió llenándose la playa de fieras y el viejo despreocupado roncaba refrescándose en la brisa vespertina, durmiendo su sueño de la muerte, esperando a ver si venían más animales. Y dice el relato que el viejo, con todo, era feliz; hay que estar loco para estar feliz así, ni en sueños se puede ser feliz de esa manera. Y que despertó porque sintió que era mejor despertar, pues se le estaban acabando los sueños, aquellos sueños que otros recordaban, el mejor pretexto de como murió el viejo.

-Es que Hemingway es Hemingway- suspira Isabel.

-Yo entonces soy Hemingway, un escritor tan creativo como él, pues acabo de inventarte ese relato. Y es que tú, Isabel, también eres Isabel, incomparablemente Isabeeeeeeeeel.

-No seas loco, Benito.

-Es que usted, señora, me vuelve loco. Deja que nos amemos sin restricciones. Deja que nos abracemos en todos los crisoles. Deja que nos lavemos en todas las tempestades. Deja que nos unamos en alma y cuerpo. Deja que nos amemos absolutamente, a toda muerte.

-Ya te he dicho que no me digas señora; dime Isabel, Isa, Isabelita, como te parezca mejor, pero no me hagas sentir más vieja, Vallejito.

-Es el respeto por ti, por tu edad, por esas canas... Me encantó la ternura de tu padre, un gran relojero (hoy arregla relojes en el Cielo) Tú me contabas que tu padre te regaló varios relojes cuando eras niña para que te olvidaras del tiempo y detuvieras tu niñez en muchos relojes de muchas horas. ¡Te regaló todos los relojes del mundo!

-Así es, Benito, mi padre fue todo para mí. Cuando se habla del amor por el pasado se debe tener mucho cuidado, Benito, ya que se trata del amor por la vida. La vida está mucho más en el pasado que en el presente. El presente siempre es un momento corto, aunque su plenitud lo haga parecer eterno. Cuando se ama la vida, hijo -te lo digo con cariño, porque bien pareces mi hijo- no hay distancias, los corazones se acercan, se estrechan. Recuérдалo siempre, Benito, cuando se ama la vida, se ama el pasado, porque es el presente tal como ha sobrevivido en la memoria humana. Lo que no quiere decir que el pasado sea una edad de oro: igual que el presente, es a la vez atroz, soberbio.

- Disculpa que te haga la pregunta. Cuéntame, me interesa saberlo ¿Cómo va la relación con tu esposo en estas últimas semanas?

Isabel se pone colorada, tose, quiere hablar, se acomoda primero los cabellos, se prepara a responder.

-¿Con mi esposo?

-Sí, Isabel, porque debo confesarte que yo estoy interesado en ti, me siento muy bien a tu lado y pienso que tenemos mucho en común, ambos somos unos seres infelices que buscan amar y ser amados.

-Está bien. -Carraspeó, prendió un cigarro ayudada por el fuego del encendedor de Benito. -Te lo cuento, aunque no debiera, porque creo que somos ya más que amigos, somos algo así como amantes furtivos en un momento de la historia de mi vida en la cual las relaciones con mi esposo van de mal en peor, desgastándose semana a semana irremediablemente.

-¿Por qué dices eso, Isabel? Creo que mal que bien son muchos años de matrimonio con tu esposo y eso de todas maneras pesa. ¿No es así?

- Cuando a una mujer como yo, que siempre fue fiel a su marido, le abren los ojos y le dicen: *Mira mujer, tu marido está saliendo con su secretaria*, y poco a poco se va dando cuenta, por los chismes de las amigas que van y vienen, que aquello no son calumnias, va cambiando la imagen idílica que tenía de su matrimonio. Y cuando ese varón sigue igual de mujeriego como cuando era alférez, ¿qué le queda a una? Por más que tenga principios, moral, todo ello se va con los años por la borda. Y esto que hoy nos sucede, el encontrarnos sin que él lo sepa, tarde o temprano me tenía que pasar. Creo que así estoy aprendiendo a conocerme mejor, a recuperar mi dignidad perdida, a sentirme joven, a conocer el amor y la ternura que mi marido, tal vez, no me supo dar.

-Debo confesarte que no me gusta saberme amante; creo que en el fondo estoy traicionando mis principios morales y a tu esposo, el coronel, que nada sabe de mí ni de mis actos.

-Digamos que el ser amante se debe a que en verdad lo somos. -Isabel me toma del hombro, alargándose y dándome un beso en los labios. -Somos amantes, dotados de una pasión por la literatura y un sentimiento profundo de ternura, y por eso todo queda perdonado, cariño.

-Que Dios nos escuche y nos perdone Isabel, creo que estamos pecando.

(Ring)...

-¡Aló!.. Mami, peleé con mi enamorado.

Es Berenice, mi querida hija Berenice, me llama de Miami.

-¿Cómo estás, hijita de mi corazón? Tu padre, César, está bien; tú sabes cómo es él, siempre con sus manías.

-¿Qué hago?

-Hija, dale un tiempo a tu corazón, dale un descanso. Mándalo a retiro espiritual, evalúa tus sentimientos. Pregúntale a tu alma, ella nunca se equivoca.

-Gracias por tus consejos, mami.

-Sí, hijita de mi corazón, Berenice, Conversa con Dios, pídele fuerza, paz y resignación en las decisiones que tomes. Ten calma. Pon amor en tu alma. Eleva tu autoestima. Ama, no pidas. Ama, lo demás llegará por añadidura.

-Gracias mami ¡No llore!

-No, hija, ya he llorado bastante, hasta ahora que alguien está cambiando mi vida.

-¿Quién?

-¡Ay, hija! ¿Cómo explicártelo? Hija, aunque esté ausente, haga las mismas cosas que cuando estoy presente. Nada haga con desagrado. Todo tócalo con amor, transfórmalo, hazlo a tu manera, a tu estilo, a tu gusto; verás el triunfo. Besos. ¡Chau mi vida! Saludos a todos por allá. ¡Chau!

Quién ha pecado primero y con descaro durante tantos años es mi marido; que Dios, si existe, lo castigue a él primero. En cambio, no te das cuenta, nuestro amor es más intenso, más puro, nos une incluso el interés por la literatura y el arte, ¿qué te parece?

-Sí, es bonito, te digo con respeto nunca pensé enamorarme de una mujer de tu edad, es más, hasta pensé que las aborrecía. ¡Y mira cómo es la vida! Hay química, tú me interesas enormemente, eres la fuerza que me motiva a seguir

escribiendo. Ya te traeré unos cuentos míos y te los leeré en voz alta, por supuesto, para que seas la primera que los injurie o me diga que debo tirarlos al canasto.

-No digas eso, mi vida. Eso que tú dices, cariño, también conmigo pasa. Hoy, cuando encontré tu mensajito, me sentí muy emocionada, me temblaba todo el cuerpo, porque sabía que te iba a tener en mis brazos, como ahora. Bésame...

-Eres muy caliente, Isabel. Pensé que las mujeres a tu edad no tenían ganas para nada más que tejer, cocinar y otros quehaceres domésticos.

-Somos de carne y hueso, yo por lo menos creo que sentiré la necesidad de un varón hasta los ochenta años. Ojalá que llegue conservada a esa edad.

-¡Uyyyyyy, cuánto falta! Yo no creo que llegue a esa edad, Isabel, pues año tras año los cadetes de años superiores inexplicablemente me van rompiendo los huesos, o me los tengo que romper para conservar mi dignidad de escritor militar y permanecer en actividad dentro de la Aviación. Aguanto con callada resignación porque soy de Cibelia y por mis padres, por darles el gusto a ellos, Isabel.

-Sí hijo, eso he oído, eso de que la han agarrado contigo porque eres escritor. ¡Qué pena por la Fuerza Aérea! ¡Qué torpes y salvajes! Hablaré con mi esposo y te prometo que él lo solucionará todo.

-Pasando a mi vida te diré que lo mío no es un mal llamado amor platónico, no, lo mío comenzó por curiosidad, quise seguir tu juego, cuando mostraste especial interés por mis libros y me invitaste a tomar lonche en tu casa. ¿Te acuerdas qué sucedió esa noche?

-Sí, mi amor, cómo voy a olvidar la primera vez. Fue hermoso. Además eso nunca se olvida. ¿Te acuerdas las posturas que ambos inventamos: la del cerdito y el machihembrado?

-Bueno, nunca lo sospeché, sabes, yo era muy ingenuo, yo te hablaba como un tonto de mis escritos, te hice llegar mis escritos poéticos sobre San Martín de Porres y tú me mirabas con los mismos ojos con que me miras ahora.

-¿Y qué quieres, mi vida? ¿Que me los cambie?

-No, Isabelita - le doy un beso mordiéndole suavemente los labios, luego la abrazo como a una muchachita. -Sucede que hoy me doy cuenta de que tú también me deseabas, ¿no es así?

-Quién sabe -sonríe ella-. Puede ser, tal vez.

-Bueno, si lo prefieres, déjalo a la incertidumbre, a la duda. Sólo te digo que te seré fiel mientras esté contigo porque te respeto y te quiero.

-Me alegro; tantas enfermedades que hay ahora que hasta da miedo de acostarse así por así.

-¿Te refieres al sida, por ejemplo?

-Eso no es nada, inada! Mis amigas me cuentan que ha aparecido un nuevo virus más terrible y mortal. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Dicen que el sida mata en un periodo de entre cinco y diez años, a los que andan contagiados. En cambio, el virus del Ébola se contagia rapidísimo y el tipo estira la pata entre cinco a diez días. ¡Qué horror! El poder mortífero de estas enfermedades se va acrecentando. Ahora, con el Ébola, uno se muere como perro en pocos días. ¡Dios mío, cómo está el mundo!

-Debemos incluirnos, Isabel, nosotros también somos culpables.

-¿Nosotros? Mira, Benito, yo creo que todo esto no sea un castigo de Dios, ni que sea producto de una manipulación genética, menos aún de una cuestión premeditada de los científicos americanos para que disminuya un poco la población; no hijo, es algo peor que eso.

-¿Cuál crees que es la causa?

-Por lo que he leído y visto por televisión parece que la culpa la tienen los monos africanos y, por supuesto, los negros africanos por ocurrírseles

acostarse con los monos, ¡qué lisura! Es que los negros son así, hijo, no hay quien los contenga; por ellos viene tanto mal, tanta desgracia. Brindemos.

Rompo a reír y la beso nuevamente.

- ¿El vino es para ti, Isabel, uno de los grandes placeres de la vida?

-Efectivamente. Para mí, el vino significa, básicamente, placer. Como estar a tu lado, cariño.

-¿Por qué?

-No lo tengo muy claro, aunque sí he descubierto ciertos detalles que me atan a él como no me atan a ti, Benito, ni a mi marido. Uno de ellos es que una copa de vino te transporta. Una vez que has aprendido a descubrir algunos de sus misterios, el vino te lleva a otra parte, te recuerda situaciones, te comunica con esos lugares donde uno sueña estar bien casada o bien soltera. Una copa de un *Cabernet Sauvignon* a veces tiene un aroma a bosque después de la lluvia. Además - no puedo negarlo- conversar alrededor de una copa de vino, mientras sientes el efecto sedante, es algo magnífico. Por supuesto que no hablo aquí de la borrachera, de esas terribles borracheras de los militares que es el antivino, sino de la sensación envolvente que una, dos o tres copas de vino dan al alma. ¿Sabes, querido? Siempre quise ser enólogo al igual que poetisa.

- ¿Qué te lo impide, Isabel, mi amor?

- Muchas cosas: la vida militar, mi esposo, esta atmósfera viciada de vivir entre esposas de militares y soportarse fingidamente unas a otras. ¡Qué tal hipocresía!

- ¿Dónde aprendiste a amar el vino?

- En Francia. Recuerda la biografía de mi padre. Además, Francia me dio la capacidad para comprender y amar los vinos del mundo entero, con sus diferencias y su fidelidad a los diversos suelos y climas. Me enseñó también a hablar de vino y a hablar con el vino, que es lo más importante.

- ¿Qué puede tener el vino para que lo ames tanto, tanto, y más que a tu esposo y a mí?

-Tiene una forma menos complicada; pero además tiene también, como ustedes, voluntad y alma. Impresiona a los cinco sentidos y nos habla del mundo en que nació, quién lo hizo y cómo vivió hasta el momento en que llega a nuestra copa. He aprendido a conocer al vino, y no es tan tramposo ni machista como lo son usualmente los varones. Te pongo como ejemplo a César, mi marido. Tú deberías ser un *wine writer*, mi amor.

10 de Diciembre:

¡Hola, tonto, pero necesario diario!

Durante tres meses no te he buscado, no te he necesitado, por eso no he escrito una sola línea en ti. En realidad ni siquiera he pensado en ti, hasta esta noche, en que me siento tan hastiado que estoy a punto de derrumbarme. Hoy lo he visto con una mujer, dice que sólo es su amiga. Yo me muero de celos, no sé qué haría si él me deja, me aventaré del puente del Río Rímac. ¡OH! Sería asqueroso tirarse sobre esa mierda, sobre ese lodazal inmundo; hasta las ratas (el público que siempre lee los diarios baratos) se reirían de mí si así lo hiciera. ¿Qué hago?

♣♣♣ ♣ ♣♣♣

Era Enero, la época caliente -sobre todo en el sopor de las siestas-, y la ciudad estaba llena de veraneantes. Gabriel se puso su *bike-shorts* y salió con dirección a la playa por la avenida Larco. Cuando retornó, ensimismado, se detuvo a tomar

helados. Se sentó. Sintió que era observado por un grupo de muchachos. Se alejaban con destino al malecón. Fue un momento, un instante, un cruce de miradas apenas, y Gabriel se dio cuenta que acababa de ser descubierto, desnudado hasta lo más recóndito. Gabriel hacía que leía con detenimiento una revista de modas. *El verano se caracterizará por una tenida muy natural y fresca, y serán muy pocas las mujeres que podrán resistirse al encanto de los colores pastel frágiles y elegantes.* Se le acercó alguien, lo sintió por sus pasos. Levantó la mirada. Se sacó las gafas oscuras. Tenía frente a él a un varón muy fornido y vestido sin afectación, de ojos vivaces y mirada risueña. Cuando lo miró resueltamente, él le sonrió, le hizo un gesto de aprobación como si quisiera hablarle, y Gabriel se dejó llevar por sus instintos, por ese deseo escondido que se reavivaba poniéndolo ansioso, extrovertido, ensimismado, haciéndole olvidar que muchas veces él era de un carácter irascible, mustio. *La línea será entallada y alargada, con telas muy delgadas y finas, como lino, seda y blonda de algodón, ideales para mantener la frescura de cualquier ambiente.* Le invitó a sentarse, bebieron helados y se fue con aquél desconocido a buscar la intimidad en su casa. Luego de varias horas de beber y hacer el amor con el tipo, ambos se quedaron dormidos.

Cuantos polvos, mi amor, me he quedado reeeeeeeeeeeendida, murmuró Gabriel cuando despertó sobresaltado. Habían pasado de las 22:00 horas. Afuera estaba totalmente oscuro. Sonó el timbre del departamento y Gabriel lo supo inmediatamente: era su madre, y traía a la Policía. Así lo presintió, adivinando. El sonido del timbre se volvió insistente. *Debe ser la Paco Belaunde o la Berckemeyer, qué pesadas.* Fue a abrir y, él -¿Benito?- estaba en la puerta con una maletita. ¿Quién diablos era? Se acordaba que los muertos repentinamente a veces no saben que están muertos y que se les debe avisar. Era su padre. Pero antes de que pudiera hacerlo, su padre le dijo:

-Naturalmente, estoy con otra mujer. Sé que sigues haciendo siempre las mismas cosas, Gabriel. ¿Pero es que no te puedo visitar? ¿Por qué no me invitas a pasar?

-Sí, este, pasa. Te presento a...

Después, su padre le preguntó:

-¿Eres feliz así, siendo como eres?

No respondió, y más bien le devolvió con otra pregunta, porque su padre, casado con otra mujer, sabía en el fondo que Gabriel era un ser desdichado, profundamente infeliz:

-¿Y tú eres feliz con la otra con quien vives, papá?

Su progenitor le contestó:

-A veces, como tú, ando buscando la felicidad.

-¿Por qué has venido?

-No te preocupes, no vengo a recriminarte por tus actos, sé lo que haces, eres libre con tu vida, pero nunca te olvides de mí.

Tenía la mirada lánguida y marchita, andaba con el mismo terno negro con el que lo vio por última vez, el día que se marchó de casa.

-Perdóname, padre, soy vil.

-No hay de qué perdonarte, hijo. Ahora debo marcharme. No es bueno que esté demasiado tiempo.

Gabriel quiso abrazarlo, pero él lo rechazó con la mano. Despertó a su acompañante, le contó a medias esta visita y se vistieron. Minutos después despidió de su acompañante.



Gabriel, entusiasmado por conocer el lugar donde nació Benito, le propuso ir a conocerlo en las siguientes vacaciones de cadetes. Así fue. Llegaron las vacaciones y alistaron mochilas para la excursión. Gabriel y Benito siguieron con tembloroso y cansado paso el sendero cada vez más empinado del monte que conducía a Cibelia. La perspectiva inolvidable de un mundo profundamente andino se abría ante ellos. El tiempo, por algún extraño sortilegio, parecía retroceder siglos atrás. Gabriel se sintió como Claudia Schiffer en el *Macchu Picchu*. Mujeres de largas trenzas ensortijadas con cintas de vivos colores los recibieron; sus varones eran hombres de facciones angulosas y curtidas por el impecable sol, que en esas alturas parecía quemar más.

-Aquí se habla el quechua; es un excelente lugar para un lingüista.

-Sí, tú eres un escritor apasionado por la historia -interrumpió Gabriel.

-Es una gran verdad, Gabriel -señaló Benito.

-Muy telúrico este lugar; me trae reminiscencias que atraviesan las noches del tiempo.

-Este, al parecer, era un lugar de idolatrías. Aquí no cabían los Gabrieles.

Benito le contó que al llegar los españoles hallaron toda esta región poblada por indios tributarios, sometidos al poder del Inca y también al de dioses y ritos paganos.

-No seas tan cruel, hálame de las idolatrías.

-Sería tedioso, Gabriel. Tú y yo en tiempo de idolatrías seríamos carne asada.

-No me hagas asustar, Benito.

-Felizmente, los concilios limeños, realizados en los años 1551, 1567 y 1583, según creo, fomentaron procesos para la extirpación de idolatrías y hechicerías, si no, ¿te imaginas cómo sería ahora?

Ambos sonrieron.

-A mí me contaron alguna vez la historia de una india llamada Paquita de Lima. A la pobre se le hizo juicio por haber dado muerte, en complicidad con otra mujer llamada Jacinta y mediante hechizos, a una india llamada Francisca.

-Sí, yo hice la transcripción paleográfica de aquel proceso; fue para apoyar una tesis.

-Qué curioso, ¿no? El tiempo parece que se hubiera detenido en este bello lugar.

-Sí, Gabriel, cuánta verdad hay en lo que dices, mucha.

Se bañaron en las aguas termales, comieron cuyes, bebieron la chicha de los siete sabores. Tuvieron en Cibelia momentos de pláticas y devociones a los santos patronos del pueblo, y de sana amistad entre ellos, que parecieron de eterno descanso. Adoraron al Niño Dios. Aquél tenía los ojos de vidrio acuñados al fuego, su paladar de espejos y dientes de leche. Le pidieron cada uno a su manera que los dejara volver a su santuario y los criara como a esas maripositas que se consumían en los cirios. Cuando ya iba a anochecer iniciaron el descenso.

Fueron dos días de viaje por aquellos escarpados senderos, camino de otro impenitente viajero un siglo atrás: Antonio Raimondi. Fueron dos días de vencer toda clase de dificultades de transporte y que culminaron con un inolvidable paseo jalando unas alpacas con campanas de latón por los montes *Supayhuasi* y *Allpahuasi*, donde una tierna cholita les vendió humitas, papas y choclos calientes hervidos, acompañados con un delicioso queso.



-Vamos, soldados, estamos de guardia en la prevención, cuéntenme una historia que me permita soportar el servicio- ordenó el cadete Medinaceli.

-Me han dicho en la base que usted es escritor, ¿de qué quiere que le cuente? -preguntó uno de los dos avioneros.

-De su vida, sargento, de su familia, de su pueblo, de sus amores, en fin hay tanto que narrar. Hable de lo que le estaba contando al cabo, al soldado Mamani. Son las cuatro de la mañana y hace frío.

El cadete Medinaceli se frotó las manos con el aliento que emanaba de su garganta, se acomodó la fornitura. Sostuvo el cuaderno de novedades. Se acordó de Isabel, pero prefirió olvidarla por el momento.

-Bien, mi cadete, le estaba contando a Mamani que algo hablarían con mi papá, porque él (dejando soltar una tosecita) los hizo pasar y les dijo que esta era nuestra chocita, que no importaba de dónde venían ni a dónde se dirigían, que él no les iba a preguntar más; suponía de quiénes podía tratarse, porque mi "tayta" no era un tonto. Cada mañana con él oíamos la radio a pilas, y qué más daba si tenía que servirles canchita y una sopita con un trago de anís pal frío. Ellos entraron. Saludaron, clarito puedo recordarlo. Le dijeron: *Oye cojudo, hemos venido de lejos, de muy lejos, a matarte, por traidor, carajo.* Le dispararon en la nuca. Se sentaron y yo me puse a llorar. Era chiquito, tenía miedo de sus caras, y ellos me miraban feo, sí, me miraban feo. Igual hicieron con mi tía Sofía.

-No se ponga triste, soldado, con el coronel Moreno que tenemos aquí, no queda ningún subversivo. El los mató a todos, es un tigre, nadie se le escapó -sonrió el cadete Medinaceli.

-¿Por qué lo habrán matado, mi cadete?

-No sé sargento, me da mucha pena. Este país es así, no hay quien lo componga, hay odios y gente resentida.

-De seguro hubo mala sangre, gente de otros lugares que no querían que mi padre y mi tía Sofía Quispe tuvieran sus chacritas bien sembradas. ¿Por qué le hicieron eso, mi cadete? Nunca debieron matarlos. Si querían hacerles daño, aunque sea les hubieran pegado, pero no matado, idesgraciaus, desgraciaus!

-¿Y cómo era tu tía? ¿Andaba bien despachada de carnes, sargento?

-¿Qué cómo era ella? Se lo diré: era buena gente, pero tenía mal carácter, y cuando se emborrachaba, hasta a los varones pegaba; por eso la gente contaba por ahí que ella nunca se iba a casar, porque no iba a tener marido que le aguantara su genio y sus trompadas. Así era mi tía Sofía. En cambio, mi madrecita era un amor, era un cielo abierto a todo el mundo. Ella falleció de un atropello y el bus se dio a la fuga.

-Y su madre ¿cómo se llamaba? Cuéntemelo con lujo de detalles, para imaginármelo.

-¿Que cómo se llamaba, mi cadete? Usté' de seguro quiere escribir de mi vida, no vaya a poner que soy terruco. Soy como usted, un soldado de la patria. Yo no soy terruco, tampoco mi madre lo fue, ella incluso votó en la última elección; si quiere le puedo enseñar su libreta electoral, mire, aquí está con su holograma. Bonito es su sellito, ¿nooo?

-Pobre mujer. Nunca comprenderé tanto abuso. ¿Y cuántos años tendría la pobre?

-Mamá Sabina, la pobrecita ahora ya debía cumplir cuarenta años y como ya he dicho murió también, ¡qué piña! Fue accidente de carretera, eso dicen en mi pueblo.

-Me imagino que por lo menos tuvo buena sepultura... ¿no es así, sargento?

-Y a mi madre ¿dónde la enterraron?, me pregunta. En el cementerio del pueblo pe', dónde más va a ser.

-No me diga que también la mataron los terroristas. Sargento, aquí en la Aviación me cuentan los soldados cada historia que si las escribiese sabe Dios qué sería de mí. Y la abuela de usted, pajerazo, ¿de qué murió?

-¿De qué murió mi abuela, mi cadete? Le contaré. Era una enfermedad de las tripas, mi abuela murió de empacho, peritonitis, algo así se llama.

-Será de peritonitis, eso, repita cuatro veces: ¡Peritonitis! ¡Peritonitis! ¡Peritonitis! ¡Peritonitis! Ve que no puede repetirlo, me imagino que por eso los castiga el coronel Moreno. Les manda decir trabalenguas, pocos son los que memorizan y se salvan de sus castigos.

-¿Cómo será esa enfermedad? ¿Cómo será, pue'? Ese día, allí adentro conmigo estaba ella. Y mi abuelita vio lo que le pasó a mi tía Sofía, pues mi tía se fue a servir a esos varones de negro que llegaron hasta la comunidad y hablaban todo tipo de maldiciones. Cuándo de repente, ¡pum!, escuché unas voces y unos disparos que provenían del huerto de la casa. Apagamos las lámparas. Entraron al interior de la sala y nos agarraron a patadas. ¡Shhh, mierdas!, nos dijeron. ¡Al suelo, mierdas!, nos gritaron. Todo estaba oscuro, clarito puedo recordarlo, cómo es, ¿nooo? Después, ¿qué pasó? No lo recuerdo, mejor dicho, no quiero recordarlo, quiero olvidarlo, sí, mi... no, mejor le digo, señor escritor, quiero olvidarlo, mi... disculpe, por eso le pido por favor no lo escriba, hágalo por la memoria de mi madre, de mi abuela y de mi tía Sofía Quispe. Pobrecita. Allí estaba ella, tendida sobre el manantial, la Sofía, mi pobre tía, tesa como un costal de papas. Allí estaba ella, cerca del manantial, lo recuerdo clarito.

-Sargento, vamos, no llore, no se ponga triste, mire que aquí nos tienen prohibido llorar. Trate de olvidarlo, sea fuerte.

-¿Que si no trato de olvidar lo ocurrido? Claro que sí. La sangre le chorreaba del cuello, por sus trenzas, haciendo un hilito de sangre. Aquel rojo era su sangre. *Será por soplona*, pensé pa' mis adentros después, pero no, otra cosa debió ser. *¿O de repente sí?* Porque había harta gente terruca en Cotarma, sí, le decían a ella que era una vendida, porque ella, además, enseñaba en la comunidad de Huaturo. Alguien dijo que era del partido gubernista, y por eso la mandarían hasta ese lugar, donde sí llegó la propaganda electoral y las ánforas de votación, mas no al pueblo de Cotarma. Eso estaba, mi cadete, a muchos cerros. Toda una mañana había que pasar y nadie que se considerase cotarmino quería dejar que un caserío, menos influyente y pobre como era Ayaorco, terminara siendo devorado, incorporándose al dominio de Huaturo, el otro pueblo.

-Aquí en mi casaca tengo un mapa de todo el territorio nacional. ¿Dónde queda eso? Muéstreme. Hable. ¿Dónde vivía usted, sargento?

-Dígale dónde vivía usted, mi sargento, el cadete Medinaceli es chochera, buena gente es -agregó el cabo.

-¿Que dónde vivía yo? Vivía en una casa de campo, era en realidad una pequeña choza. ¡Ajá! Aquí queda, vea usted el mapa; si algún día usted va, mi familia lo va a atender como al cardenal. Les dice que usted es militar nomás. ¡No!, mejor no diga eso, lo pueden correr a chicote limpio. ¡Ahíta! Diga más bien que usted es periodista. ¡No! Mejor, no, porque usted es jovencito y la gente le tiene miedo a los periodistas. ¡Ahíta! Diga usted que es un alumno... un dentista sacamuelas. ¡No!, por favor, no diga eso, de repente tendría que quedarse por allá como un mes, porque allá, como usted sabe, no hay dentistas; tiene que viajar el sacamuelas dos veces al año de la capital de la provincia.

-Vivir en el campo, pese a todo, es reparador, muy agradable. ¿Su casita estaba dentro del pueblo o en las afueras? ¿Tiene usted hermanas, sargento?

-Le hablaré más bien de mi casita. Bueno, quedaba en el caserío de Ayaorco, a dos horas de camino, trepando cerros cuesta arriba, como quien quiere seguir la huella dejada por los jaguares.

-Oye, cholo, tú que sí te pasaste, debería mandarte un soberano castigo, unas planchitas para que caliente cuerpo, y al cabo éste también.

-¿Por qué, mi cadete? Si no hemos hecho nada malo.

-No sea abusivo pe', mi cadete, si usted me castiga ya no le cuento más.

-Que pendejo es, sargento. Es que tu caserío no está en mi mapa. Ya cuenta, pero no te pases de listo, porque yo he vivido en los Andes.

-Capaz ya lo van a registrar en el mapa del próximo año, mi cadete. Tenga paciencia. Tampoco es fácil llegar. Se viaja toda un día en bus. Luego se camina un trecho. Cuando yo iba para allá un puente colgante, frágil por el tiempo y la embestida de las lluvias, nos hacía sentir que estábamos jugando con la muerte. Esos problemas teníamos cada vez que alguno de mis hermanitos se decidía a atravesar el puente colgante, bajo el cual pasaban las caudalosas aguas del Río Paccpachaca. Ayaorco está bien arriba, y tres kilómetros después está Huaturo. Nuestra casita era eso, nuestro refugio, nuestro pequeño mundo, como decía mi *tayta*: ¡Qué diablos importan, quién es el Presidente de la República! Si allí, en Huaturo, nada iba a cambiar, todo iba a seguir igual, como hace cien años, como hace mil años. Nada iba a cambiar; porque el destino de Huaturo y la suerte de nuestras familias ya estaba echada.

-¡Qué espectaculares son esos puentes! –exclamó Medinaceli.

-¿Le parece fascinante un puente colgante, mi cadete? Bueno, el puente de mi poblado es reviejo, pero tan reviejo que no creo acordarme cuándo lo construyeron. Cuando yo nací, el puente ya estaba allí. Cuando mi padre nació, el puente ya estaba allí, y también cuando vinieron los padres de mis abuelos. Según me contaban, de seguro lo mandaría a construir un inca generoso, o tal vez los españoles, esos gringos de mierda que se llevaron nuestros tesoros.

-¿No tenía miedo a caerse de ese puente colgante, sargento?

-¿Que si no me daba miedo? Claro que me daba miedo, mi cadete, a la altura siempre hay que tenerle respeto. Pero ya ve, uno se acostumbra al peligro, al rumor del río, al balanceo del puente, y a tantas cosas que hay antes de llegar a mi pueblo. Por eso creo que si va, no se arrepentirá. Conocerá ese puente, conocerá la embestida de las lluvias, conocerá a mis hermanitos, y si se decide atravesar el puente colgante con los ojos cerrados, verá que no hay por qué tenerle miedo a las caudalosas aguas del Río Paccpachaca, sentirá más bien que esas aguas lo acarician, pe, como sirena. Por eso, quien sale de allí, llora, canta sus huainitos, se vuelve baboso recordando con nostalgia lo bonito que lo pasó. ¿Sabe?

¿Quiere que le diga una cosa? La gente es ingrata, pe. Cuando se vienen a Lima ya se olvidan, pocos vuelven, o ya no vuelven más. ¿Cuántos han salido? Vamos a ver: los de la familia Apasa, los Mamaní, los Huallpa, los Ticsia. No acabaría. ¡Pasumachu! Cuántos se han venido para la capital. Muchos están en el servicio, en el Ejército, la Marina o la Aviación, y en la Policía. Otros trabajan de vigilantes para compañías particulares. Lo malo es que algunos de los que laboran por acá hasta se habrán olvidado de Chahuani y Cotarma. También se habrán olvidado de que los Quispe y la familia Yancalla son muy grandes en nuestro país. Sí, cadete Medinaceli, soy de la familia Yancalla Quispe. Y aquí en la Aviación los Yancalla y los Quispe de la tropa somos varios, yo diría muchos cada año, y no se crea usted, mi cadete, ya que estamos en confianza que... estamos tanto por servir a la patria...

-¡Explíquese, sargento Yancalla!

-Dígaselo, mi sargento, el cadete es buena onda, sólo quiere conocer la realidad de los soldados en nuestro país.

-¡Hable pues, Yancalla Quispe! Ya está amaneciendo. ¿O quiere que me enchuche con usted y los agarre a cachetadas, como lo hacen los jefes?

-Díselo, promo... díselo... sino el cadete nos manda a ranear.

-Perdone usted, mi cadete. Creo que me excedí. Como comprenderá fuera de estos muros hay muchos, muchos como nosotros que no tienen en sus casas ni para comer. Sus padres están hartos de buscar la forma de alimentarlos. Se deshacen de ellos para que no se vuelvan ladrones o vagos pandilleros. Y ¿cómo lo hacen? Hay que ser cojudo, mi cadete, para no darse cuenta pue', lo hacen fácil mandándonos para "servir". Andamos con muchos pesares, sin dinero, sin trabajo, sin futuro, enfermos, desnutridos, reventados, jodidos, y por eso estamos aquí.

SONATA DE VERANO

Me acuerdo haber visto de pequeño la adoración de los Reyes Magos, Isabelita, en la cual una vez que se retiran los tres reyes, sus pajes y el ángel, Herodes manda asesinar a los recién nacidos. En la plaza un capitán lee la orden a los soldados, espada en mano, vociferando: *¡Vasallos!, nuestra majestad, Herodes, encarga se degolle a todos los niños.* Entonces los soldados, furiosos, bajan del tabladillo. Pienso que me van a atrapar, me escondo entre la multitud. Después, varios niños (muñecos de paja rellenos con trapos) son subidos al estrado. Escucho gritos de horror y de piedad. Sólo entonces intuyo que tengo mejor suerte. Asomo, casi vomito: ¡los han degollado! y, con un evidente desprecio por la vida, arrojan sus cabezas sobre el público. *¡Quiero más niños!*, escucho una orden. Los vasallos, vistiendo bonetes, pecheras de metal y enormes botas con espuelas, se abalanzan sobre la multitud, buscando a las criaturas. La gente tiembla y yo huyo, en mi mente sólo un pensamiento: no querer ser una víctima más, un niño degollado.



Benito fijó la mirada en el triángulo de carne, en la dulce curvatura engullida por el pliegue de las sábanas, al final de la línea, larga y ligeramente arqueada, que delimitaba el pubis del muslo. Miraba, sabiendo que el acecho y el ser acechado asemejaban una breve y ligera extensión de la vida, un brote tupido donde un estremecimiento casi imperceptible delataba su calidez. Entonces pensó que si él pudiera rozarlo con la yema de los dedos, tocaría la respiración, la vida misma.

Mañana tengo servicio de ronda y tendré que vérmelas nuevamente con Moreno; está de jefe de ronda, pensó. ¿Cómo sería capaz de mirarle a la cara, si ahora estaba traicionando a su superior? ¿Tendría cara para decirle: *¡Sí, mi Coronel!*, si ahora se estaba insubordinando en su propio lecho, aprovechando su ausencia? Por eso, Benito desvió la mirada hacia la izquierda, donde el vientre se extendía, ancho y constante, y en cuyo centro respiraba una incisión. ¿Cesárea? Quién sabe. Sin embargo, esa duna también era cálida y moteada. Enseguida volvió al hechizo del triángulo enrojecido y al declive final, el ángulo engullido que muchas veces lo recibió esplendorosamente abierto. Isabel era uno de esos amores que mueren sin pasar al olvido y que, semana a semana, reaparecen de pronto en mitad de un sueño, o saltando como un pez en el remanso de un pensamiento.

Tras comprender que ella había desistido de volverlo a ver, se alejó de Isabel por algún tiempo, meses que parecieron largos años. Y Benito, volviendo a la carga, buscándola en el gimnasio, a donde ella acudía frecuentemente a hacer aeróbicos, le dijo: *Lo mío no es una aventura, no te he olvidado, Isabel.* Ambos estaban condenados a una doble vida. Benito le insinuó que hasta podían casarse. Isabel no estaba tan firme en sus convicciones como Benito. Sonreía, se dejaba abrazar, le miraba a los ojos como si quisiese intuir algo que las mujeres suelen olfatear en los amantes. *Sigo pensando que lo nuestro es una ilusión. Entiéndelo, corazón, por el bien de los dos, no vengas por acá; el chófer de mi esposo ya está por llegar y tú sabes cómo es ese negro, es un zambito soplón... ¿Qué cuándo nos podemos volver a ver? ¡Ay, cielo! Me pones en aprietos, pensé que esto iba a ser como un cometa, que pasa y ni huellas*

deja. ¿Este jueves? No, mi amor, no puedo, tengo una cena de gala en el Sheraton. Nos veremos el domingo por la mañana, nadie lo sospechará, así comprobaré si esta ilusión no se ha ido diluyendo como un terrón de azúcar en una taza de té. Aquel domingo se encontraron en el hostel *Collacocha*. Isabel estaba muy nerviosa, le dijo que le había costado mucho trabajo convencer a su esposo de que se iba a visitar a una amiga que le había invitado a almorzar. Le había hecho mil preguntas: *¡Imagínate, hijo, ¿qué se habrá creído? Y quién le dice algo a él cuando no llega una noche y al día siguiente llamo a la prevención de la Base Aérea y me informan que mi esposo no ha estado de comisión, ni mucho menos de servicio; una con otra, ¿no es cierto? Además, ya está viejo y fregado, anda de mal humor pensando sólo en cómo ganarse el ascenso de General a la primera, ¿te das cuenta? Mientras tanto a una la tiene abandonada, ¡qué barbaridad!* Almorzaron juntos, bebieron, Benito le cantó temas de amor y volvieron a ser felices. Dentro de la habitación, los dos cuerpos, después de hacer el amor, descansaron de la misma manera en que lo hace el mar cuando el viento deja de soplar. Abolida toda preocupación, la quietud común los hacía semejantes.

Las piernas de los amantes estaban ahora extendidas y sus cuerpos ofrecían una horizontalidad casi perfecta. Eran oasis, mar, desierto. El simple estremecimiento habría vertido arena de placer en varias direcciones, acaso cubriendo la cincuentenaria lomita cobriza de Isabel, una porosa reunión idéntica y distinta, como las arenas del desierto, cuya presencia era también la imagen desmenuzada de la cercana vejez. La exploración de Benito se detuvo ante la imagen compleja; lo que sus ojos fijaban, el tiempo lo ponía en marcha; respirando con su cuerpo, sentían ambos respirar el otro ser; imaginando, ambos lo convertían en arena y en posibilidad. Tremenda posibilidad de un nuevo ser, nueva vida. Pero el triángulo cobrizo de mujer casada latía más por sí mismo, aparecía casi oculto entre los muslos cerrados y, aunque reunidos tras el estremecimiento provocado por esos acercamientos, la curva que lo hundía por su vértice inferior revelaba el camino que conducía al despertar del sueño y a la abolición de la mirada de ambos. *Sabes, Isabel, me gustaría tener un hijo tuyo. En eso he estado pensando, y creo que tú también estabas pensando en lo mismo, lo puedo adivinar en tu mirada.* Isabel callaba, sentía una tremenda culpa. *Van a ser las 15:00h, debo irme,* se escuchó una voz preocupada, casi un grito. Se vistieron. Bajo aquellas ropas se escondían los misteriosos lunares ya conocidos.

Benito en unos minutos más ya estaba solo. Isabel se había marchado. Estuvo dando vueltas por la habitación. Se duchó, miró la cama vacía, luego se acercó al espejo de la cama y miró su cuerpo mojado, desnudo. El silencio, quieto como el polvo, cubría la estancia de esa manera paciente que acompaña a un tiempo muerto. Estaba pensando ahora en la eternidad, en las últimas palabras pronunciadas por Isabel y que, a estas horas, no sé por qué diablos se le venían a la mente: *La eternidad y la infidelidad son vicios del tiempo-le había dicho- porque éstas son como el agua que corre por el cauce y que se embalsa. Muchos varones desean el vicio, pero a todos los remansa el tiempo para que la muerte les engañe. ¿La eternidad? ¿La muerte?* Quiso soltar una carcajada, pero no lo hizo, porque podía parecerse a él mismo: estúpido, cruel. Además, estaba muy poco dispuesto a tomar decisiones o a reflexionar con detenimiento, y encendió un cigarrillo, tarareando canciones de Alberto Plaza, recordando lo bien que lo acababa de pasar. Recordó al coronel, le entró un leve escalofrío. *La vida, como el amor, es una enfermedad sexualmente transmisible. Yo soy ese bacilo, parte de esa plaga que irremediablemente tienen todos los hombres en el fondo de su corazón, yo soy esa ley burlona que hace que la vida sea así, histriónica.* Soltó una carcajada; su sobria risa, candorosa risa de niño feliz sonó como un gañido ahogado. Hasta creyó por unos instantes que la mujer todavía estaba allí, tendida sobre la cama. Ella se daba la vuelta y los perezosos movimientos del

cuerpo adormilado lo excitaron. Probó el *whisky*. Benito miró su cuerpo velloso, deseando en el fondo fuera más velloso aún, casi como el de una fiera. *Así le hubiera gustado más a mi madre, a mi otra madre, a mis otras dos madres, a la Virgen María y a mi verdadera madre, también a Isabel. Quizá no hay tres madres, tampoco dos madres, sólo tengo una, la verdadera, la única que me da su verdadero amor: Isabel*, pensó. Buscó el cigarrillo; lo aspiró, mientras empezaba a crecer, nuevamente, su miembro. *Quieto, loco, amigo de mis andanzas y pesares*, se dijo. Pensó en las putas: *Isabel no es puta, es buena mujer, es mi madre, mi santa madre. La que me enseña cómo la vida es cruel en sí misma. Ella no es como las rameras. Esas son también necesarias, pero son al fin de cuentas personas públicas que provocan, escandalizan, venden sus atributos, cobran con antelación, y te follan*. Después extrajo uno de los pedazos de hielo del vaso y se lo aplicó sin curiosidad sobre el miembro. Pensó que bebería su trago acompañado por un cigarrillo, después se vestiría. Se sentía bastante fresco. De pronto encontró el pedazo de hielo en su mano y lo echó al vaso.

Benito recordó, soñó, recordó, ¿soñó?, ¿evocó? la noche en que Isabel lo dejó solo en casa. Creyó estar solo. Dormía profundamente. Sin duda, era una mano experta. Iba ascendiendo por el muslo. Contuvo la respiración. Los dedos de aquella mano debían ser diestros, avanzaban sigilosos, temerosos de ser descubiertos, se detenían y luego irrumpían nuevamente sobre otros territorios dispuestos a todo, también al asalto final. Tiempo eterno. Inagotable. Instantes dilatados. La mano llegó a la bragueta. Desabrochó un botón, luego otro. Sus dedos, esos extraños dedos que él creyó serían los de Isabel, le corrieron el cierre y empezaron a hurgar en el paquete, después a hacerle cosquillas, intentando atravesar la trusa. *Isa... Isa ... ¡Mmm!* Tomó aliento. Prefirió no abrir los ojos. Su madre, su única madre, debía estar allí. Tosió. Retiró esas manos en la penumbra. *Qué extrañas manos*, le advirtió su otro yo. ¡Qué toscas estas manos! ¿Y esos dedos? No se parecían en nada a los de Isabel. ¿Eran las de su coronel? *No puede ser, Dios mío, ayúdame, mejor mátame de una vez*. Simuló dormir alerta. Aquellas manos volvieron a la carga más prestas, con mayor refinamiento y maestría. *No son las del coronel, ya hubiese escuchado el balazo, ese tiro de gracia que me hubiera ayudado a trasportarme a la otra vida*. Benito era incapaz de mover un solo músculo. Tampoco respiraba. Sólo el corazón le latía, porque debía seguir latiendo. El miedo-placer, placer-miedo se le fue acumulando en la garganta de un modo indescriptible. Sentía que su vergazo se había enervado, estaba dispuesto a recibir las caricias lascivas de aquellos dedos curiosos que hurgaban en extraños territorios. Suspiró. *Escaparé ¡ahora!*

Cuando levantó la mirada y dio un tremendo brinco quedó estupefacto, paralizado de terror. Era Luis, el hermano menor del coronel, que también tenía las llaves de la casa.

- Despreocúpate -le dijo-, no se lo diré a César -y le acarició los genitales, prometiéndole extraña complicidad.



Camino a casa, Isabel había llegado a la conclusión de que la vida se estaba volviendo más amenazadora desde que su esposo ascendió de grado. La vida para ambos, en algunos aspectos, se había simplificado: chófer a la mano, gasolina gratis, consideraciones de la superioridad. Por otro lado, esa misma vida se les había complicado: se multiplicaron los compromisos, las invitaciones proliferaron, las exigencias para hacer dieta, ejercicio, visitar la sauna, comida vegetariana, chequeos médicos, fueron en aumento. Se preguntó, mientras manejaba el carro, si alguna vez había sido consciente de que engendraba a dos seres humanos destinados a ser ciertamente independientes: su esposo y Benito.

Se preguntó, haciendo los cambios con precisión, qué era aquello indefinible que le producía una tristeza crónica semejante a una de esas punzadas que un día se instalaron en algún lugar de su cuerpo. Mientras ella se cuidaba de la luz roja de los semáforos, pensaba en el paso del tiempo de distintas maneras. Ahora, como los carros que se le cruzaban, lo veía como una acumulación de sucesos que se quedan sobre la superficie con levedad y obstinación, a la manera de esas manchas domésticas con las que uno decide vivir sin más. Isabel le temía a la vejez, se lo había dicho incluso a Benito; pero a ratos -como ahora- reflexionaba sobre la resignación del tiempo propio y de la vida. El paso del tiempo y de la vida lo contemplaba como una extensión de obsesiones, de recuerdos. Ya en casa, mientras veía televisión y su esposo roncaba plácidamente, Isabel se preguntó si en verdad su marido se estaría volviendo un tremendo viejo verde. *Hasta tiene mal aliento, anda insolente, apático, petulante, y su transpiración de ahora ya no es la misma de antes*, pensó. Acomodándose el cabello mientras veía un programa de don Francisco, se encontró haciendo recuento de su emocionalidad sexual. Había sido primero celosa, luego maniática por la limpieza y el orden; pero ahora sentía que mucho en su vida había cambiado, se acostaba con dos varones, dos varones que entre sí se llevaban por lo menos veinticinco años de existencia. Cuando veía en la televisión a don Francisco disfrutaba de las parodias y los concursos del programa televisivo. Escenificando buena parte de esas parodias había una talentosa artista chilena: La Cuatrodientes. Sintió que ella era La Cuatrodientes, La Ochodientes, pues se estaba burlando de su marido y quizá de Benito. Sintió, además, que al burlarse unía a dos generaciones de varones atados por un mismo ideal: la defensa del suelo patrio, de sus fronteras, de la dignidad nacional y de ella, por supuesto. Esa deliciosa aventura empezó a gustarle, porque le estaba saliendo a pedir de boca. Además, ¿qué daño hacía con esa actitud? La nueva tentación a la que se veía arrastrada por pasión, por seducción, por curiosidad, por sometimiento, por necesidad corporal, le podría permitir comprobar lo que siempre sospechó a lo largo de su vida: que todos los varones latinoamericanos son buenos en la cama y nada más. Después, se desarman, se estupidizan, se idiotizan, se engordan, se afean, se vuelven machistas, no todos sirven. *Mi teoría psicoanalítica por comprobar: ¿Quién es más idiota? ¿César o Benito? ¿Benito o mi marido César? ¿Los dos? ¿Ninguno de ellos? ¿Yo? ¡Qué dilema el mío! Tarde o temprano lo descubriré con sus propias estupideces y las mías. Y ese César a mí que no me venga con sus mensajes cifrados: €Ω∂∩∞≈Σ#eΔ¥±18\$47WMA.*



-¡Ay, Isabel mía!, qué lejos están los sueños tuyos de los de tu marido, y *qué lejos están mis sueños de los tuyos*, sueños como los de Segismundo en *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca.

-Los sueños son como las novelas, como los cuentos: a una la transportan a múltiples realidades.

-Para mí un buen sueño es motivo de inspiración, pero también de preocupación. Hay sueños que son muy verbales: uno se oye hablar y hasta charlar, sintiendo que se desdobra. Mientras que en los sueños de tipo mágico uno no se oye hablar, sino que ve algo. Por ejemplo, el sueño de Durero...

-¿Durero, el pintor, Benito?

-Así es, Isabel. Aquél dejó un relato y un croquis hechos inmediatamente después de despertarse la mañana del 8 de junio de 1525. Es un sueño de pintor, por supuesto, pero es un sueño en movimiento. Durero dicen que vio, no diría el fin del mundo, pero vio trombas que caían y destruían un paisaje, y se tomó el trabajo de dibujar el paisaje. Esto lo he leído. Sí. Se parece bastante a la

llanura lombarda que debió conocer, que creyó conocer perfectamente, pues visitó con frecuencia Italia. Los detalles que Durero da son notables; intenta medir la distancia a la que estaba del desastre.

-Sí, hay sueños recurrentes, hijo, digo Benito, son como los nuestros, también hay famosas historias, la de Leonardo, por ejemplo. Pero en este caso es posible también que se trate de fantasías o ilusiones que adquieren la forma de un sueño, o que olvidamos que son producto de la imaginación despierta y asumimos como sueño por no recordar su origen. Son mitos recurrentes, son ensueños, quizás, antes que ser verdaderos sueños, son simplemente ilusiones del alma, como los nuestros, Benito.

-Anoche, Isabel, soñé que me paseaba por una ciudad extraña; así debió ser Macondo o Cibelia, la ciudad donde nací, la ciudad donde he de morir después de mis siete vidas, la ciudad que se desprendió de mí y yo de aquella. No significa nada, pero me alienta a intentar describir cómo era esa ciudad, mi ciudad, el lugar de mis orígenes y ese paseo por los laberintos oscuros de esta vida. Creo que lo escribiré.

-¡Qué bueno! Acabo de leer tu último libro de cuentos, me parecen estupendos, bien logrados. Mi marido los quemó, los mandó tirar a la basura. Qué importa, ya los había leído.

-No sigas con esas tonterías, amor, mi jefe me estima, así que cambia de tema.

-Bueno, entonces cuéntame de tus sueños. Los sueños de los escritores, a veces, suelen ser muy realistas, oníricos, mágicos, no sé cómo llamarlos.

-Tú eres ése mi sueño. Es que depende, Isabel. Me gustaría ser como Adriano en *Les songes et les sorts*. Allí Adriano cuenta los sueños que tuvo hacia el final de su vida, dándose cuenta de que la misma vida tiene algo de la inconsistencia propia del sueño.

-Me fascina el misterio de lo que son los sueños, lo que esconde un sueño. Hay muy hermosos sueños, igual a la naturaleza de las visiones, Benito. Hay también sueños estúpidos, como los que dice soñar mi marido; te juro, hasta eso lo delata. Imagínate da manotazos al aire cuando duerme, da órdenes. Yo, que lo conozco veinte años de casada, ya sé cómo se pone: da sus pataditas como un bebé, después se pone tieso como un culebrón, de repente se pone a hablar como un pajarraco australiano, balbucea como un batracio cosas que no le entiendo, da órdenes maldiciendo, blasfema: Carajo, Mierda, ¡Firmes! ¡Comprendido, mi general!, ¡No mi general!, Ordene usted ¡Atenciónooooooooon!, Positivo, Negativo, Eco papá. ¡Ay, no sé! Tonterías que se dicen entre militares, y después, qué crees.

-Si se pone a cantar el himno nacional o el de la Aviación, no me extrañaría.

-Ya quisiera yo, Benito, pero aquello no sucede; su inconsciente lo traiciona en sus sueños y yo lo descubro. ¡Canalla!

-¿Qué dice él que te haga pensar que te traiciona?

(Ring)... El teléfono.

-¿Berenice? Hijita linda, ¿cómo te ha ido?

-¡Aló! Mami, estoy triste; papá me ha llamado, dice que has cambiado y que seguramente escondes algo. ¿Qué es, mami?

-Nada, hija, nada.

-Mami, estoy triste.

-Hija, alégrate de tus lágrimas. Recicla tu interior, limpia la maleza de tu alma, barre las hojas secas de tu corazón, siembra de nuevo flores en tu pensamiento, vive como yo tu primavera y tu verano, ten un templo en tu pecho; no dejes que tus ojos lloren. ¿Por qué no me hablo bien con tu padre? ¡Ay, hija! Yo sufrí con él para hacerle conocer alegrías; yo lloré para que las lágrimas del mundo se secaran y no las alcance a ustedes nunca; yo callé para que mis hijas nunca se lastimaran; yo me hiqué en las espinas para ofrecerles las rosas de la vida. Hija, ven cuando

quieras, visítanos o llámame; sentémonos como dos viejas amigas, olvida que soy tu madre. De repente es mejor recordarlo, la madre jamás traiciona, hasta en la cólera te dice "*Perdón hija, ¿te hice daño?*" ¡Chau hija! Sí mi amor, ¡chau!, le daré saludos a tu padre, *ibye!*

Disculpa la llamada. Muchas cosas me hacen pensar que César me traiciona. Pero únicamente se trata de sueños? No, Benito, conozco a mi maridito; imagínate, si es tan fresco. Fíjate que la última noche que nos acostamos él se quedó dormido. Estaba muy mareado, ¿sabes?, había estado bebiendo en el Centro Aeronáutico. Yo le rogué. *Ya pues, papi*, le dije, y él no quiso hacerme el amor. Me dijo: *¡Ya, no sigas vieja, estoy cansado! ¡No molestes!* Y después, cuando dormía, se puso muy regalón. Yo dije: *Será que se quiere despedir bien conmigo, como se debe, sobre todo porque él estaba pronto a hacer un viaje de comisión al extranjero, muy lejos de aquí, en Moscú y Leningrado.* Tú sabes, allí hace un frío espantoso, iba a tener la cabeza muy caliente, sería capaz de meterse con una de esas gringas despintadas con tal de relamerse de gusto y decir después entre sus compañeros y su comando: *Yo estuve, mi general, con una cosaca que para qué le cuento.* Pero, vamos, no me quiero salir del tema de los sueños y vuelvo a mi marido. Qué desconsiderado, no sé por qué lo he soportado tantos años, creo que he sido muy tonta, será por mis hijas nomás. Él abrazándome, diciéndome cositas ricas, acariciándome con sus manos melosas, para después oír de sus labios lo que nunca en mi vida quise oír: *Ya pues, mi vida, ábrete de piernas, ya pues Eudaly, chinita rica, avionera, ¿acaso no te gustó lo que le hice a tu otra amiga, a la enfermera de la Base Aérea, a la Juliana?*

- Cuánto lo lamento, Isabel.

-Iba a estudiar diplomacia. Iba a ser poetisa, y nada. Obtuve el diploma de la soledad y me gradué de doctora de los infortunios. Contigo y con César tengo dos doctorados honoríficos reconocidos en cualquier universidad del mundo.

-Comparto tu dolor. Ven a mí, Isabel.

-Sí, Benito, te haré caso.

-La tristeza pesa tanto. Piensa en esa posibilidad de reiniciar tu vida conmigo. Podemos casarnos, tener un bebé. Qué feliz me harías, Isabel.

-Yo ya estoy media tía, tengo dudas, pero podría consultarlo con mi ginecólogo. Me gusta cómo eres.

-¿Cómo soy? Anda, dime que sí, tú puedes ser mi madre y mi esposa a la vez. Y si no puedes tener un bebe mío, lo podemos adoptar, ¿qué te parece?



El coronel se había preguntado si Isabel, su esposa, lo estaba traicionando, porque su comportamiento, más bien el de ambos, desde hacía meses era muy misterioso, calculador, y carnalmente la estaba deseando cada vez menos. Muchas veces se sintieron extraños en su propia casa y en su propia cama; en este tiempo aquello se había acentuado. *Me gusta dormir mirando a la pared, a las musarañas, se parece al cuartel*, le había dicho el coronel a su esposa. Y ella, disimulando su disgusto, su cólera casi divina, le había contestado: *A mí, en cambio, me encanta dormir soñando que toco una flauta italiana o un buen piano alemán y no el tuyo, por si acaso.* Quizás eran estas respuestas las que le hacían entrar en sospechas. Quizá fue ella la culpable de romper los secretos. Además, lo sabía bien, dentro de las Fuerzas Armadas y Policiales -principalmente en las bases, cuarteles y conjuntos residenciales- esto de vivir entre militares, mirándose a diario las caras y compartiendo vivencias con las esposas, hacía común que más de algún militar ocasionalmente terminara "confundiéndose" de cama, de mujer y hasta de amigo.

Isabel no lo había inventado, ella no era tanto de inventar las cosas y de aceptar el cotorreo de las amigas, sino de escuchar serenamente lo que ellas contaban y recrearlas con su imaginación sin salirse de los límites de la realidad. Si no, ¿cómo explicarse lo que ellas le contaban acerca de tantas expulsiones con tambores, tantos juicios de divorcio, traiciones públicas, bofetadas en fiestas, agresiones en las calles, denuncias de maltrato, suicidios y hasta asesinatos dentro de la vida militar? Debía haber una explicación, todo el mundo lo callaba y lo sabía como un gran secreto a voces para después acallarlo para siempre. Cuando Isabel le preguntó a su esposo sobre aquellas noticias, en más de una oportunidad obtuvo silencio o una respuesta severa, inquisidora. *¡Cállese mujer! Esos son problemas que nunca deben divulgarse, son cuestiones de seguridad nacional, de dignidad militar, de prestigio institucional, de honra nacional, de bienestar familiar.* Todas esas razones las había oído de su esposo, y esto mismo, para su desgracia, lo estaba pasando ella. Pero aquella noche, ambos sabían, mirándose a la comisura de los labios, que no se podían ir a la cama sin que algo sucediera y cada minuto nuevo, exigía zanjar la atmósfera para después liberarla del humor maligno que la oprimía. El coronel Moreno ya estaba tomando sus propias medidas, pues sabía bien que "En casa del herrero, cuchillo de palo". Por eso le dio instrucciones severas a su chofer y a uno de sus subalternos para que se dieran la maña de seguir, uno a uno, todos los movimientos de su mujer. El coronel también había estado observando la cocina desde hacía algún tiempo y el comedor, su bar, los noventa y ocho whiskys que tenía almacenados (casi como preseas), recolectados a lo largo de su afamada carrera militar. Revisó los escudos recordatorios, también la condecoración Cruz Peruana al mérito Aeronáutico, que mostraba orgulloso a sus compañeros en sus días de borrachera, por haber sido el artífice de nada menos que el descubrimiento y captura de una red de espías chilenos dentro del territorio nacional.

El coronel Moreno en aquella oportunidad sólo era un pichón de oficial. Hablando en término de aviadores era *un tucano, un aguilucho, un cóndor, un halcón, un gorrión*. Con el grado de teniente, se le encomendó la misión de hacer un seguimiento estricto a un suboficial de su propia institución, el mismo que había dado a notar contactos sospechosos con miembros militares de la embajada chilena en Lima. Moreno, ya bastante panzón por sus continuas incursiones nocturnas al bar del Centro Aeronáutico, ni corto ni perezoso montó guardia una semana frente a esta embajada, en plena avenida Javier Prado, hasta que por fin pudo registrar sus horarios de ingreso y las personas con quienes se podría haber entrevistado el sospechoso. Después, como buen oficial de Inteligencia, le hizo un reglaje y el correcto seguimiento, hasta que descubrió el verdadero hilo de la madeja: el contacto en un buque de la Armada Chilena. Huayhuaca (así se llamaba al suboficial) había robado planos, informes de logística y de armamentos, códigos de transmisión clasificados como estrictamente secretos, y se proponía a negociarlos con personal de la embajada. Después, el mismo Huayhuaca, desencajándose los angulosos cobres de su rostro en gesto adusto de arrepentimiento al ser capturado y verse descubierto, le daría a conocer sus deplorables intenciones, aduciendo carestía económica, la enfermedad de su mamita, su promesa de hacerle una misa, una gran fiesta con castillos y procesión a la Virgencita de Cocharcas en su pueblo -pues había sido elegido mayordomo- y el bajo sueldo que percibía como suboficial no le alcanzaba sino para una semana de subsistencia. Moreno, iracundo, demostrando que en su sangre azul también tenía la de indio, le juró por la patria a Huayhuaca que lo haría famoso. *Te haré colgar de las pelotas y comerás tu propia mierda. Ya verás, por traidor a la patria te volveré Huay... huaco*, le había asegurado frunciendo el ceño.

Huayhuaca nunca le creyó, o le creyó a medias, y siguió colaborando con Moreno a fin de obtener atenuantes, indulgencias, que le rebajaran el severo castigo que le esperaba. Huayhuaca, sin saberlo, delató la pista de una incursión enemiga mucho más grande. Tremenda noticia internacional. Una embarcación con personas de la Armada Chilena expertas en explosivos y demoliciones que se había apostado justamente frente a la refinería de petróleo de Talara. ¿Qué pretendían? ¿Estaban haciendo turismo? Nada de eso, lo más probable es que estuvieran listos para una acción de sabotaje mayor, en caso de un conflicto armado que se preveía, en aquel tiempo, pudiera suceder con el vecino país del sur. El colmo de todo ello fue el decomiso de cámaras fotográficas con tomas estratégicas de la refinería y de la propia Base Aérea de Talara, que desde entonces se exhiben en vitrina en la Dirección General de Inteligencia y Seguridad (DIGIS) *Te arrancare las verijas, cholo conchatumadre, y las secaremos al sol, por traidor a la patria*, juró Moreno, y lo cumplió. Huayhuaca, después de un sonado juicio militar que conoció la opinión pública, fue fusilado por traición a la patria. Ni el clamor de piedad de la iglesia, ni de organismos de derechos humanos, pudo detener la decisión tomada después de tormentosas deliberaciones. Algunos dicen que lo mataron primero a pedradas, para ahorrar balas. Después, sólo le dieron el tiro de gracia. Tiro en la frente.

Ahora, mirando a Isabel, su esposa, que lo había acompañado a lo largo de toda su impecable carrera como oficial, sentía que quizá el alma afligida de Huayhuaca se había reencarnado y le estaba haciendo su propia guerra. Por eso percibía que su hogar estaba cargado de ciertas fuerzas negativas que él pretendía -como sagaz oficial de Inteligencia- algún día descubrir. Ese estigma de «fealdad» adherido como rancio humor a las cosas de la casa como una segunda piel, piel de zapa, era una carga invisible, pero percibible. Cerca, en la mesa, el olor de las cenizas, las colillas y los restos fríos de café en la taza le habían quitado el hambre. El pavo, obsequiado por su comando que su chófer Dionisio había mandado hornear, estaba allí, tieso, mosqueándose. Isabel ahora ponía en práctica sus nuevas estrategias de combate aéreo con el marido ignorándolo, porque sabía que la sirvienta y el mayordomo, conseguido en la Aviación (un ex-recluta), le atenderían a su regalado gusto informándole de las intimidades y visitas de su esposa. Por eso ahora ella leía con deleite, devorando las ilustraciones y recomendaciones para los cuidados de la piel y para cuidar al marido que le impartían y comentaban, con reservas, las prestigiosas revistas *Hola*, *Vanidades* y *Caras*.

Isabel se había ido después a acostar. *Estoy rendida*, le confesó a su marido. Estuvo dando vueltas y más vueltas en la cama y, aunque agotada y exasperada, no abrió los ojos, porque al otro lado de los párpados cerrados acechaban la turbulencia y el malestar del exceso de alcohol de su esposo. Sabía que afuera, más allá de la ventana, la oscuridad era tanta como la del dormitorio y la suya propia. Estaba rodeada de oscuridad, quieta y encogida, escuchando la voz martilleante de su marido, al que ahora le había dado por entonar un bolero. *Ya se puso sentimental mi don Juan, supongo que no tengo la culpa por las estupideces que hace*, pensó.

En el estado en que se encontraba, y sin la menor intención de abrir los ojos, no podía consultar su reloj. Tampoco podía ver la esfera en la oscuridad, mientras más allá de los pasadizos, en la sala, su marido bebía como un condenado. *Odio a los hombres que apestan a licor*, le había confesado ella en más de una oportunidad. *¡Beodo! ¿Beodo yo? ¡Sí César, eres un terrible beodo! ¡Berbe, de la familia Berbe tenías que ser! Hubiera preferido que fueras de la familia Bécil*. Por eso, seguramente, Isabel estaba, hoy, buscando que su esposo la odiase. *No sé cómo hizo Dios. Esto para mí es muy duro, difícil de sobrellevarlo callada*. Prendió la lámpara de noche. Se sentó. Se había olvidado de limpiarse el maquillaje, así que procedió con la rapidez de una artista a limpiarse el cutis todavía terso. *He logrado resistir todo, salvo las*

tentaciones últimas. ¿No tendrá algo que ver con el Cristo moreno? ¿Por qué mi amor, Benito, le puso ese nombre santurrón a su manuscrito? Yo le hubiese puesto: Los martirios de Fray Martín de Porres. He logrado resistir todo, salvo esto último. Después apagó la lámpara y quiso dormirse. Pero cómo iba a dormirse, si el recuerdo de lo que Benito había hecho con su cuerpo la tenía intranquila, ansiosa. Mas ese recuerdo no era lo único que mantenía su mente despierta. *Tus uvas, tus aromas y tus firmes toronjas, son los pezones virginales que emanan de las tierras, y tus melones me saben a bocas,* le había confesado Benito de manera poética. ¿Dónde lo había leído? Quizá fue en Góngora, quizá en Quevedo, quizá lo leyó en otro poeta. En nadie. *Benito es Benito, no hay duda.* Confirmó que gracias a esas palabras y a otras el corazón, su corazón, tenía voz y eco. Buscaba la manera de dar forma a alguna ensoñación que, entreteniéndola, le permitiera llegar hasta la misma boca del sueño para desaparecer por ella sin darse cuenta. Si abría los ojos tendría que fingir preocuparse por el marido, llamándolo (como en otras oportunidades lo había hecho, sobre todo cuando el muy fresco se ponía a tomar tragos con sus amigotes de promoción); tendría que salir del cuarto, pedir y dar explicaciones, afrontar los cargos de conciencia con esa mezcla de estupor propia de quien aún está a merced de sus excesos, y no durmiendo. Además, a esas horas ella debería haberse dormido, porque después el insomnio ya no le dejaría pegar los ojos. El coronel se tendería como un costalazo al lado de ella, pidiéndole de manera insolente que le hiciera “glub, glub, glub” y se dejara hacer cochinas.

-¡Asqueroooooo! ¡No sólo eres Berbe, sino un imberbe! Fíjate en el espejo para que veas que es verdad.

-Ya gorda, graciosa eres, ahora te me rebelas, a mí que soy el papiriqui.

¿Qué esperaba Isabel que no dormía? Más tarde reposaría a sobresaltos, tendría que prender la lámpara de noche, sacudir aquella masa de carne quieta a su costado, decirle (con sus chistidos) que dejara de roncar, porque si no los vecinos iban a pensar que aquí se dormía con un asno. Ahora se sentía bajo sábanas tibias y perfumadas, semejante a estar en una incubadora -¿con Benito Medinaceli?- donde debía sumergirse en el sueño y mover el cuerpo lo menos posible. Había dado vueltas, tantas vueltas, tirabuzones casi aéreos, tantas piruetas acrobáticas lentas y cautelosas sobre sí misma, que le costaron calcular el tiempo que llevaba desvelada. Mezclaba sueños y pensamientos con sensaciones corporales, lo que le hacía sospechar que en más de una ocasión estuvo a punto de conseguir perderse, como madre, en las esferas del sueño, con el hijo.

De pronto abrió los ojos. ¿Había escuchado sus propios ronquidos? ¿Cómo era posible que ella también roncara? ¿Debía, entonces, preguntarse si las mujeres de este mundo tienen derecho a roncar? ¿Y a ser infiel? ¿Y con Benito Medinaceli? Pensó que eso de roncar era imposible en ella. ¿Le habían despertado sus propios ronquidos? Se levantó, se puso su bata rosada, y allí estaba el dueño de aquellos insoportables ronquidos. El coronel dormía plácidamente sobre uno de los sofás. La comisura de sus labios estaba empapada de saliva. Dio la vuelta a la almohada después de pasar la mano por aquellos labios. Se negaba a reaccionar y a abrir los ojos, era como un cadáver. Isabel deseó que siguiera toda la vida allí. *Nunca cambiará. De borrachera en borrachera y de juerga en juerga pasa los años muy feliz, pensando llegar a general, no sabe que James Benavente ya le desenmascaró todo. ¡Viejo asqueroso! ¡Infel! Como castigo que amanezca en el sofá.* Lo deseaba con todas sus ansias, al tiempo que la tranquilidad alcanzaba su cuerpo y ella se alejaba de su esposo, muy despacio, placenteramente.



En plena insolación del mediodía, el coronel Moreno mandó, de un pitazo, formación en el patio.

-Pasaré revista a la tropa de reclutas- exclamó en la Escuela de Oficiales de Aviación. Y no propiamente a los cadetes, sino a su querida tropa.

El coronel Moreno con voz flemática dio su acostumbrado sermón de las cuatro horas a los soldados del glorioso batallón de cuerpos contrahechos, pequeños, deformes, cobrizos, extenuados, la mayoría de ellos de marcado acento indígena. Habían sido llamados "para servir a la patria". Ahora estaban "sirviendo a la patria", preparando la comida del rancho, fregando pisos, llevando papeles, recogiendo la basura y las hojas de los árboles de todos los patios militares, o contándose sus penas y durmiéndose en los torreones. También estaban prestos a lustrar las botas de los oficiales, a realizar guardias y vistosos desfiles militares, y a escuchar los enérgicos gritos del coronel Moreno

-Los avioneros no son como los perros, cuadrúpedos de pellejo duro. ¡No, carajo! Tampoco se enlodan ni ratean con quien se les venga en gana, tirándose, así por así, a las cholas y a los maricones por unas monedas o por unas cervezas, menos por un pedazo de pollo o una cajetilla de cigarros (algunos soldados, sería por el sol de treinta grados, comenzaron a ponerse lívidos, otros estuvieron a punto de desmayarse) Como comandante de la tropa, los conozco, isí señor! Eso sí, son bravos cuando están en la frontera o cuando están hambrientos, son fáciles de corregir y de comandar (los soldados, mirándose de reojo, apretaban los puños, sacaban pecho de donde no tenían y se quedaban rígidos. Y por último, nadie en la pasada marcha de campaña, donde demostramos resistencia, pundonor y disciplina, nadie en Punta Lobos se tiró a las lobas que merodeaban a orillas del mar, pues -tosió, botó un gargajo- pues... (unas risitas cómplices, sospechosas) deben tener el culo helado (más risitas, miradas esquivas haciendo mea culpa), y, aunque son fáciles de domesticar, están alertas, intranquilas, mañosas. Y no se diga, como por ahí andan diciendo en las cuadras y en las duchas, que las lobitas son crueles, despiadadas, vengativas. ¿No es así, sargento Perico?

-No, mi coronel.

-Y usted, Bacacorzo, que se cree cacherito ¿me quiere decir que nunca se tiró a las chanchas de nuestra granja ni le agarró la colita a nuestros perros de seguridad?- preguntó hierático el coronel, casi botando espuma.

- Este... -levantó Bacacorzo los ojos al cielo antes de responder- ¡Todo hueco es trinchera, mi coronel!

-¡Asqueroso, cabrón de mierda! -profirió Moreno. -Si tiene deseos, pues icóooooooooorráse la paja! (Tosió) Después de todo, es más higiénico, ¿no es cierto Buendía? Así la moral militar nunca se pierde ni se resquebraja, nuestra moral militar es inquebrantable. Corriéndose la paja no se llega a esos fondos oscuros de la conciencia y de la degeneración más abyecta, donde la perversión es símbolo de derrota, de humillación, ante un enemigo invisible que son nuestros propios instintos.

-Mi coronel, acaba de caer al suelo el soldado Quispe.

-¡Déjelo allí, suboficial!

-Pero mi coronel, es un desmayo...

-¡Bestia! ¿Son mariquitas o qué?

-Mi coronel, el soldado Apaza se encuentra mal- interrumpió nuevamente el suboficial.

-¿Qué? Son reprimidos, levántenlo, icarajo! ¿No tienen la moral en alto? Ya los veo en una guerra con los chilenos. No hay quien pueda enderezarlos, ¡no se muevan, arrechos!, para planchas, ¡un, dos!

-¡Tres, cuatro!

-¡Cincueeeeeenta!

-¡No gritan! Parecen las alumnas del Villa María: ¡Cieeeeeeen!

-¡Treeeeeeeees, cuaaaaaaaatro!

-Así me gusta, esa calentura, la arrechura de todos hay que aniquilarla cogoteándola del catre o haciendo quinientas planchitas, ¿ha comprendido Zapata?

-Comprendido, mi coronel-, replicó tímidamente el avionero; transpirando gruesas gotas de sudor.

-¡Cooooomprendido! -profirió el coronel, iracundo. -Ustedes, lo único que saben acá, carajo, además de marchar, limpiarse el culo y sujetar los fusiles, es sólo contestar: ¡Cooooomprendido! Parecen hembritas, jermillas, simples putitas. ¿No pueden decir ¡comprendido!? ¡Como varones, carajo! Tendrán que hacer desde hoy gárgaras de vidrio molido. ¿Qué va a comprender usted, Zapata? Si en las guardias se queda dormido, ya le han robado una bayoneta, pajero; tengo que mandarle otro hombre para que cuide su fusil, niñiiiiiiiita. ¿Que ha comprendido? ¿Que ya no debe correrse la paja? ¡Retírese!

-Noventaiocho, noventainueve, cieeeeeeen

-¡Cien más!

-¡Vamooooooooos!

-¡Adelante!

-noventaiocho, noventainueve, cieeeeeeen

-¡Posición canguros! ¡Cieeeeeeen!

-¡Vamooooooooos!

-No se oye padre. ¡Trescientos!

-¡Vamooooooooooooooooooooooooooooooooos!

-Mejor. Así me gusta, quiero verlos sudar lágrimas y sangre ¡Inicien!

Después de cuatro horas se le escuchó decir por fin *¡Rompan filas!* Había cumplido con su objetivo, los había preparado como cada mañana para la moderna guerra electrónica y aérea del futuro.



Llegaron otras vacaciones de los cadetes. Benito Medinaceli, después de tantos cortejos e insistencia de Gabriel, accedió a viajar unos días con él. *Vacaciones son vacaciones*, se dijo. Así lo hicieron. Tras seis horas de arduo caminar, llegaron casi exhaustos, ojerosos, ateridos por el frío glacial de las noches, al pueblo de Aiza. Al día siguiente, bajo una lluvia torrencial, cruzaron entre suspiros de alivio el puente del Río Tupe.

El pueblo, cobijado al final del Valle Colca, entre los cerros Tupinachaka (Tupe Viejo) y Putre, se abrió ante sus ojos. Los techos eran de tejas y de calaminas limpias, refulgentes al sol. En la entrada del pueblo, lo que podría llamarse la calle principal, los recibieron unas viejas cristianas comentando entre sonrisas. Tenían los rostros arrugados, como pasas.

-Estas mujeres no quieren morir, esperaron a que llegáramos- murmuró Gabriel.

Y Benito agregó:

-Son como reliquias, seguramente atesoran tantos y tantos recuerdos que cuánto daría yo por tener una grabadora.

Después, se perdieron entre tortuosas calles llenas de charcos infestados de sapitos.

-Toma mi amor- le dijo Gabriel a Benito, levantando un pequeño batracio, acariciándolo, jalándolo de las patitas, luego arrullándolo. Y Benito dio un brinco:

-¡Asqueroso! ¿No sabes que estos bichos traen enfermedades? No me toques.

Y Gabriel le correteó por unos instantes, haciéndole bromas, diciendo:

-Te quiero, mi amor; cuánto daría porque tú también me amaras, mi tesoro, mi lucero, por eso me desprecias.

-Cambia de tema, Gabriel, siempre te pones muy meloso. Eso me cansa.

-Amar no es fácil, querer sí. Amar como yo te amo, Benito, no es fácil. Yo no sería capaz de hacerte daño, mi vida. Son pequeños animalitos. ¡Mira, mira! Esta ranita se parece a mí es inofensiva, parte importante de la naturaleza, para que nuestra estadía en este pueblo sea feliz.

Esa noche, ataviados a la usanza del lugar y con un hospedaje asegurado en la casa del teniente de alcalde, pues hotel no había, pretendieron descansar. La gente no veía televisión, sólo de vez en cuando se oía el lejano rumor de algún radio transistor con compases de huainitos y mulizas.

Era Noche Buena. En la Plaza de Armas se congregó la gente del pueblo y de otros caseríos. Vestían trajes oscuros, ponchos y chalinas. Sus sombras proyectaban reflejos espectrales, dibujando figuras fantasmagóricas en las paredes del templo. Algunos viejos taciturnos, armados de machetes, cortaban en cuatro las pencas del cactus. Estas se introducían unas en otras, formando la techumbre que cubría al Belén. Entraron todos al templo, se persignaron, depositaron cirios encendidos y vieron cómo muchas mujeres contritas del pueblo se arrodillaban, cubriéndose los rostros con sus mantos negros. Benito se persignó.

-Voy a rezar por ti, amigo, porque nunca te mueras y seas feliz -le dijo a Gabriel.

-Y yo voy a rezar, porque... porque cambies, pendejito.

Ambos sonrieron, luego disimularon aquel cruce de palabras en el gentío.

Cuando abandonaron el templo, se sintieron bañados por el olor de sahumerios y chamizos. La oscuridad lo envolvía todo. A lo lejos, las primeras notas del "payán", el canto vernacular, anunciaba entre violines, sonajas y arpas la festividad de la Pascua. Para el frío tomaron *chamisco*: explosiva mezcla de alcohol, agua caliente, azúcar y hierbas aromáticas.

-Es un calentito de nuestro pueblo- les dijo la vieja mujer, que además preparaba emolientes.

Al día siguiente iniciaron un nuevo ascenso guiados por Fulgencio, el hijo del alcalde del pueblo de Aiza.

Las paredes de este cerro hicieron que la subida se asemejase, en ciertos momentos, a una misión suicida. El miedo, en todo caso, les recompensó sus expectativas, pues descubrieron algo que sería una suerte de pictografías milenarias de colores encendidos. Ante sus ojos empezaron a desfilar llamas, venados, zorros y unas extrañas imágenes, mezcla de animal y humano, que parecían estar unidas por el falo.

-Estos somos los dos, qué manera de retratarnos -bromeó Gabriel, señalando.

Alcanzaron la cima. En la parte baja yacía el pueblo, abrazado por sus dos ríos. Fulgencio, el hijo del alcalde, empezó a relatarles la leyenda de los gentiles y también les contó, largamente, la historia de aparecidos y de pishtacos. Benito le oía con ensimismada atención, parecía creerle todo. Gabriel, coqueto, le miraba con ojos ávidos de placer, como si quisiera decirle: *No seas tonto, déjate de huevadas, mejor cuéntanos de tus experiencias con las cholas del pueblo.* Fulgencio demostró ser muy diestro en hacerles creer historias, ajeno al hecho de que dos ojos, los de Gabriel, lo estaban observando, radiografiando de cuerpo entero, para indagar a fondo la naturaleza de su ser eréctil. Su boca carnosa y su pequeña lengua se movían sensuales, mientras con hablar andino les relataba que estos espíritus

errantes penaban por el cerro apoderándose del alma de los vivos y dejando como único vestigio la vestimenta de los desaparecidos.

Esa noche, en una habitación alumbrada por el tenue reflejo de una vela, Fulgencio, pisco barato en mano, se presentó nuevamente ante ellos.

-Traigo una frazada sacachispas para que se abriguen -les dijo.

-¿Sacachispas? ¿Qué tipo de lana es esa? -preguntó Benito, sorprendido porque en verdad sus ojos veían luces que salían de la frazada. Sonrió.

Y para explicarles el por qué de tal nombre, Fulgencio pidió, "si no era mucha molestia", le hicieran pasar. Les rogó que los tres estuvieran en la oscuridad, así las chispitas se veían mejor, agregó. Gabriel le guiñó, se alegró mucho de verlo y hasta le mandó comprar una botella de pisco y bebidas. Después, mientras brindaban, Fulgencio se puso a contar sobre curanderos que en este pueblo sanaban el mal de ojo y el susto. Les hablaba de hueseros que ponían fin a fracturas y dislocaduras, frotando durante horas la parte dolorida con aceite de lagarto. Gabriel, abrazando a Benito, se puso a cantar una tonada de salsa, un ritmo que les prometía estar juntos hasta en la eternidad. Y Benito le hizo dúo:

*Y volar, volar tan lejos
Y volar sin miedo como palomas libres
Y vivir lo nuestro
Y vivir lo nuestro
Y amarnos hasta quedar sin aliento
Soñar y soñar despierto
Desde una montaña alta
Sin que nada nos obstruya el pensamiento...*

Después, los tres se durmieron juntos, jugando a los toques de manos, bromeando, riendo de felicidad.

Ya de vuelta en su residencia, atento a observarse a sí mismo, Gabriel se puso a analizar sus reflejos mientras comía. La perfecta facilidad de su disimulo, la rapidez con que había mentido sus deseos y amores ante el comportamiento de Benito, le dolían tanto como aquella noche de la presentación del cantante mexicano Luis Miguel en el auditorio del colegio San Agustín no pudo llegar hasta él. Creía amarlo en secreto: *Me moriría feliz, tremendamente feliz, si alguna vez Luis Miguel me hiciera el amor, es lo máximo. ¿Y Montaner? No hija, canta lindo hija, se le ve bien hombre, algo extravagante, pero mírale el peinado, se parece a... nosotras, ni hablar,* se dijo. Por eso se dirigió hasta la puerta de su habitación, con la esperanza de verlo, de tocarlo, de decírselo casi secretamente, a sus oídos, de hombre a hombre, de mujer a hombre: "Te amo". Atisbó. Sus dedos rozaron el póster de Luis Miguel. Recordó el gran día en que celebró su actuación en Lima. Fuera del colegio las chicas no podían entrar. Gritaban histéricas y lloraban con su boleto en la mano, se peleaban en la cola por estar junto a su ídolo. Salió una jovencita rubia -no sé por qué lo hizo- y le dijo a su madre: *¡Lo vi, mami! Te juro que lo vi, iera él!*, y se alejó hacia un lado para desmayarse al lado de Gabriel con pasmosa tranquilidad. Esa noche quiso patear a la niña, pero se contuvo. *Pobrecita. Estúpida chiquilla, no sabe quién es Gabriela,* suspiró Gabriel con desprecio, pues a diferencia de ellas, no perdería las esperanzas de que, aunque no esa noche, algún día Luis Miguel, Ricky Martin o Chayanne, le estamparían un tremendo y sonoro beso y se lo llevarían a su hotel.



Gabriel se dio vuelta. Le gustaba sentir el calorcito de la cama. Dormía desnudo. Acostumbraba taparse hasta la cintura. Se acarició sus pechos. Pensó en la importancia de ser un modelo de televisión y de desfile de modas. El, Gabriel, un marica de sociedad admirado por mujeres y hombres. Pensó en esa remota posibilidad de operarse, de volverse mujer, de concebir, de amamantar a los hijos. Sonrió con placer. Consideró la importancia de tener buen cuerpo. Lo tenía. Se acarició los labios. Pensó en la respiración boca a boca. Se preguntó por qué, cuando se piensa en ella, se hace morbosamente. Ahora necesitaba que alguien le hiciese respiración boca a boca. Dio un largo y dulce suspiro, suspiro de mujer. Se movió simulando ser un delfín hacia el centro de la cama, donde estaba agradable. Cama de agua con cojines de plumas. Qué diferente rozarse las piernas en la mañana cuando debía levantarse a cuando recién se acostaba. Aquella tibieza de las sábanas, de su cuerpo mancillado; le daban ganas de seguir durmiendo. Contestó el teléfono medio dormido y medio despierto: *¡Aloooooooo!* Del otro lado se escuchó una voz inconfundible: era su amiga, la Chola Chabuca. Se despidió rápido, en el fondo no le gustaba que le cortasen el sueño. *Si una está dormida, las otras reinas y polillas se desviven por romperte los tímpanos con el teléfono, quieren a toda costa averiguar con quien estás en la cama, para después en un yujuyujuuuuuuuuuuu quitártelo, ¿no serán sabidas?*, pensó. Quiso seguir durmiendo, miró su reloj acuático sicodélico. *¡Son sólo las 9:00! Hoy no me toca ningún desfile, qué antipáticas las mujeres, siempre nos ven en las mismas pasarelas desfilando como maricas y ellas se hacen las que no saben que somos cabras*, se dijo. Se quedó quieto. Se puso a depilarse. Después, como lo venía haciendo desde hacía muchos años atrás, exploró, comprobó, en el paraje esencial de su continente, su sexo, tripa escuálida. Acarició su entrepierna. Le placía acariciársela cada vez que despertaba. Era la prueba más evidente de que andaba caliente, siempre con ganas de tener un coito. Ello se acentuaba cuando amanecía erecto, con el potito en guardia. Deslizó sus manos, manos de señorita. Jugó con sus testículos y su pinguita dormida. Sospechó que el noventa por ciento de los varones, por vanidad, acariciarían aquel nabo antes de levantarse. Pensó también en las mujeres, en las mujeres de pezones grandes, pensó en las bonitas y en las feas. *Soy bonita y admirada como la Chola Chabuca y la Cachito*, se dijo. Entonces se acarició los senos, también su floresta eléctrica, aquella que cualquier médico cirujano plástico llama el clítoris.

-Deseo esta mañana unas tostadas con paté de ganso y un jugo de tomate, *quickly... quickly* - ordenó a la sirvienta que venía con un plumero y una campanita. Ella entró a asear la habitación vistiendo un impecable delantal blanco. Tocó la campanita.

-Ya, joven Gabriel, vamos, vamos, tiene mucho por delante...

-También por detrás.

Volvió a meter la cabeza bajo las cobijas pensando en las últimas discotecas de Buenos Aires que había conocido. La cabeza le retumbaba. La música y los tragos tomados la noche anterior con los insomnes noctámbulos de la farándula recién estaban haciéndole estragos. Trató de ponerse en una posición cómoda para retomar el sueño. Su posición exacta: mostrando su trasero desnudo. Total, era sábado y no había apuro en levantarse, ni siquiera para ver Antena 3 de televisión, su canal favorito. Se acomodó en la tibia cama de agua. Bebió. Nuevamente le vino el dolor de cabeza. Pensó en Benito. Todas las mañanas, cuando se despertaba, pensaba en él. Pero aquel sábado, mientras se acariciaba sus partes íntimas, fue la primera vez que tuvo conciencia verdadera y total de lo placentero que era pensar en alguien que lo despreciaba. Se puso a disfrutar por la televisión una sesión de aventuras con El Zorro. Al tiempo imaginó caminar por las calles de una ciudad extraña, la Ciudad Gótica, la ruleta dando vueltas. Gabriel creyó en

su imaginación entrar a una de las oscuras callejuelas de la película sin sospechar lo que esperaba entre las sombras. Un asalto. Un hombre. Un arma. Gabriel, pellizcándose las uñas, trató de evitar convertirse en Batman, pero no pudo. *No es un mundo perfecto*, creyó que le había dicho Batman. Sí, eso creyó Gabriel haber escuchado del personaje de la televisión. *Tú y la máscara. La máscara y tú*. Tim Burton, Joel Schumacker y ahora, en escena, la diva, tú, Gabriel, sin máscara. *¡Batman, eres un estúpido! ...¡No fastidies, mujeeeeeeeeer!*

Cuando se levantó y se puso la bata levantó las pesas por media hora en la habitación contigua. Seguidamente se duchó, perfumó y así desnudo le escribió unos pensamientos a Benito para mandárselos en clave bajo un aparente nombre de mujer; Benito no sabría de quién provenía. En el membrete del sobre rosado puso en tinta negra una dirección falsa y como remitente: **Sra. Iris Tormento de Medinaceli**. Se sintió duquesa, más bien princesa. Caminó orondo, levantando su bata, creyendo mostrar lindas piernas al espejo. Luego se quedó quieto, un tanto fastidiado porque Dios lo había hecho corpulento y velludo. *Soy Selina Kyle. Soy Michelle Pfeiffer*. Se dio cuenta de su estado somnoliento, de sus tremendas ojeras. Claro, si pasaba casi toda la semana de discoteca en discoteca. Pensó en sus antiguos amantes de Buenos Aires: Steve y Michael. Pensó en esos amantes de Miami: Giordano y Franchesco. Pensó en los chulos de Madrid: Sandro y Giancarlo. Pensó en todos ellos y en muchos más de todos los países que recorrió. Pensó luego en las orgías romanas de Nerón, de Calígula, de Elagábalo, de Diocleciano. Se sintió por unos segundos Julio César, esperando pervertir a Licinio, su joven esclavo galo, para después hacerlo gobernador y recaudador de impuestos. Volvió a su realidad y no se sintió mal, después de todo. Tenía las caricias, las comidas, los placeres, los saunas de los césares, en su grato recuerdo. *Lo bailado y disfrutado, no te lo quita nadie*, sentenció con una sabiduría criolla, aprendida seguramente de algún charlatán de plazuela. Abrazó la almohada. La besó y la acomodó en su pecho, como se acomoda a un mimoso gato que no logra la posición correcta. Luego puso aquella almohada dentro de su bata de seda. Tomó uno de sus ositos de peluche. Caminó. *Algún día seré mujer. Algún día tendré mi bebé* -suspiró-. *Será un negrito futbolista, será un cholito trabajador, no..., mejor blanquito empresario. Que sea como buen latino una mezcla de cada uno de ellos. Me gustaría que fuera algo rubio como los de Europa, de Estados Unidos, de Argentina y del Uruguay. Me gustaría que tuviera la sonrisa limpia y las manos blancas como los de Venezuela, Paraguay y Chile. ¡Que saque la cara por ellos! Me gustaría también que tuviera algo del mulato peruano, del ecuatoriano, del colombiano o del brasileño ¿quééééé? ¡Su fortaleza y tremenda yuca! Además ese color serio dice las amigas que nos puede asentar bien a muchas, todo lo oscuro está de moda, ...¿o no? Me gustaría, y quién le va a decir a Gabriel que no, que tenga algo andino peruano-boliviano. ¿Del cholo? ¿Sus pezuñitas y sus alas andinas? ¡Ay, nooo, qué horror! ¿Qué puede tener del cholo? Su nostalgia, su nobleza, su melancolía, su amor a la tierra, sus costumbres provincianas. Eso sí me parece bien. ¡Ah! Y que también tenga algo de rumbero, de salsero y merengero, sí pues, mi amor, como son los chicos de Cuba, Panamá, Puerto Rico, Costa Rica, República Dominicana. Y que haga siempre sus gorgoritos, sus rabetas y pataletas, y que se ande en revoluciones y bravuconadas, como los de Méjico y de los países vecinos. Mi bebé, mi guagua, mi nene, mi creación divina, mi rorró, mi guatoncito, mi ratón, mi huasito, mi pichón, mi cholito, tiene que ser una criatura cósmica de costumbres continentales.*



La madre de Gabriel alguna vez comentó entre familia que el nacimiento de éste se había producido a las 00:00 horas, como el del niño Jesús. Quizá por eso el gusto delicioso que sentía Gabriel al partir a esa hora rumbo a las discotecas gay. Se puso a pensar en cuando era una pequeña criatura. Miró su álbum de fotos. Se emocionó recordando. A su lado su padre, cargándolo. Esos ojitos redondos, chispeantes, almibarados, debían ser como los del Niño Jesús. Siguió mirando el álbum; allí estaba su madre, siempre con mirada serena, imperturbable. *¡Cómo pasan los años!, pronto tendré veinticinco*, pensó. Las mayores alegrías de su infancia se habían producido cuando su madre se metía en la bañera. Era un recuerdo vital de su infancia. Gabriel no sabía cómo llegó su madre a sentir una tremenda obsesión por la higiene. En aquellos tiempos, en que vivían en una imponente casona de Barranco, los baños de cuerpo entero no gozaban de gran popularidad. Pero esta costumbre era en ella de gran aceptación. Había persuadido a su acaudalado esposo, el padrastro de Gabriel, para que instalase una bañera árabe y una jofaina con la que pudiera hacer más placenteros los baños del niño. Su madre se desnudaba dejando los últimos atuendos sobre el piso de mármol, se transportaba por las alfombras y se hundía con el pequeño Gabriel en las tibias aguas. Metida en la bañera se convertía en una mujer distinta, como si sólo cuando la espalda se curvaba en la agradable suavidad líquida, y el mundo y sus recuerdos desaparecían oscurecidos por los cálidos vapores, pudiese sentirse libre de las aprensiones miásmicas que la perturbaban. ¡OH, qué dulce canto la embargaba cuando al pequeño Gabriel lo levantaba en vilo y lo sacudía como a un pez, riendo ante el ínfimo genital de Gabriel, para meterse luego con él en las aguas! Ahora lo recordaba. No podía saborear un placer más puro y simple que aquel y que pudiera equipararse en su goce. Recordaba, además, aquellos pechos generosos de mamá, aquellas manos que dejaban resbalar el jabón en su espalda, en sus testiculitos y en su pecho. Aquella era una fricción maravillosa, ingenua para su madre, pero para él, para ti Gabriel, era sentir la fricción mañosa y ondulante de quienes asisten a los baños turcos Pardo o al Oupen sauna, al sauna Caldea, al sauna Plaza o al Corinto, en sus viajes de placer a España, sobre todo en las cabinas de descanso. La pingueta de Gabriel flotaba como una nuez diminuta. Aquellos eran días de espléndida felicidad.



Benito cruzó la Plaza San Martín. Había un patrullero rondando, pero también cierta calma y algunos pirañitas. De pronto divisó a *Naranjita*. Se le veía sucio, legañoso, con el pelo demasiado crecido. Cuando Benito se acercó a *Naranjita* le pareció un muchacho hediondo, con el olor que tienen las multitudes en los estadios y en procesión. Tenía la bolsa del pegamento *Terokal* (*Neopreno*) casi vacía y miraba con ojos extraviados, cogiéndose la barriga.

-¿Y tu amigo Gabriel?- le preguntó.

-Debe estar en su casa, ya vendrá otro día.

-Mándale mis saludos.

-Y tú, ¿no tienes ganas de dejar esto y regresar con tu familia?

-¿Regresar yo? ¿A qué casa?- preguntó *Naranjita*, arrugando el rostro, botando a los demás, increpando con señas a los otros pequeños para que no se acercaran. - ¿Tú crees que yo no quisiera tener casa?

Naranjita le contó que acababa de llegar de la Plaza Unión.

-¿Qué hacías allá?

Le dijo que en esa plaza había una emolientera, y ella les abastecía la droga.

-Nos vende de diez en diez las bolsitas de *Terokal*- afirmó.

Frente a la pareja, ignorando la conversación, pasaron dos policías. Los miraron indiferentes y se alejaron.

-¿Y los guardias nunca te quitan tu pegamento, tu *Teroka*?- preguntó Benito con cierto recelo.

-¿Para qué? Ellos saben que es nuestra droga, todos lo saben, qué les importa.

-¿Y no extrañas tu casa, tu hogar, viviendo de esta forma, como esos perros callejeros?

-Ya pe tío, no haga preguntas difíciles, peee. La Plaza es nuestra casa. Es grande y bonita, ¿no? Si me llevan de acá serían abusivos, pe. Además, en la poli ya se han cansado de trasladarnos hasta la comi... para castigarnos, pa' reformarnos. Pa' qué, pe tío. Si ellos saben, pendejos ¿nooo?, que nuestro castigo está aquí, muriendo de a poquitos, sufriendo y robando, pe. Este es el infierno. Cada día volvemos a vivir y morimos, pe, porque en estas cuatro paredes sin techo no hay ni cielo ni infierno preparado; ésas son cojudeces de los curas, el infierno está aquí, con nosotros, pe...

-Y si éste es el infierno, cuéntame cómo se la pasa aquí; cuéntame, con lujo de detalles, quiero escribirlo.

-Primero pasa un billete, no sea que andes misio, cagado.

-Te paso un cigarro; mira, aquí está las veinte lucas, serán tuyas en media hora, luego de contarme más sobre ustedes ¿puedes?

-¿No fueron treinta?

-Quedamos en veinte.

-Ya, pe, qué chucha, ojalá después no me digas como estos rosquetes de acá, ¿una chupadita? Te juro, ah, te mando a la mierda, ah, te mando a la rechuchadetumadre.

-¡Qué ilustrado está, *Naranjita*, cuidado con las pepas!- bromeó Benito.

Naranjita, viendo a Benito sonreír, cambió; se puso a colaborar.

-Somos como quince los de la Plaza San Martín, y los fines de semana aumenta, según, pe. Todos trabajamos pal vicio y pa' un desgraciao que es muy malo. Se llama *Pichuzo*, es un matón de mierda, es el que dirigió la pelea contra los del Callao. A veces llega por acá, borracho, con sus secuaces. *Trabajen nomás, pero ya saben: mitad para mí*, nos dice. Nosotros tuvimos que amenazarlo la otra noche con chaveta, pe, porque el *Pichuzo* conchesumae se estaba llevando a la Pamela.

-¿Quién es la Pamela?

-¡Ah! Es como nosotros, *piraña*; es de nosotros la Pamela, es "mujercita" la Pamela, pero también sabe robar. ¿Qué se habrá creído ese huevonazo? La Pamela le decía: *¡Nooo, suéltame!, me haces daño*, porque también es cojudo, ¿no?, se mete a la Colmena y a los portales, quiere ser puta caficha. Ya le hemos dicho nosotros que decida: se hace ladrón o se hace maricón, parece que quiere lo segundo. Bueno, le decía que estábamos durmiendo todos, los quince, en fila india sobre cartones y tapándonos con costales, cuando de repente allí estaba él con su cara de loco que nos daba miedo. Se llevó a la Pamela. Yo hice como que estaba profundamente dormido, después les seguí. Se la llevaba bajo el puente; al pie del Río Rímac se detuvieron.

-¿Qué hicieron?

-Lo vi clarito, el *Pichuzo* se la estaba culeando, comiendo. Primero le bajó el pantalón apretado (blanco era su pantalón) y lo besaba como si fuera su mujer. Yo quise ponerme como una fiera, hasta pensé que andaba templado de la Pamela, pero no, iba a cagar sangre, por eso no me metí. Me oculté en las sombras, lo vi todo. Encima de hacernos trabajar como bestias, quitándonos muchas veces nuestras ganancias o llevándolo a rematar a la cachina, a la feria, se viene a meter así, jode, ¿no? *Mamacita, te quiero cachar, te quiero suaveciíiiiiiiiiiiiiiiiiito romper el culo*

y el ojete delantero, le decía a sus orejitas ese *Pichuzo*. Enamoraba a Pamela, por mi ma'e, misma hembra lo trataba. Mi amigo, la Pamela, es un chiquillo nomá', tendrá pue' sus doce años, nada más, y tiene cara de mujercita; pero es una rata, corre ligerito cuando robamos con él. ¡Es una bala! Así que lo estaba enamorando y la Pamela me miraba, porque sabía que yo estaba allí cerca, espiándolos. *El Pichuzo*, qué tal pichulaza que se manejaba -¡sí escríbalo!, ¡escríbalo!- qué tal pichulaza, yo lo vi al agarrársela, él le decía: *Esto es para ti cholita; Ya, pe, Pamelita no te hagas la difícil*. La Pamela creo que no estaba acostumbrada a comerse una verga así, nomás pichulitas mamó como la de nosotros. Me miraba y miraba esa cosa, miraba esa cosa y me miraba, creo que no sabía cómo comenzar. Un banquete, usted sabe. Se la fue acercando más y le arrancó la camisa de un tirón; después empezó a besarla por todo el cuerpo. Yo vi que Pamela le decía -*iNo!*-, incluso se defendió, quiso correr, pero el *Pichuzo* borracho sacó su chaveta y le dijo: *iQuieto, carajo!* Por eso Pamela no se movió más, cumplió. *El Pichuzo* le mordió su poto desnudo y le tumbó sobre un pastito aventándole una tremenda cachetada. Le ordenó después que se la chupara -qué tal verga por mi ma'e- y el otro hizo lo que tenía que hacer. Parece que la Pamela se la mordió, porque yo oí que *Pichuzo* le decía rabioso, insultándolo: *Ya te jodiste chiquillo de mierda, cabro conchatumadre, ¡ahora sí te cacho!* Me dio pena verlo ensartado de ese conchadesumadre. Le metió toda la rata. *A partir de hoy voy a ser tu marido*, le dijo. Y el gran puta se lo siguió culeando. Yo te juro, chochera, viéndolo así a la Pamela, clavado como anticucho, me puse arrecho, se me paró el pájaro, me corrí la paja, y al *Pichuzo* ése le quise aclarar a la mala: *iQué buena jerma te estás tragando, Pichuzo cachero, déjame alquito!* Después, yo vi que *El Pichuzo* se marchaba riéndose, cagándose de risa, orinando en zigzag, sacudiéndosela, gritando: *iQué buen polvo me he tirado, por la puta madre! ¡Qué buen polvo!*



Querido diario:

Sí cabe la expresión, el aire de la casona se ha vuelto más irrespirable desde que tengo aquí, como huéspedes, a una familia de mendigos que recogí por la calle. Les doy de comer y duermen en casa. Y me siento feliz por hacerlo. Te contaré quiénes son mis honorables huéspedes. En primer lugar está Micaela, chola bandida y pendeja, pero que, aún así, como ella es, me cae muy bien. Acompañada de sus dos pequeñas criaturas siempre mendigan en la avenida Benavides, a la altura del zanjón, aprovechando la caridad de los conductores. Ya hicieron sus primeras travesuras. Los angelitos de la Micaela en realidad son unos diablitos, se cagaron en la alfombra persa. ¡No importa, ya la mandé a lavar! Con tal de que no me rompan ninguno de mis jarrones chinos, ni mi cristalería belga. Espero tenerlos unos quince días más. Después de eso, si Micaela no trabaja, pienso comprarle su pasaje aéreo para que viaje a su Cuzco bendito, y le daré su patada en el culo, porque ella y sus criaturitas hasta ahora no se quieren bañar. Ya veremos qué pasa. Ojalá también mejore mi relación con la nueva criada (una verdadera bruja) Creo que ella tiene parte de la culpa del agravamiento de mi situación. Por eso será que me estoy enviciando en asistir frecuentemente al Valentino. Son insuperables, el arciofini al olio con coppa, también el rissoto de camarones al azafrán.



-Sí, ¡aló! ¿Quién habla, por favor?-interrogó Benito.

-¡Hola! -respondió una dulce voz al otro lado de la línea telefónica. -Soy yo, Isabel. ¿Tendrás tiempo esta noche? Te llamo del centro *Camino Real*. Tú sabes que no puedo hacerlo de mi casa. Ya nos vio el hermano de mi esposo, Luis.

- Estoy escribiendo, pero lo dejo todo por ti. ¿Y qué es de...?

-¿Te refieres a mi esposo? No te aflijas, está de comisión en el extranjero, tardará una semana, está camino a Moscú.

-¿Y qué hace él por allá?

-Viajó esta madrugada, comisionado con dos generales, para supervisar la adquisición de materiales, repuestos creo, para los aviones Zukoiv.

-Mira, yo tengo cierto recelo, no vaya a ser que haya una contraorden y tu marido esté de vuelta inesperadamente; a veces así sucede en la Fuerza Aérea, las cosas se dan sin previo aviso.

-Me parece bien. Entonces te espero mañana a las 20:00horas. Sé puntual, hora inglesa, por favor; porque tú sabes que a veces los escritores suelen ser medio despistados e incumplidos con los horarios.

-No te preocupes, tomaré todas las precauciones. Chau, linda.

-Hasta mañana, *baby*.

Adorable diario:

Quiero besarte, pero sólo eres papel darling; no eres de carne y hueso, pero tú (bien lo sabes) intuyes en silencio que igual puedo usarte. Quiero decirte que esto de escribir debe ser como ir al psicólogo, aunque yo nunca necesité psicólogo, porque siempre supe lo que quise. Además, debe ser cansado tirar con un psicoanalista, alguien que maneja tus impulsos. Ahora me estoy deprimiendo más, de tanto remover los pozos del alma con la pluma. Además, se me ha hecho tardísimo y mañana tengo sesión de modelaje y presentación en un canal de televisión. Respecto a La Micaela -tenía que sucederme a mí, por confiado- la chola ingrata se marchó llevándose mi televisor, un lienzo de Fernando de Szyszlo y unas creaciones finísimas de Sabogal. ¡Maldita rufiana! Se robó, la descarada, hasta la alfombra persa que recién la habían traído lavada, y yo que un buen perfume americano le había echado horas antes. Pero no importa, el dinero y la fortuna se hacen, aprenderé a desconfiar, para la próxima vez tendré a la nueva chola bajo pestaña y ceja.

♣♣♣ ♣ ♣♣♣

"¡Comprendido, mi cadete! No me voy a quedar dormido. Está de ronda con nosotros que somos avioneros, cumpliendo el servicio de guardia. Me parece muy bien. ¿Por qué me parece muy bien, mi cadete? Pues me han dicho en la tropa que quiere que le cuente una historia, que usted recolecta historias, que usted trata bien, yo le acompaño en su guardia y se la cuento. Escuche algo de mi pueblo, mi cadete, pero no me vaya a sancionar si no le gusta. ¿Estamos? Trato hecho. Resuuuuulta, resuuuuulta que una vez, sería casi a la medianoche, se escuchó a lo lejos la voz del *Qar Qar*. Como estábamos con aguardiente encima, nos armamos de valor y nos fuimos a ver qué, pues, sucedía. Porque usted sabe, ¿nooooo?, ese *Qar Qar* podía ser el mismo diablo salido del infierno. Y fíjese, mi cadete, que allí mismito estaba, haciéndonos creer que era llama, que era vicuña. Por eso la atrapamos y, completamente enlazada, la condujimos hasta la casa del cura.

-¿Qué hacen con mis llamas? -nos dijo.

Y nosotros, rogándole:

-No sea malo, padrecito. ¿Usteeeee' no puede hacer, también, pacto con el diablo, con el demonio? Por eso queremos ahora que usteeeee', padrecito, le ponga en su pecho la cruz, le eche una patadita y agua bendita para que se queme y arda como Satanás.

¿Por qué no habrá muerto, mi cadete? ¿Tendrá tantas vidas como el diablillo? ¿Cómo será, pue'? No bostece, cadete Medinaceli, bien dormilón había sido usted. Vamos, caminemos.

Lo cierto es que el padre, muy enojado, nos mandó a nuestras casas. Y al día siguiente, cuando ya había clareado, allí estaba el Antauro, sacándose las sogas del cuello. ¿Con quién crees que andaba el Antauro? Estaba con su querida, pue', su prima, la Jesusa. El padre decía que seguro se estaba guardando la sogá, y que nos dejáramos de historias; mentira, pue'. ¿Quién no sabe en el pueblo, como en esta base, que el Antauro tiene su querida? Mentira, pue', porque de a seguro el Antauro es un incestuoso, pue'. Si hubiésemos apedreado a estos qarqachas, las cosas en el pueblo segurito hubieran cambiado: habría lluvias, mejorarían nuestras cosechas y la gente tendría prusperidad. Así pensamos, mi cadete. Ahora que el almita de los *qarqachas* está rondando, sus cuerpos tuavía están despiertos, porque es vivo, pue', porque está dentro su espíritu, buscando a punta de palo purgar condena por el pecado. ¡Ay de ellos que no purguen condena! Peor castigo les hará caer *papacha* Dios. Sí, mi cadete, de padres incestuosos sale niñitos con cuerno, la barriguita hinchada y el potito aplanado. ¡Ay de aquellos que quieran escapar de la condena! Sería peor que escaparse de acá, mi cadete, nacería un *callpisimi* con labio leporino, pue', para que en vida no puedan contar los detalles de la malacrianza de sus padres. ¿Y cómo cree usteeeee' que vamos a agarrar al *qarqacha*? Ya lu hemos intentado, no es fácil, pue'. Fíjese usté' cómo lo hacemos, pa' que aprenda; se pone al suelo manta y ponchos de lana, el *qarqacha* pisa estos elementos y no puede pasar, se queda quietecito, bien jodiiiiiiiiiiiido, pue'¿Con el hacha, o a punta de escopetazo, por qué no lo matamos? No se haga pue', mi cadete, el *qarqacha* no es zonzo, más si tiene su amante. Silbándose mutuamente, se llaman en la oscuridad. ¿Quién no ha escuchado, en el pueblo el, *qar, qar, qar*? Son peor que las lechuzas, son pura maldición, mi cadete. No ve que es Lucifer. El demonio está en todas partes. Creo que todos lo hemos oído, desde que el pecado de la carne existe. A medida que otros *qarqachas* se acercaban, nosotros por sus gruñidos, por sus voces a llama, sabíamos lo que buscaban; por eso salíamos por las calles con chicote y candela; sí, señor, con fogata pue', pa' que se asusten, porque los *qarqachas* sí que le tienen miedo al fuego. Yo diciendo *¡Ahí vienen los qarqachas!* quemé varias veces chamizo, ayudé a los vecinos a hacer una gran hoguera en la plaza del pueblo. Y para que vea que es verdad lo que he oído, le cuento mi cadete. Dicen que un hombre le preguntó a una llama que en su camino la había encontrado: *¿Kay vidachu o waq vidachu?* Y como el mal cristiano sabía que su vecino lo estaba interrogando, se atrevió a confesar que sí, que sí era de esta vida, que en realidad se le llamaba... Benito. No me mire mal, mi cadete. Esto es verdad, por mi madreiiiiiiiiita que es verdad. Entonces, empezó a pegarle al condenado con espinosas pencas de tuna, para que, icaraaaajo!, hablara el desgraciau, por qué lo había hecho, habiendo otras mujeres, por qué se metió con mujer casada. En esta pelea le reventó un ojo al *qarqacha* y éste, suplicante, le ofreció dinero y hasta ganado si lo dejaba en paz. Al día siguiente supimos que decían en el pueblo que mantenía relaciones incestuosas con una vieja mujer porque creyó que era su madre."

Benito Medinaceli enmudeció, perdió el sueño, quiso abofetear al soldado, se contuvo, calló, lo felicitó, le invitó un cigarro, sintió que parte de esa historia le correspondía: "mantener relaciones incestuosas con una vieja que era su madre".



Gabriel volvió a intentar vivir nuevas aventuras al lado de Benito, en la esperanza de ganarse con algo más que su amistad. Se dirigieron por la panamericana sur hacia Chincha. Cuando llegaron en plena mañana aquel paisaje de la campiña lo encontraron indescritiblemente bello y mágico y quisieron atrapar con la visión, con el sentimiento paraje con el deseo voluptuoso de querer grabarlo todo, de hacerlo, en fin, plenamente suyo. Y es que Gabriel contrató un moderno "taxi" y fueron a parar hasta los míseros poblados de El Carmen y Tambo de Mora. Aquello, mientras el auto se desplazaba primero hacia El Carmen y después hacia la playa, provocando un viento cálido, era como evocar un momento de pasión dormida, un dulce encuentro íntimo con alguien en algún rezago de lo que antaño fueron palenques y cofradías de negros esclavos.

-El Carmen, Benito, como cieeeeeeeeertas mujeres, tiene ese embrujo, ya lo verás, amigo.

Por recomendación de las pícaras y ya experimentadas amigas de Gabriel fueron a visitar la casa del viejo don Amador, que le habían dicho a Gabriel que tenía grandes sorpresas en casa. ¿Quién era don Amador? ¿Cuáles sorpresas?

Don Amador es un venerado anciano moreno que está cansado. Busca afanosamente la sombra para esquivar los ramalazos del sol. Viste polo color carmín, el color que mucho les gusta a los negros y que parece un rojo sangriento. "Vamo' pa' Chincha, familia", dice en aquel polo, y don Amador sabe que aquí, en el rico El Carmen, todos son famiiiiilia.

-Los negros somos así, compa'e, todo lo hacemos más firme, nos gusta el mere cumbé, la zamacueca, el fréjol y tu madre.

-¿Todo lo hacen más firme? -Gabriel suspiró con alivio.

-¿Y tu madre?

La tuya negro sabiendo, piensa Benito, haciéndole una cruz con los dedos, por sí acaso.

-Ya pue,' blanquitos, pónganse una caja, hace calor.

Y Gabriel se pone dos cajas de cerveza al momento.

-Ya ves, así me gusta, firmeza compa'e, no son lornas, son firmeza, compa'e-comenta el viejo en tono zumbón, altanero, haciendo morisquetas con sus tremendas manos.

Don Amador ha fumado mucho.

-Tengo pa' rato, mi hermanón, mi causa, mi chocherita, venga la pirindanga, y que por mi madrecita y porque me han caído bien, les voy a tocar.

-¿Tocar qué? -se emociona Gabriel.

-Sí, tocar suaveciitiiti... suaveciitiiti, con el violín. Mi pueblo, El Carmen, por supuesto, fue creado después de la abolición de la esclavitud para alojar allí a nuestra gente, antiguos esclavos. ¡Caaaaro! El distrito de El Carmen está compuesto por El Guayabo, San Regis, Ronceros, La Calera, San José y demás yerbas.

Gabriel se ríe y le da una palmadita en la rodilla.

-Ya pue,' don Amador, ¿dónde están sus sobrinos y nietos?

-Las piernas no, esas piernas son pa' mi mujer, entiende compa'e; suave looooco, mi chochera del alma. Mis sobrinos ya vienen. No me vayan a ver en tocaditas. Usted sabe. Y que sirvan la cerveza, que comience la jarana. ¡Salud! Pasa el vaso, pe, vieja. ¿Cómo es la vejez, no, hermano? Uno necesita afinarse a cada rato, hay que mojar la garganta. ¡Salud! ¿Qué pasa? ¿No hay cariño en esta casa? Sí, salud... ¡salud!; porque tengo llagas en el corazón y quiero cicatrizarlas-les dice.

Don Amador, viejo recio, tiene los cabellos ensortijados, ya blanquecinos. Su familia y su propio nombre es toda una tradición en el pueblo. Los años de tanto bregar en el arte de la música lo tienen cansado. Dice él:

-Mírelo nomáaaa', está como faja'o. ¡Sí, salud!

-¡Salud, don Amador!

-Mírelo - dice, acariciando su violín- parece una cruz envuelta en el sudario, pero aquí está como nuevo, todavía suaviiiiiiiito se deja tocar.

-¿Hace cuántas décadas que toca? -pregunta Gabriel a su mujer (la esposa de don Amador), sonriéndole, guiñándole.

-Ya ni recordamos, desde el siglo pasado y ya nos estamos muriendo, ¿no es cierto, viejo?

Aquél les cuenta que se inició en este difícil arte gracias a la perseverancia de José Lurita, un maestro como pocos.

-Él insistía que yo debía tocar violín en el atajo, unos panalivios, usté' sabe, y cómo son las cosas, ¿noooo? Necesitaban violinista en la pampa de Condorillo. Yo no quería, daba requiebros, ni de vainas pue'. Cómo, Amador, negro arma'o, va a tocar en este pueblo, no, no... Y José Lurita insistía, qué jijuna, ¿nooo? Había visto tantas cosas extrañas entre los músicos cuando tocaban que me daba ronchas aceptarle. "Yo sólo toco a mi mujer", le dije. Bueno, Lurita insistió más todavía, porque sabía de mi afición por la música negra. El panalivio suena así: *Que en la hacienda de mi amito tenemos que ir a almorzar panalivio, malivio pan*. Ahora si me lo preguntas, bacalao, cómo hice, no pue' mi hermanón; con estos dedazos ya puedes calcular, tal era la fuerza de estas manos que, izasssss!, y se rompían de repente, y hasta una vez me quedé con parte del violín en la mano. La Juanaceto casi se muere de risa, po' mi madre. Ese día, ishshhhhhhhh...!, la vieja se ha ido por otra botella, ishshhhhhhhh...!, le hice ver el cielo con mi violín. Usted, Gabrielito, sabe de qué violín hablo.

-¡Salud!- exclama Gabriel. Se le tuercen los ojos.

¿Qué deseaban tus apetitos, Gabriel? Cincuenta tribus africanas hacían un festín de tus apetitos voraces. Ante tus ojos: un mulato oscuro, mulato morisco, mulato lobo, mulato pardo, tercerón, cuarentón, zambaigo, chino retinto, chino prieto, chino claro, bembón...

Mientras toca los primeros compases, uno de sus hijos gemelos, César, inicia su baile, baile magistral. Zapatitos número cuarenta y tres, short multicolor, cadera cimbreante de bailarín nato, soltura y muchas ganas de sacarle ese sonido peculiar al suelo.

-Vamo' pa' zapateo- grita don Amador; sus ojos parecen zumbarle de alegría. La contraparte la hace otro gemelo de zapatillas *Dunlop*, también pequeñas (talla cuarenta y cuatro), pantalón remangado, con mayores técnicas en el salto y en el juego de los pies.

-¡Yujuuuu! -exclama Gabriel.

Benito se asusta, bebe apurado el trago.

-Este sí es un alcastraz -murmura don Amador impaciente, agitándose, rasgando incontenible las cuerdas de su heroico violín.

-¿Puede seguir contando? -ruega Benito.

-Sí, blanquito; pero primero ¡salud!

-¡Salud! -se sirve Benito un vaso lleno de cerveza.

-Bueno, José Lurita insistía que yo debía aprender a tocar violín y yo, "No, ni hablar", le dije. Pensaba que eso de andar tocando así era pa' maricones. Yo tengo dedos de cangrejo de mar, pa' qué les cuento; mírenlas, parecen un tamal quemado. Yo había jugado fútbol toda mi vida. Soy del Alianza Lima, por si acaso, ahhh. Bueno... qué... ¿qué decía?

-Decía que el fútbol era su gran pasión, don Amador.

-Ah, ya. El fútbol es mi trinchera, es todo para mí; el fútbol primero, el fútbol segundo, el fútbol tercero, ¿entiende? Y más que hacer trabajar las manos, me gusta hacer mover los pies, y hacer mover las piernas, también. Porque, eso sí,

me gustan, desde los siete años, las conchas de abanico, si son blancas mejooooor; también las almejas rosadiiiiiitas.

Lo mira a Gabriel, zalamero. Luego le sonríe a Benito, guiñando uno de sus ojos. Besa su violín torpemente, tratando de esforzarse por parecer ágil. Se para, se concentra y empieza un suave zapateo. Gabriel aplaude, chilla. El viejo, durante el zapateo, parece transportarse, como sus tremendos vástagos, al pasado. Es su baile, y él lo ejecuta con orgullo. Sus pies dibujan imaginarios pasos con requiebros provocadores, zigzagueantes.

Aquellos pasos son en verdad, herederos de antiguas tradiciones. Benito, mientras mira bailar a los negros, piensa en la esclavitud, piensa en el sufrimiento de aquellas generaciones de hombres, viajando en carabelas desde remotos lugares de África.

Dos horas después, a la vieja Juanacueto se le ocurre que ya está bueno y que entre todos se debe bailar.

-Ponte una salsa, mujer. La gente pide música salsa cubana, vieja- gruñe don Amador.

El nuevo ritmo inicia su conquista. Los vecinos observan desde la puerta de la casa, son más de una decena, todos muchachitos negros de dientes afilados, blancos, relucientes, como sus ojos.

-Así me gusta, que venga todo el pueblo- suspira Gabriel acometido por su debilidad.

-La casa siempre está abierta pa' los amigos -exclama don Amador.

Algunos morenos pasan y les dan la mano, otros se quedan afuera sin perderlos de vista. Y Gabriel, pensando que Amador se llamaba así, suspira: *¡Amador! ¿Por qué te volviste viejo y feo? Ahora estás para la tumba, en cambio tus sobrinos y vecinos noooooo. ¡Ay, Amador!* Suspira. Porque quizá a Amador le gusta amar demasiado, amar con esa pasión insuperable que le viene a los negros de sus raíces ancestrales.

Otros niños y algunas mujeres de El Carmen acaban de llegar, agregándose al gentío que colma el umbral de aquella casa de adobe. Gabriel saca dinero de la billetera y pide sacando pecho tres cajas más. Algunas de las personas entran, saludan. Mientras, la música bombardea con estruendo todo rincón en la sala de don Amador, hasta parecen palpar los sonos en las paredes y las ventanas. Rebota en cada una de las decenas de estampas y de los cuadros que cuelgan en tímidos marcos, así como en los muros calcinados.

Benito saca a bailar a una morena. Le hace un requiebro, lo que ellos llaman el "akundum". Lo tumba al piso. La gente ríe, festeja. Gabriel se pone celoso, intenta ademanes. Después disimula, prefiere desnudar con su mirada a cada muchacho negro que allí baila.

-Me los comería sin mantequilla... ¡Uyyyy! -murmura Gabriel.

En cada moreno, parece correr el ritmo afro-caribeño por sus venas. Bailan despreocupados por Gabriel, afiebrados, rítmicos, sin perder el compás. Improvisan pasos y sus zapateos son perfectos. Se integran a cada acorde, a cada tonada, con toda naturalidad. Afuera, otros pequeños se mueven, saltan, levantan polvo en la algarabía. El sol en la calle cae despiadadamente sobre las casas de barro y calamina. Después, horas más tarde, vendría el descanso. Y don Amador ya estaría tendido sobre su hamaca de redes, saboreando un vaso de buen pisco añejo, diciendo que así se baila y que él, mandinga, viejo merecumbé, isí señor!, negro de pura cepa, con los pies cuarteados y el cuerpo con olor a semental, isí señor!, vivía de su arte. Ahora, la Juanacueto sirve tamales, él vocifera. Y ella le replica.

-Viejo malcriado, qué te has creído, en la noche me lo vas a pagar, ¿no es cierto?

Benito aplaude, festeja las ocurrencias de la anciana.

-Les puedo dar una ayudadita, si lo desean -agrega Gabriel.

Ellos sonríen. Festejan. Y don Amador, cambiando de tema, contesta:

-Años que no volverán. ¡Sí, señor! Yo usaba sarita, como la de Gardel, y eso daba al jovencito prestigio. Mi primo no tenía y por eso tiró la mía en la acequia. ¡Se lo juro!, hasta los peces cambiaron de color, se volvieron negros. Mi madre decía, ¿te acuerdas, Juanaceto, vieja cojuda?, que si quería ser como los gringos debían trabajar en oficina, no jugando fútbol o tocando ese violín faja'o. ¿Te acuerdas Juanaceto, vieja cojuda? Me largó y tiró la sarita a la acequia donde me había bautizado. Pa' mala suerte casi me ahogo. Mi madre me cofró, sí señor. Es decir, me encomendó religiosamente a la Virgen del Carmen. A cambio de una promesa fui apartándome del fútbol, también -a decir verdad- porque, meses antes, me había roto una pata. La vieja decía que,... que si no me encomendaba a la virgencita, me rompería, en cualquier rato las dos, y también el alma. Y entonces'... ¡salud, pe!, si querían seguir moviendo las piernas, a cambio debía bailar hasta el final de mis días. Así lo hice con todos mis hijos, sobrinos y nietos, y así lo hago.

Hola Benito:

Recordar es volver a vivir. Momentos que nadie me los va a arrebatarse, instantes que nunca dejarán de existir, porque los llevo dentro de mí. ¿Por qué no lo intentas? Regresa al pasado y mira si no valió la pena. Claro que valió la pena, porque significó momentos de unión, momentos de comprensión. Intenta, por favor, intenta, si lo que hice lo hice solamente por ti, fue para que te fijaras un poco en mí. Y tú mandándome a rodar, cerrándome la puerta en la cara, tirándome el teléfono, tratándome mal, insultándome, en fin, miles de cosas más, pero no me importa eso, sino seguir a tu lado. Ahora estás con la vieja y cuando más pasa el tiempo más te haces a su molde. Antes tuviste abundantes vacilones con mujeres, confiaste en ellas, te llevaron por el camino de la perdición, hasta te emborrachaste, te accidentaste varias veces. De eso me he enterado.

¿Te acuerdas de aquella promesa de esforzarnos y de ayudarnos mutuamente? Ven... ven a mi lado, coge esta mano y recuerda los gratos momentos que pasamos. Recuerda, por ejemplo, nuestra excursión a Punta Negra y a Huacho, a tantos sitios en donde siempre quise que me hicieras el amor como un cangrejo... y nunca lo hiciste.

Yo sé muy bien que sólo viajaste por complacerme, por agradecer, de alguna manera mis regalos y mi amistad, que siempre está allí tocando la puerta de tu casa. Viajaste para olvidar tus malos ratos en la Aviación y con las mujeres. Aquello no es un reproche. Lo que me importa eres tú y solamente tú. ¡Cambia! ,y verás que nunca te arrepentirás. Te juro por la memoria de mi "bebida", que te seguiré amando hasta la muerte. Vuelve al gimnasio, hagamos juntos pesas y harás que el sol brille eternamente para los dos. Por favor... ¿lo harás?

No tardes en volver

Tu ratón, Gabriel



-No sé si los gringos nos han engañado; pues dicen que en Europa, en los Estados Unidos y Canadá la mayoría de la gente tiene departamentos bellos. ¡Qué bueno! ¿No te parece? Y sus casas más lujosas están en las playas, sí, en las

playas. Pero dentro de la ciudad de rascacielos propiamente no hay cerca casas elegantes.

-No sé con quién te estás juntando, Isabel, andas más despreocupada de mí y te pones en planes de dama socialista. Te me pareces a alguien, a un cagatinta, a uno que hace literatura corrosiva. ¡Suelta tus ditirambos!

-Ay, César, tú siempre con tus intrigas. Esto de ver avenidas como la Javier Prado, la Benavides o la Salaverry que de cabo a rabo tienen harta suntuosidad, es para pensarlo, ¿no te parece?

-Y ¿qué quieres que haga, vieja? ¿Qué me ponga a llorar?

-Te comento, tú eres mi esposo. Después no te quejes.

-Ya habla, vieja. ¡Suelta tus disparates!

-Claro, son residencias elegantísimas, dignas de embajadas muchas de ellas. Es un abuso, querido, una ofensa y una terrible cachetada a nuestros pueblos jóvenes, a los asentamientos humanos urbanos que pugnan por ganarles tierra, terreno, metro a metro, como en Monterrico, donde, a la vuelta de una lomita ya ves toda la porquería de invasiones esparcidas como castigo de Dios. ¡Qué horror! Por eso, no sé si estaremos peor que en África, pero creo que hay cosas que hay que definir las, ¿no te parece? Como, por ejemplo, la música "chicha" y "tropical", la música "negra" y no "negroide", en fin, todo lo nuestro.

-Eso me suena muy raro, tú te estás contagiando. Me apagas la televisión, carajo, esas noticias de la televisión y de los periódicos te tienen así. Te pareces a ese escritorzuelo nuestro.

-Pero, ¿no te da pena cómo se ha deteriorado nuestro país y nuestra ciudad? Tú eres de los Servicios de Inteligencia, me imagino que algo estarán planeando hacer con el Presidente de la República.

-Está muy jodido, no hay quién lo componga, Isabel. Además, ¿para qué seguir hablando? Creo que problematizar sobre el Perú es complejo, Isabel, es remover toda la mugre de latrocinios, es retroceder a nuestros primeros gobernantes, a casi todos, y mirarse al espejo.

-Tienes razón, César. Hay que mirarse en el espejo y ver a qué clase social pertenece uno, a qué "raza", si es que hay raza. Pues la raza muchas veces está vinculada con ciertos sectores marginados de la sociedad, como el caso de los negros, que aquí son vigilantes, ladrones, fumones, pandilleros, bailarines, futbolistas, y sólo sirven para... para ser como Dionisio, tú chófer y...

-Para ser mis reclutas avioneros y después guachimanes - rió César.

-También para levantar ataúdes, asaltar, armar broncas o bailar festejo, siempre me lo has dicho.

-Tú sabes que no pueden entrar al seminario, Isabel, tampoco a las Fuerzas Armadas como cadetes.

-No; aunque allí debería ser lo contrario.

-¡Te he dicho que no! No seas estúpida pues, Isabel, ¿dónde se ha visto un cadete naval o de la aviación negro?

-En los Estados Unidos, Cesar, lo he visto por la televisión.

-Ya te dije que esa televisión te está calentando la cabeza. Estamos en el Perú, vive tu realidad, mujer chiflada.

-Sí, porque San Martín fue negro. Aunque claro, San Martín de Porres fue un bendito hombre negro, fíjate que él sólo barría el convento y tenía que alimentar a ciertos animalitos. Acuérdate de aquella obra que te entregué y yo no la pude leer: *Las tentaciones del Cristo moreno*.

-¡Mmm...! Ahora sé por qué estás así, yo adivino quién tiene la culpa. No soy de Inteligencia por las puras alverjas.

-También fue hombre casto y santo. Qué importaba su condición si era casto, fiel, fiel, César. ¡Fieeeeel!

-No hablemos de condición, Isabel. ¿Fiel? ¿A qué? A ti lo único que debe importarte es que siempre te he sido fiel, te soy fiel y te seré fiel. ¿Fiel a qué, vieja tonta?

-A sus votos, claro. San Martín vivió agarrando su escoba en olor a santidad.

-Cambia de tema mujer.

-¿Te has fijado que en el Perú todavía hay harto racismo y discriminación y encima el Presidente nuestro tiene rostro del gran Pachacutec y no hace nada por eso? Fíjate, sino, en las escuelas militares; en la Escuela Naval, por ejemplo ¿Por qué no vemos un negro? ¿Y en la Aviación?

-Nunca lo aceptaríamos de cadete, a lo mucho de suboficial o de tropa y en la naval sólo de marinero limpiacubiertas.

-Pero anda a verlos en los clubes deportivos, César, son los engreídos, también son la comidilla diaria de los periódicos, les dedican páginas enteras a su "increíble" hazaña de cambiar de dieta o al sólo hecho de estar entrenando.

-¡Qué hazaña de estos jijunas!, ¿nooo? Ya, chola, mejor vamos al casino, alístate, ponte tus trapos, tus polvos, rapidito, porque ando apurado. Salgamos por esta vez, eso te alejará de tanta huevada.

Isabel se alegra. Le da un beso en la mejilla y se dirige a su habitación. Coloca varios vestidos elegantes sobre su cama. Se sienta y se maquilla frente al tocador. Y mientras lo hace, vuelven a su mente el recuerdo último de lo que sus amigas, otras esposas de oficiales, le han contado por teléfono.

-¿Qué hay de verdad con el hijo de *Petróleo* Salinas? -interroga Isabel.

-¿Te refieres al cadete, hijo del coronel Salinas?

-Sí, mi amor, al mismo, me dicen que lo botaron al muchachito. Tan bueno que era ese chico, soñaba con ser Aviador. ¿Y su padre, que es coronel, no pudo hacer nada?

-Sigues con tus cojudeces, ¿no?

-Anda cariño, te estoy preguntando por ese chico que era cadete del primer año.

-No te pases pues, Isabel. ¡Qué bestia que parece, por mi madre! Ese chico nunca debió ingresar para ser cadete. Yo le insinué, disimuladamente, a su padre. No me hizo caso. Se hizo el idiota. ¡Toma lo que quieres! Lo expectoraron, lo vomitaron para la calle como a otros tantos. ¿Quiénes? Los cadetes de otros años a punta de castigos y de papeletas lo largaron. Así son las cosas en la Escuela de Aviación. En la tropa es otra cosa, pues, vieja, todo el ganado es bien recibido.

-¿Y su papá que es todo un coronel no pudo hacer nada?

-¡Nada! Nadie puede contra lo que deciden por lo bajo los cadetes de cuarto y tercer año, y la propia superioridad. Se lo merecía ese cadete Salinas. Se lo merecía por ser un cholazo feo, además de moreno. ¡Un cholazo feo! Desentonaba entre los cadetes del primer año y lo tiene bien merecido, claro, por manejarse ese caramelo, esa pepa, esa aceituna. Su padre *Petróleo* Salinas tiene la culpa. Y me pregunto cómo llegó Cirilo, digo ese Salinas, a ascender tan rápido y ser coronel. Supo hacerla, vieja. La vara, la patería y la labia todo lo puede.

-¿Y tú no pudiste ayudarlo, esposo? Tú tienes todas esas condiciones. A ese chico yo lo conocí, se moría por la Aviación. Su sueño fue ser piloto.

-Ya me amargaste vieja tonta, vieja bruja, no vamos para ninguna parte. ¡Acuéstate!



Ahora estoy escribiendo, sí, escribiendo para saber qué clase de mortal soy, en qué categoría de la innoble humanidad estoy ubicado; escribo para abrir el alma y poner la justa palabra. Escribo para mí mismo. Escribo para ennoblecer a los sufridos, a los discriminados y a los que no tienen nada. Para imponer la verdad, la dignidad y la justicia. Para conocerme, para aceptarme, para redimirme, para consumirme. Me acomodo en la silla, cierro la persiana. Me pongo a transpirar palabras. ¿Qué verdades, que parecen maldiciones, escribo? Siento en el fondo que yo - el escritor Benito Medinaceli del *País de los Sufrientes*- soy un iluso constructor de palabras, de sueños kafkianos, de ideales, de amores, de tremendas verdades, de vejámenes que no me animaría nunca más a volver a vivir. Empiezo mi ritual, hasta siento que al presionar cada tecla termino aporreándolas, haciéndolas sufrir, como ellas me hacen sufrir a mí -en mi propia Babel- cuando no estoy inspirado.

Rabia; en los abandonados asentamientos humanos de Huaycán y Canto Grande rata muerde perro, perro muerde gato. Hombre muerde hueso, lo tritura. Muchos se han visto obligados a cambiar parrilladas por perrilladas. Total, muerto el perro, muerta la rabia... también el hambre.

-¡Adelante! ¡Pasen! Tengo seis perros y seis hijos, qué coincidencia, ¿noooo? Cada uno con su perro, pa' que no peleen. ¿Cómo hice para subsistir? Compré con unos ahorritos dos televisores, puse un negocito de nintendo y la casita se llenó de chiquillos. Feliz estaba yo, hasta que vino la competencia, familia del alcalde son, pe, arruinaron mi negocio. No sé cómo hicieron, construyeron rápido la casa de al lado, sí, rapidito techaron. Serán narcotraficantes de seguro, porque a ver, yo con diez años sacándome el jugo y sólo tengo una casita de sesenta metros cuadrados, de un piso y sin tarrajear, mientras que los del otro lado en seis meses se han construido una tremeeeeeeenda casa. Imagínese que la pintaron rápido, luego sacaron licencia y ahora ya tienen en el segundo piso un hostel. En el primer piso tienen, ¿cómo se llama?, esas cosas donde ahora la gente va a divertirse. ¿Un billar? No, no es billar. ¡Ya sé!, ya me acordé: han puesto un video *pub* con juego de casino y todo. ¡Imagiiiiinese! Pero no importa, yo seguiré siendo honrada; aunque esté jodida, yo seguiré siendo honrada. Le contaré que nosotros hacemos sólo un plato al día. A veces sangrecita de pollo con arroz; otros días su cau cau, aunque las tripitas en este mercadillo a veces no se consiguen fácil. Además, la vecina nos presta su refrigerador. ¿Cómo? ¿Para qué? Pa' hacer chupetes, marcianos, pue'. Yo los hago muy ricos, de pura agua hervida, no como otras que a uno de sólo chuparlo le da diarrea o cólera. En cambio, yo soy higiénica, boto mis ropitas del balde, lo enjuago bien, hiervo el agua con maracuyá y en otro balde con cáscaras de piña, y lo dejo todo enfriar. Después le echo su azuquitar y lo remuevo bien con cuchara de palo, lo remuevo bien en mi patio, y lo dejo enfriar, pero echándole su ojeadita, usté' sabe, si no entraríamos en pérdida, ya no sería negocio a estas alturas preparar jugo de maracuyá para que se lo tomen las gallinas.

"¿Le gusta el chupete jóvenes?

Ellos sonríen a la señora.

-A mí me gustan los de chocolate -murmura Gabriel.

-¿Cómo se llama a su amigo?

-Me llamo Gabriel.

-¿Gabriel? Ya, es bonito nombre, uno de mis hijos se iba a llamar así. ¿Que a su amigo Gabriel le gustan los chupetes de leche y chocolate? No tengo, pero si vienen por acá otra vez se los preparo. Sólo tengo los de chicha morada y maracuyá, es que aquí la gente no paga precio, quieren al fiado, incluso. Imagínese, con cincuenta céntimos que cuesta cada chupete quién puede vivir. Tendríamos que

vender por miles a diario, y usted' sabe, hay otras casas por aquí cerca que preparan lo mismo y no se vende más de treinta al día, y esto cuando se trata de fin de mes, que todo el mundo tiene plata, o cuando solea bastante y es fin de semana; pero después anda casi muerto. Yo no sé por qué será, pue'. Si la bebida gaseosa está a un nuevo sol y hasta más, la gente prefiere tomar esas aguas con colorante y no mis chupetes. Felizmente mis hijos tienen su cajita de Tecnopor cada uno y ellos me sufren, trabajan, también venden, se van al paradero. Ellos son mi salvación, si no qué sería de mí, de nosotros, si yo no tengo esposo, mi esposo murió hace un año. El era, como yo, de Yauyos, ¿conocen Yauyos? Está a la entradita de Jauja. Tiene bonito clima y es la capital de la tunantada y de los festejos del Jalapato. Fíjese que cada año van doce orquestas a tocar en toda esa semana de fiestas. ¡Qué hermoso! ¿Conocen Yauyos? ¿Cómo no van a conocer? Fíjense lo que se están perdiendo. Vaya con su amigo, lo podrían pasar bonito, lindo paisaje tiene el Valle de Mantaro. Cuando vayan no se olviden de saborear las truchas en Ingenio, las pachamancas y corridas de Sicaya y otros pueblos. Así se baila allá: assssssa... asssssa... asssssa..., iayayay! ¿No me diga que no tienen tiempo? Si está cerquita, a cinco horas nomás de Lima. Y como ustedes tienen ese lindo auto, yo creo que como el zorro Yangali podrían llegar a Jauja en tres horas.

-¿Usted, señora, cree que lleguemos en cuatro horas? -pregunta Benito.

-No hijitos, mejor háganse en cinco horas el viajecito, pa' que vayan más seguros, no sea que por hacerme caso le metan el carro a todo cuete y ahí sí, ichau pescau!, se podrían caer al Mantaro. ¿Usted, señor Gabriel, nunca ha visto ese río?

-Ni en sueños, mamita, ni en broma. Aunque no sería mala idea viajar.

-Le contaré: es tremendo, poderoooooso, carga harta agua, eso sí, y cuando un ómnibus cae en ese río, olvídense, ichau pescau!, se lo traga todo, todito se lo traga. Pero hágame caso, señor Gabriel... ¿En qué está pensando?

-En los chicos pues, señora. Basta de fingiiiiiiiiir.

-Mañoso creo es usted', porque el que se ríe solito, sin motivo, es porque de sus mañas se acuerda.

-Disculpe, madrecita -implora Gabriel, junta sus manos y simula arrodillarse.

-¿Que lo disculpe? Claro pue', queda disculpado, porque usted' sabe, nosotras las del centro somos mujeres muy arrebatadas y celosas, pero también sabemos amar de verdad y sabemos disculpar. Mientras se toman esta cervecita, ¿les puedo traer dos más?

-¡Seis más! -ordena Gabriel.

-¡Ay!, qué buenos que son ustedes. El negocio, hoy en día, andaba mal; nadie había venido a mi tienda, hasta pensé cerrar, andaba aburrida. Pero la presencia de ustedes creo que me está dando suerte y, ¡salud!, pero sólo un vasito, ¡ah!

-Ya pues, no se me haga de rogar. Estamos de paso -aclara Benito.

-¡Ay!, qué buenos son ustedes. Ustedes no son de acá, ¿no?, se iban pa' Chosica de seguro. Pura gente gringa vive por allá, lindas casas hay por allá arriba, también en Chaclacayo. Cuánto daría por tener allá una linda casita, las vecinas de acá se morirían de envidia, les daría chucaque. Mírelas, si viendo su lindo carro aquí estacionado, frente a mi bodeguita, asoman sus cabezas. ¡Mire esos palomillas!

-Es natural, la gente pasa y se detiene porque ando uniformado.

-Están en su punto los de por acá -murmura Gabriel.

-¡Sapazos! -exclama la dueña del local.

-Déjelos señora, no les haga caso -intercede Benito.

-Esa gente mira como si acá me hubiese venido a visitar un edecán, un ministro o un senador. Y aunque ustedes no son hijos de senador, yo les diré que lo son; es más, les diré que son mis sobrinos, hijos de un senador del partido gubernista, ya verá. Pero vuelvan por acá, ¡salud, jóvenes!

-¡Salud!

-¡Saluuuuuuuuud!

-Ya, otro vasito más, sí, no lo llene tanto el vaso. Usté' sabe, somos mujeres y las mujeres nos cuidamos, tomamos menos que los varones. ¡Salud!... ¡Salud, compadre!... ¡Ay!, se me escapó, creo que ya se me está subiendo la cerveza. Verdad... Usté', señor Gabriel, podría ser mi compadre, compadre de bautizo de dos de mis hijos, se lo agradecería. ¿O usted, amigo militar? Para que mis hijitos entren fácil a la Aviación.

-Me gustaría señora, no se si duraré en la Aviación -sonríe Benito.

-Dile síiiiiiii, para que lo ayudes, Benito -ruega Gabriel.

-Ni hablar, ya tengo varios ahijados y recién soy cadete. Además, ya lo he dicho, tengo problemas, no sé cuánto tiempo pueda durar.

-Yo estoy buscando alguno de peso que los pueda bautizar. Los chiquitos andan por ahí en los micros como criaturitas del demonio sin poderse bautizar. ¿Acepta, joven Gabrielito? ¿Acepta, papito?

-Pues como me dice, quién no le va a aceptar.

-¡Dios mío! ¿Sí acepta? ¡Añañauu!, no lo puedo creer, qué feliz me hace usté', compadre. Lo puedo tratar ya de compadre, ¿no es cierto? ¡Qué bien, compadre!

-¡Salud, comadre! ¡Salud, marido de *La Generala*!

-¡Salud! Cuando mis criaturitas conozcan a mi compadre, seguro llorarán de alegría. La próxima vez, cuando usté' venga por acá mi esposo se los tendrá listecitos, bañaditos, pa' que los conozca. Uno se llama Kennedy y el otro Bush. Usted me dirá por qué se llaman así. Pues, pude ponerle como a mis otros hijos: Shakira, Jennifer, Arthur y Jhon, pero ellos no se llaman así, se llaman como... ¡Ay!, ya me está chocando la cerveza.

-¡Seco y volteado! -exclama Benito.

-Sí, seco y volteado, como en la Aviación -agrega la señora.

-¡Otro más, comadriiiiiiiita! -ordena Gabriel.

Benito, dentro del local, les sirve a todos.

-Es que usté' me dice seco y volteado. Además, se me ha soltado la lengua y estoy aquí con ustedes, de lo contrario, ya se imagina, le hubiera preparado unos cuyecitos. ¡Qué ricos!, ¿no? Yo los hago en olla de barro y quedan como para chuparse los dedos.

-Se parecen a las mucas -murmura Gabriel.

-¡Ay, qué bandido es usté'! Cómo va a despreciar los cuyes diciendo que se parecen a los pericotes, si su amigo, ¿cómo se llama a usté'?

-Benito Medinaceli.

-¡Ah, Benito Medinaceli!, dice que a Gabriel le gusta la rata. Yo no creo que a usté' le guste la rata, compadre Gabriel, porque ¡aj!, ¡qué asco!, las ratas sí que son cochinas, inmundas, andan por los muladares.

-¿El otro tipo de rata?

-¿La rata de cabeza pelada?

-¡Ay, qué gracioso! Su amigo Benito dice que también le gustan a usté' las ratas peladas y cabezonas... sí, las ratas y las gallinas... por los huevos. ¡Ay, qué bandido es usté'!

-Cinco cervezas más, comadre, y cierre la puerta. No vaya a ser que pase un vehículo de la Aviación y lo sancionen a mi amigo.

-¿Cinco cervezas más? Bueno, compadre, si usté' las paga; usté' sabe, le puedo hacer una rebajita de cincuenta céntimos por botella, o sea, medio sol.

-No se preocupe, comadrita.

-¿Que no me preocupe? ¡Ay, compaaaaadre!, se pasó. Tome su vuelto, ¿Qué? ¿Que me quede con el vuelto de cien soles? Usté' sí que es un verdadero compadre. Con el vuelto, ya verán, les compraré globitos y una piñata para el cumpleaños de uno de mis hijos. También unas ropitas blancas al Kennedy Sebastián y al Bush

Fabián; quedarán blanquitos, parecerán, cuando ustedes los vean, unos angelitos de Dios. Además, creo que alcanzará para mandarle hacer su misa y unos capillitos, así es, compadre. ¿Y si me falta? Y no me diga, después, que se arrepiente de ser mi compadre, ¡no señor!

-No me arrepiento de nada, comadre, sólo de este hombre que siempre me hace sufrir. ¡Mírelo! De conocerlo es lo único que me arrepiento, comadre. No me hace caso, comadre. ¿Qué debo hacer?

-Compréeeeeeeendalo. Le prometo conseguirle un buen curandero para que les haga un buen amarre y nunca se separen. Nosotros sí sabemos tomar bien, así somos de alegres la gente del centro; así que, ¡salud!

-¡Salud! -brinda Benito entristecido, pensando esta vez en Isabel.

-¡Asssa, assa... assa... ayayyyy! Qué rico es bailar muliza y huayno, ¿no?

-Me hace recordar a Cibelia.

-Ese pueblo me suena conocido. Cuando ustedes pasen a conocer Jauja y Yauyos podrán hospedarse en mi casa, yo no se lo diré a nadie, será un secreto de los tres. Yo les tendré unas colchas bien tendiditas, pero eso sí, me comen hasta la cabecita de los cuyes que les preparemos, ¿ah? Además, estando en mi tierra, ustedes podrán saber por qué sus ahijados se llaman además Sebastián y Fabián. Se lo diré, pa' no andarle con rodeos. Ellos se llaman así en homenaje a los santos patronos San Sebastián y San Fabián de la fiesta de la tunantada.

-Ojalá podamos conocer, ojalá no esté castigado en la Escuela.

-Si deja de ver a la vieja esa de *La Generala*, claro. Si no voy a hacerle escándalo a esa mujer es sólo porque tengo un tío en la Aviación; ganas no me faltan.

-Pero vayan, hijos, yo les diré que Yauyos es la más grande provincia de Jauja, pero no vayan en cualquier fecha, lleguen cuando yo cierro aquí mi tienda, a fines de enero. Será grandioso tenerlos por allá, de paso me sacan a pasear por Huancayo en su auto, comemos unas buenas pachamancas, nos vamos a la laguna de Paca, bailamos hartito en cortamontes y muchas cosas más. Si ustedes van, por ejemplo, pa' el veinte de enero, no se arrepentirán. Ya lo veo a mi compadre Gabriel bailando -como chupaquina- en la plaza frente a los toldos, sacando pecho, como bailan los caballeros chonguinos, con lujoso vestuario español. Ya lo veo a mi compadrito, Gabriel, moviéndose orondo con su pañuelo y un sombrero de plumas.

-¿De plumas, comadrita? Si es de plumas entonces sí voy. Sí iré, aunque este hombre desgraciado no quiera ir.

-Entonces sí va.

-Todo lo que son bailes de plumas me encanta. No es mala idea, ¿no?

-Ya ve, mi compadre se está animando de a pocos. Bueno, le sigo contando, compadre, y a ustedé también, señor Benito. Si ustedé va, le pondríamos al medio, usted bailarías feliz, feliz de la vida al lado de huanquitas, de chupaquinos, de sicaínas, de jaujinos y de los clásicos chutos.

-No he aprendido esos bailes, pero podría intentarlo.

-¿Que no sabe bailar? Venga, yo le enseño. Fulgencio, ponte una muliza, ¡irapidito! Sí, Fulgencio, y que sea de Amanda Portales o del Chato Grados. Ahí viene la música, ahí está... Eso, eso, eso... Ya, joven Gabriel, eso... esssso... esssso. ¡Qué rico!... Ananau... ananau... ananau... Assssssí... assssssí. ¡Para, Fulgencio, un ratito! Aquí el compadre se está mareando más rápido. ¡Para! Yo tengo que cuidar a mi compadre, que usted, señor Benito, maneja. Bueno pue', entonces, ¡Salud, compadrito! ¡Salud cadete Benito! ¡Ay compadre!, ustedé sí que se pasó. ¿Cómo le voy a recibir otros cien soles? Bueno pue', que todo sea por un buen bautizo; ese día botaremos la casa por la ventana. Ustedé será un caballero chonguino, así con sus plumas y todo. Y yo, ¡ya verá! Seré una dama chupaquina, que de brazos, así agarraditos los tres, le enseñaré a su novio a bailar. Yo seré su comadrona, ¿no es cierto?

Hola, chiquito:

Tú y yo, qué lindo suena, ¿no? ¿Por qué no lo intentas? ¿Por qué no intentar, juntos, crear nuestro propio mundo? Un territorio lleno de felicidad, de cariño, de comprensión, de unión y muchas cosas más. Mira el mundo que te rodea; tantas cosas se pueden hacer con dos personas unidas si se hacen con el entusiasmo y el apoyo mutuo, sin tratar de sacar ventaja ni de dar uno un poco menos mientras el otro da un poco más.

Benito, por el amor que te tengo, haga un esfuerzo para que esta unión se establezca, ya que de ti depende todo esto que te ofrezco: todo el amor y el cariño desbordante que tengo dentro de mí. Si fuera necesario; mi vida la daría por la felicidad de nosotros. Tú dirás: "No me quieras", sin descubrir que no mando yo en mis sentimientos ni en mi corazón. Te amo, y me duele mucho ver que tú no haces nada, absolutamente nada por que esto mejore, pero yo seguiré luchando para que estemos unidos siempre.

Tu gato con botas

SONATA DE OTOÑO

Se detuvieron en Lunahuaná y tú apagaste la radio. A media hora de Cañete, a dos horas de viaje por carretera al sur de Lima, se hallaban. Los pequeños valles y la tierra, clamorosamente fértil, quedaron como suspendidos allá lejos. Se detuvieron frente al lienzo de la quebrada. Los dos bajaron, con la atención dividida entre el paisaje inmenso y las tonterías que se dicen cuando los músculos se hallan adormecidos. Tú, Gabriel, quisiste entrelazarle los dedos y le dijiste que no se durmiera, mientras Benito ni caso te hacía; escuchaba ahora música en su personal estéreo, más preocupado por las melodías que por ti. Esa tarde tú pediste una cama matrimonial en el mejor hotel de Lunahuaná, y Benito, riéndose de ti, te decía que estabas loco, que él no era tu marido, que podía serlo, pero que no le nacía, que mejor conservaran ambos esa linda, lindíiiiiisima amistad y que, para no complicar las cosas, durmieran en habitaciones separadas. Tú, Gabriel, le decías: *Eres un fresco, vienes conmigo y me rehuyes, como siempre, ése es tu juego*. Entonces Benito hacía como que no te había escuchado y se ponía a mirar la hermosa piscina del hotel, y te dejaba hablando, como si poco le importaras. Tú, Gabriel, ¿cómo no lo vas a recordar?, lo llamabas, lo engreías con palabras suaves, le decías, como a esos niñitos malcriados que deben portarse bien: *Vente rápido, mamá está enojada*, y Benito llegaba hacia ti, pero pendiente siempre de que le hicieras caso. Finalmente ambos convinieron, para no malograr la amistad de años, que dormirían juntos - juntos y calientes de arrechura- pero en camas separadas y Benito no iba a permitir que te pasases a la suya, te lo juraba por su santa madre. El hotel se llamaba El Paraíso, ¿lo recuerdas? Tú le decías: *Mírame Benito, yo soy tu Eva y tú mi Adán, mi descubridor*. Y él se reía por tus ocurrencias, porque de sus costillas (falso Adán limeño) no podía salir tremendo maricón. Después te abrazaba, te decía: *Sólo somos amigos*. Y tú sabías que ese abrazo era un buen índice de que en realidad debían terminar juntos en la misma cama. Ambos, ¿te imaginas, Gabriel? Era envidiable tu exceso de confianza, tu optimismo y esas ganas locas de amar. Tú le dijiste al administrador que les sirviera a ambos, para comenzar, un *whiskey sour*, y el administrador, cómplice de tu silencio y tus guiños, mandó de inmediato preparar un *wiskey sour* en dos tremendas copas que parecían copas de misa, copas en las que se sirve el agua mineral o tónica. Después le dijiste: *Toma la llave, ya nuestras maletas las mandó a guardar el encargado del tour. Además para eso se le paga. Deja que ellos hagan su parte*. Y Benito, acomodándose los parlantes en los oídos, te estaba ignorando nuevamente mientras contemplaba extasiado a una bañista que decía ser una turista americana. Era rubia, desbordantemente bella, y Benito parecía comerla con los ojos mientras se humedecía los labios con su pequeña lengua. Ambos se habían colocado la ropa de baño, y la tuya, Gabriel -¿cómo puedes decir que no fue así?- era una ropa de baño muy delgada, muy ajustada, al cuete. Decías que era como te gustaba usar aquellas prendas, y Benito te había recriminado más de una vez por ese comportamiento, porque decía que no andaba con una mujer -un simulacro de mujer- sino con un amigo varón, y que te dejaras de payasadas porque se te veía horrible, que te parecías mucho a aquellos *gays* brasileiros que él había visto en los desfiles de samba y en las playas de Ipanema, Río y Sao Paulo por la televisión. Cómo olvidar aquello,

Gabriel, si tardaron más de lo acostumbrado en vestirse, porque mientras tú te echabas el bronceador mirándote al espejo y cantando aquel ritmo de Alejandra Guzmán: *Bella, bella, beeeeella, beeeeeeeella...*, Benito, como si le dieras asco, te había hecho un gesto de repudio. Después tú, Gabriel, ya te andabas preocupando porque no encontrabas aquella tanga rojiza que decías te había costado doscientos dólares, recomendada por Madame Chu Chu de París, último grito de la moda en la ciudad de la Torre Eiffel. Después te darías cuenta que fue el propio Benito quien había ocultado la ropa de baño, y tú chillabas, brincabas como gacela, lo correteabas por todo el pasadizo del hotel El Paraíso, diciendo que le ibas a cortar lo que él ya sabía, si es que no te devolvía de inmediato tu tanga favorita, exclusiva (*made in France*). Y Benito te decía, para ver si te aburrías, *¡Búscala!*, porque no la ibas a encontrar fácilmente, y que mejor te dieras por vencido. Y tú, Gabriel, le hacías gestos obscenos, indecorosos, brincabas como una Madonna limeña, te doblabas, buscando en el suelo, como si quisieras lamer tu "clítoris," y te abrías de nalgas; luego eras la bella bailarina de *Flashdance*, contorsionándose frenéticamente, como si tuvieras una zanahoria *extralarge* en el culo. Y Benito te decía que eras fantástico haciendo toda clase de huevadas, lo divertías mucho, pero eras el colmo, el símbolo del escándalo, toda una lujuriosa mujer que debió ser varón -perdón, todo un varón que debió ser mujer. Tú, Gabriel, también eras un fresco, lo recuerdas bien, porque si no, cómo hiciste para agarrarlo del cuello, aplicarle un torniquete y tumbarlo al suelo, pues, recuerda, Benito fue poniéndose cada vez más colorado y te maldecía, por eso no se iba a confiar, más, de ti, y que lo dejaras en paz, y tú, 'mujer' pendeja, le contestabas: *Me devuelves mi tanga ¡ahora!, porque si no, ésta Eva saldrá desnuda a recorrer su paraíso, saldré calata del hotel*, chillabas. Entonces Benito exclamaba que ino!, que por favor no lo hicieras, que él no quería salir en los periódicos, temía que los superiores de la Fuerza Aérea tomaran pleno conocimiento de tremendo escándalo. Recordó como cadete que ese tipo de escándalos y de amistades, como la de Gabriel, eran baja fija. *Me la estoy jugando y por los dos frentes de guerra, pero si nunca lo provoqué, por qué estoy así y por qué me dejo arrastrar por estas pasiones. No puedo dejar de lado a estas personas por más que intento hacerlo, será que desde que entré a la Escuela de Oficiales, desde ese mismo día, ya estaba condenado. ¿Quién me condenó?* Alucinó que varias manos le arranchaban el kepí, los galones y los botones dorados de su impecable uniforme azul en el pabellón de cadetes. Se puso lívido. Sintió dentro de su alma el redoble de los tambores en la deshonra. Aún así disimuló ese semblante mustio. *Estar en amores con la esposa del superior es mucho más que baja, quizá la cárcel o la muerte*. Se puso rígido, quiso volverse humo. Recordó que era un cadete. Y tú, Gabriel, dando esbeltos saltos como *Nadia Comanecchi*. *Es la última vez que te repito, ¿dónde está mi tanga? ¡Habla! ¡Di! Porque noooooo me conoces, soy capaz de cualquier cosa, me importa un rábano, cadetito. Si tú no me haces ese favor, diré que alguien en este maldito hotel me robó la tanga y que en gesto soberano de protesta es que estoy así, con las pelotas colgando, y estas, eeeeeeeestas huevaditas que me cuelgan y que de nada me sirven verás que moviéndose de un lado a otro alborotarán a todo el pueblo. Otras sí los usan, en mí te juro que es un estorbo, cualquier día se las daré a las mascotas en obra de bien al Señor, como siempre creo haber hecho*. Y Benito se despabilaba de risa, te decía que eras demasiado ocurrente y que si algún día escribía de tu vida, Gabriel, entonces él se iba a ir al mismísimo infierno, porque todo el mundo de seguro le escupiría. Le diría que era un fariseo y un maricón solapado. Por eso mejor decirte que tu ropa de baño estaba escondida en el baño, que te había escondido la ropa que buscabas dentro de su short, entre sus testículos, y que no te preocuparas, que andaba limpiecito, bien bañado, que no iba a apestar aquella prenda parisina.

Y tú, dándole un besito volado, le decías: *I love you, Benito. ¡Te amo! ¡Entiéndelo de una vez por todas!* Y Benito, recordando al coronel Moreno y a sus otros superiores en el pábulo de los apetitos decentes, te decía: *Eso mismo hazle creer a tu abuela, imaricón!* Tú, Gabriel, le reprochabas con justa razón, porque él no debía meterse con tu pobre abuela, aquella desalmada abuela a quien tanto le gustaban los helados de nueces.

Ya en la noche, después de haber nadado y buceado tantas veces, Benito dormía en su propia cama, y tú lo mirabas devotamente con misericordia, con infinita ternura, con inspiración bucólica, si hasta deseabas llevarlo a tu cama para que los dos vieran cómo nacía el día y la noche, gozando frenéticos de placer, mientras afuera la noche aplacaba el ruido de los grillos, de las ranas y las chicharras. Y (oscura pareja socrática) tú te conformabas con mirarlo, con sentirte cerca de él, eras un alma afligida que no necesitaba, por ahora, de caricias ni de besos, porque sabías que el amor por él-Benito ahuevado.-era más grande que cualquier efímera atracción sexual. Gabriel, cómo olvidarlo, si ahora, de seguro, andas masturbándote por ello. Movías tus manitas como tarántula, como arañita del mar sobre la arena de las sábanas, tratando de llegar hasta él; pero una duda grande te embargaba y te resignabas con tenerlo muy cerca, a un metro de ti, en la otra cama. Después, tú creías que él ya estaba en la tuya y te hundías en tu almohada, en el osito de felpa que llevabas, lo besabas, lo estrujabas, lo ponías sobre ti; aquel insignificante muñeco comenzaba a hacerte el amor muy tieso, sin moverse, con los ojos quietos. Era tu placer, Gabriel, imitativo del suyo. El osito de peluche penetraba tus muslos como él, recostado, penetraba en los tuyos, y el tiempo se contaba solo, las palabras se decían solas, para distraer y prolongar esa dulzura negra y estremecida de la infame verga del osito que ni cosquillas te hacía. Por eso tú, Gabriel, te estremecías y te revolcabas entre las sábanas queriendo llamarlo, estremeciéndote por sentir de verdad al oso, la verga del oso, sentir a Benito-oso, sentir a oso-Benito: él, la verga, y tú, el coño; él, tu varón, y tú, su mujer. En la totalidad de los deseos arrancados y siempre pendientes del árbol de la vida, tú y él sobre la alfombra, sobre el tapiz incaico, sobre el parquet caliente, tú y él: padre y madre, madre e hijo, hijo y madre, hija y padre; tú y él: hermanos; tú y él : dos mujeres; tú y él: dos bestias; tú y él: la comunión de una sola carne; tú y él: amando con las bocas, buscando otras maneras de prolongarlo, con las axilas, con sus manos sobre tu cabello, con sus pies sobre tus ojos, con tus labios en su oreja, con su ombligo en tu nariz, con tus muslos abiertos sobre su cabeza, con sus uñas clavadas en tus nalgas, con su lengua inmensa recorriéndote las entrañas, las lomas y los precipicios. Te estabas volviendo loco, Gabriel. Tú tomando *whiskey* en las rocas, mientras te resignabas a tener al ser que amabas a tu lado pero... nada más. Maldecías porque cualquier kinesiólogo masajista te hubiese hecho más feliz, y no eeeeeeeeeste desgraciado que nada sabía valorar tu amor por él. Por eso, Gabriel, te tuviste que distraer viendo por la televisión una cinta de video mientras Benito dormía plácidamente, ajeno a ti, como un bebé, como esas pobres criaturas de los hospitales. Y tú, de repente, porque quizá ya te estabas arrebatando, pensaste: *¡Ah, noooo! A mí este hombre malo tiene que mirarme; por lo menos, tiene que conversarme; por lo menos: ¡despierta carajo!... ¡Túturotututuuuuu! ¡Soldado Benito! ¡Levántese! ¡Es una orden, cadete! ¡Llegó la diana!*

Por eso ahora te estabas quebrando por él, por eso te ponías a llorar por él, *Benito lindo, por favor, ahora que has despertado, mejor cierra tus ojitos, papito lindo; ¿cómo pude haberte hecho esto? Benito lindo.* Eras su dosis, su medicina recomendada, Él se sentía enfermo de amor por ti. Era eso que llaman otros "loco amor" lo que te corroía el alma. Y no podías agotar todas tus lágrimas porque decías, Gabriel, que se te podía arrugar tu esplendoroso cutis. Por eso tampoco reías a carcajada limpia; pero

en fin, aquello poco importaba porque aquí en Lunahuaná abundaban los jardines, y tú y él se iban a bañar en las aguas termales después de beberse un pencazo de San Pedro, carijo, para ver a los dioses de mejor manera. Al rato, para que la belleza no se les diluyera en el agua, ambos se iban a enjuagar, después de cada baño, con agua de pétalos de rosa. Y Benito, estirando sus manitas, te decía, haciendo eco a tus palabras: *Sí, claro, nos bañaremos en jazmines, en mandrágoras (que, según la leyenda, crecen en la tierra germinada por el semen de un ahorcado en su última convulsión), en floripondios, en claveles. ¡Maricóooooooooon de mierda!, ¿por qué no me dejas dormir? ¿O quieres que te rompa la cara a cachetadas? Deberías lavarte el culo con agua de matico o manzanilla para disimular ese hueco, icabro! Y tú: Por favor, no me pegues, Benito malo, o mejor sí, cualquier golpe lo recibiré gustoso, te daré incluso la otra mejilla y las de abajo, las cuatro mejillas, mi amor, porque a mí me gusta que me peguen los varones, que me maltraten, que me humillen, si es posible que me estampen contra la pared, pero claaaaaaro, que después me hagan el amor. Esa coronela, la Isabela, o como diablos se le llame, esa mujerzuela, te tiene bloqueado, Benito, apuesto a que no eres bien varón, si lo fueras, ya lo hubieses hecho conmigo. Mira, mi amor, lo que te pierdes. Pero no me pegues así de fuerte, Benito. ¡Pégame!, ¡maltrátame!, ¡humíllame!, písame si quieres, ¡písame!, pero písame como a ésta, tu geisha, le gusta. Y Benito: Ya, suave loco, no te pases, va a ser medianoche; me hallo rendido, con ganas sólo de dormir. Tal vez mañana, quizá de aquí a un año, que mejor te olvidaras de eso, ¿vale? Y ambos pensaban, temblaban, simulaban ver la película, pero no atentos a la pantalla sino al reflejo del vecino. ¿Qué pensaban en realidad ambos? Imaginaban, inventaban cosas, se intuían, buscaban negociar la paz concertada. Querías su brocha de rasurar y sus botines de militar sobre tus pezones, le ofrecías tu osito de peluche para que percibiera tu olor de mujer sedienta de coito y él, ya sin fuerzas, te azotara con su correa, te escupiera, y después se pusiera a llorar, diciendo: *¿Por qué me fuerzas a hacer estas cosas que nunca había hecho?* El te hablará de Isabel y después, uno a uno, te dará el nombre de las niñas a las que pudo tocar, de las adolescentes que le gustaron. Y tú, Gabriel, lo consolarás, lo vestirás, lo meterás a la cama, serás su nueva, bondadosa y tierna madre.*

Ahora tú estabas frente al espejo, mirándote, escudriñando tu rostro.

-¿Le has contado algo de mí?

-A veces pienso que debo hablarle de ti, pero ella nunca lo entendería.

Diste la espalda al espejo y en tu trasero sentiste el vidrio helado. Pegaste las manos al espejo, como si quisieras protegerlo de las confesiones de Benito. Te acurrucaste contra el espejo frío, lo llenaste de vaho, cerraste los ojos, porque no querías llorar, eras frágil y muy dado a las lágrimas; dejaste que hablara. Tú también te sentías prisionero de aquellas palabras. No sentiste rencor por esa mujer, porque decías que sentir odio por alguien, alguien a quien no se conocía, era una bajeza. Pero mira, Gabriel, ahora llorabas, eras un cobarde, llorabas y te mirabas en el espejo. Te limpiabas las lágrimas y el cutis, porque no querías nunca envejecer, tenías miedo a las arrugas, a las cicatrices, al acné, a toda mancha en la piel. Mientras Benito hablaba tú le abrazabas y reprimías tus celos, incluso pensabas en darle la razón, en decirle que estar con esa vieja le hacía bien, con tal de no perderlo. *Ya está, ¿ves? Qué bueno que tengas otra mujer, pero mujer, porque si tuvieras otro como yo no lo soportaría. Ya está, ¿ves? Vinimos a refugiarnos, a enmascaramos.* Benito se acercó a ti lentamente, tocó tus hombros y adivinaste la intención de su mirada. Recuperaste fuerzas, levantaste la mirada como esas actrices de telenovelas, lo miraste fijamente, y los dos quisieron hablar al mismo tiempo.

-¿No te das cuenta que puedes cambiar?- te preguntó Benito.

-¡No, muñeco!, así me siento bien, éste es mi destino ¿Y tú por qué no das la iniciativa, Benito, amorcito mío?

-Te pido más sensatez, carajo, soy militar.

-¿Sensatez? -preguntaste, cruzando los brazos. -Creo que mi amor por ti es más sensato que el amor que sientes por esa mujer.

-Toda comparación es odiosa, Gabriel, pero para no desvariar me centraré en lo que afirmas. Dices que lo mío, mi amor, no es sensato. ¡Claro que lo es! Es el amor entre una mujer y un varón.

-Esa mujer lo único que quiere de ti es tu larga tripa, pero nada más. Ella no dejará a su marido por un cadete enamorado y advenedizo como tú. Es lo que creo, aunque... aunque he visto casos de *Ripley*, Benito. Pero creo que estás entre la pared y la espada, entre la red y la daga, entre la metralleta y los gases venenosos. Decide: ¡yo o esa mujer!

-Sí, tengo que decidirlo; pero dime: ¿cuál es tu arma, Gabriel?

Sentiste como que hubiera querido tocarte, acariciar tu nuca. Pero él tomó nuevamente distancia, se paró frente a su cama, te miró, quiso reírse de lo que hablabas, pero se contuvo, arrojó las sábanas revueltas sobre la cama y cayó boca abajo sobre ellas, contemplándote.

-Mi arma, son mis buenas intenciones, mis sentimientos -le confesaste temblando, acariciándote las mejillas nuevamente. -Mírame, tonto, no con los ojos, mírame. Mírame. Mírame vacío, flaco, por tu culpa (Observas con estupor. Sientes que el escenario es suyo y cientos de espectadores los están mirando desde las butacas).

-¡Calla, calla!

-Prometiste... prometimos.

-Sí, prometimos hablar de amor...Te contaré más de Isabel.

Te hincaste en la cama.

Benito se puso a cenar despreocupadamente.

-¿Y no vas a cenar? -te preguntó.

Tú no le hiciste caso, no tenías apetito, preferías que aquel ser, a quien amabas, comiera. Tú, hasta gozabas viéndolo comer.

-Y de mi amor, ¿quién habla? - preguntaste gritando. -¡Que mi clamor atraviese estas paredes! ¡Que se enteren! ¡Que todos en el hotel y en Lunahuaná sepan cómo se pierde un amor grande y puro!

Benito sonrió. Mientras bebía el jugo se puso a picar de tu plato. Tú dejaste que te quitara la mitad de tu presa. Tocarón a la puerta. Tú corriste a mover el cerrojo muy despacito. Te pusiste nervioso, sabías que estabas haciendo escándalo con tu quejumbrosa voz. Te serenaste, tomaste aire, abriste.

-Disculpe, caballero, el administrador me manda decir que en este hotel no se aceptan peleas.

-¿Peleas aquí? Nosotros no peleamos, ¿no es cierto, amiguito mío? Lo que pasa es que estamos discutiendo asuntos de nuestra empresa. Venga, pase, llévase la bandeja con el servicio y tome estos cien soles. ¡Quédese con el vuelto!

-¡Ah! -exclamó el mozo, parecía que nunca le habían dado tanta propina en moneda nacional. -Yo arreglo esto, no se preocupe. Mañana les traigo un desayuno mortal, ¡ya no, ya!, a todo dar, como para levantar muertos, como para después de un buen polvo mañanero.

Cerraste la puerta, Gabriel, te sentaste en su cama. Quisiste acariciar su cabello, pues algo dentro de ti te decía: "*Recupéralo ahora, o no lo tendrás nunca*". Pero aquella decisión de Benito te había dejado casi sin fuerzas, te sentías abatido.

-¿Por qué no te tomas un traguito conmigo, como para quitarnos el frío?

Querías excitarlo. Le serviste un *whiskey sour* como bajativo, tú bebías del bar rodante un tequila margarita. Querías verlo mareado, pero él sólo mojaba sus labios, y tú, Gabriel, bebías rápido, nervioso, porque sabías que en tus manos no había mucha fuerza que contuviera por un buen rato aquel líquido. Benito te sonreía porque le caías

bien, eras un despelote de ocurrencias: *La pasa uno bien contigo, somos como perro y gato, como gato y ratón*, le decías.

-Ya no quiero tomar más trago. Cuando me emborracho sólo sé hablar de Isabel, me pongo melancólico, me pongo huevón.

-Ya pues, cholito.

Tus manos llegaron hasta las de él, y no pasó nada. Benito parecía no darse por enterado del juego secreto, participaba pero no se sentía en íntima comunión. Tenía ahora la mirada perdida, abstraído en sus propios pensamientos.

-¡Déjame, te digo! ¡Quítate!

-Deseo que no la busques; esa mujer es casada y no te pertenece.

-¡Isabel es mía, y yo le pediré que se case conmigo! ¡Quita la mano!

Te alejaste de Benito. Te habías tomado todo el trago, así que te serviste otra porción. Deseabas aplacar todo lo que sentías refugiándote en el alcohol.

El se había sentado en el suelo, jugaba con tu osito de felpa.

-Benito, mi amor...

-No soy tu amor, lo sabes bien.

Te detuviste a su lado. Había algo en el aire, un desencanto, una pobre verdad.

-¡Hemos vivido tantas cosas juntos! ¿No es suficiente para...?

-No, no lo es. -El te miró en su postura de reposo y ensoñación. -Que quede muy claro, no te amo, porque dos varones no se pueden amar, sólo se pueden desear sexualmente, pero nunca amar. Sabes bien que aquello nunca duraría. ¡Qué mentira, amar más mientras más se conoce! ¡Qué vana mentira! Sólo se ama lo desconocido, lo que aún no se posee.

Lo abrazaste.

-¿Te puedo dar un beso?

Le besaste en las mejillas y en la frente, le acariciaste, por primera vez, los labios.

-¡Suéltame! Quitá de mí esas manos.

-Me hablas como si me tuvieras asco.

-No es asco lo que siento por ti, tampoco te aborrezco.

-Entonces, dime, esa y yo estamos de igual a igual por ti, o ¿no te has dado cuenta?

-Por supuesto que sí, pero tú eres un varón, deberías ser un varón, y ella... ella es una verdadera mujer, una señora de su casa.

-Yo también lo soy, y bien mujer, una señora que vive su tragedia, como Kazuo Ohnno, y que debe bailar hasta el último. Esta es mi danza, mírame! Esa no es una señora de su casa, es una infiel; en cambio yo sí, yo sí soy una señora.

-Ya no sigas con tus estupideces.

-Te hablo en serio, Benito -acotaste con firmeza, reponiéndote, con una renovada convicción en tus palabras.

-¿Qué tienes en la cabeza, Gabriel, que siempre olvidas que debemos ser correctos amigos?

-No es desviación, Benito; lo mío no es mariconería, es más que eso, es un amor limpio, puro, sublime, incomparable.

-¡Ay, rosquete! Me quieres venir a endulzar.

-Te hablo en serio, Benito. ¿Qué tiene ésa que no tenga yo? ... ¡Mírame!

Adoptaste la pose de una diva, de una actriz, de Marilyn Monroe, de María Félix, de una reina de belleza lista a ser coronada, te ceñiste los pechos.

-Por favor, no me confundas, no insistas, ¡una mujer es una mujer!

-Aunque sea una puta, aunque sea una infiel, ¿no es cierto? ¡Mírame!

Gabriel, te subiste a la cama, caminaste con desplante, como si caminaras sobre una pasarela. Yo no tengo papada, mírame! Yo no tengo el mentón abierto por dos surcos, tampoco el estómago blando. Auscúltame, no tengo cicatriz de cesárea.

-¡Basta!

-¡Mírame! Yo soy la bella Gabriela, soy carne nueva, soy carne fresca...

-¡Basta!

-¡Mírame! -ordenaste, Gabriel, desde tu altar, posando, modelando. -Mi rostro no tiene cirugía estética, mi vientre no tiene liposucción, yo no estoy casada, soy de un solo hombre, no tengo arrugas, tampoco tengo cicatrices por haber parido, soy virgen, isoy virgen! ¡Mírame! Benito... Benito... ¿Dónde estás? ¿En dónde te has metido?

Saliste corriendo por el pasadizo. Llamaste. Sólo viste una sombra, su pálido reflejo, perderse por los jardines del hotel El Paraíso. Entonces sí que te derrumbaste, te pusiste a llorar, pero ya era tarde Benito se había marchado.

Querido Benito:

¡Hola, muñeco tonto! Hoy he sentido la estúpida curiosidad de saber cuántas cartas te he escrito. Tengo aquí la calculadora, las estoy sumando y multiplicando una por cada semana que ha pasado. Guardo los borradores en la computadora. He repasado también el calendario y ya van veinticuatro cartas que sólo en los últimos seis meses te he escrito. ¿Sabes que si algún día somos famosos y se publican mis cartas el libro tendrá mucho sentimiento? Ausias March bien dice: "Amor es dat coneixe pel affects». Lo que tampoco me negarás es que nuestra relación es trágica, de novela. Me tranquiliza mucho lo que me cuentas respecto a que durante las dos últimas semanas no has tenido la pesadilla terrible que te atormentaba y que empezabas a aceptar que todo había sido cierto, que esos cadetes de otros años superiores porque escribes buscaban hacerte la vida imposible. Esfuérzate, aguanta, yo creo que algún día pasará. ¿Ya te recuperaste de tu último hueso que te rompieron? ¿Sanaste los anteriores que fueron la clavícula y el tabique? Ya me contarás, eso te pasa por ser escritor dentro de la Aviación. Simula como los demás lo saben hacer, mi amor, y que no por ello has de estar condenado (por la religión, tu vida militar y la sociedad) a vivir con remordimientos el resto de tus días. Tú sabes que no puedo ir a visitarte al hospital, al verte malherido me pondría a llorar, lo sospecharían.

No quiero hurgar en la herida, pero tampoco estoy dispuesto a dejar de decirte las cosas que pienso porque no quiero tratarte como a un enfermo, ya que no lo estás. Sólo lo estás de las fracturas. Así, pues, déjame decirte que, por lo que me has ido contando, pienso que tu madre es la que está alejándonos (Dios mío, si mi único pecado es amarte, ¿por qué ella dice de mí cosas tan horribles?). Mi media naranja, hasta la fecha de hoy he engendrado fantasmas; mis deseos de estar contigo y el de leer tus cartas quizá me han ayudado a vivir. Son mis obsesiones, son mis temores, los que se van acumulando día a día, los que interiormente me van dando muerte.

Por otra parte, también he de decirte que la decisión que has tomado de no querer verme nunca más es absurda e injusta, sobre todo eso de que piensas casarte. ¿Casarte con Isabel, la vieja? ¿Con la que me cuenta mi tío le dicen La Generala? Aquella iniciativa me confunde cuando pienso que te estás haziendo de la Fuerza Aérea y eres sólo un párvulo, una cría (como yo), y que coincide demasiado con la desesperación de tu madre y la mía. He releído algunas de tus novelas ya publicadas, me costó trabajo conseguirlas en librerías, y veo que ese chico que las escribió está atrapado por sus propios demonios. ¿No me contaba tu madre, la que después me aborreció, que uno de sus sueños es verte casado? ¿No será que tu futuro casamiento no es más que una forma sutil de pedirle perdón? ¿Tampoco será posible que busques a alguien, como esa tal Isabel, que

sustituya la figura de tu madre? ¡No te engañes a ti mismo! (Y perdona si este "degenerado" te ha hecho daño con sus buenas intenciones.)

*Insoportablemente tuyo,
Gabriel*

Gabriel sólo pudo contemplar a su amor desde lejos. No obstante el otro lo percibió y sus miradas se cruzaron. Pero inmediatamente se separaron y Gabriel no volvió a ver a Benito. Entonces, a despecho de sí mismo, empezó a llorar emocionadamente. Benito volvió hacia Isabel, y Gabriel se sintió más enardecido que nunca. Tampoco él se comprendió. Eran esos impulsos que no podía controlar los que lo hacían ponerse así. Fue en este tiempo, a raíz de que había comenzado a bajar de peso abruptamente y sus amigos se lo habían hecho notar, que Gabriel acudió a hacerse un análisis de HIV-Elisa en una clínica, y fue allí que le diagnosticaron que tenía el virus en la sangre. El resultado de la muestra: **reactivo**. Era un cero positivo más. *La belleza de este mundo no puede durar mucho. ¿Por qué a mí, doctor Cantella?*, le preguntó al más famoso médico especialista en casos de sida del país. No obtuvo respuesta. Después le explicaron que le iban a hacer nuevos análisis, que después no hicieron más que confirmar su mal. La prueba del CD-4, expresado en el nivel de defensas de su sistema inmunológico, se hallaba en algo menos de doscientos, mientras que el examen de carga viral que le practicaron en el mismo laboratorio arrojaba un conteo reflejado en seis dígitos, lo que significaba que el nivel de virulencia en su sangre era bastante alto. Gruesas lágrimas empañaron sus ojos, recorriendo su rostro. Salió de la clínica. Prefirió no tomar un taxi como casi siempre acostumbraba hacerlo cuando su auto se hallaba malogrado. Gabriel había mandado pintar su coche de un color plateado eléctrico y le puso llantas radiales, parlantes triaxiales y lunas polarizadas. Ese día el auto no estaba con él. Necesitaba caminar para poder recuperarse algo del impacto emocional. Mientras esperaba la locomoción estuvo pensando en la muerte, en que debía comprarse cuanto antes un nicho y separar con anticipación un dinero para su propio funeral. Maldijo su suerte. Bajó las mugrientas escaleras de la Vía Expresa y abordó el autobús. *¿Qué le diré a mi madre? Nunca lo entenderé. ¿Qué le diré a Benito? Tampoco lo aceptará; quizá él me deje para siempre, será entonces mi fin. ¡Qué importa! Si debo representar hasta el último mi tragedia, ocultando, sonriendo como un payaso, pensando que no tengo esta enfermedad, que conmigo no es, que se equivocaron los médicos y que mi HIV es negativo. ¿Que cómo estoy? Mentir, sí, mentir una vez más, mientras dentro de mí todo se hace mierda y mi alma se parte en pedazos. Pero hay algo que me hace soportarlo todo con cierto estoicismo. Será que ese algo todavía no se ha dado cuenta de que voy a morir, de que voy a ser polvo, de que en unos años (quizá unas pocas semanas) voy a ser piltrafa para los gusanos y que después nadie se acordará de mí. Seré polvo, como dice la Biblia. ¡No puede ser! Yo, tan joven, muriendo... ¡No!*

No lo puedo creer, debe ser una broma, una maldita broma, sí, eso debe ser. Quizá debería volver, quizá debería hablar a solas, nuevamente, con el médico, quizá se equivocaron de nombre, de tubo de ensayo, qué sé yo. Bien decía mi gran amiga la negra Peter bromeando: "Prefiero que me coman los humanos, antes que los gusanos". Ella, para bien suyo, no se muere, tampoco otras que frecuentan discos, saunas, parques, y tiran como putas. Pensé que le daba sólo a los promiscuos, a los homosexuales putos y descontrolados y a los que se meten en las drogas, usando jeringas y cosas por el estilo. ¡No!, no puede ser que una jugada así me haga este maldito destino. ¿Yo morir? ¡Qué burla! Le haré el juego, sí; pero así fácilmente no me jalará de las patas. Yo le diré -mintiendo- que estoy contento de morir joven y hermoso, antes de que mi figura se marchite como una flor. Después de todo no

podré durar mucho tiempo, esta belleza no será la de siempre. Muchos varones me amaron, me codiciaron, me burlé de algunos, por eso debo estar comenzando a pagar mis culpas. Eso debe ser. Muchos me admiran todavía a causa de mi belleza, pero no saben el mal que tengo. ¡Qué ironía! He recibido más de un centenar de cartas de amor, escritas a mi seudónimo, Solitario Adonis, en mi correo de Internet; pero no he leído una sola de ellas. Todas las boté a la basura, qué pena por ellos. La gente me dice que no tengo corazón. Dicen ellos que soy de piedra. ¡Mienten!, amo a Benito. Para qué mentir a estas alturas, cuando comienza a correrse el velo de mi tragedia. Ninguno de esos hombres tiene atractivo para mí, sólo Benito. Si él pudiera corresponderle a mi amor, yo lo amaría durante toda la vida, ya que en verdad lo amo desesperadamente. Su belleza interior me ha hecho perder la cabeza. Me ha fascinado. La memoria, también, está llena de recuerdos, cuya evocación marca el paso del tiempo, esa noción que preside mi vida y envenena los espacios. Yo, Gabriel, todavía ignoro que esta batalla por la vida y el amor no puede durar; que mi viaje al pasado ya no puede remediar ningún daño, ni resucitar las virtudes en cuanto al presente. ¿Qué hacer, si soy un perpetuo agonizante a punto de sucumbir ante lo que ha de llegar a continuación? Me dirán: "Hijo, tienes que resignarte". ¡Maldita palabra! Resignación. No tendré de qué resignarme, pues ha llegado el momento de vivir el placer de morir con la mayor intensidad posible. Por eso nunca aceptaré tomar retrovirales que sólo envenenan el cuerpo y te intoxican de por vida. Además, no consumir retrovirales, que son costosas drogas, es burlarse de la muerte, retarla, escupirla en silencio, es sentirse de veras con el desprecio de dejarse llevar por el destino. ¡Qué terror volver a Miraflores y al centro!, recorrer las viejas casonas y los antros de puterío. Hoy, yo, Gabriel, debo recogerme en la memoria de que los amores profanos siempre acaban. En el mensaje de eternidad que propone el legado clásico la fugacidad de los sentimientos parece una parodia que, sin embargo, es mi tragicomedia cotidiana. Yo, Gabriel, me pregunto: ¿Cuáles son tus deseos? Difícil de responder. Sentir el deseo, como el mío, por estos seres de la calle, por ejemplo, es una de las condenas en las que uno se ve precipitado. Obliga al encierro, al silencio, a la complicidad, a no poder profesar, siquiera, el sentimiento o el dolor. Todo tiene que desarrollarse de una manera secreta. Llegan días y horas que desembocan en la masturbación mental y luego en el sufrimiento, en el deseo de ser intensamente amado y no ser correspondido. Creo que ha llegado mi hora y me debato en una confusión enloquecedora. Estoy ansiando confesarme, auto flagelarme, pero sé que una confesión sincera a destiempo puede recibir algo más doloroso, que un fiasco es suficiente para provocar la pérdida del amigo, quien, a partir de entonces, me considerará un apestado. Por eso no le contaré a Benito que tengo sida. Ninguna otra forma del amor me conlleva a pagar un precio tan alto, que implica verme obligado a renunciar a los demás cuando uno ya no puede renunciar a sí mismo, ni a sus impulsos, ni a ese monstruo que hay dentro de mí (y quizá también dentro de uno) y que nos destroza las entrañas a dentelladas. ¿Lo sabías? Byron decía en cierto verso: "Soy joven, y siento que el mundo no fue hecho para mí". Tenía mucha razón. Se refería al tiempo en el que, como una melodía desconocidamente hermosa y que brota del silencio, la muerte se nos presenta como la verdadera y única razón de ser de la vida. No sé qué será la muerte, todavía no la conozco; pero tampoco sé que es la vida. Y sin embargo vivo, y seguiré viviendo con todo el placer y el dolor de mi vida auestas. Y así pretendo morir. ¡Ah!, que conste que no he dicho morirme, sino morir. Trataré con todas mis fuerzas de que no me ocurra lo primero para poder disfrutar de lo segundo.



Gabriel y yo nos encontramos una fría mañana de agosto, después de bastantes meses sin vernos. Me había llamado por teléfono. Como siempre, yo rehusé un tanto a hablarle, pero él me convenció, diciéndome: *Es muy urgente y delicado lo que tengo que contarte*. Cuando llegó, lo vi más delgado que nunca. Tenía un semblante pálido, los ojos vidriosos y su mirada de cera. Observándolo, comprendí el sentido de sus palabras. Me hablaba con rodeos, increpándome que por qué no había estado a su lado, reprochándome que era un ingrato, y que si hubiera estado con él no andaría como andaba: con el *blue jean* sucio y la barba sin afeitar. Gabriel, mientras me hablaba, le daba a sus palabras un tonito paternalista, *tú sabes*, irónicamente comprensivo, *así es la vida*, haciendo un apreciable esfuerzo por perdonarme mis amoríos con Isabel, *qué le vamos a hacer*, y alguna otra pillería. Yo estaba cansado, totalmente agotado, cansado también de sus reproches y de su mirada boba ¿Para qué me había llamado? Reprimí las enormes ganas de mandarle una trompada que pedían todas las células de mi cuerpo. Reprimí esos deseos que una vez, en ira santa, fueron desbordados contra mi agresor. Le gané el combate en el primer puñetazo triunfal que le produjo una severa hemorragia y diez puntos quirúrgicos al campeón de defensa personal y cinturón negro. Reprimí esos deseos de romperle los huesos, como algunas veces me los habían roto a mí, sin que yo lo buscara. Total, la Aviación me había enseñado con disimulada vileza, en su escuela de oficiales, en su jungla de reglamentos y hechos oscuros, a defenderme.

¿A qué venía? Recordé las palabras de mi madre: *Todavía estás a tiempo, apártate de ese tipo, los mariconcitos siempre traen mala suerte* (¿es que no sabía entender el mensaje de su corazón?). Retornaba a mi infierno con él. La inercia natural me hizo avanzar para intentar despedirme, para decirle: *iChau compadre!, ando ocupado, nos vemos otro día, ¿te parece?*, cualquier cosa misericordiosa, salvadora, también, de mis propios remordimientos. Gabriel me dio la mano y me dijo: *Vete, si quieres... ¡Vete!... Ojalá que nunca te pase a ti y te arrepientas*. Algo dentro de mí decía: *iTonto!, no parece mal amigo, síguete la conversa, será por algo que te busca*. Después, me hizo algunas escenitas. Fue entonces que tuve el presentimiento de que estaba tratando con una actriz fracasada de telenovelas. Recordé una película en que un avión se cae en plena amazonia y queda perdido en la selva por muchos días; su piloto es el único que se salva, pero al atravesar un río las pirañas comienzan a desgarrarle la piel. Sentí en aquellos instantes que cada palabra y cada gesto de Gabriel, eran como pirañas. Trataban de devorarme. Mientras él me hablaba yo sentía mi piel hecha jirones, flotando en el río de nuestro turbio reencuentro. El, mirándome con ternura, me hacía recordar a mi difunto abuelo, cuyo apelativo de aviador siempre fue *Coyote*. Tironeaba a mi ser hacia abajo como bestia hambrienta, a dentelladas. Sentía que estaba siendo sacrificado. Comencé a imaginar la desgracia de mi abuelo con su máquina del tiempo y de su terrible historia.

En pleno vuelo los rotores del helicóptero Bell parecen reventar en el aire, la estructura metálica se inclina, tal si se meciera sobre las copas de los árboles. Abajo, el Río Amazonas, como un gran reptil, reflejando sobre sus aguas doradas, turbias, cenagosas, las inmensas arboledas; a veces, también, deformando la frágil silueta del helicóptero. El capitán Azor Barboza Pestalozzi y el teniente Rubén Domingullo Cox -pilotos experimentados con muchas horas de vuelo- respiraron hondo cuando divisaron, por fin, el cuerpo que buscaban. ¿Era mi cuerpo? ¿Era realmente el de mi abuelo? ¿Era el de ambos, unidos en un extraño abrazo? Ya llevaban una semana en esta operación. ¿De quién era, si no era mío? Y la sonrisa serena de ellos, los pilotos al rescate, no era exactamente por ver al muerto, tan muerto y soñando su sueño eterno, flotando sobre la inmensa sopa dorada del río Amazonas, sino porque desde donde se hallaban era bastante dificultoso poder ubicar, entre tanta maraña y palizada, a algún cristiano. No lo podían creer: *iPor Dios!...allá hay un cadáver. Aquí torre de*

control, divisamos un cuerpo. El cuerpo del capitán *Coyote* Medinaceli parecía estar allí, pudriéndose con todos los bichos de este mundo. A decir verdad mi abuelo, *Coyote* Medinaceli, había intentado un aterrizaje de emergencia. La vieja avioneta *Twin Otter* que conducía pretendió amarizar sobre las turbias aguas del Amazonas. Al parecer, un remolino cargado de troncos sería la causa de la desgracia. Descendieron. El capitán Barboza se dirigió hasta donde estaba el cuerpo apelmazado; cuando lo examinó se sorprendió, notó que *Coyote* dentro de su mueca de dolor parecía el muerto más hermoso de este mundo, le sonreía, pero tenía los genitales destrozados. Sobre el cuerpo de mi abuelo descansaba un tremendo cangrejo que nunca antes habían visto los pilotos por esta selva, adornado del azul más bello, un azul ultravioleta, y en la espalda tres marcas negras igualmente bellas que nadie en este mundo podría descifrar. Barboza emitió un largo suspiro, un largo suspiro,... casi femenino, y movió ligeramente la cabeza compadeciéndose. Se persignó. Ocho días volando de sol a sol, reabasteciéndose de combustible permanentemente, para hallarlo en tal estado. *La ley de la jungla es así: devoradora... devoradora...devoradora...*

Sentí despertar de un vacío y a mi cerebro llegó el zumbido -¿de las palas de helicóptero?- de los mosquitos, las risas que debían ser las de los niños de Cibelia y las voces de los borrachos del pueblo de Corniveleto. También el zumbido de una insomne chicharra. Volví en mí.

-Si te cuento algo, ¿me aceptas? -preguntó Gabriel.

-Depende- le contesté. Lo miré con ganas de pisotearlo. No sabía cómo reprimir la fiebre de odio que sentía hacia él. Le dije que buscarme era el peor desatino de su parte, que nada de mí iba a conseguir, que yo no era el remedio a sus desvelos y a su enfermiza fijación en mí.

-¿Entonces..., te has dado cuenta de que estoy enfermo?- interrogó tímidamente.

-Claro que sí -respondí. -Estás enfermo de amor, sólo piensas hacer el amor con los varones. Tu debilidad es el coito.

-Tú sabes que me muero por ti, huevón.

-Y tú sabes que me cago en ti- le dije.

-No seas malo... no seas malo, por fa... ¿ya?

-Verte me irrita, me encoleriza -le increpé. -Es más, te veo delgado, ojeroso, debe ser porque andas enamorado de mí y no comes, te descuidas, te echas a perder con los tragos y las malas noches.

No quería creer que Gabriel, con sus cerca de setenta kilos, pudiera tener otra enfermedad. Mirándolo, pensaba que si algún día cambiaban mis sentimientos y lo aceptaba, él engordaría, volvería a ser un tipo robusto con más de ochenta kilos, como el primer día en que lo conocí.

-Me estoy consumiendo -agregó suavemente, buscando acariciar mis manos. Se las retiré, sentí que estaba tratando quizá con un sifilítico o un enfermo de tuberculosis. Su enigmático rostro y su mirada perdida me daban aquellas señales. Maldición, ¿qué debía hacer en esos instantes supremos? Atiné sólo a morderme los labios, a mirarlo fijamente y, después de un breve silencio que pareció toda una eternidad, agregué:

-¿Es que tienes sida?

-¿Por qué me preguntas? Esa es una enfermedad de los pobres.

-Y también de los ricos homosexuales, de los promiscuos y de los drogadictos.

-Nadie está libre de eso, total, uno puede morir de cualquier cosa ¿Te sirves un brandy?

-Sí, pero hay muertes más decentes, más honrosas y gratificantes.

Gabriel me interrumpió; él era un habitué del Costa Verde y por supuesto de El Salto del Fraile, donde todos los domingos a las 14:00horas se recuerda la romántica leyenda de un fraile enamorado que se suicidó, lanzándose al mar desde las rocas cercanas.

-Me amargo porque no me comprendes.

-¿Qué es lo que no te comprendo?

-Que... tengo ese mal,... el **SIDA**.

Quedé petrificado. Me callé, y el silencio fue como un castigo a mi impotencia de no poder consolarlo justo cuando la consolación podría haber sido la peor respuesta para un varón condenado. Será porque en este mundo todo está perdonado de antemano y por tanto, cínicamente, permitido. Mirando su pálido reflejo, lo escuché musitar algo; luego calló. Caminamos lentamente. Parecíamos dos almas tratando de escapar de uno de los círculos del infierno de Dante. Yo no reflexionaba en nada y tenía bastante seca la boca. Sentía, recordando lo que acababa de confesar Gabriel, como si algo se me hubiera ido o como si algo se me hubiera quedado ahí clavado. Me parecía que yo era el que moría con él. Toda la tristeza del mundo se me vino encima, y debí sentir náuseas fruto de mi cobardía o del miedo a la muerte, o tal vez una turbación por mi falta de entrenamiento -en la Aviación- para ver morir de esta manera.

Hola Benito:

Ahora sé que todo tiene su comienzo y su final, que nacemos, crecemos y morimos, que hay días y noches, que todo termina, como el físico y las apariencias externas. Pero lo que perdura para siempre son los sentimientos y los valores de las personas. Eso sí, te aseguro que somos pocos los que mantendremos esto siempre.

Es necesario aceptarse como se es. Soy un ser en extinción. ¿Qué hay en el fondo de mi vida individual y en la de los demás? Ahora lo sé. Una variación del tema eterno: nacer, vivir, sentir, amar, sufrir, llorar, morir, redimirse. Qué idiota, ¿no? Ahora, toda queja y todo deseo, son ridículos. Soy, como cualquier ser humano, un breve relámpago en la duración del planeta, y el planeta puede convertirse en gas sin que el Sol se resienta un solo segundo. Eso lo sabemos. Soy, por tanto, lo infinitesimal de la nada. Eres una persona que a gritos pides que te quieran; eres un niño en potencia, necesitas que te mimen, que te traten con ternura, que te cumplan tus caprichitos; en pocas palabras, que te quieran mucho y nunca te hagan daño. Te ofrezco mi amor una vez más, dame... dame una oportunidad. ¿Por qué no descubres abiertamente tu OTRO rostro? ¿Para qué seguir ocultándote detrás de todas estas voces heredadas? ¿A qué temes? ¿A quién temes? Sigues olvidándote de ser tú mismo: Benito Medinaceli.

Sé que estás proponiéndote escribir sobre de mi vida. ¿Por qué mentirías, si asumieses el auténtico rol de pareja? ¿Por qué mentirías si dijese del martirio de nuestras vidas? ¿Cómo no podrías justificar el ocultamiento de un sentido, el engaño ficticio, la presencia de otro -TU OTRO YO- al otro lado del espejo? Disculpa, no te aflijas. Ya sé a quién temes, a quiénes, y por eso te perdono.

Los dolores profundos y personales, como los míos, deben ser silenciosos, pues, al transformarse en objeto de arte y de consolación se curan. La poesía del dolor subjetivo no es pura y emocionante sino cuando es un doliente monólogo interior, o, a lo sumo, como me sucede muy a menudo, un diálogo entre un condenado y Dios, un diálogo entre el alma y Dios. Yo no me he curado de esa pena y sigo convaleciente. Es entonces que debo rejuvenecer por la renovación interior de esa pena y por el amor platónico que me ata. Debo rejuvenecer para siempre, si tú algún día lo escribes. Mi alma debe crearse por descanso, probarse en todas sus expresiones, multiplicarse en cada sentimiento, vibrar en todas sus fibras, suscitarse a sí mismo de nuevos intereses. Mi alma en ese vuelo debe sacudir todas, todas, todas las conciencias y perdonar. ¡Te amo!... ¡Te amo! Nunca pensé que iba a amar de esta

manera. Llegaste a mi vida sin avisar, en el final de mi vida y en el comienzo de mi juventud, te acomodaste y te quedaste dormido soñando otros tristes sueños.

Gabriel, tu periquito

♣♣♣ ♣ ♣♣♣

-Es lo no-dicho, lo callado, lo que ese cadete escritor oculta, mi general. Había en su novela, créame, toda una dura realidad que me comprometía.

-¿Cómo así, coronel Moreno? ¡Explíquese!

-A eso iba. Parece ser que ese sujeto pretende hacernos creer en cosas como la ficción literaria dentro de la realidad social. ¡Qué tontería! Personal del servicio de inteligencia a mi mando, siempre eficaz por cierto, me ha informado que se trataría de un tipo de ideas progresistas, un subversivo infiltrado, mi general.

-¿Un cadete de la Aviación... terrorista? -interrogó el general sorprendido.

-Así es -agregó el oficial, mostrando un legajo personal. -El hecho de ser ayacuchano es un buen indicio, recuerde usted que en los poblados andinos de Ayacucho creció y se multiplicó la subversión.

-Pero nosotros tenemos bastante algún personal proveniente de esa zona.

-Sí, mi general, pero ninguno es escritor, ni menos ha escrito tan, pero tan claro de la vida y milagros de Abimael Guzmán como él, mi general. Imagínese, con esa novela *Un Rincón para los Muertos* hasta ha ganado un premio nacional de literatura; pero de quién... ¿de quién? Pues de la Asociación Nacional de Escritores. Ese es, usted lo sabe, un nido de comunistas y renegados. ¿O no, mi general?

-Sí, tiene razón.

-Por eso mandé arrojar uno de sus escritos a la máquina trituradora de papeles. En la Aviación se es militar y no escritor, mi general.

-¿De qué obra se trataba?

-Tuvo la osadía de hacerme llegar un manuscrito titulado *Las tentaciones de Cristo moreno*.

-¿Y por qué lo hizo sin consultarme, coronel Moreno? Me hubiese gustado leerlo. Usted sabe.

-Pues ...hablaba de ... de mí sin duda, mi general.

-¿De usted? ¡Infórmeme, coronel Moreno!

-Recuerde el nombre de la obra y mi apellido: Moreno. Ese mamotreto, ese líbelo literario llamado *Las tentaciones de Cristo Moreno*, se referían sin duda a mí. Imagíiiiine.

-Bueno, entonces aprobado. Que continúen los castigos al cadete escritor. Y si ese tipo se llega a graduar no lo deje ascender, sígale los pasos, gracias por tenerme al tanto. ¡Ah! Felicitaciones, coronel, usted siempre cumplidor.

♣♣♣ ♣ ♣♣♣

Escribo.

Claro que me gusta cumplir servicio cerca de la casa de *La Generala*. Además, huele distinto a mí, huele a hembra, a flor recién arrancadita, huele bien. Los labios de *La Generala* tienen el sabor de nísperos y naranjas en miel, lo que me alegra. En cada encuentro nos revolcamos como puercos juguetones, rodándonos por la alfombra hasta el pie de la cama, amándonos locamente, como si el mundo se fuera a acabar y la vida militar no existiera más.

Besarse un joven cadete y la esposa de un coronel dicen que es un atrevimiento de inmorales, un pecado y una gravísima falta; Isabel y yo ya lo hemos hecho. Escribo que la quiero, que me estoy acostumbrando a Isabel, y ella no está arrepentida. Me quiere. Además, el padre Alva, en la parroquia, después de rezar misa y antes de la salida de

los cadetes, ha oído mis confesiones debidamente disimuladas para que no me pueda delatar. Si amarse con la esposa del coronel es pecado y si besar en las nalgas y en los pezones también es un pecado, qué importa ir a prisión militar. El padre parecía un toro. Enhiesto. Rascó la tierra y se dispuso a atacar. Se perfiló, agarrando su crucifijo en posición de ataque, bajo las grandes, gruesas y enroscadas cornamentas, cerró los ojos y avanzó.

-Usted cree en Dios, ¿no es así?- preguntó el capellán militar.

-Tal como está el mundo de podrido, no, padrecito. Si es que realmente existe un Dios, éste debe estar bromeando- le dije.

El padre enmudeció.

-Cadete Medinaceli, venga, confiésese, ¿por qué duda de nuestro Señor Jesucristo?

-Es una leve duda. Si usted supiese todas las cosas que me están sucediendo también dudaría. Permiso, padrecito.

-¡Oiga! ... ¡Oiga! ...



-Hola, César.

-Hola, hermano, qué bueno que visites de vez en cuando la casa. ¿Qué es de mi gorda?

-Salió a hacer compras con el chófer. Más bien acaba de llegar esto, ... es una carta para ella.

-¿Para mi mujeeeeeer?

-Sí, César. Pensé que era para mí, pues no tiene remitente, y la abrí. Disculpa.

-¡Carajo! Luis, tú no sabes respetar la privacidad, confianzudo, no puedes con tu genio...Pásamela que quiero leerla, por algo soy de Inteligencia.

-Yo la leí, no entendí nada, pero parece que...

-¿Qué huevada pasa? ¡Habla, carajo!

-Tu mujer, Isabel, se me hace que tiene otro hijo. Quién es el padre, vaya usted a saberlo.

-¡Esa mieeeeeerda!

CLAVE A USAR: Cambiar el nombre de "mamá" por el de...

Mamá, mi amor:

Como te conté, viajé a Cibelia para explorar -como hijo aplicado- sobre un tema que siempre me ha apasionado: los sueños. Llegué hace dos días, el vuelo fue rápido y tranquilo, sin ningún percance. Aquí el verano parece más soportable, aunque durante el día hace calor; pero este sol es benigno, acariciador, de un clima seco. Si vieras qué tremenda soledad la de estas calles más allá de las 22:00horas. Si escucharas las sesentainueve campanas de sus templos y sintieras el viento tibio en tus hombros, verías a tu felicidad arrastrándose por el empedrado... Quizá no te deprimirías; como yo. Te voy a contar algo mamá. Ayer asistí a una corrida de toros y al ver a los toreros y a los toros me pregunté: ¿Quiénes realmente son los toros? ¿Quiénes lo toreros? ¿Quiénes los toreros payasos y los bufones? Se me ocurrió por eso, después de la fiesta taurina, que sería una buena idea escribirte y luego hacer mi vida normal, respetar la tuya, mamá, y tu personalidad, y tratar, a mi manera, de hacer planes. Pero no es posible, mamá, pues ya es tiempo de que te des cuenta que siempre vuelvo a ti. Estoy atrapado en tu telaraña filial. He

llegado incluso a aceptar tu discreto deseo de que nadie sepa de lo nuestro –nuestra relación natural de madre-hijo– hasta que estemos regularmente seguros de que lo nuestro va en serio. Pero resulta que ahora, después de habernos dicho mil veces que nos necesitamos en el hogar, nunca llega el dichoso momento de vivir con plena normalidad. Es hora, creo, de ir más allá en nuestros sanos propósitos, pues hartito estoy de vernos en sitios apartados, escondidos, como si cometiésemos un crimen cada vez que nos acariciamos como lo hacen naturalmente las madres y los hijos. Cuando me pregunto por qué eso tiene que pasarme a mí, en cosas del hogar, por qué a mí, tu querido y bienamado hijo, siento que una voz me responde: Tu mamá se fue con papá. Papá se la quiere llevar. Cuánta incoherencia hay en este laberinto familiar. ¿Te imaginas el sufrimiento de no poder comunicarte con la persona a quién quieres? Te adoro y te necesito, mamá, y esa necesidad vital de tenerte a mi lado forma ya parte de mi vida. Sé que ahora debes estar con papi, aquel... aquel buen hombre que se cruzó en nuestras vidas (más bien, yo me crucé en la de él), lo que hace, cada vez que te tengo, que siempre digamos: ¿Por qué no nos conocimos antes de que saliera de la placenta? ¿Por qué así de injusto es nuestro destino? No importa, así con todo yo te quiero y, pese al abismo que nos separa, eso mismo agiganta y acrecienta mi cariño filial por ti, mamita. Hoy, mirando tu retrato, he descubierto que, pese a que la vida golpeándome me hizo de piedra, hay una gran sensibilidad camuflada bajo este manto de dureza. ¿Te has preguntado si te casases conmigo (mamá) en caso de proponértelo? ¿Tú crees que todavía podemos tener hermanitos? Me gustaría tener un gemelo de ti... ¿Compartes esa idea? Recuerda, yo fui el de la iniciativa. ¡Ah! ...No me has contado como te fue en la consulta con el ginecólogo.

Bueno, no quiero calentarte más la cabeza, sé que tus aeróbicos, el tenis y el yoga te tienen demasiado ocupada. Ahora necesito respirar aire fresco, a pesar de que me quedan muchas cosas en el tintero (especialmente en lo que respecta a tu relación conmigo). Daré un paseo de hijo querendón y cebollero, en busca de sosiego. No olvides esperar mi próximo mensaje, mamá, luego de mi retorno ¡Ah!, recuerda: en cuanto termines de leer esta carta la debes quemar; no vaya a ser que papi, el ogro ése, la encuentre, porque allí sí que te perdería para siempre, no lo podría soportar.

Dulcemente en mis recuerdos estás, mamacita. Regresaré en algunos meses o quizá más y te llevaré el último casete de Laura Paussini y de Ricardo Arjona. Se parecen mucho a nuestras vidas. Recuerda estas letras del cantante Arjona: "Te conozco de la cabeza hasta la punta de los pies". Besos de tu pequeño.

Tobi

Siete meses más tarde:

-¿Con el charro vega?

-Órale, mi cuate. El mismo que calza, canta y baila ¿Quién llama?

-Mi nombre es Benito Medinaceli. Deseo contratarlo para este sábado, es cumpleaños de mi mamá. ¿Charrito Vega cuánto me va a cobrar por una hora de una presentación?

-¿Dónde es la fiesta, amigo Medinaceli?

-Es una sorpresa que quiero darle, mamá vive en Monterrico.

-¡Híjole! Oiga, mi cuate, eso le va a costar trescientos dolarcillos. Fíjese que somos uno de los mejores grupos de la ciudad. Somos quince músicos y cantantes en escena. Tenemos un repertorio de quinientos temas.

-Oiga, charrito, ¿por qué no me lo deja en cien dólares? Es el santo de mamá, ella está delicada de salud. Además yo iré vestido de charro y seré el cantante. Ese es mi gran sueño, cantarle a mamá.

-Mire mi amigo, me ha caído bien, ni para usted ni para mí, le dejo en ciento ochenta dólares.

-Ciento cincuenta, mi hermano, los cadetes no ganamos nada bien.

-¿De dónde es usted caballero, amigo Medinaceli?

-De la aviación charrito. Eso sí, esté puntual, yo le confirmo la dirección, la hora del encuentro. Mañana le cancelaré por adelantado, iré a firmar contrato, no se preocupe. Lo haremos al mejor estilo de su tierra. Aunque... usted no parece de allá, amigo Vega, no tiene el acento tan marcado. En fin... No se olvide, charrito, comenzaremos con este conocido tema: *Se me olvidó otra vez*.

-Vamos a hacer la prueba...no vaya a ser que cante mal y me desacredite. Usted sabe, la buena fama que he ganado en esta ciudad a lo largo de muchos años me ha costado sacrificios. Vamos mi amigo, entónese por el teléfono, icántele!

*Probablemente ya de mí te has olvidado
Y mientras tanto yo te seguiré esperando
No me he querido ir para ver si algún día
Que tú quieras volver me encuentres todavía...*

-¡Qué bien, mi cuate!... ¡Cantó como en mi Méjico lindo! Espero su visita y confirmación.

Ese sábado:

Vieja desdentada, recelosa, abre la puerta con precaución, te examina. Has llegado con una gran comitiva y ella se sorprende. Tú y ellos visten de oscuro, con botonaduras brillantes, adornos de cabeza muy lujosos, sombreros voluminosos, chalecos, cinturones remachados y botas altas.

-¿Por quién preguntan? Que yo sepa hoy no es mi cumpleaños.

Los reconoce, sonríe. Se acuerda de sus años mozos, de las películas de vaqueros. Sí, qué duda le cabe. Son ellos un conjunto de artistas. Llevan variedad de instrumentos que incluyen un guitarrón, violines, guitarras, vihuelas y trompetas. Se emociona. Suspira.

-Por Isabel, Isabel de Moreno, señora, la he llamado, pero nadie me contesta, parece que su teléfono está malogrado. Vengo a darle una sorpresa, hoy es su cumpleaños.

-¿Quién?

-Benito Medinaceli.

-¡Habla más alto, no te oigo!

-¡Benito Medinaceeeeeeeeeeli!

Aquella anciana parece escuchar con los ojos. Las mandíbulas a punto de desencajarse se arquean mientras mastica tu nombre.

-Te equivocas, chico, ella... Isabel... ¿no será la esposa de un militar? Ya, ya, ya... ¿de dónde?

-De la Fuerza Aérea.

-Ya... ya entiendo...

-Pásele la voz, abuela, a doña Isabel, ella está de cumpleaños. Aquí su hijo y nosotros hemos venido a cantarle.

-Ella ya no vive acá, se ha trasladado, no dijo si al extranjero o a provincia.

-No puede ser, esto es una broma de mal gusto.

-¿Qué dice?

-El muchacho pregunta a dónde se ha ido su mamá.

-Ya pues, abuela, no lo haga sufrir.

-No dijo, no sé nada... no sé nada. Se han mudado, no insista.

Un dedo retorcido señala, con insistencia, que se vayan. La anciana sonríe con muecas de desconfianza. Es tiempo de comprender que todo ha terminado, que Isabel se parece a esos cometas que cuando llegan deslumbran, pero cuando se alejan no dejan ni rastro. Das un breve vistazo al interior. Los cuadros de la pared, una acuarela con firma ilegible, ya no están. Por lo demás ves con extrañeza unos nuevos sofás, una vitrina laqueada, la mesa de centro, las sillas alineadas, todas ellas de la sala y del comedor. Todo parece limpio, en perfecto estado.

No insistes; sabes que has perdido, que en este mundo se gana o se pierde, y tú perdiste, Benito. No insistes; efectivamente, parece habitar otra familia en casa. Ves rostros desconocidos, un nuevo carro. Se lo agradeces a la abuela. Te debes retirar. Ya lo están haciendo los demás charros.

- ¡Alto ahí! No se vayan, no está Isabel, mi madre, igual la fiesta debe continuar. Cantémosle un temita a la señora, se parece ella...a mi madre. Vamos, toquen *Media vuelta*:

*Te vas porque yo quiero que te vayas
A la hora que yo quiera te detengo
Yo sé que mi cariño te hace falta
Porque quieras o no yo soy tu dueño...*

El cuello adolorido retiene tu cansancio, tu tensión. Piensas fugazmente en los castigos físicos del coronel Moreno y de sus amigos oficiales subalternos haciéndote la vida imposible. Sientes que esto, no hallar a Isabel, también es parte de ese castigo. Terminas ese tema y te despidas del charro Vega y sus mariachis. Recién percibes que a tu alrededor hay nuevas caras, gente de la vecindad pidiendo repetición y que no se marchen tan pronto. Aplauden. Los mariachis para no desairarlos interpretando un popurrí se alejan de la casa. Ellos se retiran llevando en brazo sus instrumentos y sombreros. Han cumplido. Piensas en tus escritos de muchos meses y que tantas trasnochadas te habían costado. Sabes que nunca más podrás recuperarlos. Piensas en Isabel, derramas algunas lágrimas, sin saber por dónde te conducen tus pies. *Los escritores como tú y yo estamos hechos de blanco humo: buenos propósitos, sueños, ilusiones, quimeras, entusiasmos a la hora de prometer, pero luego nada. Es porque somos así y la vida nos hizo así, querido Benito. Estamos dejados de la mano de Dios.* Piensas en su compañía como una cosa tibia, indispensable, maternal. Piensas en Cibelia. La sientes opuesta al frío, a la angustia, al intolerable dolor de las heridas; mas ella ya no está... ya no está...

SONATA DE INVIERNO

- ¿Sabes, Benito? Tengo hondos sentimientos de culpa, por eso deseo redimirme.

- ¿Quién en esta vida no tiene sentimientos de culpa? ¿Cuáles son los tuyos?

- He leído y releído la Biblia, y allí se castiga sin miramientos a los homosexuales como yo. Lo que he hecho: la relación contranatura, el acostarse un varón con otro- lo conocen como un acto de ofensa a Dios, abominable. ¡Abominable! ¿Te fijas? Creo que no hay palabra más dura que ésta. Lo dice Levítico 18:22. Y agrega: "Si un varón se acuesta con un varón, como se acuesta con una mujer, ambos han cometido una infamia; los dos morirán y serán responsables de su muerte." ¡Los dos morirán! ¡Los dos morirán! Eso significa que los dos moriremos, Benito, la Biblia está profetizando que moriremos pronto, los dos, Benito. ¡Qué horroooooooooor! Esto lo dice cantadito, como si nos leyera la suerte Levítico 20:13.

- Recuerda, Gabriel, yo nunca me he acostado contigo.

- O sea, quieres dejarme morir a mí nomás. ¡Malo, perverso! Nunca me amaste ni me amarás, hartó estoy de comprobarlo.

- Me preocupa esa premonición, sin embargo, Gabriel. Es posible que nosotros estemos marcados por el mismo signo, por la misma señal.

-A veces tengo mucho miedo, Benito, y rezo mucho por mí y por ti; también por tanta gente que anda puteando y culeando libremente como perros en los cines, en las saunas, en las playas y hoteles. Tengo mucho miedo, porque siento que el Reino de los Cielos se quedará casi vacío.

Gabriel va corriendo a traer su Biblia, la abre, carraspea. Siguen sus manitas libidinosas buscando y se le cae una estampa. Benito está pálido. Recoge la estampa. Dice:

-Somos pecadores, Gabriel, mil veces pecadores. Recuerda que una ley divina, un sagrado mandamiento, lo dice: "No te acostarás con la mujer de tu prójimo". Yo también soy pecador, Gabriel, soy pecador por amar a Isabel. Y si debo merecer el infierno, ¿qué voy a hacer? Así es el amor.

-Y así es mi amor por ti, Benito. Quizá entonces el Altísimo se de cuenta, en ese mismo infierno, de lo mucho que te amo y nos ponga juntitos, quemándonos por toda la eternidad.

-No digas esas cosas, Gabriel, se me escarapela el cuerpo.

-¿Y tú crees que a mí no? Escucha lo que te voy a leer, Corintios 6:9: "No se engañen: ni los que tienen relaciones coitales prohibidas, ni los que adoran a ídolos, ni los adúlteros, ni los homosexuales y los que sólo buscan el placer, ni los ladrones, ni los que nunca tienen lo suficiente, ni los borrachos, ni los chismosos, ni los que se aprovechan de los demás, heredarán el Reino de Dios". Tendremos mucha compañía Benito; tanta que entre nosotros nos asfixiaremos ¡Qué terrible será!

Sábado, 9 Setiembre:

Madonna canta esa triste y hermosa canción "Bad Girl", mi canción autobiográfica. Un hipopótamo blanco sobre un reno está mucho más en equilibrio que mi cerebro; mi neurosis ya llegó a su etapa verde y empieza la podredumbre. Mi condición de guerrero rojo agoniza y mis armas ya se cansaron, quiero morir, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

Lo del hipopótamo blanco sobre un reno (sólo esa parte) me lo inspiró un poema que escribió un chico que me gusta y que tal vez nunca se entere que lo empiezo a amar-olvidar. Es mejor así (siempre fue "mejor así") Madonna, ibaby! Estamos juntos por 11 años, si muero cantaré "Bad Girl" llorando. Eres tan linda, ibaby! la única artista que me comprende y a quien yo comprendo íntegramente. Moriremos juntos. Tú rica (como siempre), yo rica, estada, sin suerte y sola (como siempre) Estoy solo y el rouge no me dura. Parezco un "travestí" grotesco y tonto.



-Ahora que he visitado hospitales, Benito, te puedo decir, que la vida de no pocas mujeres y varones casados ha cambiado en pocos minutos. Un día acudí con Patricia al hospital para verificar algo que ella ya sospechaba desde hacia unos días: estaba embarazada. Patricia es una gran amiga, y ahora que vive como yo su propio drama, la quiero doblemente, muero por ella.

- ¿Y qué sucedió?- preguntaste.

- Los médicos le dieron la noticia, pero tenían algo más que decirle. Le hicieron toda clase de preguntas y al final le dieron un segundo diagnóstico: era seropositivo.

Cuando tus manos separaron su rostro encontraron sus hermosos ojos grises llenos de lágrimas. Lo abrazaste muy fuerte y dejaste que le saliera un temblor rasgado de entre los labios.

- ¿Y qué has aprendido de todo esto?

- Que no debemos darnos golpes en el pecho, diciendo: "A mí nunca me pasará". Que debemos ser excesivamente precavidos y responsables ante el coito, esa creo que es la lección de este tiempo.

- Patricia, ¿dónde está ahora?

- Está malita, bastante débil, se ha refugiado en su casa. Ella vive entre depresiones, dolor y pena por el hijo en camino, y rabia por el esposo que -ella sabe la ha contagiado. A veces la llamo y le digo que debe ser fuerte, que debe vivir para su hijo. Mi vida ya no es la misma, Benito -dice Gabriel con voz cortada. -Patricia recién está aprendiendo a curtirse por las penas. Yo ya ando tan macerado que no sé cuando llegará el final, pero sé que anda cerca, deseando jalarme de las patas, y no pienso darle el gusto porque yo te amo, Benito.

- Y de ahora en adelante, ¿qué piensas hacer, Gabriel?

-No pienso claudicar, estoy trabajando con la gente que lo necesita, impulsando campañas de información y prevención sobre el mal y promoviendo la formación de grupos de ayuda mutua. Te contaré que estoy integrando esfuerzos para crear "Los viernes de solidaridad". Junto con un grupo de voluntarios, entre la medianoche y las 05:00horas, salimos a recorrer las calles buscando niños o adultos desamparados y enfermos.

-Gabriel, ¿por qué tanto afán de ayudar si tú más eres quien necesita que te ayuden? No entiendo.

-Es una historia larga, Benito. Como no siempre estás a mi lado y te desapareces con esa tal Isabel, es que me tienes abandonado a mi suerte.

-Ya no estoy con ella, me he alejado. Yo la abandoné

-¿No habrá sido más bien ella?

-Tú pareces brujo.

-Ojo de loca no se equivoca. Te cuento: Hace tres meses tuve una recaída, con fiebre y todo. Te llamé y tú no estabas, Benito. Entre mis sueños, cuando pensé que ya estaba inconsciente, percibí que en todo momento una cruz me acompañaba. Cuando reaccioné y abrí los ojos, la cruz seguía ahí. No me sorprendí, porque pensé que era una cruz que estaba colgada en la pared; pero luego me di cuenta de que nunca había estado ahí, que sólo yo la veía. Fue muy especial y entendí claramente el mensaje de Dios. El me dijo: *¿Quieres mi cruz? Sígueme*. Me invitó a seguirlo con esa meridiana claridad. El señor me quiere a su lado. Y yo me niego a creer que estoy contagiado, muriéndome. Me siento en un pozo, en el medio del desierto. ¡Señor, mírame!, la arena entra en mis ojos. El desierto es un cementerio. Soy muy radical en eso, hablé con Él porque Él entiende mi vida que ha estado marcada por el sufrimiento. *No temas hijo, sígueme*. Si me ha llamado. Quiero que sepas, Benito, que, aún cuando te amo, esta obra me compromete de tal manera que no puedo menos que seguir en ella hasta el final, hasta cuando Dios lo decida. Además, Benito, sin tenerte siempre muy cerca de mí, amándonos, la vida no tiene un real sentido. En el estado en que estoy ya no tengo derecho a equivocarme. Por eso elegí el mejor camino: seguir a Dios.

Benito, pienso en el dolor que le estoy causando a mi madre y a los que, follando y sin presagiar que los estaba contagiando al estar con ellos en la intimidad, les hice daño. Por eso pido su misericordia y perdón. Me siento dignificado porque, aunque muero, Dios vive en mí, se fortalece en mi espíritu, se agiganta en mi alma y en nuestras pasiones. Creo que cuando, como yo, encomiendes tu espíritu al Divino Hacedor, encontrarás el eslabón del gran amor. Tú, Benito, serás el puente, y mientras tanto andarás buscando ese amor, como otros miles de seres, y nunca lo encontrarás. Creo que el verdadero amor es el amor a Dios. Sólo el que vive el verdadero amor, elevándose, no lo busca en cosas materiales, sino en el servicio a los demás. Por eso mismo te estoy pidiendo, y se lo estoy anticipando a mi madre, que cuando muera echen mis cenizas al mar -pues soy gaviota- y que mis ahorros y todo lo que acopien de mis bienes materiales -mi departamento, mis terrenos y mi auto -todo se venda y el producto de ese dinero se convierta en cientos de preservativos para regalar a los jóvenes sin orientación sexual, para que cuando hagan el amor no les pase lo que a mí y a otros muchos nos está sucediendo. Creo, además, que sólo el hombre que llega al final de los tiempos sabe qué camino tomar y los requerimientos de éste. Y yo estoy retomando el camino, buscando inventar de nuevo la solidaridad y la tolerancia. Sin solidaridad y tolerancia poco haremos por los demás, por los que casi nada tienen. Me preocupa lo que actualmente ocurre en nuestra sociedad machista, donde la iglesia nos condena; también me preocupa que los medios masivos de comunicación presenten estereotipos homosexuales con connotación negativa, haciéndonos objeto de burla y escarnio. ¿Por qué no mostrar, desde nuestra perspectiva, un poco de lo que somos y producimos? Destejamos el silencio al que se nos ha reducido: afirmémonos en lo que somos, hombres y mujeres diferentes, creativos y creativas, creadores y creadoras, sencillos y sencillas y al mismo tiempo complejos y complejas. ¿Por qué celebrar el día del orgullo gay cuando en este país y en muchos otros la sociedad nos ha restado la dignidad y el orgullo que debíamos poseer? Sólo el hombre salvará al hombre; ninguno de nosotros puede poner algo en nuestro camino si tiene corazón duro. Ahora que se acerca mi final, sólo un camino me he trazado: ¡amor! Amor con renuncia. Benito, seguramente no entenderás del todo lo que te refiero; piensa que el mejor guía eres tú mismo, y ve más allá de tus ojos. Con el reconocimiento de los errores -aprendiendo a perdonar- se puede cambiar. Yo estoy aprendiendo a

cambiar, sobre todo a ser más humilde y a quererme más. Ahora es el tiempo en que el tiempo se vuelve ahora. Ve más allá de tus ojos, Benito. Yo todo lo puedo con Cristo, que me fortalece.

- La enfermedad te ha hecho cambiar, Gabriel, casi te desconozco.

- Así es, Benito, era justo y necesario que cambiara. Antes, mi vida era como la de Bela Lugosi -¿le recuerdas? -viviendo un doble papel. Bela Lugosi, el célebre actor que encarnó al Conde Drácula. Mi vida es, de alguna manera, también un filme de horror y de acercamiento sexual. Es una mascarada. Pero a veces se vuelve tremendamente insoportable, íntimamente terrorífica, cuando además debo encarnar a Boris Karloff.

- Yo vi sus películas; me traen muchos recuerdos de mi niñez y de mi miedo a la muerte, a los cementerios.

- Bela Lugosi fue un ídolo de las matinés en Europa y en todos los países de Latinoamérica. Personificó a Romeo y Julieta y, hasta a Jesús.

- Has enflaquecido como él.

- Sí, es el trajín y la señal de sobre aviso. La droga no será mi perdición, como en Bela, sino mi condición y elección misma, mi naturaleza de ser como soy.

- Debo confesarte que cada día me hundo más en la certeza de que tu memoria será finalmente mi perdición, Gabriel.

- ¡Ay! Si hubiese cirujanos plásticos para la conciencia, nadie tendría cicatrices en el alma.

- ¿Qué fue de tus peticiones?

- Quedaron escondidas dentro del lago, como mi amor dentro de tu silencio...

- Sabes, Gabriel, tengo miedo, mucho miedo de dormir y soñar que... iese es cierto! ... Que tú nunca vas a morir.

- Ya veo que nos vamos entendiendo, que vas hablando mi propio lenguaje.

-Aún así tengo que dejarte, perdóname.

-No has cambiado en nada, Benito. Yo sí. Proustianamente, si cabe la expresión, deseo recobrar el tiempo perdido. Ahora que debo alzar pronto el vuelo, cuelgo las alas...

Gabriel enflaqueció aún más y tosía constantemente. También comenzaron a salirle hongos en las uñas y la piel. El mismo no lo podía creer. Nada de eso podía ser verdadero. Sin embargo era cierto: estaba contagiado. *Esta maldita enfermedad no me llevará así de fácil, ino me llevará!... A un Gabriel de la Romaña no le puede hacer eso.*

Intentó ponerse de pie y cayó al piso. Trató de reincorporarse y apenas lo consiguió. Por más que le ordenó a su cerebro -cerebro que ahora bullía en permanentes disquisiciones e incongruencias-, aquél no respondía. Le echó la culpa a los tragos, a las dos cajetillas *Salem* que fumaba semanalmente. La dificultad consistía en que estaba aprendiendo a conocer la enfermedad, a conocer los síntomas ignorados por él hasta ese momento. Trató de calmarse. Se percató de que algo muy serio le estaba sucediendo. Un feo presentimiento comenzó a dominarlo. Por suerte, la puerta estaba abierta; con la debilidad que comenzaba a envolverlo hubiese resultado trabajoso abrirla. En sus entrañas, un espantoso monstruo deforme emitió un sonido diabólico. Quedó paralizado algunos segundos. El monstruo (con él) avanzó, y Gabriel adivinó, naturalmente, sus intenciones. Comprobó que el monstruo estaba hábilmente mimetizado en su cuerpo, su camuflaje estaba en su piel. *Por eso yo, Gabriel, corrí desesperado al jardín. Buscaba el aire. Ya sin aire, traté de entender: ¿Quién me jodió? ¿Qué hijo de puta fue? ¿Por qué a mí? El terror me estranguló el corazón. En tanto que el monstruo dentro de mí, escupiéndome, abofeteándome, lanzaba sonidos espeluznantes. Me golpeó con algo duro. Me desmayé.*



Benito pensó en sí mismo, mientras miraba los ojos entumecidos de tanto llorar de su amigo Gabriel. Se hallaban en el pasadizo de vuelos internacionales. Llevaban muchos minutos hablando de cosas triviales, esperando en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez a que el vuelo los separase. Irse Benito a Madrid intentando rehacer su vida, lejos de su familia que le fue hostil e indiferente a sus peticiones económicas de apoyo, comenzar nuevamente a lo suyo después de casi diez años de vida militar: dedicarse a la literatura, después de haber sido obligado a renunciar bajo el pretexto de hacer "apología a la subversión", para Gabriel, era como irse al diablo o al otro lado del mundo, en donde es difícil volver a encontrar al ser amado. Benito le agradeció lo mucho que le apoyó Gabriel y su madre en los momentos de la baja y después de ello. Gabriel para no hacerla sufrir a su madre le dijo que Benito tan sólo se hallaba de licencia, así que la madre de Gabriel hasta mucho después siempre pensó que Benito seguía en la Aviación.

En ese momento de la despedida y de los agradecimientos Gabriel quiso tomarlo de las manos, y Benito, sonriéndole, le rehuyó.

-Yo sé que me quieres. Pensaste que era de la otra. Yo fui el que te escribí unas cartas con el seudónimo *Iris Tormento de Medinaceli* -le confesó Gabriel.

Benito no contestó. Pensó que estar al lado de Gabriel era un tormento, una de esas ataduras que la vida te ofrece en el camino, de modo que sólo un viaje largo tenía el poder para desatarla. Encendió un cigarro y decidió que debía despedirse, era lo mejor, ya anunciaban el próximo vuelo de Iberia. Además, despedirse ahora -sin un beso y sólo dándose la mano, como buenos amigos- era un modo de cerrar con broche de oro un capítulo de su vida con Gabriel. En tanto Gabriel no se resignaba, era un mar de lágrimas. Lloraba como un niño, limpiándose sus mejillas tupidas con un pañuelito blanco bordado en hilos dorados, en cuyo borde se podía leer **G** y **B**: Gabriel y Benito.

La despedida se hizo larga, interminable, tediosa, de nunca acabar. Gabriel no se cansaba de decirle que lo amaba, que lo iba a extrañar muchísimo, que lo iba a llamar por teléfono y a escribir muy seguido; también que lo iba a esperar, virgen, sin haberlo hecho con ningún varón, aunque le salieran telarañas en el trasero. Para Gabriel, aquella aflicción que venía sintiendo en el aeropuerto era la misma que cuando supo que Benito no lo amaba a él, sino a Isabel. La noche lo había atormentado sin pausa y el viajero, más bien, parecía él. Estaba acostumbrado a viajar al extranjero, a recibir y a despedir tías querendonas y primos alegres; pero ese amanecer, en que la primera luz nacía muerta, se le encogió el corazón. Se esforzaba por dominar hasta donde le llegaba la vista, tratando de alcanzar el pálido reflejo de la pequeña silueta de Benito perdida tras los cristales, el suelo pulido y la rampa con el imponente avión. Benito, un pequeño punto a la distancia; después: inada! Gabriel seguía mirando, rodeado de gente que dormitaba con la boca abierta, esos racimos de luz que indicaban que el avión estaba a punto de partir. Lloraba, sintiendo un terrible nudo en la garganta. Temblaba, lloraba.

Querido diario:

No sé por qué diablos vuelvo a ti, esclavizándome de esta manera. Me siento Heracles. Mi amor de gay cojudo es siempre un punto de partida, pero nunca un lugar de arribo. Eso mismo les pasa a las otras.

Ayer probé el Ragout de Langostinos, ¡delicioso! Experimenté, ayer por la noche, una vaga impresión cerebral, como de una congestión futura. Esos anticipos de tempestades sanguíneas, son los presentimientos de la carne, y nos dicen con toda claridad: ¡Quieto ahí, Gabriel! ¡No irás más lejos, no te hagas falsas ilusiones!

Esa breve y seca advertencia causa casi tanto efecto como el pequeño soplo en la vida de Job. Se siente el abismo y me erizo. ¿Será ésta la verdadera sensación del vuelo? -me pregunto- ¿Será ésta la verdadera sensación del pájaro? No se qué responder. Toso. Parece que mi arquitectura vacila lo suficiente para que cobre noción de mi conjunto y del sentimiento distinto de mi fragilidad. Todo eso produce la transformación de mi existencia personal en un asombro y en una curiosidad. Así, tomando posesión de mi propia identidad, que es mi último refugio, me transformo en legión, en multitud, en caos, en torbellino, en un cosmos. Ahora estoy atravesando una racha de tremenda felicidad. Creo que estoy en un período de mi vida en el que me encuentro "lleno", útil, no sé, en el que el respirar adquiere un significado y parece que no hay lugar (¿o tiempo?) para la pregunta: ¿Y qué hago yo aquí?

Te contaré. En primer lugar he visitado el pabellón de enfermedades tropicales del hospital ¡Qué lejos queda! Pero no importa, me siento como en casa; además, creo que el estar visitando a gente que sufre mi mal me desahoga, me hace pensar que no soy yo el único que tiene ese bicho dentro. Dicen por acá que el descubridor de este virus del sida es un francés precioso, se llama Jean Claude Chermann. Y no es el de las películas, por si acaso. Ahora que he visto recorrer esos pabellones a cientos, yo diría que somos muchos los contagiados, varios miles. ¡Ah...! Te cuento: acabo de recibir un diploma del director de este hospital. La verdad no me lo esperaba, pues lo que yo he hecho por ellos siempre ha sido sin esperar algo a cambio. ¡Un diploooooooooma! ¡Qué rico se siente! Dice: "Por su generosa colaboración y entrega, en la recuperación de los enfermos del AIDS". ¿Por qué no dice SIDA? Así, con sus cuatro iniciales. Suena más patético, pero es más real, ¿no crees, diario?

Y bueno, aquí me tienes haciendo obras de solidaridad. El llevarles regalitos a mis amigos con el mismo mal, el darles dinero para que compren sus medicamentos, el mandar imprimir afiches y folletos preventivos, y hasta el comprar mil cajas conteniendo un total de ¡quinientos mil preservativos! me tiene feliz. Incluso me comunico vía correo e Internet con movimientos y plataformas de otros países, por ejemplo con Brasil, Francia, México y la Coordinadora Gai-Lesbiana de España, cuyos promotores me alientan enormemente. Y no creas, querido diario, que lo hago porque deseo ser uno de esos preservativos, ni tampoco porque aluciné estar con quinientas mil cabezas penetrándome, no; lo hago, sencillamente, porque no quiero que otros sufran como yo. Por otra parte, mi confidente, te cuento que ayer, en ese hospital triste, encontré a Mario; lo vi. muy flaco, demacrado y tan apagado como yo. Tosía. Le pregunté si sufría el mismo mal, y ¿qué crees que me contestó? Me dijo: "¡Estás loco! Estoy acá porque tengo una disentería bacteriana, porque he estado en la selva, y nada más". Casi me muero de risa. Yo creo que cuando uno está cagado en el hoyo ya no puede ser farsante; debe, más bien, afrontarlo con serenidad e hidalguía. El tal Mario es Thalía Capriati. La conocí en una discoteca, y cuando supe que era él, la famosa Thalía Capriati, me dio asco. Le dije: "Tú eres como una tarántula inmundada de este lupanar, también inmundo, pareces una araña; cuando detectas una nueva víctima ni siquiera le adviertes en íntimo silencio: Bienvenido al club internacional del SIDA. ¡No! Te dejas hacer o se lo haces sin condón ¡Qué asco matar así!"

Con todo, creo que me he transformado más, he acelerado mi campaña para salvar más vidas. Viendo a tanta gente enferma, enflaquecida y con los rostros de zombis, siento que mucho de mí se ha sensibilizado más, que he aprendido a tener dignidad. ¿Por cuánto tiempo? No lo sé, pero ya puedo adivinar, mirándolos a ellos, mi hora final. Visitar casi a diario este lugar está siendo, para mí, como cambiar de ojos y de alma. Todo parece tan distinto. ¿Cómo es posible que haya estado tanto tiempo sin ver esta realidad? Me siento viviendo otras vidas, reencarnándome en un campesino mapuche, en una bailarina de un harem, en un soldado romano, en un

pirata pierna de palo, en un niño inca, en un bailador de tango y en un adepto del vudú brasileiro. ¡OH, bendito diario!, qué maravilloso es hacer algo por los demás y terminar la jornada con la certeza de no haber desperdiciado el tiempo. No seas cruel, no me digas que sueño a voluntario de la Compañía de Bomberos o del Ejército de Salvación. No, creo que tú no eres cruel, yo sé quién es el cruel... ¡Benito!

La verdad que el tiempo transcurre alimentando a la memoria sin perder un día, de manera que en los últimos años he estado haciendo un ejercicio de despojo de la memoria, porque el tiempo avanza y la vida se escurre, avanza como por un caño. En el fondo, ¿qué es lo que merezco? ¡He trabajado y sufrido tanto! ¿Puedo quejarme de las severidades y de las injusticias del destino? Creo que no; pertenezco a los privilegiados. ¿He sacado de la vida todo el partido posible? ¿De quién me quejo? De nadie. ¿De qué te quejas? De no haber realizado el más grande de mis sueños: tener un hijo con Benito. ¿De quién es la culpa? Posiblemente Benito no tiene, en esto, gran culpa. La culpa es de la desarmonía entre las circunstancias y mi elección de vida. No pude nacer mujer completa. No inventó la ciencia una manera a la medida de mis ilusiones. ¿Habría podido tener mejor oportunidad en el siglo XXII? Quizá. ¿Habría podido tener ese hijo, mi *baby*, si yo hubiese hablado con la reina madre de Inglaterra? Quién sabe. Ella ha muerto sin escuchar mis ruegos. Quizá por eso también falleció. ¡OH, reina madre! Estoy seguro que ella habría oído mis súplicas.

Por cierto, sigo pensando en mi *baby* aún cuando es exclusividad de los que dicen ser machos y, en el fondo, no lo son. Pero este disgusto eterno, esta antipatía por la lucha inútil, este sentimiento de lo imposible no sólo es el mío, es el de todas mis amigas. ¿No es acaso la primera de nuestras fatalidades? Un pájaro obligado a vivir enjaulado, un pez reducido a vivir en una pecera, no puede ser feliz. La eterna contrariedad de nuestras mejores inclinaciones y de nuestros gustos más vivos terminan por quebrar, en nosotros, el gran resorte de la existencia: el deseo. La perpetua experiencia de nuestra debilidad y de nuestras recaídas nos arrebató la ilusión que nos fortifica: la esperanza. La serie interminable de decepciones y de despojos gasta en nosotros la fuerza que consuela: la fe. Y así, despojada, ¿qué es nuestra vida? Una batalla contra un despojo mayor aún, una llamada que se disfraza de serenata, el simulacro de un gran desfile para enmascarar una derrota, la apariencia de una fiesta o de una obra de teatro que debe continuar aún sin actores. En algún lugar leí que sólo somos la memoria de lo que fuimos. Bueno, ahora yo estoy empeñado en borrarla; la cuestión es si alcanzo a hacerlo antes de que la muerte me lleve, jalándome de las patas, sin mi *baby*.

Por eso pienso, a veces, qué será de Benito. Lo dejé partir, dejé que se fuera, que me abandonara. Ahora estoy purgando la condena de sentirme nadie, vacío. Así me siento. La gente va a pensar que es un asunto de retirada, que yo me rajo de todo lo que me ocurre; pero no saben nada de mí, no saben que lo que me sucede es un acto de coraje para soportar las miradas de consternación, las miradas de estupefacción, el rechazo que me hacen sentir aquellos a quienes me acerco, como si sólo mirándolos pudiera contagiarlos. Uno se da cuenta, entonces, que ya no es el mismo que ellos quisieran que fuera; es un humanoide contagioso, algo así como un leproso apestado a quien no hay que darle mucha confianza, con el cual no hay que intimar, menos servirse de su vaso, de su plato o de sus cubiertos. Lo sé, porque para todo se protegen: les encanta usar guantes y máscaras esterilizadas. Yo debo ser Alíen, un extraño pasajero de este mundo. Ya no el octavo pasajero, sino uno más, un "sidoso" más, camino a la tumba. *Me hallo en el fondo de un pozo sin fondo*, como decía Onetti.

La soledad -eso es- me hizo pecar. Siempre por buscar cariño, por buscar ternura, por buscar ser amado, encontré siempre, siempre, las falsas caricias de un varón. ¿Y mi *baby*, mi guagua, mi rorró, mi nene, mi semillita? Ese es el premio a mi soledad, por ser así como soy. ¡Qué más da! Ahora debo purgar castigo por mis pecados. Y esta es mi soledad. *Soleeeeeedad... ¡ay!, mi*

soleeeeeeeedad. Uno no lo ama. Lo mismo sucede con la muerte. Pero siempre que uno se mete en estos trances le llega tarde o temprano. Y aquí está conmigo la soledad, revolcándose conmigo en mi cama. Con la soledad, uno empieza a reconocerse a sí mismo, empieza a valorar al ser amado, empieza a descubrir, recién, quiénes son los verdaderos amigos. Esta es mi soledad. A lo mejor tampoco yo le pertenezco a la soledad, pero por lo menos me acompaña. Y bueno, yo he aprendido a conocerla, a soportarla, a convivir con ella. ¿Será que la soledad es la única mujer con quien me he acostado en la vida? Eso debe ser verdad. Ella no me gustaba, cierto, por eso siempre busqué las grandes aventuras: los viajes, las amistades, la pasión, la diversión, el escándalo; pero ella llegó a mí, sin que yo le avisara ni la esperara. Desde entonces ha llegado a gustarme, hasta he hecho el amor con ella y ¡maldición!, creo que la he contagiado. Se ha vuelto estúpida, como yo. Se ha vuelto pasiva, cien veces pasiva como yo. Todo esto es como un vestido de novia: te lo pones y vives una fantasía, hasta que te das cuenta de que poco sirvió estar hermosa, de blanco, luciendo galas, ante un altar. ¿De qué vale ahora hablar de ese estado de pureza? Mejor, entonces, haber sido cura ¡Eso nunca! Un cura maricón creo que es meter tres veces la pata. Perdón, me excedí en mis pensamientos, ellos también tienen derecho a ser como nosotros, igual que nosotras. ¡Dios mío!, no hay nada más bonito y a la vez más horrible, que naufragar en la soledad. ¡Qué contradicción!, ¿no? Será que me estoy volviendo loco, loooooooooooooo, loca, loquiiiiiiiiisima. Será que esta enfermedad me está secando los sesos, no lo sé.

Me duele ahora mucho la cabeza, me duele escribir estos pensamientos para que Benito algún día lo escriba, me duele contar lo que a mí me sucede. Yo, Alíen, el humano idee que debe morir - ése es mi destino. Lo que me ocurre es lo mismo que la tortura, una tortura física y psicológica. Cuando te sobrepasa el dolor, ya no hay dolor, hay adormecimiento, hay sueño, hay languidez. Es lo mismo que entrar en otra dimensión y, aunque parezca mentira, uno se libra de su cuerpo, porque se va al otro lado de lo que puede aguantar; pero aguanta vivo, aguanta con hidalguía, no sabe cómo. Y es que uno ha aguantado tantas cosas. Pero este sufrimiento es tan grande que al final sólo se produce una ausencia de sufrimiento. Hoy, como esas novias, me estoy bebiendo, quizá, la última botella de mi vida: un vino Santa Carolina *Cabernette Sauvignon* heladito, como tiene que ser, porque una Romaña no se puede despedir, así por así, de esta puta vida. Por eso un, ¡salud!, ya pues...ya pues...no se hagan de rogar. ¿O quieren que les siga hablando del mi resistencia y aguante? ¡No mi amor!, no lo haré. Y mientras bebo esta copa se me saltan las lágrimas, y hace unas horas que no paran. Yo creo que ya lo lloré todo, pero aún sigo llorando. Estas últimas deben ser lágrimas del corazón, pues parecen rojitas. O quizá sea el destello de esta luz, que también me martiriza, que me descubre, que me revela ante ustedes. ¿Quieren que les diga una cosa? Cuando lloras, siempre aparece alguien que te ve y que se lleva un soponcio: *¡Pobrecito el Gabriel!... Gabrielito, ¿por qué lloras?* Gente cojuda. Perdonen, me excedí nuevamente: es el vino. Diciéndote esas cosas se les parte el alma, y tú, debilitado por el llanto, no tienes fuerza para romperles una silla en la cabeza y encerrarte, después, a seguir llorando en paz. Porque el mundo está lleno de idiotas que no comprenden nada, que suponen que lloras por ellos, no de una manera directa, pero sí en el fondo. Será parte de esa culpa que arrastran desde que nacen, desde que saben que existe esta enfermedad, desde muchos antes, desde tiempos bíblicos. Será que saben que esto, a mí, a Gabriel, a un Romaña de clase y distinguida sociedad, podía sucederle.

Si me preguntan ahora en quién pienso, les diría que pienso en Benito, en nadie más. Total, mi mente está borrando a los demás como si fueran sombras de un paisaje pintado. Yo tengo que borrarlos también, porque así está programado en esta computadora humana. Me borraré allá y me borraré acá, con los vivos y con los muertos. Y conmigo desaparecerá una manera de ser y una

manera de vivir: la manera de Gabriel. Después, ya sé qué dirán: *Se murió Gabriel, ¿lo sabías? ¿Tú estuviste con él?* Y aunque hayan estado conmigo, por supuesto, nunca lo dirán. Entonces yo, desde arriba, los estaré esperando para que me rindan cuentas por tremenda mentira... ¿OK? Ahora sé lo que es la vida, la maldita vida, pero también sé lo que es la cercanía de la muerte. Lo que pasa es que un día empiezan a suceder tantas cosas... Al principio uno no se da cuenta, se las aguanta como puede y se aferra, torpemente, a lo que creyó que es de uno, a todo lo que cree, para que no se lo lleve la corriente. Entonces, resistes lo que sea, medio esperanzado y medio entregado, según los días, según las cosas. Luego, cuando viene la arremetida, te agarra medio desprevenido, casi con los calzoncillos abajo. Sabes que es la enfermedad que te da pausas y entonces la recibes con los brazos abiertos, porque sabes que ella viene a buscarte, a salvarte de este mundo que te oprime tanto, y a llevarte con su luz. Uno es cobarde a sabiendas, por eso se las aguanta como puede y se aferra más y más a todo lo que es de uno, reza a todo lo que cree, confía vanamente en todos en los que todavía cree, pero de poco vale. La rabia está pudriéndose dentro, y uno -carajo- queda lamiéndose las heridas. Entonces es cuando recién puedes echar un nuevo vistazo alrededor, no para escapar de este callejón sin salida, sino -puñeta- para refocilarte en tu angustia. Resignación. La verdad es que yo no huyo de los recuerdos; huyo de la mentira, huyo de la calumnia y del espejismo que son esos recuerdos, porque en realidad son el recuerdo de la mentira, del engaño, de la falsedad, de todo ese orden que, cuando decidimos descifrar el mundo en vez de acatarlo, nos desilusiona por medio de esas manos en las que confiamos. Así que ya no quiero los recuerdos, ya nunca más voy a usarlos ni a sumergirme dentro de ellos, porque flotan sobre una espesa mierda.



6 de Octubre:

Vuelo a ti, querido diario, para compartir nuestra soledad, la tuya y la mía. Hoy he vuelto a Chosica, a Santa Eulalia, para revivir aquel sueño, para fantasear, para pensar que todavía estoy contando con la presencia amigable de Benito. Fui y volví solo, derrotado, pensando en él. ¡Fue una mierda conmigo! Tengo miedo de mi futuro. Tengo que olvidar y comenzar de nuevo. Y no me importa tanto, sino comunicártelo. Si me preguntas por mi madre, ¡qué manera de joder! Ella dice que alguna enamorada me ha idiotizado, sorry, trastornado. La enfermedad y el recuerdo de Benito es la que me ha puesto así. Y mi madre no lo sabe, ni lo sabrá hasta el final de mis días. Ella se fija mucho en mí; cree que todavía soy un niño. Mi ropa, mi cabello, mis gestos, mis llamadas telefónicas, mi cuarto con afiches de Madonna; todo le molesta. A veces quisiera marcharme lejos, a donde nadie pregunte por mí,irme al trasero del mundo, donde tú y yo, querido diario, no tengamos más qué hacer que contarnos nuestras penas y hacernos el amor.



Ahora que Gabriel se va y yo me he alejado de su vida, debo pensar en lo cruel que he sido con él. Debo pensar, amistosamente, en la propia muerte, aunque tenga una cierta repugnancia instintiva a hacerlo. Es verdad que los animales prevén su muerte. Pero ¿Gabriel? Me siento tan desarmado como él. Tan desarmado que terminaremos los dos lloriqueando o espantados. Quizá se hagan cargo de nosotros algunos recuerdos, como si fueran ángeles. Los místicos tibetanos aseguran que los moribundos son asistidos por la presencia de aquello en lo cual han creído: Shiva o Buda para unos, Cristo o Mahoma

para otros. Pero... ¿y Gabriel? Escéptico. Quizá para él dejarse llevar por la muerte sea sólo un ritual suicida, un espectáculo del No y del Kabuki, *el gran vacío azul-blanco* lo que contemple de cerca su fin, *el octogenario Honda, el juez de ojo perspicaz, en Yukio Mishima*. Cuando recuerdo su última mirada -porque ahora ya no está conmigo- siento que todavía está ahí, clavada en mis ojos. Es un vacío resplandeciente, como el cielo de verano que devora las cosas, y a precio de lo cual el resto no es más que un desfile de sombras. Cuando recuerdo su conmovedora mirada, y la de Isabel, siento también que el recuerdo de ellos me ata terriblemente a mis impulsos vitales y a mis propias acciones, no puedo librarme de ellos, tarde comprendo que yo era como una hoja llevada de acá para allá por mi propio viento. Yo estaría hecho para la devoción siempre que Isabel, devota, tomara la conducción de mis intereses personales. Y el destino ha tenido la ironía de condenarme. ¿Para qué me sirvió mi independencia? ¿Para qué sirvió graduarme ante el Presidente de la República, si después me acusaron de hacer 'apología al terrorismo'? ¿Escribir novelas y ensayos es hacer terrorismo? ¿Para qué sirvió este gran amor a mi Institución, a su historia, a sus venerables héroes y estos sentimientos ilusos? No encuentro respuesta. No supe construir una existencia de mi agrado; no he hecho más que replegarme a mí mismo para soportar la intemperie como escritor. Hoy, el tiempo me es indiferente. La vida interior, como el sueño, nada tiene que hacer con esas rayas y signos artificiales de la duración. Mi vida va más allá de la escritura, de las sensaciones visuales del Internet, y se perenniza en cada palabra. Mi autobiografía sería imposible de reconstruir sin mi memoria, sin el recuerdo de esos recuerdos y los míos. Lo que todo el mundo practica con mayor voluntad, y lo que peor hace, por cierto, es el juicio, la crítica. ¡Qué vanidad! Lo más fácil y lo más usual consiste en criticar y en juzgar, lo menos común es criticar y juzgar bien ¿Por qué? Porque para criticar y juzgar, es suficiente un poco de aturdimiento y de erudición, convencionalismos y cierta arrogancia e imparcialidad; pero para juzgar bien es necesario tener capacidad de autocrítica, reflexionar desapasionadamente, meterse en este hoyo sin escaleras, a nuestro lado, y disponer de una buena dosis de sabiduría. César Vallejo me ilumina: *A lo mejor soy otro; andando, al alba, otro que marcha...* Es entonces que prefiero pensar que no existo, que debo refugiarme una vez más en el lugar de mis sueños e ilusiones infantiles: Cibelia. Es entonces que prefiero pensar en el anonimato, en que nunca estuve en la Aviación, en que nunca llegué a ser oficial, en que nunca me gradué, en que Gabriel nunca existió ni existirá para nadie, que mi recuerdo y tu recuerdo, el recuerdo de los que ahora estamos recordando, se desvanece con las espumas del mar. Mar eterno. Tiempo eterno. Soledad. Soledad sin mí.

Isabel, mi amor perdido, no está. Venus. No nació como Venus, renació como Dafne: inmenso laurel perseguido en medio de su propio mar. Y ese mar es como espejos. Nosotros seremos como ella, viviremos esculpidos en espejos; nuestros rostros, nuestras pasiones y angustias, las viviremos en el interior de estos espejos siempre. Seremos como botellas con mensajes desesperados flotando en ese oscuro mar. Sosiego mi espíritu, lo intento, y no puedo. Estoy dentro del círculo vicioso, el anillo de Moebius. Percibo que este mar me enseña a ver, a contemplar, a entenderla. Descubro cómo me salpica espumas, cómo me susurra olas de recuerdos, como salpica en mis costas abruptas su sal de la vida. Me sacudo de ella, intento hacerlo, lloro. Soy un espejo del mar. Lo somos. No somos más que imágenes extraídas de las propias manos del hombre con la resistencia al tacto, con las sensaciones de dolor y la luz de los ojos perfectamente sincronizados con las rocas del tiempo, con el vacío de la oscuridad. Ningún testigo admitirá, créeme Isabel, que mis recuerdos -registrados diariamente en el papel- y los recuerdos de los demás no son sólo imágenes, son mucho más que eso: una proyección, en la oscuridad eterna, de aquellas imágenes. Sus proyecciones -de mis recuerdos y los de ellos- son acogidas en el día o la noche, no importa el momento exacto, porque son recuerdos reconstruidos que desaparecerían en

mi propia tumba si yo no los escribiera ahora, si yo no los modelara con el don de la palabra, de la pluma, como aquel barro bíblico que me colocaba en el abismo al lado de Isabel y de Gabriel. Sin mi carrera de Aviador ganada al haber ingresado en el primer puesto académico en toda la promoción y sin el apoyo de mis padres todas mis aspiraciones de esa década se esfumaron. El tiempo me demostraría además, con amarguras, que no fue sólo una década perdida. La que siguió, otra década también casi perdida, intentando recuperarme de aquellos sucesos.



Gabriel quiso dormirse, refocilarse, más bien, en lecho de vientos, bajo una luna plateada. Asomó entre los cortinajes, resopló como animal herido de muerte sobre la arena del coso; se sentó y apenas pudo sostenerse. Su voz lánguida producía un áspero sonido, parecía estar engarzada en la tierra que se pudre de a pocos. Su voz lamió otros esperpentos, lamió paredes, viejos cuadros, ventanales, y vino hasta nosotros, remontado en médanos de recuerdos. *Es Dios castigador, es Dios quien late en mí sin compasión. Será porque alguna vez amé a Dios pero después lo perdí, como se pierde a una pareja. Es que la carne llama a la carne, y yo fui carne débil, carne de buitres y pirañas, de príncipes y mendigos, de militares y curas. Y pensar que ahora soy alguien quiere ser Gabriel; el Gabriel de antes, al que conocieron en el Ángel's, Bunker, L'Insolite club, Contramano, Acapulco, Le Queen, Le Folie's Pigalle, Studio 54, Black & White, Refugio, Olimpo, Táбата, Shangay, Tea Dance, Gitano y el Splash, el que triunfó en el Perseo y El Fausto, sintiéndose, como otros y como otras, una diva. ¿Diva yo, ahora? Si tengo el cuerpo como el de una lagartija, tan reseco que hasta me da pena mirarme. Me voy reduciendo a esa mínima expresión de la materia donde todo se empequeñece, donde todo se arruga, donde todo se consume y oscurece. Dios, estás cobrando tu parte, quizá porque te olvidé y aborrecí ¿Sabes? Te tenía y no te encontraba; ahora vivo junto a ti sin conocerte y constantemente mis lamentos te llaman en vano.*

Gabriel intentó revivir recuerdos, hazañas con turistas miraflorinos, emboscadas sexuales con muchachos putañeros de las saunas y cines, embestidas orgásmicas con el elenco de *Baño de hombres*. *Baño con leche de hombres debería llamarse*, pensó. Sonrió débilmente. Y ¿cómo no hacerlo si ahora sus labios morados y mortecinos divulgaban demasiada tristeza? Las penas son tan movedizas, Gabrielito, son como las almas, se aparecen de noche, mi hijito.

Yo creo, recordando lo que ahora recordamos en la memoria de quien me contó sus memorias, que la pupila de muchos ojos cansados, adormecidos por el sol de las playas, se irritaron mucho más esa noche. Muchos se tocaron la ingle y las axilas, rogando no encontrarse con algún ganglio inflamado (señal evidente de una infección casi siempre venérea) Algunos, los que hicieron sus desenfrenos en semanas y días pasados (el clásico tapadito o entierro bajo), tuvieron una carga de remordimientos y pesadumbre, preguntándose íntimamente: *¿No será que yo también estoy con sida? ¡Maldición! ¿Por qué no me hago un chequeo médico? ¿Debo aceptar que estoy posiblemente contagiado?*

Sería que Gabriel venía de los espacios celestes y estaba pronto a partir a esos inconmensurables rincones en donde nunca sale el sol y a donde ninguna ventosidad ha podido llegar, pero con el corazón rajado, y las esperanzas rotas. Dibujaría en la arena de su memoria, de nuestra frágil memoria, que todo espanto pretende olvidar su propia huella, su sombra, lo que queda de él. Lo vimos por televisión, detrás de dos cortinas, asomando tímidamente su rostro cadavérico y su misérrimo ser de esperpento. Pensaría para sí: *A los muertos, icarajo!, se les ahoga en el olvido desde mucho antes que se mueran, porque a mí no me van a*

decir que alguien en este país te quiere socorrer cuando estás con sida. A los sidosos hay que llorarlos desde que están diagnosticados seropositivo, entonces piensas en lo mal que lo pasarán ellos relamiéndose las entrañas, sabiendo que las medicinas para alargar la vida de un paciente contagiado cuestan un promedio de novecientos dólares mensuales. Sientes como un hielo en la garganta, que necesitas una fortuna para aliviar a los cientos de miles de seres de otros países. A los muertos como yo, el Gabriel de los periódicos y la televisión, se les ahoga en el olvido y el estigma, en la lacra y la marginación, desde mucho antes de morir, porque la vida para los demás tiene que continuar, porque los mortales aborrecen y temen, en el fondo de sus conciencias, a la muerte. ¡Carajo! Como si nunca se fueran a morir. No saben que morir es sólo una leve despedida, un canto de esperanza, un soñar con otra vida. ¿Es que saben, acaso, que morir es decir a diario que se vive y se muere? Escuchen a Dios que habla por mi boca. Pero cuidado, Dios no soy yo, Dios está dentro de mí, castigándome. Ahora soy carne de la desmemoria, porque en el valle de la vida las cosas nuestras se envuelven en la verdad y en la mentira, en las figuraciones y en las apariencias, ¡en el qué dirán!...

Al día siguiente y en los días que le sucedieron, Gabriel se sumergió en un extraño mundo de alucinaciones en torno a los misterios de la muerte. Creyó que nunca se iba a morir, que más bien los demás ya se habían muerto y no él propiamente, porque, aunque siempre abrió los ojos con misericordia, nunca le ayudaron por su mal. *Te han cagado, Gabriel, te han hecho mierda, Gabriel.* Gabriel creyó soñar que había visitado todas las discotecas y bares del mundo para despedirse de sus amigos. En sus sueños de máscaras que van y vienen se vio orlado de lentejuelas, plumas y encajes, bajo lunas de alacranes y esperpentos. Percibiéndose, volvió a su realidad. Sentía y veía su cuerpo tiznado por las aglutinaciones del llamado sarcoma de Kaposi. Además, vivía dolido a reventar por los ganglios y cardenales, lo que creyó (no sin equivocarse) que sería la carga de vituperios y acusaciones de aquellas decenas de ojos que, mirándolo y murmurando, parecían decirle en coro: *¿No te dije? Gabriel está con sida... ¡Míralo cómo está de cagado!* Esas voces, sin duda, le invitaron una vez más a sentarse en el banquillo televisivo de los acusados y comparecer ante la muerte. Engarzado a tierra que huele a condenado, Gabriel sentía que tal vez su cuerpo ovillado fue pajarón negro y reptil volador entre el humo hediondo que viene de los arenales, pez renacuajo cruzando los pantanos de Villa, a donde dicen van las parihuanas a poner sus huevos y en donde los negros harapientos que bajan de las barriadas van a armarse sus tronchos y, de paso, a tirarse un meadito al pie de las lujosas residencias de los blanquiñosos acaudalados. A esta hora (hora de redomados putos) Gabriel, diríase San Gabriel, era de lejos flaco como una lagartija, haciendo el ridículo en los periódicos y en los programas de televisión, en donde le ayudaron a morir con una infeliz sonrisa bañada en llanto. Gabriel -¿por qué no decirlo?- una sombra de lo que fue en sesiones de fotos como modelo de pasarela, representaría entonces, como sus amigos Jimmy X y la Cabrocca, las correrías por el fin del mundo, mucho desenfreno sin condón con chiquillas miraflores del Regatas y del Parque Kennedy, con viejos mañosos y sus mujeres coqueras en los hoteles Oro Verde, Pardo y Sagitario.

Gabriel, pensabas que de repente no estabas tan jodido como parecías estarlo, porque a decir verdad, tenías el potito todavía entero e inmaculado, duro como una berenjena, levantado, con olor a hembra arrecha, y no debías de estar tan jodido como la magia de la televisión y de los periódicos baratos faranduleros osaban mostrarte descarnadamente; porque, ¡carajo!, a mí no me van a decir que lo que este espejo mostraba era tu cara, tu sarnosa cara, tu rostro deforme y manchado por los mil espantos de la enfermedad. ¡No! Lo que te sucedía,

mi querido Gabriel, era lo mismo que le debía estar sucediendo a esta mugrosa ciudad infestada de ratas, cucarachas, drogadictos, niños de la calle, mendigos y delincuentes. Aquella vez que lo vimos en los periódicos y la televisión (cómo no recordarlo) muchos creyeron reconocer en tu rostro el cólera y la cólera de Dios, también el de la Corriente del Niño en todo su esplendor, el castigo divino del Cristo morado con su ira divina.

Me jodí, pensó Gabriel. Pero por Dios, ¿en qué momento me entró el bichito? No lo sé. Tanto pájaro bufón de todas las especies memorables anda cantando dentro que ino lo sé! Suspiró. Se recostó sintiendo un íntimo gozo por tanta francachela. Experimentó su cuerpo de muñeca primorosa entregarse a lo último, que es la paz con uno mismo. Gozo triunfal y sempiterno. Resopló. Y, mierda, el resoplar del viento tibio le hizo escurrir gruesos lagrimones que se mezclaron con sus sudores y fiebres. Aún así, contemplándose esquelético y desarmado, se sintió como si hubiese vivido durante muchos siglos, cubierto de lodo y musgos, frente a barrios que cobijaban a gente de ojos de sal y arena. Una cárdena mosca intentaba ingresar en sus ojos y Gabriel oyó el zumbido; quiso espantarla, pero se quedó quieto. La mosca bebió su lágrima. *Pensarán que he muerto y no saben que tengo las cuencas todavía llenas de arena.* Sería porque Gabriel sentía que su tormento duraba toda una eternidad y su memoria se perdía en el recuerdo de tantas calles, de tantas fiestas y de tantos nombres conocidos en todos los países que visitó. Su recuerdo al lado de muchas lesbianas y gays descendía por las calles de la ciudad, como si andara flotando sobre las dunas para que alguien lo recogiera de a pocos, en columnas, desmenuzándose. Y hubo de repente, cuando ya muchos creían que la loca Gabriel había muerto, un leve murmullo, la voz confesora de *felizmente yo no me acosté con él*, pero también una enorme tristeza que duró mucho más de lo que demora la vida en nacer y ser muerta. *No me lloren. Porque la vida no se compra ni se remedia con lágrimas, tampoco con medicinas. No me lloren porque sea menos que el Quijote. Soy (perdonen el atrevimiento y la desmemoria de quien se halla enfermo) el Quijote. Como él, clamando en la jungla de cemento, en el valle y en el desierto, aunque no oigan nuestras voces los hombres. ¡Qué importa! Sí, un día estas voces que son las voces del mundo, la del Quijote y la mía, se convertirán en el hilo de Ariadna y en selva sonora, en campo de semillas germinando vida, paz, sonrisas y no la muerte.*

Quién debo ser sino Pearl White en su última recitación del célebre soliloquio de Hamlet. Quizá Alberta Vaughn, porque dicen mis amigas que era la dama con el cuerpo mejor formado del mundo. ¿Quién debo ser yo ahora? Quizá Alice Terry, hermosa, con el cabello castaño haciendo su última comedia; quizá Norma Shearer en su firmamento, distinguida, haciendo su propio cine y arruinada de repente. No, sólo soy Dolores del Río, por mis hermosos ojos dormidos y brillantes, o por mi tez bronceada y mis labios encendidos... ¡No, soy Gabriela! Soy Gabrieeeeeeeeeeel que ya anda en las últimas, devaluado, jodido, como muchas amigas lo desearon siempre. Así son de malas y perversas. ¡Malparidas! Soy lo que queda de Rin Tin Tin, porque he quedado peor que un perro y todavía no acabo de morir, porque a mí, a una estrella de cine, no le van a decir cuándo debe morir; no por las huevas compartí roles al lado de Greta Garbo, de Alain Delon, de Roberto Valentino y otros tantos. Mae Murray me decían en un tiempo, porque era famosa en los escenarios de Broadway, renombrada como bailarina en las revistas de variedades y en los café de cantantes neoyorquinos. Y ahora sólo soy Gabriel de la Romaña. ¡Ay! Quisiera seguir diciendo quién soy y no acabaría, porque he tenido mil máscaras y sólo he sido una: yo, Gabriel, el que ahora está muriendo. He vuelto de estar muerto, del Titanic, creo, porque esta cara la tengo de un color verde terroso. Estoy débil, no puedo sentarme ni en el retrete, tampoco quiero. Debo matar primero esta luz, este mar, cerrar los ojos, pensar que nunca existí;

sí, eso. Pero despierto, vuelvo obstinadamente -con esa terquedad que tienen los humanos- a abrir los ojos al saber que no he muerto, que alguien está jugando conmigo, con mi vida, con mi tiempo, con mi salud, con lo poco que me queda. Despiertas, crees despertar. *Mírate a los ojos, mira lo que tienes delante -en tus ojos y sus ojos-* me digo. *Son invitaciones para esta discoteca o para aquélla, para este bar o para aquél, para la inauguración de este moderno casino de aquél. ¡No jodan pues! ¿No saben respetar a los muertos? Si saben bien que ya me voy a morir para qué mierda me siguen mandando invitaciones. Claaaaaaaaro, es que saben que soy Gabriela, la inconfundible, la única.* Siento un canto, un canto de dolor. Desaparecerá. Lo trae esta luz que parece muerta, que es fría y cruel porque parpadea, me envuelve, y parece además cancerosa. Ahora, cuando abro los ojos, me voy dando cuenta de que he muerto hace mucho tiempo, cuando era glorioso hacerlo; después -porque así está escrito en el último acto escénico de mi tragedia- continuaré viviendo, pero sólo en la memoria de algunos que recordarán mi tragedia.

Siento que algunos me miran como si fuera de otro mundo. Seguro presienten lo que me está sucediendo, mi rostro enflaquecido me delata. A veces creo, lo percibo, que se voltean con disimulo para que yo no los mire. Comentan, se pasan la voz. Sus miradas se apresuran, tejen distancias, creen que de alguna manera puedo contagiarlos. Me dan ganas de gritarles: *¡Maricas cobardes!*, parándome frente a ellos, atajarlos en medio de la calle y golpearlos con toda mi existencia débil, aunque me quede con las horas vacías. Yo sé bien lo que persiguen: aislarme, abandonarme, y, en un ritual, deshacerse de mí. Me miran y voltean con cierto temor. En el fondo, no saben que también ellos pueden estar contagiados y que aquí llevo, oculto, atravesado en el corazón, una pena grande, tan grande como esta enfermedad.

Estoy pasando las más difíciles fronteras sin detenerlas, sin sentirme, y ni siquiera me queda el frío de antes, el frío que me repletaba los ojos de despedidas y de lágrimas. Cuando me miran, soy el espejo de la muerte; lo sé, lo sé, como sé que no regresaré de ésta sin haber vaciado todo mi ser. No podrán hacerme regresar, porque así es la enfermedad con su estado de somnolencia y recaídas, porque ya viene la última lejanía, el último árbol y la última sombra. Allí, en el último sueño, intentaré refugiarme, y no podrán hacerme retornar con el corazón hecho pedazos.

¿A qué conduce la muerte? *A entrar en Dios*, dicen. ¿Será verdad?, me pregunto. Jesús me resulta sumamente simpático. Tiene muchas caras y ninguna se parece a él. Dios desmemoriado. *Te olvidaste de éste tu hijo, de Gabriel, de este pecador innoble que hoy se arrepiente y pide tu perdón. ¿No me oyes? ¿Por qué, si la otra vez me hablaste? Ah, te oigo, estás ocupado con los conflictos de Israel, de Afganistán y de otros países del África. ¿Y mi situación no es relevante para ti? Sabes que me estoy muriendo... no me dejes morir. ¿Ya vieron? No me oye, cerró su puerta.* A diferencia de su Padre, está muy lejos de ser perfecto. Quizá la vida es una estúpida comedia en actos, una tragicomedia, y después de eso no hay nada. ¡Qué triste! Y si en verdad hay un Dios, que el efecto en mí sea el de una reabsorción en el Ser Universal. Así estaré en el orden divino. Si Dios es amor, debo amarlo. ¿Qué amor debo darle, si soy como soy? Será el de un hijo; sí, eso es ¿Y mi sexualidad? *Tu sexualidad es una imperfección*, dicen; mienten. En este momento, ¿en qué creo? En la belleza del alma de Jesús, en la nobleza de ciertas individualidades. Como Dante, miraré voluntariamente el cielo en los ojos de una mujer inspirada. Mi fe es tu fe; tu fe es mi fe; nuestra fe es la participación en un sueño, en una esperanza de ser redimido y de ser aceptado como se es. Me parece escuchar, no sin cierta melancolía, el Mesías de Haendel. Y en esa armonía divina la voz de Benito. Entonces lloro porque él no está a mi lado en el ocaso de mi vida. Me domina la impresión de las ruinas de mi ser, fugacidad y fragilidad de todas las formas, desaparición inevitable de todo cuanto ha existido. Impresión de cima y de abismo. Todo

es sueño. Sólo Dios permanece. Soy extremadamente sociable, amigüero, amante, ¿quién lo dudaría? Al revés de lo que es Benito. Me sofoco en el abandono de su parte, pero finjo una indiferencia estoica. Las íntimas amigas enviándome invitaciones tontas me ayudan a olvidarlo. Vivo el castigo de un ser atormentado. Nada puede cambiar de todo esto, y tampoco lo deseo. Es necesario que yo ya abandone mis triunfales reductos: las discotecas y los saunas, y pase a la gloria sin aquéllos que pasan sin mí; así lo exige mi libertad y mi dignidad. Doloroso y fácil, ese sacrificio debe ser hecho por el AMOR. El enfriamiento preparatorio lo facilita.

He aquí, pues, esos momentos caóticos de los cuales habla Otelo: *La noche se hace espuma en mi alma*. Todo es turbio y confuso. No veo, ya, más sentido para mi vida; no hay más resultados adquiridos; no tengo más la conciencia de un talento, de un hábito, de una máxima. Yo, un gusano entre tantos gusanos, devorando su propia crisálida. *Gabriel, tremendo mariposón*, me dirán. ¿Y qué? Soy la mariposa de este mundo. Soy como mis amigas lo quieren, un enloquecido bicho que danza hasta su muerte en torno a una bombilla. Somos mariposas que cría la noche, que alimenta la noche, que preferimos la noche, que esperamos la noche, que salimos en la noche, que nos cagamos en la noche, que nos hundimos en la noche, que nos refregamos en la noche, que nos dejamos matar en la noche. ¡No me jodan!... Todas somos mariposas. Acudimos desde sabe Dios dónde al halo de luz, hermoseadas, arregladitas, perfumadas, dispuestas a bebérsela. En nuestros frenéticos deseos –deseos de marionetas– nos olvidamos hasta de la fragilidad de nuestras alas y de la levedad de nuestros colores. Todas las noches nos arañamos y tropezamos con el ardiente foco de luz que nos atrae, con ese aparente faro de luz, y volvemos a embestir bailando cada noche hasta el amanecer, para después terminar despatarradas, borrachas, estupidizadas, sin dinero y sin amantes. ¿Terca y odiosa, yo? ¡No, todas somos tercas y odiosas! Furiosas como aquellas mariposas nocturnas olvidamos las penas y volvemos a nuestras andanzas de siempre: las discotecas y las saunas. Lo hacemos obcecadas en nuestro propósito por descubrir lo que en realidad no es más que un reverbero de la vida que se nos quema cada noche. Y como los mosquitos o las mariposas que terminan devoradas por esa incandescencia en la noche, nosotros también, nosotras también, sin llegar a nada.

Yo –pese a ser una mariposita malcriada y putañera– soy un hombre y no un teorema. El sistema es impasible, y yo sufro. ¿Para qué sufrir?, si la lógica no necesita sino de consecuencias y la vida tiene mil deseos. Mi cuerpo quiere salud, mi imaginación llama a lo bello, mi corazón reclama el amor, mi orgullo pide consideración, mi alma suspira por la paz. ¿Estuve equivocado al seguir la ruta solitaria? No, creo que esa renuncia no pueda ser un error del todo, pues en la actualidad es necesario ser fuerte o desaparecer, renovarse constantemente o morir. Es la ley biológica de la vida. Todo lo que vacila es pisoteado o abandonado. El gran asalto del porvenir, de lo que los tontos llaman modernidad, globalización, endurece la vida y le niega esta piedad a cuanto desfallece en el camino. La naturaleza está construida sobre la fuerza, y el dios moderno es la naturaleza... y también el hombre.

Siento que mi paz actual es de una extraña clase, que carece de dolor y resistencia, que es una gracia y, por decir así, una voluptuosidad. Es, por consiguiente, frágil y dependiente. Está a merced del primer sufrimiento físico, de la primera pena que pueda aportar el varón o la mujer, la naturaleza o el mundo. Es un íterin, un aflojamiento. Yo me siento tranquilo, como la calma después de la tempestad; pero no me hago ilusiones del tiempo que pueda durar esta tranquilidad. Ya veo los sueños incumplidos que se arrastran como larvas, sangrando, para morir al pie del alba. ¿Sería, ésta, una tumba? ¿Mi Arcadia? ¿Mi Hades? En algún viejo libro comprado en una casa de antigüedades leí que las

tumbas micénicas representan un modelo de la geografía general del reino de los muertos (Hades). Tal vez lo que necesito es -¿un tronco de *tulasi*?- un tálamo (un lecho conyugal), para tenderme sobre él y renacer.

¿Qué día es hoy? Qué importa ya, si todos los días y las noches, para mí, son iguales, parte de un compás que acompaña a mi muerte. ¿Qué hora? Qué importa. Si hoy, una vez más pensando en Benito, tengo que vaciar mi corazón; ya falta poco. Lo abrazaré en mi pensamiento hasta hacerlo penetrar en mí. Tiene que llegar. Mis ojos están abiertos como dos faroles lejanos; nadie me pregunta la hora, pero tengo ganas de decírselo a todo el mundo para que se desesperen conmigo, para que conozcan este corazón que es como un albergue sin ventanas, recogiendo ilusiones y con la esperanza de no despertar más. Sí, de no despertar más... sí, de no despertar más.

¿Dónde estás, Benito? Es como si tu recuerdo fuese un grito que habita en mi garganta, como si una lluvia me inundara hasta los ojos, mientras el tiempo pasa y me quedan entre los dedos pocas horas, minutos. Esas horas que ahora me condenan las siento trepando por mis huesos. Vienen, de donde el sol no quiso darles una sombra, buscando mis ventanas y mis puertos vacíos. No tienen límites -como esta enfermedad- porque de seguro no saben que el silencio y el dolor tienen límites y que la distancia empieza en mis ojos. Qué larga se hace la espera amando sin ser correspondido; hasta a veces pienso que es más larga que el camino a la muerte. Necesito una eutanasia. Es inútil apurar, es inútil negarme a resistir; en vano he sacado mis pasos más extensos y mis últimos engaños. Debería buscar la forma de suicidarme, de morir de mejor manera. Necesito la libertad absoluta, como el *Calígula* de Camus. Debo ser mi propio asesino. Yo sé que este maldito virus y sus bacterias son los únicos que saben la hora de mi muerte, y que por eso me miran como si no fuera de este mundo. Lo sé; pero un día, el día que muera, les soltaré mi rabia, el grito que habita en mi garganta. Entonces será mi último grito: *¡Soy... y qué!* Moriré, así, feliz de haberlo gritado, me sentiré digno, gratificado nuevamente. Ese grito será el de mi reivindicación, el que oculté dentro de mí queriendo proclamarlo a toda voz; será mi dignidad, el grito de Icaro recomponiéndose, con las alas derretidas; tan débiles, que soy capaz de hacerle caso a todos los que quieren verme muerto. No soy capaz de morir callando, deirme así por así como un derrotado, como una loca fracasada, como una mariposaaaaaaa zzzzzzzzzzzzzzzzzumbadora, como si no fuera de este mundo.

Recuerda a una de tus amigas; recuerda a Anita y otras lesbianas, todas ellas actrices y bailarinas de la televisión peruana. Recuerda por ejemplo a tus otros amigos, más bien amigas, cantantes de música tropical y de baladas de amor. Y a las travestís, todas ellas tus grandes aduladoras. Recuerda por Dios a una, sólo a una, para no nombrar a todas ellas. Entonces te viene a la memoria el recuerdo imborrable de *Pirula Rompecatre* que, encima, se prostituía. Recuerda, para aliviarte, que *Pirula Rompecatre* había soñado que recibía una petición de compromiso matrimonial -¡qué conchuda!- y en su sueño daba ante el párroco sin dudar el isíiiiiii!, sin siquiera saber con quién se comprometía. Hermoso sueño. Al día siguiente *Pirula Rompecatre*, ivivarrachooooooooona!, volvió a dormir en la misma posición para continuar, como Fulvia Toyota *Piticlín*, construyendo el imaginario hilo de oro de aquel hermoso sueño de toda mujer que es intentar casarse con un idiota, para encontrarle la parte última a aquella nebulosa madeja onírica que sólo con el ayer se le había presentado diáfana, transparente, real. ¿El punto de oro? *Pirula Rompecatre* se durmió, pero esta vez soñó que alguien estaba soñando con ella con el vestido blanco, con el vestido rojo de la muerte, sosteniendo en una mano una rosa roja (el color preferido de las putas). Fue al encuentro de su novio, muerta de ganas de conocerlo. Lo vio acercarse, envuelto en brumas, transparente, hermoso, se sintió llena de anhelo y alegría. Al

despertar, se dio cuenta -falsa intuición de doncella de la noche- de que su novio debía ser una burda copia de Jesucristo, y que el sueño quería prepararla para la muerte. Pero ¿por qué Jesucristo, si *Pirula Rompecatre* nunca había demostrado ser cristiano redimido, sino mala y perversa con su cuerpo? Porque también le gustaban los vestidos rojos confeccionados por un modisto, tanto como a la chica *Piticlín*.

-Hoy *Pirula Rompecatre* está de ganga. Aprovechame- les decía a los varones.

Por eso, el mismo Jesucristo la estaría llamando ahora, para que encontrara, por fin (en los evangelios del Señor), la senda del bien al lado de otra gente de la farándula.

Me limito a aceptar las mutaciones, soy parte de esa terrible mutación. Miro la poltrona de mi jardín y describo. No están los arcángeles de Zurbarán conmigo. Ángeles de Calamarca sin su espada flamígera. Arcángeles canónicos que aparecen en la Biblia: Miguel, Rafael y Gabriel. Arcángeles Apócrifos: Uriel, Seatiel, Jheudiel y Baraquiel. Arcángeles asexuados, pícaros y deliciosamente juguetones, porque se fueron. ¿Quién los retiró de la pared? Arcángeles arcabuceros. Ángeles turiferarios, putos y sodomitas, de quienes muchas veces aspiré aromas suaves y delicados. ¿Quién fue? Está apenas la alcoba de la nana, donde derramaron en mi taza semítica, unciendo su cetro, otros sementales. Esta no es mi alcoba, lo sé; es pequeña, ruinosa, su ropero repleto de ropa anticuada y los papeles espesados con mis esputos. Y sin embargo aquí estoy, aprendiendo a que nada en la vida es duradero, que tal vez mis sentimientos son lo más importante de mi vida, que el amor es la mutua compasión y el día breve. Afuera, luz de algas, de hebillas, de bronceadas armaduras titilantes, de libélulas y un arco iris, luz de caparazones, de tortugas quietas. Y alrededor pieles, alfombras persas, tacones, pelucas, finos vestidos de mujer, jarrones chinos finamente decorados, pero también velámenes. Y más allá, islas, islas negras. Mis islas interiores. Y más lejos, quizá, en el más acá que me está esperando, en la calma, los primeros celajes, mi corazón, cenizas de campanas, una orquídea que se marchita.

Viernes 26 de octubre

Querido y olvidado diario:

Vuelvo, una vez más, a ti, rompiendo, así, mi silencio. Ahora que ya se ve -en la penumbra- llegar mi fin, me repito con frecuencia la admirable frase que, según me dijeron, es de Saint Martín, El Filósofo Desconocido del siglo XVIII, que tiene mucho de mí: "Hay seres a través de los cuales Dios me ha amado". Todo viene de más lejos y más lejos que nosotros. Todo nos rebasa, y uno se siente humilde y maravillado al haber sido, así, rebasado y atravesado.

Estoy de pie al lado de mi cama en la habitación de la clínica. El sol inunda la habitación. El médico estuvo aquí y dijo: "Sí, joven Gabriel, inesperadamente usted está totalmente curado. Puede vestirse y abandonar la sala". Entonces me volví y descubrí en la cama imi cuerpo muerto!

¿Sabes, querido diario? Acabo de leer que cuando se come la sardonía, un ranúnculo sumamente venenoso, se te tuercen la lengua y los labios, y quien la come se muere riendo contra su voluntad. Pues amigas mías, todas ustedes por deslenguadas deberían merecer ese castigo, que se les tuerza la boca, la jeta y la lengua del tamaño de una víbora,... ¡Por grandísimas putas, mentiroooooooooosas y rajonas! Pero no se preocupen, la muerte no es para ustedes, es sólo para Gabriel. Es para este pobre infeliz. Basta de reírse, es cosa seria. Igual la buscaré para morir de veras riendo, ¡ja, ja...!

♣♣♣ ♣ ♣♣♣

No quiero saber dónde he estado hasta ayer. No quiero saber qué ha sido de mí estos días, dónde he entrado, qué día es hoy, de dónde he salido, quién era yo, qué ha sido de mi cuerpo en este tiempo. No quiero saberlo. Sólo me acuerdo de un llanto. ¿Quién lloraba? Tal vez lloraba yo mismo, o alguien por mí. Sí, sí, recuerdo un llanto, un llanto lastimero, con una manera larga de llorar, como cuando alguien se ha muerto o está por hacerlo. ¡OH, Dios mío!, ¿dónde me tienes ahora? Es mi cara, no la puedo ver, pero la puedo sentir. Esta es mi cara... ¡no parece mi cara! Debe ser una máscara; sí, sólo una máscara de lo que fui, de lo que soy, de lo que seré. Ésta es mi cabeza. Éstos son mis brazos; no se parecen a los que eran míos, debe habérmelos prestado alguien. Ahora no tengo depresión, pero tampoco compañía. Sólo estoy yo. *Mírate.*

Qué luz tan gris, tan funesta. Es la luz de un desamparo, de la penumbra, de cuando debe caer el telón. Estoy sudando de repente. Detén tus lágrimas, no llores por los demás, llora ahora por ti mismo... llora... llora por quienes están padeciendo lo mismo que tú. ¿Espejo? ¿Para qué? Si ya no soy el Gabriel de la Romaña que conocieron, si ya todo está dañado, si ya mi punto de quiebre es irreeeeeeeeeeversible. ¡Ay!, esos abultamientos cárdenos, ¿de quiénes son? De éste condenado. No recuerdo cuándo comenzó a acumularse ahí esa protuberancia de mi vida. Miro las estrías de la piel, cómo asoman a la luz del alba. ¿Desde cuándo estas ventosidades? Y esas líneas horizontales de la frente, ¿producto del dolor, quizá? Quizá arrugase la frente antes. Sacude esa cabeza turbia. No atiendas a esta barba ni a este cabello que se ha llenado de grasa y está retorcido. Aquí, un espejo. Brilla. ¡OH... no! Este no puedo ser yo. En mi cara hay una palidez terrible, la enfermedad está haciendo su fiesta conmigo, el globo de mis ojos está enmarcado en rojo. Miro los labios secos de color ceniza como la luz; es que creo que ya debo estar muerto.

¿Morir, para que me coman los gusanos? ¡No! He vuelto de estar muerto. ¿Quién debo ser yo ahora? Quizá Claire Windsor, con su hermosa voz de soprano, quizá Evita Perón... quizá nadie.

La muerte nos reduce al punto matemático; la destrucción que la precede nos rechaza por círculos concéntricos cada vez más estrechos hacia ese asilo último e inexpugnable. Saboreo por anticipado ese punto cero, muerto, en el cual se extinguen todas las formas y todos los modos. Veo cómo entra en la noche e, inversamente, encuentro cómo se sale. La vida es sólo un meteoro cuya corta duración veo. Nacer, vivir, morir, toman un sentido nuevo en cada fase de nuestra existencia. No sabía que el alma procede por zigzag y oscilaciones. La vida interior no es nada más que el resultado de contradicciones infinitas. El sentimiento es móvil, como las olas o como las nubes. Tu defecto está en ti, es la ensoñación giratoria que nada busca y a nada conduce. Te contentas con anotar lo que palpita en ti, te recoges sin otro objeto que el recogimiento mismo, olvidando el pasado y el porvenir, esquivando la acción, temiendo lo que enlaza, engrana, ata; haces de tu meditación una especie de aturdimiento, una forma de escapar al deber, una estrategia inconsciente para eludir las censuras de la conciencia. Ese sueño tiene la apariencia de una búsqueda de ti mismo, mientras que en verdad es una fuga de ti. El amor no puede ofrecer más de lo que tiene, y el que quiere sacar de él otra cosa no es digno de ser amado. Me gusta Wagner en puestas de escena tradicionales. *El Caballero de las Rosas* es mi pieza favorita, me la sé de memoria. No puede haber sensibilidad sin dolor, ni placer sin sensibilidad. Sí, claro, mis pocos amigos íntimos, ellos creen que sin Verdi o Wagner es imposible vivir, ilocas regias!

No hay locura más furiosa que la de los sentidos. La mayoría de la gente no pasa de la música disco y retro; en cambio las sofisticadas, las muñecas vamos más allá, vibramos con cualquier expresión de arte, nos sentimos La Callas, y soñamos con Visconti y Proust. Pero este entorno tan meloso a veces también es odioso. La mitad más

hermosa de la vida está oculta al hombre que no ha amado como yo, con pasión. La vida es una novela que escribe cada hombre, en la cual conviene borrar lo menos posible las afecciones tiernas. La vida es una flor, el amor es su miel. Adoro el expresionismo alemán y la Francia del siglo XVII y del XVIII. ¡Cuánto daría por que alguno de mis burdos y nada cultivados amantes leyese conmigo los versos de Corneille y de Racine! ¡Adoro Wagner!

Al verme enflaquecer, mis amigos -los que creía eran mis amigos- me abandonaron; sólo queda mi madre a mi lado. Ha sido maravilloso, inconmensurable, tener tantos amigos en tiempos de alegría y de diversiones. Hoy, lo presiento, el pavor se apodera de sus corazones, la sensibilidad de ellos quedaría solapadamente convertida en vehículo de idiotización, de retroceso, de deshonor, si me vieran. Cuando se tiene que soportar el desprecio, el olvido, el manoseo y el basureo de los seres queridos, cuando se tiene que asistir al Apocalipsis y comienzan a pulular las "ratas" trayendo en sus dientes la arpillera del olvido, sólo estoy yo. Aún así, debo creer que tengo amigos, debo creer que son muchos y que no saben de mí, de mi mal, debo creer que aunque me esté ahogando en estiércol, ellos son y serán mis buenos amigos.

Abandonado en mí mismo me embarga la tristeza, y un presentimiento me dice a su vez: *Llora las últimas lágrimas, llóralas todas, porque así está escrito. Estás condenado por la propia Biblia, por Yahvé, por la ley de Dios, por el hombre, desde el día que naciste. Estás pagando tus culpas, Gabriel. No irás muy lejos.* Todos estos veredictos parecen indicar lo mismo, que ya no tengo porvenir y debo preparar mi equipaje. Parece absurdo a mi incredulidad, que quería ver en mi realidad sólo un mal sueño. No tengo fuerzas para escapar ni para resignarme. Ya no creo, y creo todavía. Siento que estoy a punto de terminar. ¿Será este mi final? ¿Ustedes ya lo desean? No; es la naturaleza mía, aprisionada por la realidad; es la vida, que es una contradicción real, puesto que es una muerte incesante y una resurrección cotidiana, porque afirma y niega, destruye y reconstruye, reúne y dispersa, humilla y exalta a la vez. Vivir es morir parcialmente, y renacer parcialmente es perseverar en este torbellino de contradicciones, es ser un enigma. Vivir es atravesar el túnel del tiempo. La enfermedad me causa, sobre todo, vergüenza; me humilla, como un defecto físico, como si fuera un ridículo ser infectado, como un ojo desviado o una espalda torcida en un jorobado. Es decir, que no cuento con la caridad complaciente de mis semejantes y que su conmiseración hipócrita me causa miedo. Y es que la enfermedad a uno lo incapacita, lo reduce a su mínima expresión. La enfermedad me hace depender, y yo repudio la dependencia, temo estar a cargo de alguien, ser para él penoso, repugnante, fatigoso. Para estas miserias mi actitud debería ser la de un gato: ocultarme y desaparecer. Creo que el sida es un atentado a mi libertad plena y a mi dignidad. Por eso pienso que la naturaleza carece de humor, pues prefiere devorar todo lo que no se defiende contra la muerte. Prever y manipular mi propia muerte no tiene nada de agradable. Es una existencia debatiéndose en la provincia del espejo. Parece que la naturaleza que obra en mi contra y la propia muerte que ya me espera, quisieran desarmar al rey de los espantos y arrogarse derechos sobre el porvenir. Pagar las deudas con la familia y con los amigos, con el público y con la propia memoria, es lo conveniente si pretendo ser sensato. No equivale a contrariar a Dios ni a molestar a nadie. Por el contrario, es hacerse el último tocado de utilería y sepultarse con las propias manos para no molestar al prójimo. Lejos de ser pretensión u ostentación, creo que la muerte es una simple cortesía hacia los demás, y un amago de respeto a mí mismo. Eso está bien en la teoría, en la literatura, en la poesía, en la música, lo penoso es hacerlo. Morir de veras. Jamás se encuentra el momento oportuno para ese trabajo de notario o de sepulturero. Querer lo que quiere Dios es la única ciencia que nos lleva al reposo.

Debías entonces saber, Gabriel, que la máxima solución consiste en someterse a la necesidad llamándola "voluntad paternal de Dios" y llevar valientemente su cruz -también otra e invisible cruz- para ofrecérsela al árbitro de los destinos. Tú, Gabriel de la Romaña, un soldado de Cristo, un devoto de tu obra misericordiosa que no discute la consigna recibida, obedece y muere sin murmurar.



-Sí, mamá, no me aflijas con la enfermedad ésta, ya tengo suficiente. Es que con lo que me dices, con lo que me reclamas, ya nada consigues; los reproches son tontos cuando la leche está derramada.

Gabriel hizo un esfuerzo por sonreír, pero sólo le salió una mueca. El perfeccionamiento no reemplaza a la perfección. La perfección no se transforma, es. La perfección es la armonía interior que buscabas cuando remabas en procura de buen puerto y no sabías que ibas a sufrir tanto durante la travesía, hasta el día de tu muerte, donde la serenidad eterna brillaría en tu rostro de Efebo.

-Bueno, mamá, basta de llorar, que yo ya he llorado tanto y te he visto llorar mucho. ¿Recuerdas? Percibí unas manchitas, unos ganglios; te lo comenté mamá, y tú creías, sospechabas, que tenía una dermatitis. Desde aquel día ya no dormí tranquilo, mamá. Así debe ser el sexto sentido, el extraño presentimiento, esa cosita que te corroe la conciencia y que a uno le dice: *¡Te han jodido, así que prepárate!* Y bueno, mamá, desde entonces la pasé soñando con mi muerte, inventándomela, recreándola, esperándola, abriéndole mi pecho y tendiéndole mis manos, siempre con los ojos abiertos. Cada día -mírame mamá y no llores- no era en realidad un sueño, por que los sueños, sueños son; era una noche en vela, pero en cierto modo podría decirse que fue un sueño y un aviso del tiempo sobre mi oscuro destino. No me contradigas, mamá, sólo oye, escucha la voz de tu hijo que te quiere hacer esta confesión. Si me preguntaras, mamita, cómo la he pasado en el fondo, cómo me ha tratado la vida, te respondería como te respondo ahora: no recuerdo si en verdad tuve felicidad, todo lo que vi pasar por mi cabeza es desventura en esta vigilia. De Benito, ¿qué es de ese ingrato? ¿Si ya es capitán de Aviación? ¿Si sé algo de su vida? No me hables de él, por favor, hace buen tiempo que no lo veo. Te decía que yo estaba, y estoy, en un lugar que es como una cantera descendente, apenas visible, porque está todo en tinieblas. Las tinieblas a veces quieren clarear, trato de apartarlas con mis manos, mientras te digo lo que te quiero contar y nadie más sabe. Te digo que escucho un canto de voces. ¿La sinfónica? ¿Beethoven? ¿La banda de la Aviación? No mamá, no estamos para bromas, ellos se pueden molestar porque ahora están cantando a mis oídos, son una muchedumbre que parece afligida y al verlos yo me siento lleno de pesadumbre y sin voluntad ya. Tú no los ves; no importa mamá, yo los veo. Aquí están, conmigo. La muchedumbre avanza lentamente bajo la luz dolorosa; avanza por el camino hacia una puerta de sombras que creo reconocer porque la he visto en alguna parte; y de pronto me veo entre ellos, caminando con ellos. No mamá, no estoy muriendo, la doctora dice que mis exámenes están mejor y que voy a recuperarme, no llores mamita. Entonces esta gente atraviesa la puerta conmigo, me da tranquilidad, que es lo que más necesito ahora, me dicen: *¡Ven con nosotros, Gabriel!* Allí hay muchas caras que creo reconocer. Por eso estoy abatido, porque el verlos me ha puesto triste. Mamá, yo sé que tú me estás perdonando por todo lo que hice, ¿no es cierto, mamá? Yo sé también que tu rostro será lo último que me acompañe y que la puerta de sombras la cruzaré cuando no me quede otro recuerdo que el último, y éste va a ser el último; pero no le temo. Sólo le tengo miedo a la luz de los fluorescentes, a esa luz blanquecina que todas las noches nos consume las ilusiones y que no deja de alumbrar. Yo quisiera caminar, nada más, bajo las tinieblas, como Luzbel, guiándome (como débil de la carne que he sido) por el canto de las sirenas, también por el canto de los cuerpos, y cruzar con los demás esa puerta de sombras.

Pero no quiero ver la maldita luz de estos fluorescentes. Nada, no quiero ver nada, ni mi propia alma, ni mi propio cuerpo.

El tiempo, el cuerpo, el olor, el ruido. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué sigo aquí? ¿Dónde está mi música, mi gente? No perciben nada. ¿Por qué me han puesto suero? El sabor... mi lengua... no tengo lengua. Humedad, saliva, los dientes, tragar... ¡Intenta moverte! Creo que estoy... durmiendo. Creo que estoy... pensando dentro del sueño. No puedo mover mis piernas, las siento cansadas, sin fuerzas. Estoy perdiéndome. Hay un agujero oscuro por el que estoy pasando. Eso puede ser; ha habido un agujero en el sueño. Tengo el cuerpo dormido. Tenía que suceder. Me he perdido en el sueño, en ese agujero al que nos conduce la muerte, y se me está yendo la vida por un agujero. A veces hay un agujero en el sueño, eso creo. Es quietud eterna, así que no debo inquietarme. Que no me venga encima la angustia. Es como cuando un pez se filtra, con agua y todo, por el desagüe de la bañera. Yo debo ser ese pez que sabe que todavía está vivo, pero ya está en el tubo de desagüe. Sólo tengo que esperar, sin perder la calma, a que me saquen de aquí. Si piensas que estás atrapado, te mueves más y la corriente te lleva a donde no quieres que te lleve; pero si piensas que vienen a sacarte, que no te van a dejar para siempre, puedes aguantar.

A veces el agujero se cierra, abres los ojos y ya es mañana. Te despiertas incluso sin acordarte o con una vaga idea como de algo que sucedió en algún lugar sin nombre, un lugar en la mitad del aire. Me muevo. Toso. Escupo flema. Siento cada vez que soy más leve, un despojo. Mejor no me afeiten, porque no quiero verme en el espejo; me pondría a llorar, porque quizás ya no pueda reconocermé. Es entonces que me pesan los párpados y quiero dormir, dormirme para siempre, sin sentir dolor, como ahora, sin sentir tantos pinchazos, sin sentir las miradas de compasión, como ahora. Estoy durmiendo -intentando hacerlo-... en mi agujero. No tienes que gritar ni hacer nada brusco, hay que dejar que el sueño cierre el agujero donde se ingresa a la muerte, eso es todo. Parece que se tarda siglos en conseguirlo, pero de pronto, así, sin más, sucede y ya no te enteras.

Aún no sucede lo peor. Será que la muerte está jugando conmigo, como ya lo ha hecho otras tantas veces. *¡No puede ser, la Gabriela sigue vivita y coleando! Todavía está viva, a mí me habrían dicho que la enterraron hace algunos días*, es lo que normalmente comentan de mí. Y yo, hecho un cadáver, me di el lujo -antes de caer en cama- de asistir a las discotecas, para que las envidiosas festejaran su desacierto. *No me he muerto, estúuuuuupidas. La muerte no me quiere*, les decía. Callaban. Se alejaban. Seguro quieren que yo me burle una vez más de la muerte bailando como cojuda, sí, eso quieren, para darme el zarpazo final en el encontrón con la muerte. Es horrible estar tirado tanto tiempo en una cama. ¿Por qué morir en cama? ¿Por qué no morir de pie? ¿Por qué no morir bailando? Tal es el deseo de todas las locas del mundo. Preferiría morir nadando, buceando, envuelto por una ola; sería una muerte más digna, menos lamentable que ésta. Ahora una ola debe estar pasando sobre mi cabeza, me ahoga. Ahora hay alguien. ¿Qué me hace? Me dice que esté quieto, me está sacando más sangre con una jeringa y luego la pone en un tubo de ensayo. Ahora hay alguien. ¿Quién eres? ¿Por qué no contestas? Seguro crees que estoy loco. Sí, estoy loco, mira cómo me río -ija, ja, ja!-, mira cómo me río -ije, je, je! ¡Hijo de puta!



Físicamente está hecha una ruina. Psíquicamente está destrozado. Pero, aún así, Gabriel sabe de su fin y lo acepta con una naturalidad impresionante. A veces se le ve llorar, porque, pese a los adelantos de la medicina, no pueden calmarle

del todo los dolores que padece. Sufre. Su mamá le coge las manos con ternura, le limpia las lágrimas, le recibe, en una servilleta desechable, los escupitajos, y pide a las enfermeras que lo asisten que le den todas sus inyecciones y pastillas calmantes -¡todas!- porque desea ahorrarle todo tipo de sufrimiento. El tipo de dolor que le produce su anunciada muerte, se asemeja al que se deben sentir los condenados a una ejecución.

-¡Qué miedo le tengo a esta infección!- murmura una de las enfermeras.

Y la otra agrega:

-No porque una persona muera vamos a "disculpar" lo que hizo en vida.

Clínica Angloamericana. En la puerta de una de las habitaciones destinadas a los pacientes cuelga un letrero: "Prohibidas las visitas sin autorización del médico".

El silencio. El tiempo. Gabriel, o lo que queda de Gabriel, está allí, esperando. Piensas. Tú duermes. Tú sueñas. Piensas en Benito, son tantos meses. ¿Piensas? ¿Sueñas? El tiempo. La luz.

No hay luz, no la veo ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a la Coco, por ejemplo? El tiempo. La luz. No hay luz. Sí hay luz, dicen que es una luz brillante, pero no la veo. Está el silencio. ¿Por qué tanto silencio? La ausencia de ruido es de mal gusto. ¿Dónde está Madonna, dónde está Freddy Mercury, dónde María Félix, dónde Evita Perón? Allí deben estar, pero no los veo. Si los viera, ellos cantarían y bailarían -como siempre lo han hecho- conmigo. La ausencia de ruido, ¿qué significa? Es un sueño. Sí. Puede serlo. Camino, anda, ábrete, discoteca, rompe ese sueño. No puedo. Está cerrada. Es un silencio atroz. Es un silencio hueco. ¡OH, Dios mío! ¡Es la muerte!

Empieza otra vez, no puede ser la muerte. Sanaré. Eso dicen; creo que mienten. Pero el tiempo no está. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esta soledad? No está, se ha marchado. Pero yo, mi cabeza, ¿dónde estoy? ¿Estoy? Entonces no. Mamita, mírame, no sueño... Mamiiiiiiita, mira a tu hijo Gabriel, no sueña. No tengo cuerpo. Estoy... suspendido en... en el aire, en el vacío, en unas agujas, en el estírcol, en... no sé ¡No puedo decirlo! ¿Dónde está mi cabeza? ¿Dónde está Beni...? Espera. Espera, cholo. Sí... sí... ¿Hospital? ¿Me desmayé? ¿Qué hago aquí? ¿Qué...pasó? ¿Qué pasó, doctor? ¿Puede ... decirme? Estoy despertando de una... convulsión...sí, eso creo. Pero estoy...mi cabeza está entera, mis brazos, sí... sí... ¡OH, no! No es mi cabeza, son mis pies. No...No... ! Creo que no los puedo mover. ¿Es mi mente? No, señora enfermera, no diga tonterías como que me voy a curar, ya sé que anda despotricando de mí, ojo de loca no se equivoca. Usted sabe, estas patitas antes se podían mover por toda Latinoamérica y el mundo y zambullirse en un trisssssssss a todos los amantes. ¡OH, Dios mío!, ahora siento los pájaros (de pecho colorado) cantando dentro de mí. ¿Cómo se llamaba aquella película... la del cerebro sin cuerpo?...No, por favor, por el amor de Dios, ¡no puede ser! ¡No puede haberme sucedido a mí!



Benito había estado preocupado por el ingreso al segundo ciclo de Bachillerato de Literatura Hispánica en la Universidad Complutense, al cual había accedido gracias a una beca gestionada a través de la embajada. El día que le llegó el fax y una llamada de notificación, donde le remitían la confirmación de que debía recoger, cuanto antes, un billete con destino a Lima, Benito sintió un nudo en su garganta. No había hecho más en el día que leer *Yerma*, de Lorca, y jugar con el control remoto de su televisor. En su cabeza, antes de la noticia, no había ninguna preocupación más allá de un plato de *paella* y una burbujeante copa de champagne. Cerró el libro. En la pantalla, el *Grand Prix* Español se corría en el Circuito de Cataluña. Benito se sintió transportado: el ruido era ensordecedor, la velocidad era astronómica, y en el aire la excitación se mezclaba con el olor a gasolina. Era imposible imaginar cuál sería la sensación de ir sentado al volante, casi rozando el piso, a más de trescientos kilómetros por hora. Una gran

jornada para el piloto Jacques Villeneuve corredor de Fórmula Uno. Después lo vería al piloto sonriente, pleno de felicidad festejando por el triunfo en el club "Rosebud" de Barcelona, al lado de otras figuras de la escudería Lucky Strike.

Releyó el fax que le hizo llegar la dueña del hospedaje. Benito sintió que no debía esperar más, que debía hacer caso a ese ruego, que debía volver. En la pantalla, mientras alistaba la maleta, reconoció al fotógrafo norteamericano Christopher Makos, a la cineasta española Gema Lobin, al piloto de prueba Patrick Lemarie -muy desforzado- y al diseñador español Choo, que se parecía mucho a Gabriel. *Ambos tienen algo en común, esa mirada... esa mirada luminosa y severa parece castigarme*, murmuró sintiendo un hondo remordimiento. Durante el resto de la tarde le absorbió la tarea de habituarse a lo que debía afrontar. El reloj de la pared, el escritorio, la cama y el espejo, y afuera las calles de la ciudad, parecían ir despidiéndose de él. Con ese estado afligido por la noticia sobre el estado de salud de Gabriel, tuvo que presenciar cómo la imagen dormida de Isabel se convertía en pasado y se desligaba de él. Todo su universo intelectual y sus proyectos de escritor acostumbrado a las charlas literarias y a las conferencias académicas dejaron de tener prioridad. También aquellas visitas a famosos museos rodeado de amigas y amigos, de apacibles y nostálgicos paseos en el parque del Retiro y en las grandes plazas de Madrid, donde muchas veces buscó reencontrarse, en Benito Medinaceli pasaron a un segundo plano. *¡Es Gabriel! Su madre me ruega que vuelva. ¿Qué diablos hago aquí?* Por primera vez saboreó la muerte; la muerte, que sabe amarga porque es nacimiento, porque es renovación, porque es ley de vida, porque no perdona a ningún ser viviente que pretenda perpetuarse. Sobrecogido, leyó una vez más, mientras su corazón se estremecía y contraía ante el destino, como invadido por una repentina premonición: *Benito. Urge viaje en primer vuelo a Lima. Gabriel está muy grave, desea despedirse de usted. Favor, recoja billete de vuelo a su nombre en el counter de Iberia, en el aeropuerto. Saludos.*

Apagó el televisor. Recogió su maleta. Tomó un taxi rumbo al centro de la ciudad de Madrid, donde tomaría un autobús que lo transportaría hasta el aeropuerto de Barajas.



Su agonía fue despiadada, la infección lo mató por pausas, como si la muerte disfrutara a cada momento de llevárselo de a pocos. El infierno que pasó Gabriel fue el mismo que debe pasarse allá en el Cielo. Los íntimos que lo visitaron decían de él: *Lo vimos puro hueso y pellejo*. Tenía un color casi oscuro, cadavérico, violáceo. Los análisis de sangre, de orina, de mierda, las radiografías, el Western Blot, todo aquello y tanto remedio no sirvieron para nada. Allí estaba él, casi exánime, esperando a que la muerte por fin se lo llevara porque estaba cansado de tanto sufrimiento. Apenas nos reconocía, a veces sonreía o lloraba como un indefenso loco. El virus mortal se hallaba haciendo estragos en su cerebro. Yo también vi -se lo juro- el instante supremo en que se le agarrotaron las manos y hasta a su madre quiso estrangular. ¿Qué sentías, Gabriel? Quizá era a mí, a Benito, a quien querías clavarle las uñas. Por eso te miraba con mucho miedo, te miraba con respeto, te miraba pensando en lo que es la miseria de la vida.

Gabriel, desmanotado y muy débil, aullaba de dolor. Tenía los ojos desorbitados ¿A quién miraba? ¿Me miraba a mí? No lo sé, pero quiero adivinar a quién miraba. Lo voltearon. Era un frágil costal de huesos. En cada rostro que lo atendía quedaba reflejada la impresión de ese cuerpo ya no daba para más. Conocíamos todas las intimidades del proceso, todo era un secreto en familia. Cada comentario, cada receta, cada decisión, se analizaba muy celosamente. En la residencia de Gabriel se cambió hasta del número de teléfono para evitar llamadas indiscretas. Las enfermeras que lo atendían se quejaron de la imposibilidad de

ponerle más inyecciones; buscaban un pedazo de carne por sus nalgas, en las piernas y talones, parecía el espectro de un judío víctima de los nazis en un campo de concentración. Lo alimentaban con suero. También con oxígeno. Y yo sentí que aquella habitación ya olía a muerto. Quise persignarme, pero me contuve. Viendo a Gabriel como estaba, rogué por su alma, pero también dudé de Dios. No podía ser que un muchacho tan fuerte y vigoroso fuera de un tiempo a esta parte una piltrafa humana. Quienes lo atendían personalmente usaban mascarillas, usaban guantes. Yo estuve la última vez que le cambiaron las sábanas. Vinieron la enfermera y dos auxiliares. Lo levantaron como a un Cristo desfalleciente, moribundo, le tiraron de los pies; la piel de la espalda quedó arrugada en la nuca. El hacía muecas enfermizas, risitas esforzadas de quien ha perdido el sano juicio, se encogía como un reptil. ¿Por qué me miraba si las enfermeras dijeron que tenía el virus en el cerebro? ¿Con qué 'infamante' enajenación me miraba? Si éste era su calvario. El lo había buscado. ¿Calvario? Tal vez debí ser yo el pecador, yo el pecador, por no haberle hecho el amor nunca, por no haberle hecho caso, por no ser como él quiso que fuera yo. Gabriel apretaba los dientes, se desperezaba como una marioneta lánguida y descabezada, como una rata que muchas veces fue pateada. Era el insomne fantasma de mis sueños que ahora sufría. Ya no comía, apenas un caldito o gelatina tibia. Nos estaba prohibido fumar cerca de él. Le estaba prohibidas visitas, comidas, frutas, dulces...hacer el amor. Ya era tarde, con mi visita, acababa de romper aquella prohibición.

Cuando nos dejaron solos quise abrazarlo. Las lágrimas de dolor y de impotencia bañaron mi rostro. Me sequé de inmediato. No debía llorar ante él. Debía ser el mismo canalla que siempre fui con él. Debía mostrarme indolente; pero no, algo me traicionaba. Era él, su enfermedad, el alejamiento cercano de lo más precioso que tenemos: la vida. Fue entonces que a solas en nuestra breve intimidad le susurré: *¡Gabriel... no te mueras!* Después callé, el dolor me consumía. *¡Gabriel, no te mueras, por favor! Ven a mis brazos,* te voy a cantar algo, le musité a los oídos. Apreté su cuerpo contra el mío, sentado en la cama, como nunca antes lo había hecho. Le limpié las lágrimas. Fue un momento muy solemne, durísimo, que nunca...nunca...olvidaré. Me abracé a Gabriel como Cristo a su cruz, hasta sentir mi canto -la inolvidable canción de Alberto Plaza-incrustado en su pecho.

*Esta música es tuya
Tus versos, tu poesía
Yo de tanto pensar en ti
Llegué a creer son mías
Palabras de amor
Acordes y melodías
Que robé de tu corazón...*

Gabriel me sonrió con dolor, dijo algo que no entendí. ¿Qué dijo? ¿Que yo era un bandido? Seguramente diría eso, como el nombre de la canción: "Bandido", y que nunca me iba a perdonar. Quizá exclamaría: *Ven miserable. Ven, mal amigo, acompáñame.* ¡Qué decía, por Dios!

-No le hable, el paciente está muy débil- sentenció la enfermera que ya estaba de vuelta en compañía de otra mujer desaliñada, de bastante edad.

Después, me invitó a salir de la habitación.

-Es un paciente sufrido, paciente bueno- dijo la enfermera que lo atendía.

-Eso le pasa por regalar el poto a todo el mundo- agregó la otra mujer que lo asistía.

Las dejé bromeando, diciendo que ellas también le entregaban el poto a sus maridos, pero sólo a sus maridos y por eso nunca les iba a pasar eso. Me esforcé por callarme, para que la procesión siguiera por dentro, pensando que nadie está libre de esa

enfermedad. ¡Nadie! *Viejas cojudas y pervertidas, no me digan que sólo sus maridos las revientan, ¡ja!... a mí,* murmuré.

Me marché odiándolas, limpiándome las lágrimas, limpiándome las mejillas, disimulando lo que acababa de hacer. Nadie al parecer se había dado cuenta. Quizá si se dieron cuenta, pero prefirieron dejarnos solos. Me limpié las lágrimas, me limpié los labios. Cuando salí era de noche. Miré al cielo. La luna estaba allí, hermosa luna llena. La volví a buscar. Recé por Gabriel, escondiendo mis encontrados sentimientos en aquella hermosa luna que parecía iluminar con todo su esplendor sobre mi cabeza y toda la ciudad.



Durante el proceso de rememoración tengo a veces la sensación de que nunca estuve allí, en la Clínica Angloamericana. Es mi culpa y el cargo de conciencia que día a día crece y me revuelve las entrañas. Mejor dicho, intento olvidarme de aquella dolorosa despedida con Gabriel. Posiblemente se debía a un mecanismo de autodefensa, con el que pretendo escapar de esa sensación oscura, que me abrumba de pesares, cuando revivo los últimos días a su lado. Breves instantes, pero que me impresionaron tremendamente y marcaron mi vida en el futuro. Basta con que -como ahora- vuelva a casa, para que me de cuenta que ya no puedo ser el que podría haber sido, de no haber estado allí, y asuma que estoy atrapado en mi propia historia y en mi necesidad de saber más de él, precisamente, para intentar comprender mejor, lo que nos ha sucedido, lo que es esa enfermedad y liberarme así de esa opresión extraña que, pecho adentro, se me agiganta día a día. Ahora sé que Gabriel hizo que el mundo dentro de mí cambiara, me había ganado en su batalla por conquistarme de la manera más extraña. ¡Qué ironía del destino! Finalmente lo había logrado.

Mi mente está fija en él. Y cuando camino lo hago con él, cuando converso con Dios lo hago con él, cuando duermo lo hago con él. Sé que algo tremendo ocurre dentro de mí y tengo la sensación de que, salvo lo que me rodea, el mundo es una grotesca mascarada, una tremenda burla al hombre. Una parodia. Se vive para morir, se muere para vivir. A causa de aquél adiós imagino que lo que nos rodea -el mundo imperfecto, aunque se diga perfecto- es una descomunal sala de museo, cuyas figuras de estatuas esculpidas, y a veces orinadas y escupidas, sólo cobran vida cuando pasamos cerca de las vitrinas. También pienso que somos actores de nuestra propia tragedia. Pensando en Gabriel, ahora estoy viviendo sin desearlo mi propia tragedia: el miedo a la soledad eterna sin él. ¿Cómo explicarlo, si es casi indefinible la transmutación de sentimientos? Y mientras hojeo -no sin curiosidad y detenimiento- sus escritos, sus tarjetas, sus postales y su diario, pienso en lo descabellada que es la vida. También detengo la mirada en sus dibujos tontos de muñecos y de corazones partidos. Cuando los reviso, pienso que lo veo a él todavía, y Gabriel sonriéndome -siempre alegre- se esfuerza por mostrarme sus dibujos y otras creaciones. Pienso que él está ahora conmigo, a mi lado, porque ambos sabemos que aún más allá de este mundo todavía podemos comunicarnos. Claro, porque nuestras cosas pertenecen al ámbito de lo más prohibido: el amor de dos hombres en el límite de la muerte.

Ahora creo que mi corazón retiene el aire evanescente, húmedo y malsano que amodorra todo el cuerpo. Aun así -yo, Benito- me la paso leyendo, alimentando mi dignidad miserable, resollando y fumando hasta descabezar el primer sueño de la noche, que casi siempre tiene implicaciones endiabladas y mágicas.

El ritual de la noche es como un tamiz que se encarga de cernir si lo escrito es parte de estas verdades o simplemente la naturaleza del sueño en el que yo diariamente buceo para encontrar la naturaleza de las palabras que me transmiten su esencia, su

color, su forma, su sentido, su sinonimia, su mensaje de humanidad, o al menos el desvaído soplo. El sueño es esa milenaria especie de hijo adoptivo de la muerte. El recuerdo de Gabriel también. En ese espacio -el de mis escritos y el de mis obsesiones- creo recordar (dentro de Cibelia) que un ángel se tiende todas las noches sobre mi cama, como si estuviera cansado de acompañar a Dios, ángel también raro, porque no tiene ni genitales qué mostrar. ¿Es Gabriel?

Mi conciencia igualmente se ha transfigurado y quebrantado. Mi horror por la muerte de Gabriel nunca duerme en paz ni puede disolverse con el transcurrir del tiempo; *durará al menos mil años, hasta que la crisálida de su hermosa momia de cera se disuelva alimentando una llama de esperanza en nuestros corazones, en cenizas fosforescentes.*

Cuando recuerdo a Gabriel pienso en todos los que me rodean, y que escribir es descubrir la miseria de la que estamos hechos. Por eso, cuando lo abracé y le canté, también acaricié por primera y última vez las mejillas de Gabriel (en su lecho de muerte). Al hacerlo sentí de golpe la desfachatez de la vida. El se consumía, su amor por mí se iba con él, y mi cariño inmenso por él recién a partir de aquel instante comenzaba a nacer. ¿A nacer? ¡Sí, a nacer! Era lo absurdo de la vida, lo paradójal, lo infinitamente injusto en el sin sentido de este juego trágico, y hasta la soledad (esa palabra llena de vanidades) se me apareció como una patraña urdida fuera del pensamiento. Quizá la soledad era apenas un juego de espejos, un juego de cuchillos, un pretexto para recomponer nuestra comunicación perdida. Gabriel, mi querido amigo Gabriel, muerto. Cuando lo besé en el cogollo de sus labios (beso sublime a quien derrochó su amor por uno), sentí que yo me consumía con él y que la mitad de la vida se me iba en ese hermoso beso. El beso de los condenados a muerte debe ser también así. Metálico y firme. Beso guerrero entre la vida y la muerte. Beso que te ictericia la piel acerbamente. Gabriel, pequeño Quijote, peleador blasfemo de molinos de viento, espantapájaros de ilusiones, así, casi yerto, recibiste de mí aquel tremendo beso.

Ahora, quiero pensar que el alma de Gabriel está rondando cerca de nosotros, que aquel hermano no ha muerto (triste hermano Karamazovniano). Adiós, Gabriel, pequeño puto que quisiste enseñarme a besar, hace mil años.

Caminé. Yo iba reflexionando sobre esa incapacidad para recibir lo que alguien nos ofrece, sobre ese estar nada más viviendo de apariencias y reglamentos militares sin que se aparezca el monstruo de la duda, de la idea, sin necesidad de racionalizar, de desmenuzar, de destruir y de recomponer el rompecabezas del comportamiento. Pensaba con desaliento que quizá nunca debí ser militar y que nunca debí besarle, que yo besándole había denigrado a la Aviación y que a Gabriel lo había vuelto innoble y se había contagiado. ¿Gabriel contagiado de ti, Benito Medinaceli? Sí...contagiado de mí, al no aceptar yo sus invitaciones al amor sexual de dos hombres y dejar -haciéndome el idiota- que él se metiera con otros. Mis sentimientos encontrados discurrían atormentados y se depositaban en la Biblia, en la vida militar, en mis padres, quienes me abandonaron a la deriva y me retiraron todo su apoyo, en toda mi familia de militares y curas, muchos de ellos provenientes de Cibelia. Quizá los amores de dos hombres son siempre desgraciados y llenos de crisis.

Ahora necesitaba el aliento de Isabel, su voz resignada y pacífica, dulce. Voz de madre. Pero tampoco la iba a tener, porque en ese amor -alejándonos ambos- los dos habíamos perdido. Ya, nunca más tendré en mis brazos a Isabel. Ya nunca más podré recorrer sus pechos, abriéndole la blusa con los labios y los dientes, sintiendo el estremecimiento de su respiración agitada. Ya nunca más podré escucharla decir: *Ámame sin límites, como César nunca lo ha sabido hacer*, brindándome con lujuria su boca entreabierta. Ya nunca más aquella memoria prodigiosa -la de Isabel- podrá hilvanar a mi lado hechos para recordar

situaciones, nombres, autores, fechas, títulos de obras literarias y de afamadas obras de arte. Ya nunca más esa lengua seductora y mañosa danzando dentro de mí, mientras yo, alocado, tiernamente cándido, pensaba que no estaba haciendo el amor sino bebiéndola, bebiendo su flor abierta, su néctar, succionando su miel, como si luego de esos besos ella tuviera que desaparecer de este mundo, porque estaría ya dentro de mi cuerpo, justamente como algo que se bebe y se digiere para alegrar el momento, como un trago de pisco. Nada en mí ha sido ni será más intenso que esos momentos vividos.

Ahora, mi amor se ha reducido a recordar aquellos momentos, a soltar por las noches (por Isabel y Gabriel) dulces lagrimitas, embadurnar de mocos la almohada y la pared más cercana a mi cama. Mi amor por ambos (Isabel y Gabriel) se ha reducido a eso: dos esencias de un solo amor. Manotazos torpes desde la oscuridad de cada uno de ellos. Es tiempo de navegar en la noche, país de sonámbulos, país de sufrientes. Y yo soy -eso es lo que dicen ahora- como Gabriel, un saco de huesos, hundido en el sillón, mi extraño sillón de bitácora, en la levedad de mi ser. Allí recién reparo en que aquel amor por Gabriel era diferente: en Gabriel era el de una comprensión espiritual asexual por todo lo sucedido en él; en cambio, en Isabel, mi amor era el de una atracción sexual moldeable, diría enfermiza. Y es que lo que me acercaba a ella era quizá su recuerdo, la distancia infinita que ponía entre lo que pensaba y lo que hacía, de manera que tenía la sensación de que nunca la lograba entera, porque mientras le hacía el amor, ella siempre estaba chapoteando en el agua o pensando en un nuevo paso de baile que practicar, o quién sabe, amándose a sí misma, frente a la bañera de mármol de su casa, con esa mueca de mujer madura (durazno maduro), acostumbraba a decirme: *Haz lo que quieras conmigo, hijo, que yo soy tu verdadera madre*. Siempre lo dijo, quizá para burlarse de mí, para utilizarme, para destruir mi naturaleza débil, para comprobar su teoría sobre la conducta del hombre latinoamericano de que todos los jóvenes somos en el fondo niños juguetones e inestables, y que los adultos también. ¿Por qué me dijo tantas cosas hermosas que hablaban de amor y de sentimientos puros? Quizá por mofarse de mí, porque en el fondo de su ser amaba a su esposo, y sólo con sus infidelidades se había probado a sí misma que también ella era muy lista. Ya nunca más aquella mujer que me dejó estar tortoleando entre su cuerpo, dando cabezazos a mi infancia (donde siempre veo el rostro de mi madre, lejano, preocupándose por nuestros cuidados y por los quehaceres más ínfimos de la casa). Isabel casi como una abuela me llenaba de caricias y alentaba muy sutilmente las mías. Me hizo creer que ella era la atormentada profesora y yo el alumno esforzado y que además, para mi desgracia, ella también conocía Cibelia. De esas citas furtivas yo salía feliz, repleto, pero al rato volvía a sentir esa sensación de nostalgia e inseguridad que se hacía más dolorosa, pues venía acompañada de una aberrante ternura por mí mismo, por lo que leía y por lo que escribía.

Isabel y Gabriel -cada uno en sus reductos opuestos- me llenaban de una bondad que me hacía daño, una asquerosa bondad, de unas ganas de decirme: *Pobre de ti, Benito, pues te has metido entre dos amores prohibidos y encima eres escritor. ¡Jódete! ¡Toma lo que quieres!* Y yo en verdad era muchacho que no acababa de salir de la niñez, la cual quise prolongar de muchas maneras. Era cálido, romántico, creyente a ciegas en el afecto de las mujeres, inexperto, tímido, atolondrado, soñador e iluso, que en cosas del amor se dejó llevar; un incauto cadete de la Aviación que en sus ratos de plena libertad, con Isabel, se atrevía a desnudarla, a desvestirla prenda por prenda, deshojándola, pelándola como a una fruta. Desnuda "de su otra piel" la había dejado muchas veces al iniciar mi ritual de amor caníbal. Yo -bien lo recuerdo- miraba con deleite su cáscara, una pequeña almendra pálida, despejada y despojada, su cicatriz de la cesárea y aquel

inolvidable flequillo en su vientre, como la pelusa de un durazno antes de entrar al almíbar. Yo lo recuerdo; cada vez que ella me lo pidió la cubrí de pecados y lavé los míos en los de ella, hiriéndola con maña, queriendo borrarle de un plumazo su oscuro pasado, metiendo la cabeza allí donde se olía el mar, el infierno y la inmortalidad. Yo, bajo su piel. Yo, sobre su piel. Yo, b-a-j-o-s-u-p-i-e-l. Y-o, s-o-b-r-e s-u-p-i-e-l.

La experiencia con ambos seres me había enseñado que todas las alegrías son pasajeras, que todos los placeres constituyen sólo un alivio momentáneo. En ocasiones pensé que llegaría a aprender y aprehender todo lo que se pudiese saber sobre el amor, hasta me creí experto (el mejor de la ciudad y del batallón de cadetes) en cosas del amor, y que sería capaz de mejorarlo y convertirlo en aquello que yo soñaba que debía ser: un experto aviador escritor. Y por eso volaba con ellos a demasiada velocidad. La velocidad de un rayo en cosas del amor. La música que siempre me inspiró en cosas del amor me ayudaba. Recordé la canción interpretada cada uno a su manera por Albert Hammond, Julio Iglesias, Perry Como, Rod Stewart, Barry Manilow y Celine Dion.

*When I need you
I just close my eyes, and I'm with you,
And all that I so want to give you
Is only a heartbeat away.*

*When I need love
I hold out my hands, and I touch love,
I never knew there was so much love
Keeping me warm night and day...*

Ahora que me cansé de volar y el destino me jugó una pasada, sé que toda medalla tiene dos caras, que le debo unas disculpas a mi coronel, y que todo espasmo recordando a ellos es una pequeña muerte a la que le sigue una cruel resurrección.



El entierro de Gabriel fue muy íntimo y más sentido de lo que imaginé. Su abuela, su madre, unas cuantas personas conocidas y los mariachis a quienes volví a contratar. Dejé que ellos hicieran su parte, pues tenía la voz quebrada y me sentía un alma en pena. Yo, Benito Medinaceli, me puse mi uniforme de Aviador para acompañar su cortejo fúnebre. Todavía era Aviador con el grado de teniente. También para despedirme así de la Fuerza Aérea. Fue otra experiencia dolorosa, sumamente desgarradora. Gabriel el día de sus exequias vestía un llamativo y fresco traje blanco inmaculado, con olor a margaritas y a manzanilla. El ataúd impecablemente blanco, como el que merecía un ángel, asistido por media docena de cargadores morenos con pantalones negros, camisa blanca y corbata de gala. De sus amigos -quienes se creían sus amigos- (quizá algún peinador o cosmetólogo) sólo asistió uno a quien nunca antes conocí. Tenía modales delicados. Llevaba un pequeño arreglo floral y lloraba tanto como la madre de Gabriel. Cuando él se me acercó brevemente, le escuché decir: *¡Toqué su cajón y lo vi por la ventanita! ¡Sí, pude palparlo! Su rostro tenía un maquillaje espléndido... envidiable... diiiivino. ¿Divino? ¡Qué mierda importaba ese detalle!, si ahora Gabriel estaba enterrado en el cementerio El Ángel. Muerto, trágicamente muerto en la plenitud de la adolescencia, como si aquella criatura que consumieron las bacterias del sida se*

hubiera acicalado, infinita y plenamente, para su triunfal y definitiva reaparición en los inconmensurables escenarios de la eternidad, resollando como potro lejos del hedor de la carne corrompida, que más tarde iban otros (como yo) a venerar al lado del Padre Eterno. Muerto, mientras a sus pies palparían musgos y líquenes. Su ánima se alejaría del cuerpo dormido volando inquieta como abeja veloz zzzzzzzzzzzzzzzzzumbadora. Ningún muerto ha regresado nunca a mezclarse con los vivos, a aparecérselos, tampoco a quitarles el sueño. Gabriel sí, y está a mi lado. Gabriel sí, y está a nuestro lado. Mientras por hacerlo, la mano de Dios, ésa misma mano de Dios, nos está castigando, esperando a que pequemos, a que toquemos sus puertas o que por casualidad nos encontremos con el coronel Moreno que, me dicen por ahí, me anda buscando para matarme. Y yo, a su mujer, amándola. Seamos como Gabriel o peor que él, jugadores de la muerte. Y Gabriel, ¿cómo es que subió al Cielo? Pues yo le presté la escalera. El Señor me la alcanzó. Subió adornado por una corona de rosas y cubierto de impecables sábanas blancas, lo hizo entonando cánticos triunfales. Nadie se imagina lo que ya estaba escrito en la Biblia y en Cibelia. ¡Nadie! Así -creyéndose un modelo de televisión latino en plena pasarela, maricón bacán solapa- resucitaría tres días después, alzándose ligerito desde el cerro San Cristóbal, el Gólgota limeño, y desde el otro cerro San Cristóbal de Santiago, reducto de amantes y turistas, y su almita (de gay putito empedernido que siempre soñó con ser Madonna, María Félix y Evita Perón) se alejaría de estos confines terrenales poblado de hermosas comunas, villas, barrios populares, favelas, asentamientos humanos y de basurales, tirando flores como en la mejor de las procesiones. Mi amigo Gabriel subiría entre aleluyas reencarnándose en los paraísos celestiales, purificándose, volviéndose esencia divina, desprendiéndose presuroso de las sábanas con olor a perfume *Paco Rabane* y naftalina, de su calzoncillo apretadito *Pierre Cardin* y de los barnices a medio pudrir del ataúd.



Le juro, a veces pienso que estoy viviendo una pesadilla y me pongo a pensar en cosas como, ¿qué hay después de esta miserable vida? ¿Qué hay al otro lado del Cielo? Y mi mirada se detiene absorta en espectáculos hermosos, como la mirada de los niños que leen, que cantan, que ríen o juegan libremente, profesor Abel. Pienso entonces que ellos sí tendrán una larga vejez y la podrán vivir a plenitud, mientras muchas mujeres y niños infectados nunca podrán decir lo mismo. Me refiero al sida, usted me entiende, profesor. Míreme, no me rehuya, le ruego, si no ha terminado de oírme. Sabe, no llego a los cuarenta, pero hartito he envejecido y siento que ésta forzada vejez se debe a dos seres: Isabel y Gabriel. Sabe, profesor, la noche en que Gabriel subió por las escaleras mi corazón con él se elevó a otra dimensión desconocida, y ya no pudo volver a mí de ninguna manera. ¿Puede haber algo más terrible que eso, profesor? ¿Puede haber algo más doloroso que la muerte? De aquél que pierde su corazón y de aquél que se va, que desaparece, que ya no está. Creo que Gabriel fue de aquellos que hacen -transido de dolor- una marcha forzada con sus maletas vacías a otro mundo, no sólo porque se le acabaron los latidos con los que nació, sino porque también sus ojos color almíbar se cansaron de ver como asomaba la epidermis de su alma. Ha sido una persona íntegra en el fondo, profesor, con un aura de bondad increíble. Ha sido todo un privilegio tener un amigo como él. ¿De qué vale conservar sentimientos negativos? Gabriel se ha ido, ha subido desde los dos cerros y nos ha dejado ejemplos de sentimientos. Cuando lo recuerdo pienso que creemos ser más de lo somos y menos de lo que pensamos, y no es verdad. La verdad está en nosotros mismos. Pienso que hoy estamos y que mañana quizá no. Escúcheme,

profesor Abel, que ya termino, no se vaya. La muerte nos recuerda que tenemos que vivir bien, en armonía con las cosas, que tenemos que dejar cosas positivas. Lo que me tocó enfrentar fue duro, fui incomprendido en todos lados, pero me sirvió para golpearme la vida y todavía me cuesta salir de esos recuerdos, pues... le confieso, ¡estoy atrapado! Sólo cinco minutos más profesor. No me diga que se va a dictar clases, acuérdesse que lo he esperado largas horas, los alumnos pueden esperar. Sólo cinco minutos, le ruego. Bien, se lo agradezco. Profesor, no se fije en apariencias, dentro de mí hay una espesa capa de sufrimiento, el de un rostro amargo y marchitado, el cabello como un árbol blanco estropeado por los pesares y el viento, y una mirada que busca el punto exacto en el que la demencia total y la sabiduría podrían confluir. Profesor Abel, deseo confesarle, además, que a veces, por todo lo que sucede, quisiera regresar a mi niñez, refugiarme en ella, retroceder en el tiempo y detenerme allí. ¿Sabe? Sería hermoso. Recuerdo cuando era inocente, y pensaba que todo el mundo era feliz porque yo lo era. Quiero alejarme de las complejidades de la vida y emocionarme nuevamente con las pequeñas cosas. Quiero navegar en barquitos de papel en un estanque, y hacer anillos tirando piedras al agua. Quiero abrazar a mis padres todos los días y enjugar mis lágrimas en sus hombros. Quiero regresar a los tiempos donde la vida era simple, donde todo lo que sabía era nombres de colores, tablas de sumar y cuentos de hadas. Con todo lo que sabía era feliz, porque no vivía de las cosas que hoy nos preocupan y molestan. Usted me pregunta que cómo le decía yo a Gabriel: *Cabronazo, chivatazo, debes aprender a convivir con tu mal, búscate otros amigos, aléjate de mí; sí, eso le decía.* Quiero vivir simplemente, es todo lo que le pido a Dios, mientras me dé fuerzas. No quiero que mis días sean de computadoras que se inhiben, de montaña de papeles durmiendo sobre mi escritorio, de noticias deprimentes, ni de pensamientos de cómo sobrevivir unos días más. Tampoco el suicidio es dignificante. No quiero que mis días sean de facturas de médicos o medicinas. No quiero que mis días sean de chismes, de enfermedades y pérdida de seres queridos. Quiero creer en el poder sanador de la sonrisa, del abrazo, de la palabra dulce, de la verdad, de la justicia, de la paz, de los sueños, de la imaginación... Sabe, profesor Abel, usted es mi único confidente. Será que por eso vuelven a mí, con demasiada frecuencia, los recuerdos de los versos de Ezra Pound: *He intentado describir el paraíso. No os mováis. Dejad hablar al viento, ése es el paraíso. Que los dioses perdonen lo que he hecho.*

- Debe ser caótico vivir con la incertidumbre o la certeza de que la muerte puede alcanzarnos un día de éstos, más temprano que tarde- comenta el profesor Abel.

- Y el pensar que somos cientos de miles, millones en el mundo con el mismo mal del corazón que se va. Aquello me aflige aún más, pero también me da consuelo.

- Creo que es muy duro, Benito, para cualquiera, enterarse que el VIH navega en su sangre, que los síntomas del sida pueden aparecer al menor descuido. Además, tener que luchar contra las enfermedades oportunistas, la baja de defensas, las carencias y el prejuicio, debe ser muy doloroso. Y debe ser más duro aún ser madre o padre, haberse contagiado y tener hijos o cónyuge con el mismo mal. ¡Qué terrible!

Ese día el profesor se fue a clases, me dijo que lo esperara. Así lo hice. Cuando regresó yo lo esperaba en la zona de parqueo de vehículos. Me invitó a subir a su auto. Nos dirigimos al centro de la ciudad. Platicamos harto como buenos amigos. Entramos a la catedral. Rezamos por el alma de Gabriel. Al iniciarse la misa, el profesor Abel, un excelente crítico literario, tenía la mirada de un santo de yeso. Su rostro le ayudaba. Cerré entonces mis ojos, imaginé que Benito debía derramar gruesos lagrimones. En plena misa vi al profesor Abel recitar las respuestas concretas, arrodillarse contrito y tomar la hostia entre sus

labios quién sabe, tal vez pecaminosos. Después llegó hasta el reclinatorio, donde yo lo esperaba. Lo miré de reojo, sin perderlo de vista, evocando difusamente algunos breves instantes de sus magistrales charlas en la Universidad. Yo era su alumno. Luego salimos, le di la mano despidiéndome para siempre, diciéndole algo que nunca antes se lo había dicho a nadie: *Sabe, profesor Abel Gonzáles Vigil, debo confesárselo, ya que estamos en la catedral, usted es mi psiquiatra, mi confidente,... No puedo olvidar a Gabriel, su ausencia me ha dejado con el corazón de ceniza, estoy enamorado...enamorado de su recuerdo, qué idiota soy. Disculpe profesor: ¿conoce usted alguna forma rápida y no dolorosa de morir?*

EPÍLOGO

Una nota de la madre de Gabriel:

Querido alguien, todos, nadie, tú, amigo:

Cómo me hubiese gustado poder compartir contigo, con cualquiera de ustedes, toda la horrible verdad de la vida y muerte de Gabriel. No lo sabíamos, mejor dicho, nunca quisimos aceptar lo que él era. Su enfermedad fue terrible, un mal que no se lo deseo a nadie, ni a mi peor enemigo. Gabriel murió de a pocos, la vida se le fue en cada soplo, en cada sonrisa, en cada llanto. De haber una cura para su enfermedad lo habríamos podido ayudar. El me decía que el amor es sufrimiento. Que la lucha por vivir es dura. Que el futuro está aquí, ahora. Que el verdadero hombre ama la tormenta y sufre con la belleza. Quería que la mitad de sus cenizas alimentaran un pino y que la otra mitad formara parte del mar, y usted sabe que no pudimos cumplir ese deseo. Imagínese, ver los restos de mi querido hijo reducido a cenizas...Termino esta carta llorando desconsolada...como madre.

Tú, cuídate. No dejes que Gabriel haya muerto en vano.

Carta de la madre de Gabriel a Benito:

Miraflores, 20 de agosto de 199...

Sr. Benito M.

Querido muchacho:

He tenido que consolarme, pensando que Gabriel no se ha marchado. Quisiera hablarte de mi hijo. Gabriel era un muchacho muy inteligente, pero creo que no supo usar su inteligencia; la desperdició en sus andanzas con otros jóvenes. En los últimos meses de su enfermedad, él estaba muy débil, reclamándolo a usted mucho, demasiado. Nosotros quedamos muy afectados por esto que ha sucedido. Felizmente, su alma ya descansa en paz, pues vivió con sus atribulaciones y luego con suma tristeza tan profundamente perturbada y deprimida que, creemos, nunca fue feliz. Sí, sabíamos que no era feliz por algunas cosas e intentamos ayudarle en todo lo que pudimos, pero Gabriel enmascaraba sus sentimientos hasta el punto que nos engañó a todos.

Sinceramente creo que Gabriel vivió una vida intensa cargando una cruz en su espalda. ¡Veinticinco años hermosos sólo vivió! Casi la tercera parte de una vida. Era un hijo tierno, mimoso, coqueto, encantador. Era, además, un pensador profundo y, por su energía, nunca pensamos que le pasaría esto. Los mejores amigos de él, Pablo y Andrés, también murieron de esa enfermedad impronunciable. ¡Qué

calamidad, Dios mío! Ojalá encuentren pronto una cura. No puede ser que la muerte le arranque a una a su preciado hijo, su tesoro. Estoy segura de que ahora está en el Cielo con sus otros amigos. No están solos, porque están con Dios, conversando. Cuando pueda, no se olvide de visitar su tumba y de rezar por él. Está enterrado en el Cementerio El Ángel, pabellón C.

Bueno, no quiero ponerme sentimental, pues no debo mojar este papel; quería únicamente decirle gracias por estar al lado de mi hijo en sus peores momentos. Nos sentimos dichosos de haberlo conocido.

Lo abraza

Carta de Gabriel, no entregada a Benito hasta un año después de su muerte:

Hola Benito, mi gran amor:

"Cuando llegue el día del último viaje y esté por partir en la nave que nunca ha de retornar, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos del mar".

Cómo quisiera en este momento tenerte junto a mí para abrazarte, besarte, colmarto de caricias y decirte una y mil veces: ¡TE AMO! Te amo y te amaré hasta que la muerte nos separe, hasta quedarme dormido en tus brazos y soñar que nunca me separaré de ti. Soñar es fácil, pero cuando uno vuelve a la realidad todo cambia. No importa, seguiré soñando.

Gabriel, no te mueras nunca:

Estoy contigo. Quiero decirte, en primer término, que las circunstancias me han hecho repensar en ti y olvidar a Isabel, por ahora. Aunque sé que estoy a tu lado, que no has muerto, que mis pensamientos y lo que ahora te sucede –a la diestra del Señor- están siempre presentes en mí. Me gustaría que en las cartas se pudieran expresar los silencios, así te darías cuenta de lo que me está costando escribir ésta y podrías entender mejor las dudas que han precedido a cada palabra. Además, en las confesiones son tan importantes los silencios.

Delante de mí, tus cartas amontonadas y el recuerdo triste de tus recaídas, en las que me has escrito, te has cansado de reclamarme. Será que somos -como escribe en sus memorias Dostoievski- masoquistas: "Por algunos momentos, cuando me ataca la epilepsia, siento un deleitante gozo como nunca he conocido. Mi felicidad es tan delirante que gustoso daría diez años de vida por algunos momentos de esa orgiástica delicia". Dostoievski era también como un niño recién nacido. Nacía cada vez que volvía de una de sus crisis de epilepsia.

Gabrielón, hermano del alma, tú sabes que morir a estas alturas de la vida no es bueno, es casi una cobardía (salvo honrosas excepciones), por eso te vuelvo a decir: ¡No mueras! Y no mueras, porque tu recuerdo ya me hace llorar de nostalgia y de más cosas que no alcanzo a definir. Creo que tú, querido amigo, eres la única persona del mundo capaz de comprenderme. Y perdona (sé que lo harás, porque tú

no me puedes fallar, pues tengo hartos remordimientos) por haberte "mentido" en mi carta anterior (y única, aparte de ésta), donde te decía: "No te quiero, y nunca te quise". Sí, te quiero, pero a mi manera, como amigo, limpiamente.

Me dirás y reprocharás eternamente por qué no te haya escrito antes. A eso te puedo responder que me ha sido imposible hacerlo hasta ahora, por la Aviación, por mi familia, por mis temores, por mi condición de escritor, en parte por la vergüenza de no haber sido honesto contigo, por Isabel a quien tampoco puedo olvidar y también porque no he aceptado tu verdad ni la mía. He necesitado un invierno y un otoño, y varios años de lucha conmigo mismo, para asumir crudamente el infierno en el que estoy. ¡Ah!...Ya que estás arriba mándale mis saludos siempre afectuosos al Padre que siempre nos golpea a todos, en especial a los escritores, y a San Pedro. Diles que pronto iré, que me hagan un sitio.

Benito

Acerca del Autor

Samuel Caverio

E-mail: solidarityhands@hotmail.com

Samuel Caverio nació en Ayacucho (Puquio, Perú). "A mí me parieron los Andes y por eso soy rebelde, como los danzantes de tijeras de mi pueblo", nos dice. Estudió literatura y lingüística en la Universidad Católica del Perú (1982-1988). Es periodista colegiado y sociólogo profesional, con licenciatura y Maestría en la Universidad San Martín de Porres del Perú, Arcis de Chile y Val de Marne, Francia.

Caverio es un escritor con tremenda vocación literaria y de estilo muy polémico. Ha obtenido el Premio Nacional de Novela de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas del Perú (1985) y el Premio Internacional de Ensayo "Gabriela Mistral", otorgado por el gobierno de Chile (1990), además de otros premios importantes.

Ha representado al Perú en el Congreso Internacional de Escritores de Madrid, 1985 y en otros encuentros. Hizo programas de radio y televisión en su país.

Ha publicado las siguientes títulos: *Apocalipsis en don Ramón* (1983), Premio "Manuel A. Eguiguren" del Centro de Estudios Históricos Militares del Perú; *Un Rincón para los Muertos* (1987), y *Amaru o la Tentación* (1989). Además, el ensayo social "Nuestros Aviadores" (1990) y el libro de cuentos *Danzantes en Casa del Diablo* (1996).

Actualmente, por sus ideas de librepensador, defensor de los Derechos Humanos, y por la polémica generada en torno a su libro *Gabriel no te Mueras*, se halla fuera de su país, en Australia.

